

A person wearing a long blue robe and a head covering stands on a rocky, grassy hillside at night. Their arms are raised in a gesture of praise or prayer. The sky is dark and filled with numerous bright stars. The overall scene is peaceful and spiritual.

La
BIBLIA
Popular

Génesis

Éxodo

Levítico

Números

Deuteronomio

Josué

Jueces

John C. Jeske

La Biblia Popular

ROLAND CAP EHLKE

Editor General y Editor del Manuscrito

JOHN C. JESKE

Editor del Antiguo Testamento

Génesis

John C. Jeske

EDITORIAL NORTHWESTERN
Milwaukee, Wisconsin, EE.UU.

Ilustraciones internas por Glenn Myers.

Tanto la ilustración de la portada como las ilustraciones del interior del libro, fueron realizadas por James Tissot (1836 a 1902).

Derechos Reservados. Ninguna porción de este libro puede ser reproducida, ni almacenada, en ningún sistema de memoria, ni transmitida por cualquier medio sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabado, etc., excepto por citas breves en artículos analíticos, sin permiso previo de la casa de publicaciones.

Primera impresión en copia dura en español, 1995
Segunda impresión en copia dura en español, 2005
Primera impresión en copia digital en español, 2011

Texto bíblico:

Versión Reina-Valera 95 ®

© Sociedades Bíblicas Unidas, 1995.

Usada con permiso. Todos los derechos reservados.

Library of Congress Control Number: 96-67395
Northwestern Publishing House
1250 N. 113th St., Milwaukee, WI 53226-3284
© 1996 por Northwestern Publishing House
Publicado en el 2004
Impreso en los Estados Unidos de América
ISBN 0-8100-0590-5

CONTENIDO

EL PRINCIPIO DE LA HISTORIA DEL PACTO DE GRACIA, QUE DIOS HIZO CON LA HUMANIDAD

| | |
|--|-----|
| <i>Prefacio del Editor</i> | v |
| <i>Prefacio de la edición en español</i> | vii |

| | |
|--------------------|---|
| Introducción | 1 |
|--------------------|---|

PARTE I. EN EL MUNDO ORIGINAL (1:1-11:26)

| | |
|---|-----|
| La creación del mundo (1:1-2:3)..... | 9 |
| El primer relato: el universo (2:4-4:26) | 31 |
| El segundo relato: la línea de Adán (5:1-6:8)..... | 65 |
| El tercer relato: Noé (6:9-9:29)..... | 74 |
| El cuarto relato: los hijos de Noé (10:1-11:9)..... | 97 |
| El quinto relato: Sem (11:10-26)..... | 107 |

PARTE II. ENTRE LOS PATRIARCAS (11:27-50:26)

| | |
|--|-----|
| El sexto relato: Taré (11:27-25:11)..... | 109 |
| El séptimo relato: Ismael (25:12-18)..... | 201 |
| El octavo relato: Isaac (25:19-35:29)..... | 203 |
| El noveno relato: Esaú (36:1-43)..... | 287 |
| El décimo relato: Jacob (37:1-50:26)..... | 292 |

ILUSTRACIONES Y MAPA

| | |
|--|----------|
| Abraham ofrece a Isaac | Cubierta |
| La caída | 45 |
| La paloma regresa a Noé | 87 |
| Sem, Cam, y Jafet | 99 |
| Sara maltrata a Agar | 141 |
| Rebeca se encuentra con Isaac | 199 |
| Raquel y Lea | 242 |
| Esaú y Jacob, se reconcilian | 269 |
| José recorre la tierra de Egipto | 328 |
| Jacob y sus hijos | 386 |

PREFACIO DEL EDITOR

La Biblia Popular es precisamente lo que su nombre implica: un comentario bíblico para el pueblo. Incluye el texto completo de las Sagradas Escrituras usando la Versión Reina-Valera 95. Los comentarios que siguen a las secciones de las Escrituras contienen el trasfondo histórico, explicaciones del texto y aplicaciones personales.

Los autores de *La Biblia Popular* son eruditos que tienen un discernimiento intelectual práctico, adquirido en años de experiencia en la enseñanza y la prédica ministeriales. Han intentado evitar el vocabulario técnico que ha hecho que otras series de comentarios sean material solamente útil para estudiosos profesionales de la Biblia.

La característica más importante de estos libros es que tienen como centro a Cristo. Hablando de las Escrituras del Antiguo Testamento, Jesús mismo dijo: “Ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Cada volumen de *La Biblia Popular* dirige nuestra atención a Jesucristo quien es el centro de toda la Biblia, nuestro único Salvador.

Los comentarios cuentan con mapas, ilustraciones e incluso información arqueológica, cuando es apropiado. Todos los libros disponen de encabezamientos en las páginas, que permiten que el lector encuentre fácilmente el pasaje que busca.

Esta serie de comentarios fue iniciada por la Comisión sobre Literatura Cristiana del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin.

Es nuestra oración que este empeño continúe tal como comenzó. Dedicamos estos volúmenes a la gloria de Dios y al bien de su pueblo.

Roland Cap Ehlke

PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Aunque la edición en inglés de este libro utiliza The New International Version, la presente edición en español se basa en la Versión Reina-Valera 95. Agradecemos a las Sociedades Bíblicas Unidas por permitirnos utilizar esta versión de la Biblia.

Los comentarios de esta edición en español han sido ligeramente alterados del libro original para adaptarlos mejor a la Versión Reina-Valera 95. En algunos lugares en que el comentario implicaría un cambio importante en su significado, si el comentario se basa en la Reina-Valera, ofrecemos nuestra propia traducción del texto inglés de la New International Version y la identificamos así.

El traductor de este volumen es el Rvdo. Gonzalo Delgadillo original de Bogotá, Colombia. La revisión fue hecha por la Sra. Ruth Haeuser y su esposo, el misionero David Haeuser de Lima, Perú. Agradecemos la valiosa labor de estos siervos de Dios.

Segunda impresión
La Navidad del 2004
Paul Hartman, coordinador
Ronald E. Baerbock, editor de teología
Publicaciones Multilingües
Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin
El Paso, Texas, EE UU

Nombre y propósito

Génesis es el nombre que se le dio al primer libro de la Biblia, el primero de los cinco libros que escribió Moisés. En la Biblia hebrea, este libro tiene el nombre de la primera palabra del libro mismo: “En el principio”. “Génesis” es una palabra griega que significa “origen”, y es un nombre muy apropiado. Este primer libro de la Biblia nos informa sobre el origen del universo y de la raza humana; describe los trágicos detalles del origen del pecado y sus terribles consecuencias. Génesis también relata el origen de la obra misericordiosa de Dios para deshacer el daño que el pecado le causó a su creación, y que comienza con la promesa del Salvador. La sección más larga del libro de Génesis (capítulos 12–50) describe el origen de Israel, el pueblo especial de Dios.

Este importante libro de los orígenes no pretende ser un libro de historia universal del mundo antiguo; el propósito específico de Génesis es describir la actividad salvadora de Dios. Génesis es el primer capítulo de la magnífica historia de la operación de rescate que hizo Dios, a la que nosotros llamamos su plan de salvación. Es interesante e instructivo notar cómo describe Génesis la obra redentora de Dios, no por la formulación de declaraciones doctrinales, sino narrando las biografías de las personas. En la vida de esas personas podemos ver a Dios en acción, con el mensaje de su ley y de su amor.

Autor

En Génesis no hay una referencia directa a su autor, pero eso no significa que debemos considerar este libro como anónimo.

Las Escrituras no tratan a Génesis como un libro separado; desde los primeros tiempos, el pueblo hebreo consideró el libro de

Génesis, junto con los siguientes cuatro libros, como una unidad. A estos cinco libros los llamaron “la Torá de Moisés”. *Torá* (usualmente traducido como “ley”) significa “instrucción”, “enseñanza”. Esta “ley de Moisés” también se conoce normalmente como el Pentateuco (“cinco libros”). Los antiguos judíos con frecuencia llamaban al Pentateuco “los cinco quintos de la ley”.

La premisa desde la cual se escribe este comentario es que Moisés es el autor de estos cinco libros de la Biblia. El resto del Antiguo Testamento y todo el Nuevo Testamento simplemente dan por sentado que existía el libro conocido como la “ley de Moisés”, cuyo contenido recibió Moisés de Dios mismo. La Biblia reconoce tan sólo un autor humano del Pentateuco, y ese autor es Moisés. Jesús definió de una vez por todas el asunto del autor de Génesis y de todo el Pentateuco, cuando les dijo a sus críticos: “Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él” (Juan 5:46).

Esto plantea inmediatamente la pregunta: “¿Cómo recibió Moisés la información que escribió en el Pentateuco?” La mayoría de lo que está escrito en los libros de Éxodo, Levítico, Números, y Deuteronomio ocurrió durante la vida de Moisés; pudo haber usado sus experiencias personales para escribir estas cosas. Sin embargo, lo que está escrito en Génesis, desde el relato de la creación hasta la muerte de José, tuvo lugar mucho antes del nacimiento de Moisés. ¿Cómo pudo haber recibido este material?

Como no hubo testigos humanos en la creación del mundo, esta información sólo pudo haberle llegado a Moisés mediante el milagro de la revelación divina. Milagrosamente, Moisés recibió de Dios la información acerca de cómo llegó a existir el mundo; no es posible que la haya obtenido de otra forma. El Pentateuco es una parte de las Escrituras del Antiguo Testamento, del cual dijo Pablo: “Toda Escritura es inspirada por Dios” (2 Timoteo 3:16).

Podríamos preguntarnos: Cuando Dios le reveló a Moisés el contenido de Génesis, ¿lo hizo directamente? ¿O pudo Moisés haber usado documentos escritos previamente? Por ejemplo, al

informar sobre los viajes del patriarca Abraham, ¿es posible que Moisés haya tenido acceso a documentos que Abraham conservaba? Lutero una vez hizo el siguiente comentario: “Pienso que Abraham elaboró un pequeño manual o un breve relato de la historia desde Adán hasta su tiempo”, documento que muy bien pudo haber usado Moisés. Aunque no puede decirse nada con seguridad acerca de si Moisés usó documentos existentes, no hay razón para que el cristiano creyente en la Biblia niegue esta posibilidad. Si Dios estimó conveniente usar la comida de un muchacho para alimentar a 5.000 personas, y usar el vientre de una virgen para dar al mundo un Salvador, ¿por qué no pudo haber usado documentos escritos previamente cuando reveló su verdad para que Moisés la escribiera?

Nuestra posición sobre la inspiración divina y la divina autoridad de la Escritura en general, y de Génesis en particular, se deriva de las presuposiciones de la fe cristiana. El mensaje bíblico de la ley de Dios y su mensaje del amor de Dios, nos han convencido de que Dios nos habló milagrosamente en Génesis, y de que lo que dice es verdad. Dios no puede mentir. El Hijo de Dios se refirió en particular a las Escrituras del Antiguo Testamento cuando dijo: “La Escritura no puede ser quebrantada” (Juan 10:35).

No será una sorpresa para el lector saber que no todos los que estudian la Biblia abordan el estudio de Génesis con estas mismas suposiciones. Muchos consideran que el Pentateuco no fue escrito por un autor, sino que es el resultado de la unión de al menos cuatro documentos anteriores e independientes llamados: el yahvista, el elohísta, el deuteronomista, y el código sacerdotal. Se supone que el yahvista (J) debió ser un teólogo que vivió en el reino del sur hacia del año 850 a.C., y quien habitualmente se refirió a Dios como Yahveh. El elohísta (E), se ha dicho que vivió en el reino del norte alrededor del año 750 a.C., y que su contribución al Pentateuco puede identificarse por el uso predominante del nombre Elohim que le da a Dios. La fuente deuteronomista (D), se dice que fue: una persona, o una escuela,

o un grupo, en el norte de Israel, que escribió después de que la capital de Samaria cayó en manos de los asirios, tal vez hacia el año 625 a.C. El código sacerdotal (P), se nos dice, estaba constituido por un escritor o un grupo de escritores que se dirigieron por escrito a Israel en el tiempo del exilio en Babilonia o más tarde (500 a.C., con un siglo más o menos de variación). Éste vuelve a narrar la historia de los antepasados de Israel y explica la forma en que Israel adoraba a Dios. Las series genealógicas, las listas de tribus, y las reglas de adoración se le atribuyen generalmente a este código sacerdotal, ya que en esas cosas pudo haberse interesado en particular un sacerdote escritor.

Según esta teoría documental, se piensa que el Pentateuco es como un mosaico literario, que fue recortado y pegado usando diferentes documentos escritos con anterioridad. Este punto de vista sostiene que el Pentateuco alcanzó su forma actual tal vez algunos siglos antes de la época de Cristo, más de mil años después de Moisés. Se repite que este comentario está escrito con la convicción de que Moisés es el autor de los primeros cinco libros de la Biblia.

Estructura

A fin de apreciar la singular estructura del libro de Génesis, será útil recordar que Moisés organizó su material literario en diez secciones, la mayoría de las cuales se introducen con la fórmula: “Estos son los descendientes de...” (La *Nueva Versión Internacional* dice: “Estos son los relatos...”). Estos diez relatos son pequeñas historias que ilustran cómo, desde el principio de los tiempos, Dios ha estado interesado y activo en el establecimiento de una familia de creyentes. Nueve de estos diez relatos llevan el nombre de las personas; el primero es el relato de los cielos y la tierra (2:4). En cada caso, el relato no nos dice el *origen* de las personas o de la cosa que se nombra, sino su *historia subsiguiente*, y siempre con referencia al gran plan de la salvación de Dios. Aquí tenemos un resumen de los diez relatos:

1. *El relato de los cielos y la tierra* (Génesis 2:4–4:26) explica lo que ocurrió cuando el diablo invadió la perfecta creación de Dios. Por la tentación de Satanás, Adán y Eva dudaron del amor de Dios y se rebelaron contra su santa voluntad, y por lo tanto, trajeron la maldición de la muerte y la condenación sobre toda la familia humana. La historia de los cainitas (capítulo 4) muestra la rapidez con que avanzó la maldad, una vez que se introdujo en el mundo. Sin embargo, por pura gracia, Dios dispuso restaurar su creación; prometió que el Salvador (la “simiente” de la mujer) destruiría el poder de Satanás y liberaría a sus cautivos.

2. *El relato de Adán* (5:1–6:8) describe los antepasados del Mesías prometido, desde Adán hasta Noé. Lucas 3:36-38 confirma que esto es historia, y no una leyenda popular. Un tema prominente de este relato es la muerte. Todos los que aquí son nombrados mueren, con la única excepción de un hombre que caminó con Dios. La trágica conclusión de este relato menciona la unión gradual de los descendientes de Set con los cainitas en su vana y propia glorificación y en su completo abandono moral. Por resultado, Dios tuvo que anunciar el juicio universal. Sólo Noé, por la gracia de Dios, permaneció fiel a Dios.

3. *El relato de Noé* (6:9–9:29) nos da un doble mensaje sorprendente. Mientras el diluvio universal destruía toda vida fuera del arca, el Señor en su gracia preservó la línea mesiánica a través de Noé y su familia. El mismo diluvio que trajo el juicio de Dios sobre el pecado y la dura incredulidad, trajo también la gracia de Dios que salvó de la muerte y de la destrucción el arca con su preciosa carga. Después del diluvio, el Señor usó a Noé para anunciar que la línea mesiánica seguiría mediante Sem.

4. *El relato de los hijos de Noé* (10:1–11:9) pone el énfasis en la unidad de la raza humana al describir la distribución de los tres hijos de Noé en varias naciones e idiomas. Esta “tabla de las naciones” examina el mundo de las naciones que el antiguo Israel conocía. Se enumeran con más detalle las naciones con las que el pueblo escogido de Dios tuvo mayor contacto. El relato concluye

con la dispersión que tuvo lugar en Babel. Los que buscaron su propia gloria en lugar de glorificar el nombre de Jehová cayeron otra vez bajo el juicio de Dios.

5. *El relato de Sem* (11:10-26) nos menciona los antepasados del Mesías, limitando el linaje del Salvador de la línea de Sem a Taré, padre de Abraham.

Estos primeros cinco relatos describen el principio de la historia de la actividad salvadora de Dios en el mundo antiguo. El segundo grupo de relatos menciona la actividad salvadora de Dios entre los patriarcas.

6. *El relato de Taré* (11:27–25:11) es uno de los más largos, cubriendo casi una cuarta parte del libro de Génesis. Describe cómo, después de que la raza humana abandonó el evangelio (Génesis 6:5-7; 11:1-9), Dios estableció un nuevo programa de amor fiel para sus criaturas pecaminosas. Escogió a Abraham, de la familia de Taré, para ser el padre de su nación especial de Israel. El Señor sacó a Abram de una cultura donde se practicaba la idolatría, y lo capacitó para confiar completamente en la promesa de Dios. Por esta fe Abram llegó a ser “el padre de los creyentes”.

7. *El relato de Ismael* (25:12-18) es el más corto de los diez relatos de Moisés, dado que los descendientes de Ismael, hijo de Abraham nacido de una joven esclava, no fue parte de la línea escogida, sino una línea secundaria en la historia de la gracia salvadora de Dios en el Antiguo Testamento. Este relato de seis versículos narra el cumplimiento de la promesa divina de que doce gobernantes descenderían de Ismael. Dios cumple todas sus promesas.

8. *El relato de Isaac* (25:19–35:29) lleva el cumplimiento de la promesa mesiánica mediante las dos generaciones que siguieron a Abraham. A diferencia de su ilustre padre, Isaac fue de naturaleza tranquila e introvertida. Él y su esposa tuvieron hijos gemelos; desde antes del nacimiento de los gemelos, Dios anunció que el mayor (Esaú) serviría al menor (Jacob). Al contrario de lo que se hubiera esperado, Jacob fue el hijo que Dios escogió para

continuar la línea de la cual iba a nacer el Salvador. Desafortunadamente, Jacob, en su juventud, tuvo la tendencia a confiar en su propia inteligencia para obtener el éxito. Este relato muestra que Jacob tuvo que aprender del modo más difícil a depender por completo de la gracia salvadora de Dios. Cuando Jacob aprendió esto, Dios le cambió el nombre a Israel: el que, en fe, pudo con Dios y con el hombre.

9. *El relato de Esaú* (36:1–37:1) también constituye una línea secundaria. En primer lugar, nos habla del desarrollo de la línea de Esaú y, en segundo lugar, del desarrollo de los edomitas, vecinos de Israel ubicados al sur.

10. *El relato de Jacob* (37:2–50:26) es el último y más largo de los diez relatos de Moisés. Relata cómo los doce hijos y la hija de Jacob llegaron a formar una familia de setenta almas que, junto con sus familias, se fueron a vivir a Egipto. Dios en su gracia obró de forma misteriosa para realizar todas estas cosas, usando la crueldad de los hermanos de José para llevar a cabo sus maravillosos planes para la nación que había escogido. Este relato explica cómo las doce tribus lograron establecerse en Egipto y prepara la escena para la narración del Éxodo.

Entonces vemos que, al registrar la historia temprana del misericordioso trato de Dios para con la humanidad, Moisés divide su material en dos partes desiguales. Los primeros once capítulos de Génesis describen la actividad salvadora de Dios en el mundo antiguo: primero entre las dos primeras personas, luego entre los descendientes de Adán y Eva, y finalmente entre los descendientes de Noé.

Los últimos treinta y nueve capítulos del libro de Génesis describen la actividad salvadora de Dios entre los patriarcas: Abraham, Isaac y Jacob. Después del relato de los descendientes de Noé, que terminó en idolatría y rebelión contra Dios (11:1-9), Dios introdujo un nuevo programa de su amor salvador. Amorosamente escogió y capacitó a los patriarcas: Abraham, Isaac, y Jacob para formar su pueblo especial de Israel. Mediante

Introducción

este pueblo escogido, Dios resolvió llevar a cabo su maravilloso plan para rescatar del pecado a toda la raza humana. Por lo tanto, el amor salvador de Dios es el gran tema de toda la Biblia, desde la primera palabra de Génesis hasta la última de Apocalipsis.

La historia del pacto de gracia que Dios hizo con la humanidad en el mundo original (1:1–11:26)

La creación del mundo (1:1–2:3)

A nadie se le puede considerar verdaderamente sabio si no ha aprendido las respuestas a las preguntas básicas de la vida: ¿Quién soy? ¿Un accidente químico? ¿Una criatura procedente de la selva que ahora lleva un vestido o un traje de tres piezas, es decir, que ha evolucionado de cavernícola a hombre espacial a través de varios millones de años? ¿Acaso soy una combinación insignificante de huesos, sangre, músculos, y nervios, rodeado por la inmensidad infinita del espacio exterior? ¿Por orden de quién vivo en este planeta? ¿Fue por accidente o por designio? ¿Cuál es el propósito de mi vida? ¿Para vivir tan cómodamente como pueda? Mark Twain dijo que la vida es simplemente “un incidente bastante vergonzoso en uno de los planetas menores”. ¿Tenía razón?

Nunca podríamos contestar estas preguntas correctamente si Dios no lo hubiera hecho por nosotros. Desde el primer capítulo de la Biblia, Dios viene a nosotros, ya que nosotros somos incapaces de ir a él. Nos dice cosas que ni en un millón de años hubiéramos podido indagar por nosotros mismos: verdades importantes sobre él mismo, sobre nosotros, y sobre cómo llegamos a donde estamos ahora, sobre por qué estamos aquí y hacia dónde vamos.

No interpretemos mal; Dios no nos ha dicho todo lo que nos hubiera gustado saber. Después de todo, el propósito de la Biblia no es satisfacer nuestra curiosidad, sino permitir que encontremos el verdadero significado de esta vida y nuestro lugar al lado del

Padre en la vida venidera. Al comenzar a leer la narración de la creación en el libro de Génesis, debemos recordar que esta es la única información absolutamente confiable que tenemos acerca del principio del universo y de la raza humana.

1 En el principio creó Dios los cielos y la tierra.

“En el principio... Dios”. Dios es el primer sujeto que se menciona en la Biblia, y eso es apropiado. El universo en que vivimos tuvo principio; antes de este punto de partida, no había universo. No había arriba ni abajo, no había aquí ni allá; no había nada, excepto Dios. Él siempre existió. Antes de la creación sólo existía Dios. La palabra hebrea traducida como *Dios* ha sido identificada como procedente de un verbo que significa “temer”. El Dios que existió desde la eternidad y que en cierto momento creó el tiempo y el espacio es admirablemente grandioso, y merece ser reverenciado por sus criaturas. Todas las cosas existen por él, incluyendo la raza humana. Usted y yo, no existimos de nosotros mismos ni por nosotros mismos. Tenemos el derecho de existir sólo mientras estemos en armonía con el sublime Creador y su plan para nosotros.

Los humanos tenemos un día para nacer y un día para morir, un principio y un final; pero no es así con Dios. Él es eterno; nada ni nadie más lo es. No hubo una burbuja de gas, ni un polvo cósmico que encendiera el germen de la vida. Las formas primitivas de vida no se originaron en una mancha de cieno de algún estanque prehistórico. Los elementos, materiales de los que nuestro universo está hecho, no son eternos, sino que llegaron a existir cuando Dios así lo ordenó. El orden de las palabras de esta primera oración de la Biblia parece correcto en español, pero las oraciones en hebreo normalmente comienzan con el verbo. En este versículo, el orden de las palabras en hebreo se invierte para enfatizar la expresión “en el principio”. Moisés desea recalcar que hubo un punto de principio absoluto cuando sólo Dios existía.

“Dios creó los cielos y la tierra”. El verbo hebreo traducido como *creó* es muy especial. En la Biblia este verbo: 1) se usa sólo para la obra de Dios, y 2) siempre expresa el origen de algo extraordinario, absoluto, y único. En algunas ocasiones, Dios crea usando materiales ya existentes; por ejemplo, cuando creó a Adán usó polvo de la tierra. Sin embargo, si la actividad que se describe en este primer versículo tuvo lugar en el principio, cuando sólo Dios existía, tenía que haber sido una creación procedente de la nada.

La expresión “los cielos y la tierra” designa al universo en su estado inicial. Por razones propias, Dios no vio conveniente hacer su creación toda a la vez. Por un acto de su voluntad, creó todos los componentes que más tarde iban a constituir el universo tal como ahora lo conocemos, incluyendo: la materia, la energía, el espacio, y el tiempo. El primer día, Dios creó toda la materia prima, tal como quien construye una casa: reuniendo de antemano todos los materiales que va a utilizar para la construcción.

²La tierra estaba desordenada y vacía, las tinieblas estaban sobre la faz del abismo y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas.

Una vez más, el orden de la oración hebrea se invierte, ya que, como vimos, la oración hebrea normalmente comienza con el verbo. Moisés quiere que enfoquemos nuestra atención en sólo una parte del universo: la tierra, el hogar que Dios diseñó para la raza humana.

Así como los montones de concreto, arena, y madera que un arquitecto reúne en el sitio de la construcción no se ven muy atractivo, tampoco se veía bien la tierra después del primer acto creativo de Dios. Moisés enumera cuatro condiciones que Dios iba a modificar durante la semana de la creación. Si en el subsiguiente comentario, estas cuatro condiciones parecen ser deficiencias, no se debe entender como una insinuación de que la creación original de Dios no fue buena. A continuación

enumeramos las cuatro condiciones temporales que Dios modificó durante la semana de la creación:

- *desordenada* (el universo era una mancha de materia amorfa);
- *vacía* (al universo le faltaban la vegetación y las criaturas que Dios proveería más tarde);
- *tinieblas* (que desaparecerían sólo cuando Dios anunciara: “¡Sea la luz!”);
- *abismo* (una masa líquida que lo cubría todo).

Los cristianos confiesan que *Dios el Padre* Todopoderoso es el creador de los cielos y la tierra. Esto no debe comprenderse como si las otras personas de la Trinidad no hubieran tenido nada que ver con la creación del universo. El apóstol Juan dice sobre *Dios el Hijo*: “Todas las cosas por medio de él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho” (Juan 1:3). *Dios el Espíritu Santo* también participó en la creación; la narración dice que “se movía” sobre la superficie de las aguas. Moisés usa este verbo en otra parte para describir la acción de un águila hembra que revolotea sobre su nido y alimenta y protege a sus polluelos. El Espíritu de Dios, dador de vida, participó en la creación, preservando lo que Dios había creado, preparando el universo para lo que tenía en mente. Por lo tanto, las tres personas de la Trinidad comparten la obra de la creación.

³ Dijo Dios: «Sea la luz». Y fue la luz. ⁴ Vio Dios que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas. ⁵ Llamó a la luz «día», y a las tinieblas llamó «noche». Y fue la tarde y la mañana del primer día.

Si la tierra iba a ser la morada de la raza humana, las tinieblas que la cubrían tenían que ser modificadas. Dios lo hizo con estas majestuosas palabras: “¡Sea la luz!” “Él dijo, y fue hecho” (Salmo 33:9). Por primera vez la luz alumbró al mundo que antes había permanecido en total oscuridad. Sin la luz, la vida, tal como la conocemos, sería imposible.

Algunos se han preguntado: “¿Cómo pudo existir la luz en el primer día de la creación si el sol y las estrellas fueron creados hasta el cuarto día?” El idioma hebreo distingue entre la *sustancia de la luz* (energía en forma de partículas u ondas, o una combinación de las dos) y los cuerpos celestiales *portadores de luz*, así como distinguimos entre la luz producida por una lámpara y el conductor de electricidad mismo. La luz fue creada el primer día; los cuerpos que regulan la luz fueron creados tres días después.

“Vio Dios que la luz era buena”. La luz cumplió perfectamente el propósito para el que Dios la diseñó. Sin duda, resulta valioso recordarlo cuando escuchamos a eruditos afirmar que nuestro mundo evolucionó de lo inferior e imperfecto a formas superiores. Este primer capítulo de Génesis nos recordará siete veces que lo hecho por la mano del Creador fue perfecto desde el principio.

Dios separó la luz de las tinieblas. No destruyó las tinieblas, pues vio que al igual que la luz, serían útiles. Por lo tanto, Dios las reguló en períodos predecibles de luz y de tinieblas. Al período de luz, Dios lo llamó “día”; al período de tinieblas lo llamó “noche”. Al primer período de luz le siguió uno de oscuridad. La Versión Reina-Valera traduce “y fue la tarde”. La palabra traducida *fue* es mejor si se traduce como *llegó a ser, vino a ser*. Después del período de luz, vino la tarde. Comenzó la tarde, terminando el período de luz.

Moisés continúa diciendo: “y la mañana”, o tal vez mejor: “y comenzó la mañana” o “la mañana siguió”, terminando así el período de tinieblas. Como cada día de nuestra vida, este primer día de la historia del mundo consistió de un período de luz diurna seguido por uno de oscuridad nocturna.

El lector habrá notado que Moisés usó la palabra *día* en dos sentidos en el versículo 5. La primera vez se refiere al *período de luz* que siguió al mandato divino; la segunda vez usó la palabra *día* en un sentido más amplio. Llamó *al período de luz junto con el período de tinieblas un día*. En el siguiente capítulo (2:4), él

usará la palabra *día* en una forma todavía más amplia, para expresar “*tiempo cuando*”. Moisés definió sus términos con precisión y los usó cuidadosamente. Una regla básica de la interpretación de la Biblia es que ésta se interpreta a sí misma; el significado de una palabra se determina por la forma y el contexto en que se usa la palabra. Aunque la Biblia usa la palabra *día* con varios significados, nunca usa este término para denotar un período de millones, ni siquiera miles de años. Los que quieren leer eones en la semana de la creación violan el lenguaje de Génesis.

⁶ Luego dijo Dios: «Haya un firmamento en medio de las aguas, para que separe las aguas de las aguas».⁷ E hizo Dios un firmamento que separó las aguas que estaban debajo del firmamento, de las aguas que estaban sobre el firmamento. Y fue así. ⁸ Al firmamento llamó Dios «cielos». Y fue la tarde y la mañana del segundo día.

El universo que Dios creó no tenía forma. Dios remedió esto creando un firmamento, es decir, una expansión entre las aguas de arriba y las de abajo. Manifestó el propósito de esta inmensa expansión: “para que separe las aguas de las aguas”. Dios llamó al firmamento “cielos”. Éste no es un término muy científico; Moisés no dice exactamente lo que incluía la expansión. Tenemos la impresión de que abarcaba no sólo lo que llamamos la atmósfera terrestre, sino todo lo que vemos cuando miramos el firmamento, incluyendo estrellas y planetas.

Con este acto creativo, Dios se preparó para hacer de la tierra el hogar para sus animales y sus criaturas humanas. La expansión nos sirve de muchas y variadas formas: provee el aire vital para todos los seres vivientes y también difunde la luz del sol, de la luna y de las estrellas. Este inmenso estrato de gases protege a los habitantes de la tierra de los extremos del calor durante el día y del frío durante la noche. Sabemos que después de la lluvia, la expansión que hay sobre nosotros tiene una función útil al causar que evapore la humedad y regrese a las nubes.

Esto suscita la pregunta sobre qué significa exactamente la expresión “las aguas que estaban sobre el firmamento”, las cuales Dios separó de “las aguas que estaban debajo del firmamento”. Hay algunos que opinan que “las aguas que estaban sobre el firmamento” constaban de nubes, la inmensa cantidad de agua atmosférica que en forma de vapor se mantiene en suspensión y periódicamente se precipita como lluvia o nieve, tan sólo para volver a evaporarse y regresar a las nubes. Éste es el sistema hidrológico bajo el cual vivimos hoy, y hay quienes creen que este mismo sistema ya estaba funcionando desde el segundo día de la creación.

Sin embargo, hay muchos que tienen dificultad con este punto de vista. En Génesis 2:5 aprendemos que “Jehová Dios todavía no había hecho llover sobre la tierra”. ¿Cuánto tiempo no llovió? ¿Es posible que el sistema hidrológico que se inició en el segundo día de la creación fuera completamente diferente al que tenemos ahora?

Muchos han encontrado bases para este argumento en 2 Pedro 3:3-7 donde Pedro habla de tres grandes sucesos en la historia del mundo que ocasionan verdaderos cataclismos. Dos de estos acontecimientos ya sucedieron, y uno aún está por ocurrir. El primero fue la *creación*; el segundo fue el *diluvio*; el tercero será el *fin del mundo*. Es fácil ver los cambios tremendos que trajo la creación de Dios, trayendo a la existencia cosas que no existían. Y las Escrituras nos dicen que debemos esperar cambios similares en el fin del mundo, cuando la forma presente de la tierra será destruida. Pero, ¿qué cambios parecidos originó el diluvio, el segundo fenómeno mencionado? Aunque esta catástrofe en los tiempos de Noé seguramente ocasionó grandes cambios en la corteza terrestre, ¿no es el universo, después del diluvio, básicamente el mismo que existió antes de él?

Tal vez no. Muchos han visto en las palabras de Pedro una indicación de que el diluvio ocasionó un cambio básico en el sistema hidrológico de la tierra. En este caso “las aguas que

estaban sobre el firmamento” bien pudieron haber sido una vasta y transparente bóveda de vapor de agua (vea el libro *The Genesis Flood [El Diluvio de Génesis]* escrito por Whitcomb y Morris p. 253-258). Esa inmensa bóveda pudo haber originado una temperatura uniforme y templada y un ambiente muy saludable para los moradores de la tierra. Al ocurrir el diluvio, se abrieron las puertas de las aguas de los cielos (Génesis 7:11), siendo estas aguas la bóveda de vapor que dejó caer las enormes cantidades de agua sobre la tierra. Si las “aguas que estaban sobre el firmamento” fueron de hecho alguna bóveda de vapor, el arco iris que Dios le dio a Noé pudo entonces haber sido el primero jamás visto en la tierra.

“Y fue la tarde y la mañana el segundo día.” Una vez más, Moisés describe un día que consiste de un período de luz, el día, más un período de tinieblas, la noche, en ese orden, exactamente como pensamos que es un día. Moisés lo describe como “el segundo día”. El número ordinal *segundo* es significativo. Dado que sólo entes similares pueden ser enumerados como *segundo* o *tercero*, llamar a éste el segundo día, indica que ocupó el mismo período que el primer día, o cualquiera de los demás días que siguieron.

⁹ Dijo también Dios: «Reúnanse las aguas que están debajo de los cielos en un solo lugar, para que se descubra lo seco». Y fue así. ¹⁰ A la parte seca llamó Dios «tierra», y al conjunto de las aguas lo llamó «mares». Y vio Dios que era bueno.

¹¹ Después dijo Dios: «Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé semilla; árbol que dé fruto según su especie, cuya semilla esté en él, sobre la tierra». Y fue así. ¹² Produjo, pues, la tierra hierba verde, hierba que da semilla según su naturaleza, y árbol que da fruto, cuya semilla está en él, según su especie. Y vio Dios que era bueno. ¹³ Y fue la tarde y la mañana del tercer día.

En el segundo día Dios hizo una separación parcial de las aguas que cubrían la tierra, es decir, una separación *vertical*. Dios

había puesto parte de las aguas sobre el firmamento y otra parte debajo del firmamento. Ahora, hizo una segunda separación; esta vez, una separación *horizontal*: las aguas del suelo. Como la superficie de la tierra consistía de una masa fluida, una especie de fango, era por tanto inhabitable para las criaturas que Dios estaba a punto de crear.

Por lo tanto, Dios dijo: “Reúnanse las aguas que están debajo de los cielos en un solo lugar, para que se descubra lo seco”. Las implicaciones geológicas de este mandato son de mucha consideración: se levantaron las rocas y se formaron las masas de tierra y los continentes. Cuando Dios formó las cuencas de los océanos y de los lagos, hubo erosión y nuevos depósitos de tierra y roca. El salmista hace una viva descripción de la obra de Dios en el tercer día de la creación:

A tu reprensión huyeron;
Al sonido de tu trueno se apresuraron;
subieron los montes,
descendieron los valles,
al lugar que tú les fijaste.
Les pusiste un límite, el cual no traspasarán,
ni volverán a cubrir la tierra.

(Salmo 104:7-9)

A las masas de agua que Dios juntó las llamó “mares”. El término es general e incluye océanos, lagos y ríos. Por el relato del diluvio (Génesis 7,8) nos enteramos también de que algunas de las aguas fueron almacenadas en inmensos depósitos subterráneos.

Ahora que había aparecido la tierra seca, Dios procedió a cubrirla con toda clase de vegetación. Moisés dividió la vegetación en dos grandes clases: la hierba que da semilla y árbol que da fruto. Dios ordenó: “Produzca la tierra hierba verde”. Es interesante notar que la palabra traducida como *tierra* es la misma traducida también como *tierra* en los versículos 1 y 2. Allí el término se refiere a la tierra en general; aquí se usa claramente para la tierra

seca, el suelo. Otra vez vemos el cuidado que tuvo Moisés para elegir sus palabras.

Por el mandato de Dios, apareció sobre la tierra una espléndida profusión de plantas de todo tipo, desde las violetas hasta los gigantescos pinos. La tierra iba a ser la morada de la más elevada criatura de Dios, y él quería que fuera un bello lugar. Dotó a cada especie con la capacidad exclusiva de producir otra generación de su propia clase. Después de crear la primera generación de árboles y plantas, Dios decidió no repetir este acto creativo; la función reproductiva la iba a ejercer ahora la semilla producida por la planta madre, dentro de límites definidos. La reproducción sería “según su especie”. Este orden sistemático previsto por el Creador nos da la seguridad de que podemos esperar que recogeremos flores, no tomates, del rosal, lo cual hace posible que los granjeros produzcan la reserva alimenticia de una nación. La reproducción “según su especie” es un argumento contra la afirmación de los evolucionistas de que toda la vegetación que existe hoy sobre la tierra se ha desarrollado de una sola célula orgánica inicial.

Es interesante e instructivo notar que el mandato creativo de Dios produjo árboles ya maduros, con fruto. Por lo general, transcurren algunos años antes de que un manzano alcance la suficiente madurez para dar fruto. Dios hizo árboles que ya tenían esta capacidad en el momento en que fueron creados. Si al tercer día de la creación se hubiera cortado uno de esos árboles y se hubieran contado sus anillos, apenas se creería que sólo tenía unas pocas horas de antigüedad. Dios creó a sus primeras criaturas, animadas e inanimadas, con apariencia de madurez.

Como un hábil artesano, el Creador examinó lo que acababa de terminar y se complació con ello, declarando que era bueno. Todo en la creación de Dios era perfecto. Cayó la noche, y cuando las tinieblas se dispersaron a la mañana siguiente, había terminado el tercer día en la historia del mundo.

¹⁴ Dijo luego Dios: «Haya lumbreras en el firmamento de los cielos para separar el día de la noche, que sirvan de

señales para las estaciones, los días y los años,¹⁵ y sean por lumbreras en el firmamento celeste para alumbrar sobre la tierra». Y fue así.¹⁶ E hizo Dios las dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor para que señoreara en el día, y la lumbrera menor para que señoreara en la noche; e hizo también las estrellas.¹⁷ Las puso Dios en el firmamento de los cielos para alumbrar sobre la tierra,¹⁸ señorear en el día y en la noche y para separar la luz de las tinieblas. Y vio Dios que era bueno.¹⁹ Y fue la tarde y la mañana del cuarto día.

La creación de los árboles y las plantas trajo la necesidad de modificar la luz que había sido creada el primer día. Por lo tanto, Dios creó lumbreras; hizo la “lumbrera mayor para que señoreara en el día, y la lumbrera menor para que señoreara en la noche”. Dios colocó dos grandes lámparas en la expansión celestial para determinar el ritmo del día y la noche. Aunque sabemos que el sol es mucho más pequeño que muchas de las demás estrellas, la descripción que hace Moisés representa el punto de vista de alguien que vive en la tierra, lo que con frecuencia se llama “lenguaje fenomenológico”, que refleja las cosas de acuerdo a como las perciben nuestros sentidos.

Puede parecer extraño que el relato de la creación no mencione por su nombre al sol ni a la luna. La razón puede muy bien ser que muchos de los vecinos de Israel en el antiguo Cercano Oriente consideraban al sol, la luna, y los planetas como dioses que gobernaban el curso de los acontecimientos de la humanidad. Los pueblos de la antigüedad también practicaban la astrología, creyendo que el curso de los planetas y de las estrellas determinaba la vida terrenal hasta en sus más mínimos detalles. Dios quería evitar que sus hijos adoraran los cuerpos celestiales, y liberarlos de la creencia de que su destino dependía del movimiento de las estrellas. Por lo tanto, indicó con mucho detalle las funciones que iban a tener estas lumbreras.

El primer propósito de los astros fue separar el día de la noche. Además, iban a servir como señales para marcar las

estaciones, los días, y los años. Y finalmente para alumbrar la tierra.

Y así terminó el cuarto día, el primer día de la creación regulado por los cuerpos celestiales. Aun así, se le describe de la misma forma que los tres primeros días, consistiendo de día y noche, en ese orden. Este fue, como todos los días de la creación, lo que se considera un día normal.

²⁰Dijo Dios: «Produzcan las aguas seres vivientes, y aves que vuelen sobre la tierra, en el firmamento de los cielos».²¹ Y creó Dios los grandes monstruos marinos y todo ser viviente que se mueve, que las aguas produjeron según su especie, y toda ave alada según su especie. Y vio Dios que era bueno.

²²Y los bendijo Dios, diciendo: «Fructificad y multiplicaos, llenad las aguas en los mares y multiplíquense las aves en la tierra».²³ Y fue la tarde y la mañana del quinto día.

Se habían corregido tres de las “deficiencias” que caracterizaron la creación inicial del Señor: las tinieblas fueron reemplazadas por un cielo repleto de estrellas y planetas; en vez de ser una masa amorfa, el universo ahora estaba ordenado y bien definido. Y la expansión, la masa de agua, que había hecho a la tierra inhabitable, había sido confinada: una parte en el cielo; otra parte limitada por playas; otra, bajo la superficie de la tierra. Ahora Dios se centró en la cuarta deficiencia.

Cuando el universo fue creado, faltaban los seres vivientes. Esto ya no sería así. Una palabra de la boca de Dios llenó las aguas con gran variedad de vida marina, desde la vida microscópica hasta las ballenas azules; y llenó el cielo de aves. El Creador dio a cada una de estas nuevas formas de vida la capacidad de reproducirse, según su propia especie. Esta restricción divina no permite la aparición de nuevas especies, como propone la teoría de la evolución. La evolución funda sus hipótesis sobre las mutaciones, pero el estudio de la genética ha demostrado que las mutaciones, las cuales se deben a daños en las células reproductoras, son leves y regresivas y no desarrollan nuevas especies.

La capacidad reproductora de las aves y de las criaturas del mar fue posible porque “los bendijo Dios”. Esta bendición divina fue más que un buen deseo; fue un acto efectivo, que les permitió a las criaturas ser y hacer lo que el Creador había designado. Cuando Dios dijo: “Fructificad y multiplicaos, y llenad las aguas en los mares, y multiplíquense las aves en la tierra”, expresó más que una mera esperanza de que así fuera; les dio a sus criaturas la capacidad, así como el impulso, de apareamiento para llevar a cabo su mandato de reproducirse.

²⁴ Luego dijo Dios: «Produzca la tierra seres vivientes según su especie: bestias, serpientes y animales de la tierra según su especie».

Y fue así. ²⁵ E hizo Dios los animales de la tierra según su especie, ganado según su especie y todo animal que se arrastra sobre la tierra según su especie. Y vio Dios que era bueno.

El sexto día de la semana de la creación fue un día muy ocupado y lleno de bendiciones, visto que la obra creadora de Dios llegó a su cúspide. Antes que nada, Dios hizo los animales terrestres, a los que Moisés separa en tres categorías: ganado (que se puede domar y domesticar), animales que se arrastran sobre la tierra (reptiles, insectos, gusanos), y animales de la tierra (animales salvajes que tienen plena libertad de movimiento). La clasificación no intenta ser exhaustiva, sino que simplemente pone énfasis en ciertas características mayores. Génesis 2:19 dice que Dios usó tierra como material para crear los animales. Una vez más el Creador se sintió complacido con esta nueva fase de su creación.

²⁶ Entonces dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y tenga potestad sobre los peces del mar, las aves de los cielos y las bestias, sobre toda la tierra y sobre todo animal que se arrastra sobre la tierra».

**27 Y creó Dios al hombre a su imagen,
a imagen de Dios lo creó;
varón y hembra los creó.**

**28 Los bendijo Dios y les dijo: «Fructificad y multiplicaos;
llenad la tierra y sometedla; ejerced potestad sobre los peces
del mar, las aves de los cielos y todas las bestias que se
mueven sobre la tierra».**

El escenario estaba puesto para la culminación de la obra creadora de Dios. Él dijo: “Hagamos al hombre”. Mucho antes de que los humanos pensáramos en Dios, él ya estaba pensando en nosotros y haciendo planes para que compartiéramos la vida con él, como miembros de su familia.

Dios abordó la creación de su criatura más alta de una forma diferente a cualquier otra cosa que hizo. Esta vez no dio simplemente la orden creadora: “¡Sea!” Antes de crear al primer ser humano, se comprometió en una solemne deliberación. El lector habrá notado los plurales (“*Hagamos... a nuestra imagen... a nuestra semejanza*”). El Nuevo Testamento deja bien claro que las tres personas de la Trinidad estaban participando en la obra de la creación. En el relato de la creación, Moisés utilizó un lenguaje consistente que armonizaría en todo con la información que Dios nos iba a revelar después sobre la pluralidad de las personas de la Deidad.

Dios estableció claramente cuál era su propósito al designar al hombre como su criatura superior. Habría de señorear sobre el resto de su creación, “en toda la tierra”. Este programa divino para la raza humana deja bien claro que las criaturas humanas de Dios no fueron otra especie de animal. La humanidad, hombres y mujeres, está claramente diferenciada de los animales, separada para una función diferente de la que el Creador les asignó a sus otras criaturas inferiores. El hombre fue destinado para administrar la tierra para Dios; todos los recursos de la tierra fueron colocados bajo su jurisdicción. Cuando Dios lo bendijo (Génesis 1:28) le mandó sojuzgar la tierra para gobernarla.

La caída en pecado modificó mucho el dominio del hombre sobre la creación de Dios; el mundo creado ya no está completamente subordinado al hombre pecador. Los animales lo atacan y lo matan; las aguas lo ahogan; y al final la tierra lo cubre. Pero la autorización de Dios de “¡llenad la tierra y sometedla!” nunca ha sido revocada.

“Y creó Dios al hombre a su imagen”. Resulta de particular interés que por tercera vez en este capítulo Moisés usó el verbo *crear*. Este verbo en hebreo se usa únicamente cuando Dios es el autor de la acción, y de una acción única y sin precedente. Moisés había empleado con anterioridad este verbo sólo al describir la creación divina del universo (1:1) y cuando los primeros seres vivientes se movieron por su voluntad (1:21). Aquí, este verbo especial se usa para describir la coronación y culminación de la obra creadora de Dios. Indiquemos otra vez que el verbo *crear* en sí mismo no implica solamente hacer algo de la nada. Dios utilizó un puñado de tierra para crear a Adán.

Con el objeto de preparar a sus primeras criaturas humanas para el gran mandato de administrar la tierra para él, Dios los hizo a su imagen, semejantes a él. Aquí está la evidencia fundamental de que la humanidad, a la que Dios creó, hombre y mujer, ocupa el lugar más importante de su creación. Algunos estudiantes de la Biblia han visto en la expresión “a la imagen de Dios” sólo una referencia a la humanidad del hombre, a la conciencia de sí mismo, o a su intelecto. Pero éste no es de ninguna manera el significado bíblico del término. (Aun después de que Adán y Eva cayeron en pecado y perdieron la imagen divina, retuvieron su personalidad humana y sus capacidades intelectuales.) La imagen de Dios tampoco puede describir su semblanza física, ya que Dios es espíritu. El Nuevo Testamento describe la imagen divina como un conocimiento especial, saber que de Dios provienen todas las bendiciones (Colosenses 3:10); describe la imagen divina como santidad, la ausencia de pecado (Efesios 4:24).

Para tratar de comprender el concepto de la imagen divina, puede ser útil describir el efecto que tuvo la imagen divina en la

personalidad de Adán y Eva sobre su intelecto, emociones, y voluntad. A diferencia de la torpeza mental y la ignorancia con que nacemos, Adán y Eva, comprendían perfectamente con su *intelecto* lo que Dios quería que supieran. Mientras poseyeron la imagen de Dios, sus *emociones* estuvieron en armonía con las de Dios; encontraban en su Creador la máxima felicidad. Y a diferencia de la rebeldía con que nacemos, *la voluntad* de ellos estaba en completa armonía con la voluntad divina. Cada impulso y deseo de ellos concordaba con la buena voluntad del Señor. Creados a la imagen de Dios, fueron réplicas humanas de Dios.

Sabemos que esta bella relación se destruyó cuando Adán y Eva dudaron del amor divino, desobedeciendo el mandato de Dios y arrastrando a toda la humanidad en su caída. Todos sus descendientes, con una sola excepción, vinieron al mundo con una imagen pecaminosa: una mente ignorante del buen plan que Dios tiene para ellos, emociones que se gozan en cosas que desagradan a Dios, y una voluntad que se rebela contra la buena y misericordiosa voluntad de Dios. Sin embargo, el Nuevo Testamento nos trae las maravillosas noticias de que mediante la fe en Cristo se crea nuevamente la imagen de Dios en el pecador, restaurándose la preciosa relación que Adán y Eva una vez tuvieron con Dios.

Mientras vivimos en el mundo pecador, la imagen de Dios sólo se restaura parcialmente en nosotros mediante la fe. Esta nueva naturaleza que el Espíritu Santo crea en nosotros debe coexistir con la imagen pecaminosa que recibimos de nuestros padres. Sin embargo, Juan nos asegura: “Cuando él (Cristo) se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es” (1 Juan 3:2). Cuando el creyente entre a la vida eterna, la imagen de Dios le será restaurada totalmente.

“Varón y hembra los creó”. Es significativo que inmediatamente después de esta declaración (que, de hecho, no se hace respecto de ninguno de los animales), Dios les otorgó a sus primeras dos criaturas humanas la bendición: “Fructificad y multiplicaos, llenad la tierra”.

Jesús una vez se refirió a esta declaración en una conversación que tuvo con los fariseos. En esa conversación, Jesús dejó en claro que la procreación humana no es tan sólo un asunto biológico, el simple resultado de la unión de un hombre y una mujer. Como Dios lo ve, y como él quiere que lo veamos, la concepción humana y el nacimiento deben estar relacionados sólo con la unión marital de un hombre y de una mujer comprometidos de por vida. Las palabras de Jesús a los fariseos combinan citas de Génesis 1 y 2: “El que los hizo al principio, ‘hombre y mujer los hizo’ y dijo: ‘Por esto el hombre dejar y padre y madre y se unir y a su mujer, y los dos serán una sola carne’... Así que ya no son más dos, sino una sola carne; por tanto lo que Dios juntó que no lo separe el hombre” (Mateo 19:4-6). A diferencia de los animales, que se propagan por medio de apareamientos casuales, el Creador omnisciente ideó la reproducción humana como resultado del compromiso de por vida entre dos seres humanos en el matrimonio. El hecho de que en nuestra sociedad casi la mitad de los matrimonios terminen en divorcio no cambia el hecho de que Dios hizo evidentes sus intenciones. Y una cosa más está clara, Dios tendrá la última palabra en la historia del mundo actual, como tuvo la primera en la creación.

Es importante recordar que los primeros dos seres humanos no salieron de la mano de su Creador medio animales, sino como soberanos, con dominio irrestricto sobre toda la creación de Dios. Como, por el pecado, hemos perdido ese dominio, es difícil que apreciemos lo que significó para Adán y Eva. En el mundo pecaminoso en que vivimos, el dominio generalmente señala conquista y con frecuencia explotación. Los dos hijos perfectos de Dios no debían gobernar sobre toda la creación del Señor con el fin de dominarla o aprovecharse de ella, sino para protegerla y preservarla para Dios. En forma similar, los cristianos, los cuales se consideran mayordomos del medio ambiente natural, serán conscientes de los derroches y abusos de los recursos del mundo natural.

²⁹Después dijo Dios: «Mirad, os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, así como todo árbol en que hay fruto y da semilla. De todo esto podréis comer.

³⁰»Pero a toda bestia de la tierra, a todas las aves de los cielos y a todo lo que tiene vida y se arrastra sobre la tierra, les doy toda planta verde para comer».

Y fue así. ³¹Y vio Dios todo cuanto había hecho, y era bueno en gran manera. Y fue la tarde y la mañana del sexto día.

En la creación, Dios les asignó una dieta vegetariana al hombre y a las bestias, especificando que comieran de “toda planta que da semilla... todo árbol en que fruto y da semilla”. Muchos años después del gran diluvio, Dios les dijo a Noé y a su familia que las bestias de la tierra, las aves del aire y los peces del mar ya formarían parte de su alimento. “Lo mismo que las legumbres y las plantas verdes. Os lo he dado todo”, le dijo Dios a Noé (Génesis 9:3).

¿Quiere esto decir que durante todos los años comprendidos desde la creación hasta el diluvio, los seres humanos fueron vegetarianos? Las Escrituras no contestan esa pregunta directamente. Los que estudian la Biblia han notado que la vestimenta de pieles que Dios hizo más tarde para Adán y Eva requirieron la muerte de animales, así como también los sacrificios que Abel ofreció a Dios. Recordamos también que en los tiempos del diluvio (Génesis 7:1-12) Noé podía distinguir entre los animales “limpios” y los “inmundos” (entre los que eran aceptables para el sacrificio y los que no). ¿Es posible que se comiera la carne de los animales antes del diluvio? Como no tenemos una respuesta clara de Dios al respecto, dejamos sin responder la pregunta.

Cayó la noche sobre el memorable sexto día de la semana de la creación. Y cuando, horas más tarde, apareció el amanecer de un nuevo día, el sexto día ya era historia. Dios miró todo lo que había hecho, y le agradó. Todas las partes individuales de la

creación eran perfectas, y en conjunto, formaban una armoniosa totalidad. La creación estaba perfectamente hecha para el propósito que Dios le había asignado.

En el veredicto de “¡bueno!” que dio Dios, el cristiano perceptivo volverá a percibir el conflicto entre el relato de la creación y la teoría del origen evolutivo del mundo. El relato bíblico registra la historia del mundo desde su perfección inicial hasta su imperfección posterior, pero la evolución invierte este proceso y aduce un desarrollo evolutivo que va gradualmente de la imperfección inicial hasta la perfección. Que no haya un malentendido: los dos puntos de vista son irreconciliables. En la introducción a una serie de sermones que Martín Lutero escribió sobre la creación del mundo, él hizo la siguiente observación: “Cuando Moisés escribe que Dios creó los cielos y la tierra en seis días, sus palabras tienen que ser aceptadas... Sin embargo, si no puedes comprender cómo pudo haberse hecho todo esto en seis días, entonces otorga al Espíritu Santo el honor de ser más letrado que tú”.

2 Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo lo que hay en ellos. ² El séptimo día concluyó Dios la obra que hizo, y reposó el séptimo día de todo cuanto había hecho. ³ Entonces bendijo Dios el séptimo día y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación.

Aquí tenemos la impresionante conclusión del relato de Moisés sobre creación. Desafortunadamente, nuestras Biblias separan estos tres versículos del relato de la creación, y los colocan como los primeros versículos del capítulo 2. En realidad, forman una eficaz conclusión de la creación y deben formar parte del capítulo 1. Es útil recordar que las divisiones en capítulos y versículos que aparecen en las Biblias que utilizamos no son una parte de las Escrituras dadas por inspiración de Dios a los escritores originales. En el siglo XIII, Esteban Langton, arzobispo de Canterbury, le agregó al texto esas divisiones.

Ya hemos dicho que Moisés dividió Génesis en diez secciones, y que introdujo la mayoría de esas diez secciones con la misma fórmula: “Estos son los descendientes de...”. El primero de estos diez relatos, o pequeñas historias, comienza en Génesis 2:4: “Estos son los orígenes de los cielos y la tierra cuando fueron creados”. Aunque la primera frase es traducida como “estos son los orígenes de...”, en el hebreo es la misma frase que más adelante es traducida como “estos son los descendientes de...”. Por lo tanto, este versículo debería ser colocado como el encabezado del capítulo 2. Entonces, todo lo que precede a Génesis 2:4 es preliminar y pertenece en realidad al capítulo primero.

“Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo lo que hay en ellos”. Ya había sido creado el universo. El cielo lleno de estrellas y planetas estaba en órbita; la tierra estaba cubierta de árboles y plantas; criaturas grandes y pequeñas habitaban la superficie de la tierra, así como también las aguas que la rodeaban y los cielos encima de ella. Y había un hombre y una mujer perfectos que administraban todo para el Señor. Dios también había terminado el segmento de la creación que es invisible a simple vista como, por ejemplo, el mundo de los átomos y las moléculas. Dios “ideó” la energía solar, eléctrica, y atómica. Se ha dicho que si se liberara toda la energía que contiene una hoja de papel, le proporcionaría a un trasatlántico la energía suficiente para cruzar el océano. Las fuerzas de la naturaleza (como por ejemplo la gravedad) que Dios inició durante la semana de la creación aún están funcionando. La cima de la creación invisible de Dios son los ángeles, los agentes secretos de Dios. La expresión de resumen que emplea Moisés “todo lo que hay en ellos” es una expresión bastante moderada.

Dado que la obra creadora de Dios estuvo terminada en los primeros seis días, ¿qué quedaba por hacer en el séptimo día de la semana de la creación? Moisés lo describe con tres verbos.

Dios “repositó” de todo cuanto había hecho en la creación. Como la creación de Dios era absolutamente perfecta y eficaz,

Dios dejó de crear. No obstante, es importante hacer énfasis en que Dios no cesó de trabajar. El universo se hubiera derrumbado, el sol hubiera dejado de brillar, y los corazones humanos hubieran cesado de latir, si Dios no hubiera estado siempre activo preservando lo que había creado. Sin embargo, la creación había terminado y cuando Dios examinó su obra la encontró de pleno agrado. Por lo tanto, el séptimo día de esa semana de la creación no fue un día de creación. Se le ha llamado “el gran día de dedicación del universo”.

Dios “bendijo” el séptimo día. Como no había nada más para crear, Dios hizo de toda su creación una fuente inagotable de bendiciones, especialmente para sus criaturas humanas.

Lo que es más, Dios no sólo dedicó y bendijo ese gran día, también “lo santificó”. Declaró al séptimo día santo para la raza humana. De la manera como había encontrado satisfacción en lo que había hecho, así también sus hijos e hijas deben encontrar gozo en su Dios misericordioso y en lo que han hecho sus manos. Ésta parecería ser la razón por la que el séptimo día no termina con la misma fórmula con que Moisés concluye la descripción de cada uno de los primeros seis días. La gozosa satisfacción que los hijos de Dios encuentran en su Creador, a quien han aprendido a llamar Padre, es algo que no termina.

Es importante notar que Génesis 2:2,3 no dice nada sobre el séptimo día de *cada* semana. Moisés sólo habla del séptimo día que siguió a los seis días de la creación. El interpretar estos versículos como si cada séptimo día fuera un día de descanso para todas las personas, sería decir más de lo que dicen las Escrituras. La ley del sábado no le fue dada a los israelitas hasta que llegaron al monte Sinaí, en el camino a la tierra prometida (Éxodo 20:8-11).

El cristiano que cree en la Biblia, apreciará el primer capítulo de la Biblia no sólo por lo que le dice sobre la historia del universo, sino también por lo que le dice acerca de su Dios. Así como las huellas de los dedos de las manos y de los pies dicen algo sobre

una persona, también lo que está escrito de la creación nos da información importante acerca de Dios.

No hubo testigos oculares en la creación, ni periodistas, ni cámaras de televisión. No obstante, Dios estaba allí porque él es *eterno*. Con una sola palabra de su boca puede hacer planetas y personas; él es *todopoderoso*. Cuando estudiamos el ordenado funcionamiento del sistema solar o del cuerpo humano, nos asombra la *sabiduría* del Creador. Cuando consideramos, por ejemplo, cuán sorprendente es el concepto de la sexualidad humana, también nos asombra la sabiduría del Creador que la ideó. Al sentir la suavidad de la piel de un bebé o al maravillarnos con la intensidad de los colores anaranjados y rojos de una puesta de sol en verano, comprendemos la *imaginación* infinita que demostró el Creador. Y cuando enfocamos nuestra atención en sus dos criaturas más grandiosas, hechas a su imagen perfecta, preparadas para una vida útil y llena de significado, como sus hijos y colaboradores, vemos que Dios se muestra como el Dios de *amor*. Mucho antes de que nos percatáramos de nuestro Creador, él ya estaba pensando y haciendo planes para nosotros.

Debemos recordar que el relato de la creación no es una pieza aislada de información, incluida en las Escrituras nada más porque sí. El relato de la creación pone énfasis en que desde el principio el amor de Dios ha estado obrando en beneficio de la raza humana, la corona de su creación. Este amor era evidente *antes* de que los hijos de Dios se rebelaran contra su amoroso Padre celestial, y se hace aun más evidente *después* de su rebelión y caída en el pecado.

El primer relato: el universo (2:4–4:26)

El primer capítulo del libro de Génesis nos ha dado una descripción del precioso mundo que el Creador diseñó y organizó en el comienzo de los tiempos. No se puede leer la descripción de ese mundo sin compararlo con el mundo actual, Las noticias diarias en los periódicos añaden su dosis de malas noticias como: negocios corruptos, ataques terroristas, cáncer de todo tipo, etc. La pregunta que surge en nuestra mente es: “¿Qué ocurrió? ¿Qué hizo que el mundo perfecto de Dios se convirtiera en el mundo doloroso y sangriento que conocemos hoy?”

Moisés responde esta pregunta en el primero de los diez relatos que conforman el libro de Génesis. La historia que cuenta este primer relato no es la de una dicha completa; comienza describiendo la amorosa relación que existía entre el Creador y sus criaturas más grandiosas. El Creador demostró su amor en todo lo que hizo para que Adán y Eva fueran felices. No obstante, las más altas criaturas de Dios se rebelaron contra su buena voluntad. Al hacerlo, se separaron de Dios y arrastraron con ellos a toda la humanidad, inclusive al mundo creado, a una existencia de frustración, decadencia, y muerte.

La criatura pudo romper la bella relación que mantenía con Dios, pero no pudo repararla ni restaurarla. El primer relato, *el de los cielos y la tierra*, por lo tanto, sigue mostrando cómo Dios, en una admirable demostración de su amor fiel y gratuito, prometió restaurar a sus criaturas humanas a la posición de honor que el Creador originalmente había planeado para ellas.

Algunos estudiantes de la Biblia ven en Génesis 2 un segundo relato de la creación, escrito por un autor diferente al que escribió Génesis 1, y hasta ven un conflicto con ciertos detalles que se mencionan en el capítulo 1. Sin embargo, este punto de vista es inaceptable por varias razones: destruye la unidad del libro en sí, pone en contradicción una porción con la otra, y pasa por alto el bosquejo de diez partes del libro. Génesis 1 es una narración

cronológica; Génesis 2 no lo es. En vez de ello, este último, selecciona una serie de detalles de la semana de la creación (un hombre, un huerto, dos árboles, y una mujer) para darles un énfasis especial, proporcionando así el fondo necesario para el capítulo 3, y junto con los capítulos 3 y 4, muestra lo que le ocurrió al mundo perfecto descrito en Génesis 1.

⁴Estos son los orígenes de los cielos y de la tierra cuando fueron creados. Cuando Jehová Dios hizo la tierra y los cielos, ⁵aún no había ninguna planta del campo sobre la tierra ni había nacido ninguna hierba del campo, porque Jehová Dios todavía no había hecho llover sobre la tierra ni había hombre para que labrara la tierra, ⁶sino que subía de la tierra un vapor que regaba toda la faz de la tierra.

El primero de los diez relatos de Moisés comienza con la descripción de la amorosa relación entre el Creador y sus primeros hijos. Nos muestra a Dios empeñado en hacerlos felices.

En los versículos 4 y 5, Moisés nos presenta un nuevo nombre de Dios. El nombre hebreo consiste de las cuatro consonantes: YHWH, que probablemente fue pronunciado *Yahveh*. A través de todo el Antiguo Testamento, éste es el nombre que distingue al Dios de Israel de los ídolos de las naciones vecinas. La traducción griega del Antiguo Testamento traduce *Yahveh* como *kirios*, que significa “Señor”. Es por esa razón que traducciones como la *Nueva Versión Internacional* lo traducen como “SEÑOR” (escrito en mayúsculas para distinguirlo como el nombre propio de Dios). Las diversas versiones de la *Reina Valera* generalmente traducen ese nombre como: *Jehová*.

Siglos más tarde, en un diálogo que Dios tuvo con Moisés en el monte de Sinaí, le explicó el significado del nombre *Yahveh* (*Jehová*): “¡Jehová! ¡Jehová!, Dios fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado” (Éxodo 34:6-7).

Yahveh (Jehová) es entonces el nombre especial del Dios del pacto de Israel. Éste es el nombre salvador de Dios en el Antiguo Testamento, el cual enfatiza especialmente dos de sus cualidades: su absoluta autosuficiencia o independencencia, y su absoluta constancia. El Señor es el Dios de amor fiel y gratuito. Aquí Moisés combina el nombre *Yahveh* con *Elohim*, su nombre Creador. En su trato con Adán y Eva, Dios demostró su misericordia fiel y su poder sobrecogedor.

Una de las consecuencias de la caída en el pecado fue que Dios le dijo a Adán: “Maldita será la tierra por tu causa... espinos y cardos te producirá, y comerás plantas del campo” (Génesis 3:17,18). La expresión “plantas del campo”, la misma expresión que se usó en 2:5, se debe referir, entonces, a los cereales, que después de la caída, el hombre debía cultivar para hacer su pan. Eso lleva a la conclusión de que estos granos, antes de la caída, no existían en la tierra en la forma en que ahora los conocemos. Moisés también hace notar que aún no había llovido en la tierra. En ausencia de lluvias, un sistema de manantiales brotaba de la tierra y les proporcionaba humedad a los árboles y a las plantas. (Por cierto, no sabemos cuánto tiempo continuó la ausencia de lluvias. La posibilidad de que haya durado hasta el tiempo del diluvio se verá en Génesis 7).

⁷Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, sopló en su nariz aliento de vida y fue el hombre un ser viviente.

⁸Jehová Dios plantó un huerto en Edén, al oriente, y puso allí al hombre que había formado. ⁹E hizo Jehová Dios nacer de la tierra todo árbol delicioso a la vista y bueno para comer; también el árbol de la vida en medio del huerto, y el árbol del conocimiento del bien y del mal.

En un acto creativo por separado, Dios formó al hombre del polvo. Las palabras de estos versículos son claras y significativas; constituyen un problema para quienes tratan de reconciliar el relato

bíblico con la evolución y afirman que procedemos de los animales. Moisés complementa lo que ya nos había dicho en Génesis 1 acerca de la creación de la raza humana. El verbo hebreo (“Jehová Dios *formó*”) describe la actividad de un alfarero. El uso de esta palabra aquí pone el énfasis en el interés y el cuidado personal que el Creador demostró al modelar a sus más altas criaturas.

Las palabras “sopló en su nariz aliento de vida” sugieren que hay un segundo componente en el ser humano aparte de su cuerpo. Génesis 1:26,27 ya dio los detalles. Con amoroso cuidado y con propósito inteligente, el Creador formó a su más alta criatura de un puñado de tierra y sopló aliento de vida en ella. El escritor nuevamente hace hincapié en la singularidad y la superior dignidad de las criaturas humanas de Dios, al notar que recibieron el aliento del Creador mismo. Estas palabras de Moisés nos ayudan a comprender lo que ocurre en la muerte y por qué es natural el temor a morir. La muerte, es decir, la separación del cuerpo y el alma, es una violenta intromisión en la buena obra de la creación de Dios. Las palabras de Moisés, dicho sea de paso, también son un sobrio recordatorio de que no tenemos nada de qué enorgullecernos. ¿Qué somos, después de todo, sino polvo más el aliento de Dios?

El huerto que Dio le dio como hogar a Adán tuvo varios propósitos. Además de satisfacer sus necesidades físicas de alimento y refugio, satisfizo sus necesidades emocionales. Adán recibió estimulación mental mientras estudiaba los secretos de la creación de Dios y se maravilló ante su belleza. Y en ese encantador hogar, Dios le dio también una vida familiar y amor, creando para él una ayuda idónea en la persona de Eva.

Moisés dirige ahora nuestra atención a dos árboles que Dios plantó en medio del huerto, donde no podían pasar desapercibidos por Adán y Eva. El *árbol del conocimiento del bien y del mal* se tratará en los versículos 16 y 17. El otro era el *árbol de la vida*. No se nos dice mucho sobre este último árbol, ya que nunca se usó para el propósito que Dios lo tenía destinado. Podría haber servido

si Adán y Eva hubieran resistido la tentación de Satanás. A juzgar por lo que Dios dijo en 3:22, el propósito del árbol de la vida era confirmar en Adán y Eva la posesión de la vida física. Según Apocalipsis 2:7, en el día en que estemos ante Dios en los cielos, comeremos de ese árbol, y nada interrumpirá esa vida perfecta.

¹⁰ Salía de Edén un río para regar el huerto, y de allí se repartía en cuatro brazos. ¹¹ El primero se llama Pisón; es el que rodea toda la tierra de Havila, donde hay oro. ¹² El oro de aquella tierra es bueno; y hay allí también bedelio y ónice. ¹³ El segundo río se llama Gihón; es el que rodea toda la tierra de Cus. ¹⁴ El tercer río se llama Hidekel; es el que va al oriente de Asiria. El cuarto río es el Éufrates.

Para apreciar esta descripción del huerto que Dios preparó como hogar para sus primeros hijos, hay que recordar que Moisés escribió este libro para los hebreos que vivían en una parte del mundo en la que hay gran escasez de agua. Un manantial, que al parecer brotaba de una fuente subterránea del huerto, se extendía por la orilla del huerto y se dividía en cuatro ríos, proporcionando un gran suministro de agua para toda el área.

Moisés establece una conexión entre los cuatro ríos y otros muy conocidos de su época. Es muy probable que Havila fuera la costa de Arabia; Cus está al sur de Egipto, quizás lo que hoy es Sudán. Sin embargo, como el gran diluvio cambió la faz de la tierra, los detalles geográficos que tenemos en estos versículos no se pueden usar para precisar con exactitud la ubicación del huerto del Edén.

¹⁵ Tomó, pues, Jehová Dios al hombre y lo puso en el huerto de Edén, para que lo labrara y lo cuidara. ¹⁶ Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: «De todo árbol del huerto podrás comer; ¹⁷ pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comas, ciertamente morirás».

Sir James Barrie dijo en una ocasión: “Sin duda, el Todopoderoso podría habernos dado algo más divertido que el duro trabajo, pero no sé qué habría podido ser”. Uno de los gozos de los que disfrutaban las más altas criaturas de Dios en el paraíso era la satisfacción en el trabajo; podían poner todas sus capacidades corporales y mentales en trabajar para Dios. Dado que vivimos en una cultura que tiende a considerar el trabajo como un mal necesario, debemos recordar que el trabajo no entró al mundo como consecuencia de la caída en el pecado, sino que fue parte del plan original que Dios tenía para sus hijos.

Anteriormente se hizo referencia a dos árboles especiales que Jehová Dios plantó en medio del Edén: *el árbol de la vida* y *el árbol del conocimiento del bien y del mal*. Ahora, Moisés nos da información adicional sobre el propósito del segundo árbol.

La gente que conoce el desarrollo de esta historia ha preguntado: “¿Por qué puso Dios ese árbol con el fruto prohibido en el Edén en el primer lugar? Si Adán y Eva no podían comer de su fruto, ¿para qué ponerlo allí?” Dejemos que el texto hable por sí mismo.

“De todo árbol del huerto podrás comer”. Dios no fue egoísta en su trato con Adán y Eva; Adán tenía mucha variedad de comida de donde escoger, y el mandato de abstenerse de comer de uno de los árboles no era molesto ni era una carga pesada.

Sin embargo, Dios le dijo con toda claridad: “Pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comas, ciertamente morirás”. Cuando Adán recibió este mandato de Dios, estaba vivo en el pleno sentido del término; estaba unido a Dios por el lazo de amor y de confianza más íntimo. En el lenguaje de la Escritura, eso es estar vivo.

Pero el lazo se rompería si Adán no obedecía a Dios. Si así lo hacía, se separaría de él. En el severo lenguaje de la Escritura, eso es estar muerto. Y como evidencia de que su más alta criatura se había apartado de su amoroso Creador, estaría desde entonces sujeto a la muerte física, es decir, a la separación del cuerpo y el alma.

Dado que el árbol tenía fatales consecuencias para Adán y para toda la raza humana, ¿por qué lo plantó Dios en el huerto? ¿Fue tan sólo para poner a prueba a Adán, para ver lo que haría cuando se enfrentara con la tentación? Ésta no puede ser una explicación satisfactoria. Todo el capítulo 2 de Génesis habla de lo que hizo Dios para procurar la felicidad de sus hijos, y este árbol no era la excepción.

Dios no creó a los humanos para que fueran marionetas o máquinas a quienes pudiera manejar tirando de cuerdas o presionando algún botón. Al poner el árbol del conocimiento del bien y del mal en el huerto, el Señor les estaba dando a sus criaturas la oportunidad para que le obedecieran voluntariamente. Al hacer esto, Dios comprendía el riesgo que existía de que Adán decidiera no obedecer. Cuando Adán salió de la mano de su Creador, estaba en un estado de *inocencia creada*. Al darle el mandato de no comer, Dios le estaba dando la oportunidad de pasar de la inocencia creada a la *santidad consciente*. Dios quería que su criatura preferida fuera santa por elección, no sólo por accidente.

Martín Lutero utilizó una ilustración que explica el propósito de Dios: “Este árbol del conocimiento del bien y del mal fue la iglesia de Adán, su altar, su púlpito. Aquí debía rendir la obediencia que debía a su Creador, dar reconocimiento a su palabra y a su voluntad, darle gracias, y pedir ayuda contra la tentación”. Este árbol en medio del huerto fue el lugar para que Adán adorara a Dios. Ahí se le recordaba la bondad divina; ahí le podía dar gracias por su misericordia, respondiendo a Dios con obediencia gozosa.

El Creador le había dado a Adán libre albedrío, la libertad innata para hacer lo que le agrada a Dios, y ahora quería que Adán ejerciera esta libertad. Si lo hubiera hecho, la experiencia le habría traído un conocimiento del bien y del mal similar al que Dios tiene. La inteligencia de Adán hubiera estado muy consciente de lo que Dios quería o no quería. Sus emociones podrían haber encontrado gozo en la voluntad del Creador y podrían haberlo convencido de

lo terrible que sería rebelarse contra él. Y la voluntad de Adán hubiera escogido conscientemente obedecer el mandato de Dios de apartarse del fruto prohibido.

La institución del matrimonio

¹⁸ Después dijo Jehová Dios: «No es bueno que el hombre esté solo: le haré ayuda idónea para él».¹⁹ **Jehová Dios formó, pues, de la tierra toda bestia del campo y toda ave de los cielos, y las trajo a Adán para que viera cómo las había de llamar; y el nombre que Adán dio a los seres vivientes, ése es su nombre.** ²⁰ **Y puso Adán nombre a toda bestia, a toda ave de los cielos y a todo ganado del campo; pero no se halló ayuda idónea para él.** ²¹ **Entonces Jehová Dios hizo caer un sueño profundo sobre Adán y, mientras éste dormía, tomó una de sus costillas y cerró la carne en su lugar.** ²² **De la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre.** ²³ **Dijo entonces Adán:**

**«¡Esta sí que es hueso de mis huesos
y carne de mi carne!
Será llamada “Mujer”,
porque del hombre fue tomada».**

²⁴ Por tanto dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán una sola carne.

²⁵ Estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, pero no se avergonzaban.

Ya hemos dicho que Génesis 2 no es un segundo relato de la creación, sino que agrega detalles de la creación, detalles que necesitamos para comprender Génesis 3. Además, hemos aprendido acerca del huerto, del deleite, y de los dos árboles especiales. Ahora, Moisés nos da información histórica respecto de la mujer, figura clave en el relato de la caída.

El Creador nunca tuvo la intención de que Adán viviera solo;

en su opinión, esto “no era bueno”. Y por eso Dios creó a la criatura especial cuyo papel se describe como de “ayuda idónea para él”. Éste es el orden de la creación de Dios: el hombre fue designado para ser la cabeza; la mujer para ser su ayuda idónea.

Sin embargo, Dios no le impuso esta compañera al hombre. Había creado animales de todas las especies y se los llevó a Adán para que les pusiera nombre. Una de las razones por las que Dios hizo esto fue la de darle la oportunidad de compartir los pensamientos de Dios acerca de su soledad y para que surgiera en él el anhelo del don especial que Dios estaba próximo a darle.

Mientras Adán elegía nombres apropiados para cada uno de los animales y las aves, se dio cuenta de que cada uno tenía su pareja. También reconoció que ningún animal era apropiado para hacerle compañía íntima. No tenía a nadie con quién compartir el gozo de vivir en el paraíso; fue entonces cuando Dios hizo que cayera en un sueño profundo. Mientras Adán dormía, Dios tomó un hueso de su cuerpo y mediante un acto creativo especial, formó (en hebreo: “construyó”) una mujer.

Adán, en sus primeras palabras registradas, expresó el gozo por el regalo de Dios que, al igual que él, fue creada a su imagen y semejanza (Génesis 1:27). La reacción de Adán hacia Eva muestra que él poseía la imagen de Dios. Aun cuando había caído en sueño profundo, *comprendió* de dónde había venido ella y la relación que tenía con él. Adán se *regocijó* por este regalo magnífico; estuvo *de acuerdo* con Dios en que ahora tenía una ayuda idónea para él en todos los aspectos.

Por lo tanto, éste fue el primer matrimonio. Dios formó a Eva de una parte del cuerpo de Adán y la llevó ante él. Adán la recibió como su esposa, y ella estaba dispuesta a serlo. Esta bendita transacción no es algo que pertenezca al pasado, sino que es un estado divino para la humanidad de todos los tiempos y está claro en la afirmación que hace Dios en el versículo 24, una declaración que al parecer hizo mediante Adán: “Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y se harán una sola carne”.

La relación matrimonial comienza cuando un hombre y una mujer se comprometen voluntaria e incondicionalmente, él con ella y ella con él, y dan evidencia de ello al romper el estrecho vínculo familiar con sus padres con el fin de establecer uno nuevo con su pareja. Para expresar el compromiso incondicional, las dos personas se gozan de la unión física que luego llega a ser la forma en que Dios transmite el don de la vida a la siguiente generación. Desde el punto de vista de Dios, la unión sexual es todo menos casual. El matrimonio, por lo tanto, no es una disposición humana ni producto del progreso humano o del desarrollo social. Fue idea de Dios, un don para sus criaturas más altas. De esto se deduce que la gente no tiene derecho a imponer sus propias normas para el matrimonio, en el aspecto de determinar sus propias reglas para terminarlo o idear estilos de vida alternativos para reemplazarlo.

Adán y Eva disfrutaban su nueva relación. Aunque estaban desnudos, no sentían vergüenza de ello ya que tenían completo control de sus impulsos sexuales, y los expresaban en amor perfecto a Dios y en amor desinteresado del uno al otro.

El primer pecado

Hay preguntas que nos pueden incomodar, como las siguientes: ¿Por qué existe la maldad en el mundo? ¿Por qué la gente muere de cáncer? ¿Por qué los terroristas ponen bombas en aeropuertos, matando y mutilando a inocentes transeúntes? ¿Por qué siguen aumentando las estadísticas de divorcio? ¿Quién pondría deliberadamente a un hombre en contra de otro, a un esposo contra su esposa, a un gerente en contra del empleado, al obrero en contra de su patrón, a una nación en contra de otra? Desde luego que Dios no concibió esta forma de vida en la tierra.

Cada día, los periódicos dan nueva evidencia de que no somos parte de una creación hermosa y agradable que el Dios amoroso puso en movimiento. En cambio, vivimos en un mundo donde la rebelión contra Dios está a la orden del día. La sedición empezó cuando uno de los ángeles de Dios se rebeló contra el Creador. Como este ángel malo comprendió que era incapaz de

hacerle daño a Dios, mostró la mentalidad de un terrorista al tomar rehenes inocentes. Génesis 3 narra la historia trágica de cómo este ángel malvado logró apartar de Dios a los hijos que el Creador había formado.

El día cuando los primeros hijos de Dios se apartaron de él, con actitud incrédula y de desafío, tiene que haber sido el día más triste de la historia. El capítulo 3 nos da la única respuesta, aunque incompleta, a la pregunta: “¿Por qué existe la maldad en el mundo?”

3 La serpiente era más astuta que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho, y dijo a la mujer:

—¿Conque Dios os ha dicho: “No comáis de ningún árbol del huerto”?

Aquí se invierte el orden normal de la oración hebrea. Con esto, el escritor quiere poner el énfasis en que el sujeto de la acción es una nueva figura: una serpiente. Como ésta era una de las criaturas de Dios, no se debe tomar su astucia como una cualidad mala. Satanás eligió a este inteligente animal como instrumento para insertar una cuña entre Dios y sus hijos.

Le dijo a la mujer: “¿Conque Dios os ha dicho?” ¿Quién está hablando aquí? Las serpientes no hablan. El Señor Jesús identificó la fuerza demoníaca en la serpiente cuando les dijo a sus opositores judíos: “Vosotros sois de vuestro padre *el diablo*... Él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él... pues es mentiroso y *padre de mentira*” (Juan 8:44). Apocalipsis 12:9 y 20:2, también llaman a Satanás “la serpiente antigua”.

“¿Conque Dios os ha dicho?” Esa pregunta parece muy inocente, ¿verdad? Era como decir: “¿Eva, estás segura que comprendiste bien?” ¿Es posible que el Dios tan amoroso niegue a sus criaturas más altas el placer de comer cualquier fruto del huerto? Sin embargo, la pregunta del diablo estaba llena de malicia; tenía el propósito de sembrar la duda en la mente de Eva

para que desconfiara de lo que Dios había dicho, además de sospechar sobre lo justo de la prohibición.

Lo primero que notamos de Satanás es que se disfraza para hacer de las suyas. Fingió estar interesado en el bienestar de Eva. El diablo no le dijo (como tampoco nos lo dice a nosotros): “Ven, te voy a enseñar a pecar”. Lo que sí dice es: “Déjame ayudarte para que tu vida sea más feliz, más emocionante. Seguramente Dios quiere que seas feliz. ¿Por qué habría de poner esta hermosa fruta en el árbol, si se supone que no puedes comerla? Dios quiere que vivas la vida plenamente. ¡Él es diferente de lo que piensas!”

² La mujer respondió a la serpiente:

—Del fruto de los árboles del huerto podemos comer, ³ pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: “No comeréis de él, ni lo tocaréis, para que no muráis.”

En la respuesta de Eva detectamos ya los inicios de la caída de la humanidad en el pecado. Ella sabía que las serpientes no pueden hablar; también sabía que los animales no pueden discernir entre el bien y el mal. Debió haber reconocido inmediatamente que allí estaba involucrado un espíritu maligno. Y aun así, Eva se puso a hablar con la serpiente sobre la palabra y la bondad de Dios. Debió haber rechazado inmediatamente la insinuación de que Dios no era fiel a sus hijos. Esta conversación le iba a salir muy cara a Eva; terminaría pagando un precio muy alto por ella.

Antes de considerar la respuesta que Eva le dio a Satanás, tal vez podríamos preguntar: “¿Qué razón pudo tener Dios para permitir que sus criaturas más altas fueran tentadas? Si, en primer lugar, no le hubiera permitido al diablo tentar a Eva, ¿se hubiera podido evitar la tragedia de la caída en el pecado?” Al permitir que sus criaturas fueran tentadas, Dios les estaba dando otra oportunidad para glorificarlo; en este caso, eligiendo conscientemente el bien donde existía también la posibilidad de escoger el mal.

Cuando Eva le respondió al diablo, reafirmó el amplio permiso que Dios les había concedido (“Del fruto de los árboles

del huerto podemos comer”), aunque puede ser significativo que omitiera la palabra “todos”. Y cuando reafirmó la prohibición de Dios, agregó “ni lo tocaréis”. Algunos han visto en estas palabras una adición injustificada al mandato original de Dios. No obstante, también es posible que Eva estuviera parafraseando la prohibición de Dios. Tocar el fruto podría ser el preludio para comerlo.

⁴Entonces la serpiente dijo a la mujer:

—No moriréis. ⁵Pero Dios sabe que el día que comáis de él serán abiertos vuestros ojos y seréis como Dios, concedores del bien y el mal.

Si hasta aquí Eva imaginó que esta conversación era inofensiva, las siguientes palabras de Satanás sin duda deberían haberla convencido de lo contrario. Por un lado, negó la realidad del castigo divino poniendo en duda la veracidad de Dios.

Y luego puso en duda el amor de Dios; hizo quedar mal su prohibición. Retrató al Señor, el dador de toda bendición, como a un ser egoísta y envidioso, en vez del Dios misericordioso y generoso que es. “Dios te ha prohibido comer del fruto sólo porque sabe que comiéndolo te dotará del conocimiento secreto de que puedes vivir sin Dios. Eva, él no quiere que descubras el tremendo potencial que tienes en tu razón humana, sino que permanezcas en la ignorancia.”

Satanás le ofreció a Eva dos alternativas, y ambas deberían haber sido inaceptables para ella: Dios no le había prohibido comer del fruto, o no era el Dios de amor que parecía ser.

Esta es la mentira básica de Satanás: “Realmente Dios y su voluntad no son buenos. Él sabe que cuando ustedes coman del fruto serán iguales a él, y él no quiere eso.”

Dios había sido increíblemente generoso con Adán y Eva, pero había una cosa que no les había dado: igualdad con él. Ellos no eran Dios. Les había indicado que vivieran bajo él, no a su lado. Esta es la carnada que Satanás le puso a Eva, sabiendo que no había ningún don terrenal que pudiera ofrecerle, puesto que Dios

ya les había dado todo a sus amados hijos. Satanás sembró dos semillas venenosas en el corazón de Eva: en primer lugar, la persuadió de *no tomar a Dios muy en serio*; en segundo lugar, hizo que *dudara de la bondad divina*. Al llegar a esto, dejó de tentarla y esperó a que el veneno surtiera el efecto deseado.

Es demasiado simple decir que el pecado de Eva fue la *desobediencia*. Su pecado fue la incredulidad, no aceptó lo que Dios le había dicho sobre sí mismo. No creyó en el amor divino, sino que prefirió creer la mentira.

⁶ Al ver la mujer que el árbol era bueno para comer, agradable a los ojos y deseable para alcanzar la sabiduría, tomó de su fruto y comió; y dio también a su marido, el cual comió al igual que ella. ⁷ Entonces fueron abiertos los ojos de ambos y se dieron cuenta de que estaban desnudos.

Cosieron, pues, hojas de higuera y se hicieron delantales.

Podemos apreciar el cambio que sufrió la personalidad de Eva. Mientras tuvo la imagen divina, supo todas las cosas que Dios quería que supiera; ahora su intelecto le decía que el árbol era bueno para comer y apetecible para alcanzar la sabiduría. Sus emociones también habían sido engañadas; Eva ya no sintió gozo de obedecer sin titubear la palabra de su Padre; su voluntad, que hasta ahora había estado en perfecta armonía con la del Señor, la llevó a hacer lo que tenía prohibido y a decirle a su esposo que hiciera lo mismo que ella. Eva permitió que la mentira de Satanás se apoderara: de su mente, de su corazón, y de su voluntad.

Notamos también que, en la caída, tanto Adán como Eva abandonaron el papel que Dios les había dado. Eva, a quien Dios había designado para ser ayuda idónea para el hombre, se tomó la libertad de actuar como líder de la familia, y nada menos que como líder espiritual. Y Adán, el señalado para ser la cabeza de la familia, abandonó su liderazgo y escuchó a su esposa en vez de escuchar a Dios.

La promesa que le hizo Satanás a Eva se convirtió en una mentira. Ni ella ni Adán se habían vuelto como Dios. En otro



La caída

aspecto, sin embargo, las palabras de Satanás habían llegado a ser ciertas: sus ojos habían sido abiertos, pero no en la forma benéfica que Satanás le había prometido. Ahora se daban cuenta que habían perdido *el bien*. Y ahora conocieron *el mal* como algo que los controlaba. Por primera vez en su vida, sintieron vergüenza de su desnudez. Adán y Eva comprendieron que ya no tenían completo control de sus impulsos sexuales. Ya no podían dirigir esos impulsos sólo de acuerdo a la voluntad de Dios y para su gloria. Por lo tanto, trataron inmediatamente de cubrirse, aunque sin lograrlo.

Es instructivo fijarse en el método de operación que usó Satanás cuando tentó a Eva, porque sus métodos no han cambiado mucho a través de la historia del mundo. Su mentira sigue siendo básicamente: “Dios no es bueno. Él te está privando de los privilegios a los cuales tú, como individuo que eres, tienes pleno derecho; por ejemplo, decidir por ti mismo lo que es bueno para ti.” Satanás nos sigue tentando para que convirtamos en un desorden los planes de Dios para nosotros; se pone en el lugar de Dios. Nos lleva a imaginar que, después de todo, tenemos el control de nuestra vida y que somos los amos de nuestro destino, los capitanes de nuestra alma.

Satanás sigue susurrando: “¡Ciertamente no morirás!” Ha persuadido a muchos, haciéndoles creer que el infierno no existe o que después de que una persona muere, simplemente deja de existir. Si la persona es suficientemente fuerte para resistir esta mentira, Satanás le ofrecerá el engaño de que Dios les dará a todos una segunda oportunidad después de la muerte. Otra variación del tema “ciertamente no morirás” es el universalismo, que afirma que al final todas las personas serán salvas, y nadie será condenado.

⁸ Luego oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba por el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto.

**⁹ Pero Jehová Dios llamó al hombre, y le preguntó:
—¿Dónde estás?**

¹⁰ **Él respondió:**

—Oí tu voz en el huerto y tuve miedo, porque estaba desnudo; por eso me escondí.

Lo primero que Adán y Eva sintieron por causa de su pecado fue un sentimiento de *vergüenza*. Iba a haber otros resultados, que se hicieron evidentes cuando Jehová Dios fue al huerto. “Jehová Dios” — ¡Qué nombre tan apropiado! El divino visitante era, en primer lugar, *Jehová*, el Dios Salvador que vino amorosamente en busca de sus criaturas caídas y reveló la fidelidad de su amor. Pero el visitante de Adán y Eva era también Dios, el Creador, cuya majestad había sido atacada por sus dos más altas criaturas, y que había venido a señalarles su culpa.

En su pecado y vergüenza, Adán y Eva no buscaron a Dios, sino fue Dios quien los buscó. ¿Cómo reaccionaron cuando escucharon los pasos del Señor? “Se escondieron.” El segundo resultado de su pecado fue el *temor*, una emoción que nunca antes habían sentido, pero sin duda ahora tenían buenas razones para sentirlo. El huerto había sido un lugar de gozoso compañerismo con Dios, pero ahora huían de su presencia y se escondían. Sin duda estos son los síntomas de una condición espiritual muy seria: con necedad imaginaban que por sus esfuerzos se protegerían del castigo divino.

“¿Dónde estás tú?” Aquí hay un llamado del amor ansioso. El Dios Salvador se disponía a acercarse a él a sus hijos caídos. Sin embargo, estas palabras también son un llamado de justicia estricta; el Creador estaba exigiendo a sus criaturas rebeldes una respuesta. “¿Qué has hecho para que te escondas?”

La respuesta de Adán fue una verdad a medias: “Tuve miedo, porque estaba desnudo; por eso me escondí”. La respuesta fue evasiva y engañosa, y muestra los horribles efectos del daño que el pecado había causado.

¹¹ **Entonces Dios le preguntó:**

—¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Acaso has

comido del árbol del cual yo te mandé que no comieras?

¹² El hombre le respondió:

—La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí.

¹³ Entonces Jehová Dios dijo a la mujer:

—¿Qué es lo que has hecho?

Ella respondió:

—La serpiente me engañó, y comí.

La Biblia dice: “El que oculta sus pecados no prosperará” (Proverbios 28:13). Por lo tanto, Dios siguió interrogando a Adán, y sus preguntas se hacían más directas a medida que trataba de sacar a la luz el pecado de los dos temerosos pecadores. “¿Acaso has comido del árbol del cual yo te mandé que no comieras?” En lugar de aceptar la culpa por su acción, Adán ahora culpó a Eva; incluso a Dios mismo. Sin duda aquí está otro resultado del pecado. La falta de amor hacia Dios resultará inevitablemente en falta de amor hacia el prójimo. Y cuando el reflector de la justicia divina enfocó a Eva, ella a su vez intentó descargar la culpa en la serpiente: “La serpiente me engañó, y comí”.

En la respuesta de Eva notamos también algo más que debió haber afligido a Dios, tanto ella como Adán estaban pensando sólo en el *acto* pecaminoso de comer. Dios estaba mucho más interesado en la *actitud* pecadora que produjo esa obra. Después de todo, el pecado no comienza en la mano, sino en el corazón. El pecado es igual de engañoso en nuestra vida hoy; sentimos sus resultados con mayor rapidez que la actitud que los produjo.

Cuando leamos este trágico relato, recordemos que estamos hablando de la historia de nuestra familia; usted y yo somos hijos e hijas de Adán y Eva. Nosotros también hemos aprendido de nuestros primeros padres a amarnos a nosotros mismos y a luchar por nosotros mismos, aunque eso signifique ir en contra de la fidelidad de Dios, que vino a salvarnos: para él mismo, para que estemos en su familia, y para que tengamos un hogar eterno.

El primer anuncio del plan de rescate de Dios

¹⁴ Y Jehová Dios dijo a la serpiente:

**—Por cuanto esto hiciste,
maldita serás entre todas las bestias
y entre todos los animales del campo.
Sobre tu vientre te arrastrarás
y polvo comerás todos los días de tu vida.**

**¹⁵ Pondré enemistad entre ti y la mujer,
y entre tu simiente y la simiente suya;
ésta te herirá en la cabeza,
y tú la herirás en el talón.**

Los intentos lamentables que hicieron Adán y Eva de disculparse por su acción no merecían una respuesta de Dios, y no la tuvieron. En vez de eso, el Señor se dirigió a la serpiente y la maldijo. La forma de moverse de la serpiente iba a cambiar de ahora en adelante; desde ahora se arrastraría.

Si eso le parece injusto, recuerde que Dios lo hizo para enseñar una lección a dos personas que estaban aún avergonzadas por el primer pecado. La forma inusual de moverse de la serpiente arrastrándose por el suelo les iba a recordar siempre a ellos, así como también a nosotros, que Satanás usó a este animal para arrastrar a su nivel la corona de la creación. Arrastrarse por el suelo iba a ser también símbolo de la derrota y la humillación de Satanás. Adán y Eva escucharon las palabras que Dios les habló; debían saber que, aunque esta vez Satanás había obtenido una pequeña victoria, su triunfo no sería permanente.

Además, Jehová Dios le dirigió a Satanás unas palabras muy significativas, que anunciaban un nuevo plan de su amor fiel. Martín Lutero dijo de Génesis 3:15: “Este pasaje contiene todas las cosas nobles y gloriosas que se pueden encontrar en cualquier parte de las Escrituras”. Estas palabras iluminaron a los primeros creyentes, y nos iluminarán a nosotros también. Pero las verdades preciosas que están en ellas fueron dichas de tal forma que velaron

parcialmente la verdad completa, retando a los creyentes de entonces y a los de hoy, a reflexionar sobre su significado.

Dios habló de enemistad en tres niveles diferentes. Le dijo a Satanás: “Pondré enemistad entre ti y la mujer”. Había existido amistad entre Eva y Satanás, es decir, que ella lo consideró su amigo. Creyó en su “amigo” cuando él le habló. Y si Dios no hubiera intervenido, Eva y todos sus descendientes se hubieran ido a vivir para siempre con su “amigo”. La promesa que hizo Dios de enviar el Salvador para redimir a los pecadores perdidos creó la fe en el corazón de Eva, y la amistad que sintió por Satanás ahora la reemplazó por enemistad. ¡Qué bendición que usted y yo hayamos aprendido a ver a Satanás como enemigo!

La enemistad que Dios anunció se extendería a las generaciones venideras tanto de la “simiente” de Satanás como de la “simiente” de Eva. Dios predijo hostilidad entre los seguidores de Satanás y los descendientes de Eva, que compartirían con ella su oposición contra el demonio y su confianza en la gracia de Dios. Esta hostilidad existe aun en nuestros días entre los hijos creyentes de Dios y el mundo incrédulo.

Esta enemistad iba a culminar con uno de los descendientes de Eva, identificado sólo como “ésta”. Dios le advirtió a Satanás: “Ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el talón”.

La profecía culmina con la enemistad entre Satanás y Cristo. Hacia este descendiente de Eva, el maligno dirigió su enemistad más rencorosa, comprendiendo cuánto estaba en juego. “Tú la herirás en el talón”. Vemos el cumplimiento de esta promesa desde la tierna infancia en la vida del Salvador, cuando Herodes trató de matarlo. Otro cumplimiento se manifestó cuando, inmediatamente después del inicio del ministerio público de Cristo, Satanás lo tentó para que abandonara el plan de su Padre. Y en ese día aciago que los cristianos llaman Viernes Santo, Satanás mordió el talón de su Enemigo con tal ferocidad que le costó la vida al Salvador.

Sin embargo, la enemistad de Satanás contra la simiente de la mujer fue inútil, pues “ésta te herirá en la cabeza” (de Satanás). Herir la cabeza de la serpiente significa la derrota. Así como

mediante una mujer Satanás introdujo el pecado y la muerte en el mundo, también mediante la simiente de la mujer Dios conquistaría el pecado, la muerte, y a Satanás. “Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo” (1 Juan 3:8).

¹⁶ A la mujer dijo:

**—Multiplicaré en gran manera los dolores en tus
embarazos,
con dolor darás a luz los hijos,
tu deseo será para tu marido
y él se enseñoreará de ti.**

¹⁷ Y al hombre dijo:

**—Por cuanto obedeciste a la voz de tu mujer
y comiste del árbol de que te mandé diciendo: “No
comerás de él”,
maldita será la tierra por tu causa;
con dolor comerás de ella
todos los días de tu vida,**

**¹⁸ espinos y cardos te producirá
y comerás plantas del campo.**

**¹⁹ Con el sudor de tu rostro comerás el pan,
hasta que vuelvas a la tierra,
porque de ella fuiste tomado;
pues polvo eres
y al polvo volverás.**

Jehová Dios había anunciado el plan de largo plazo que tenía deparado para castigar a su malvado enemigo. El Padre celestial ahora tenía que ocuparse de sus hijos que habían dudado de su amor, que le habían desobedecido, que trataron de ocultarse de él y de engañarlo. Dios tenía también algo que decirles; darles a conocer la disciplina apropiada para los dos.

La enseñanza cristiana ha distinguido constantemente entre el sufrimiento que Dios en su *ira* le asigna a alguien que ha

quebrantado su majestad, y el sufrimiento que Dios aplica en *amor* y con el propósito de corrección. A lo primero lo llamamos castigo de Dios; a lo segundo, su disciplina o corrección.

Dios se dirigió primero a Eva quien primero creyó la mentira de que seguir a Satanás le traería bendición. Cada vez que Eva o una de sus hijas trajeran un hijo al mundo, el dolor del alumbramiento sería un recordatorio de que el pecado sólo trae pena y sufrimiento en lugar de satisfacción.

En la caída, Eva quiso actuar independientemente de su esposo; tomó el liderazgo de la familia. Y por esa razón Dios le recordó que el orden de su creación aún permanecía, y continuaría permaneciendo: “Tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti”. Aunque el pecado y el egoísmo ahora iban a entrar en la relación de la esposa con el esposo y en la de él con ella, el pecado no cambió el plan original de Dios en cuanto a la cabeza de la familia. El Nuevo Testamento lo reafirma, y le pide a la mujer cristiana que encuentre gozo y satisfacción en el papel que Dios le ha dado (1 Timoteo 2:11-15).

Jehová Dios se dirigió después a Adán y le hizo saber la disciplina que su falta merecía. Hay que recordar que Adán le había cedido a Eva su papel de líder en el matrimonio. Dado que él se sometió a su esposa en vez de guiarla en amor, y había ido en contra del mandato de Dios de no comer del fruto prohibido, Adán iba a tener dificultades con la tierra (que hasta ahora había estado bajo su control total). Para recordarle su pecado y ayudarle en la lucha diaria contra su naturaleza pecadora, el Creador maldijo la tierra. Adán, lo mismo que sus futuros descendientes, iba a sufrir miseria y dificultad para sacar de la tierra el sustento para vivir.

Dios le había dado a Adán el dominio sobre su creación a fin de protegerla y preservarla. Esta había sido la actitud de Adán mientras conservaba la imagen de Dios, pero se produjo un cambio terrible en él cuando perdió la imagen divina y en su lugar tomó la imagen pecadora. Recordemos que Adán trató de ocultarse de Dios, le mintió y trató de aprovecharse de su esposa culpándola a ella. Vemos estas mismas tendencias en la raza humana ahora. Los

seres humanos, originalmente designados para ejercer un dominio como el de Dios sobre la creación, ahora se aprovechan de ella y la explotan. En nuestro vocabulario han entrado palabras horribles: *aborto, contaminación, lluvia ácida y especies en peligro de extinción*. Vemos por qué Dios no quiso que los humanos tuvieran dominio ilimitado sobre su creación.

El castigo final que Dios anunció por el pecado de Adán fue que su cuerpo, en el cual el Creador había soplado aliento de vida, un día regresaría al mismo material del cual había sido hecho originalmente. ¡Qué mensaje tan devastador escuchó Adán! “¡Del polvo saliste; y al polvo volverás!” En este anuncio solemne de Dios vemos por qué las personas tienen tanto miedo de morir. La muerte es algo que nunca debió haber ocurrido, algo totalmente anormal; es una intromisión violenta en el buen plan de Dios.

El Dios fiel se apareció a Adán y Eva en una admirable muestra de su misericordia. No sólo les reveló su falta, sino que también les anunció su gran plan de amor para liberarlos de su pecado, y le asignó la disciplina apropiada a cada uno. ¿Cómo respondieron ellos?

²⁰ A su mujer Adán le puso por nombre Eva, por cuanto ella fue la madre de todos los vivientes. ²¹ Y Jehová Dios hizo para el hombre y su mujer túnicas de pieles, y los vistió.

²² Luego dijo Jehová Dios: «El hombre ha venido a ser como uno de nosotros, concededor del bien y el mal; ahora, pues, que no alargue su mano, tome también del árbol de la vida, coma y viva para siempre».

²³ Y lo sacó Jehová del huerto de Edén, para que labrara la tierra de la que fue tomado. ²⁴ Echó, pues, fuera al hombre, y puso querubines al oriente del huerto de Edén, y una espada encendida que se revolvía por todos lados para guardar el camino del árbol de la vida.

Adán le dio a su esposa un nombre que significa “viviente” o “vida”. Seguramente con este nombre Adán quería expresar algo

más que el mero hecho de que Eva tendría descendencia; eso era algo que difícilmente valdría la pena mencionar. El término *vida* con frecuencia se usa en las Escrituras para describir la unión con Dios (lo que a veces llamamos “salvación”). Por otra parte, *muerte* denota separación de Dios (“condenación”). Puesto que Eva iba a ser en realidad la madre de todos los seres humanos, también sería un descendiente de ella que restauraría la vida por completo. Por lo tanto, al darle a su esposa ese nombre, Adán mostró su fe en la promesa que Dios les dio.

El Señor siguió mostrando el amor por sus hijos en otra forma. Cuando Adán y Eva sintieron el primer bochorno de vergüenza por su desnudez (Génesis 3:7), tomaron medidas de inmediato, aunque poco satisfactorias, para cubrirse con hojas de higuera. Al proporcionarles ropas más adecuadas, Dios intensificó en ellos el sentimiento de vergüenza, para ayudarlos en su lucha contra la tentación.

Una declaración que Dios hizo en estos versículos puede asombrar al lector: “El hombre ha venido a ser como uno de nosotros”. Lutero comentó: “Dios dijo esto en santa ironía”. Después de que Adán y Eva comieron del fruto prohibido, supieron por experiencia lo que eran el bien y el mal, aunque ese conocimiento era sólo una caricatura del conocimiento que Dios había deseado que tuvieran. Ahora conocían el *bien* como algo que habían poseído y perdido; conocían el *mal* como algo que había impregnado todo su ser, un enemigo incorporado en ellos, contra el cual tendrían que luchar, aun después de haber sido llevados a la fe.

Es evidente, entonces, que había algo más que Dios tenía que hacer, y esto requirió que Dios aplicara lo que algunos llaman “el amor duro”. Tuvo que sacar a dos personas del huerto que era su hogar. Los dos verbos que usó Moisés para describir la acción son intensivos, y nos dan la impresión de que Adán y Eva no estaban dispuestos a irse de allí, es decir, que Dios tuvo que obligarlos a salir. La razón que Dios indicó para sacarlos del Edén fue que no quería que, en su condición pecadora, comieran del árbol de la

vida, ya que esto hubiera perpetuado su forma presente de vida. Dios no quería que vivieran eternamente en cuerpos esclavizados por el pecado, como los condenados al infierno; eso habría hecho imposible la gran obra de restauración de Cristo.

Para impedir cualquier intento que Adán y Eva pudieran hacer para volver a entrar al huerto que había sido su hogar, Dios puso un querubín con una espada encendida a la entrada. Con esto Dios les anunció que la vida ya no sería un continuo paraíso, sino más bien un *tiempo de gracia*, un período que Dios nos da para que podamos encontrarlo mediante Jesucristo. El último libro de la Biblia nos promete que cuando un día gocemos de la perfecta compañía de Dios en los cielos, él nos dará “a comer del árbol de la vida, que está en medio del paraíso de Dios” (Apocalipsis 2:7).

Las dos divisiones de la familia humana

Mucha gente piensa que el pecado de Adán y Eva en el huerto del Edén no parece algo muy serio. Tal vez la mejor respuesta a esta objeción es: “¡Mire los resultados que tuvieron sus actos!” El capítulo 4 de Génesis ilustra la verdad de la declaración de Pablo: “Como el pecado entró en el mundo por un hombre y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Romanos 5:12).

4 Conoció Adán a su mujer Eva, la cual concibió y dio a luz a Caín, y dijo: «Por voluntad de Jehová he adquirido un varón».² Después dio a luz a su hermano Abel. Fue Abel pastor de ovejas y Caín, labrador de la tierra.

Tanto los escritores del Antiguo Testamento como los del Nuevo Testamento utilizan la forma especial del verbo *conocer* como un delicado eufemismo para la relación sexual entre esposo y esposa. “Conoció Adán a su mujer”. El verbo tiene la connotación de conocer por experiencia. Adán reconoció la especial naturaleza y función de Eva; la conoció como a su propia y querida esposa. Dios bendijo su unión dándoles un bebé varón.

Cuando Eva tuvo en sus brazos a su pequeño hijo pronunció algunas palabras significativas. Desafortunadamente, algunas de sus palabras tienen dos significados diferentes. Lutero entendió que Eva dijo: “He obtenido a un varón, Jehová”. Según esta traducción, Eva pensaba que su niño era el Salvador, el descendiente prometido que aplastaría la cabeza de la serpiente.

Una traducción alterna y probablemente mejor de las palabras de Eva es: “Junto con Jehová, he obtenido un varón”. Si las palabras de Eva se comprenden de esa forma, entonces ella estaba, antes que nada, expresando su sorpresa y gratitud por el milagro del nacimiento del primer ser humano. ¡Dios realmente le permitió compartir su obra creadora! También vale la pena notar que al referirse a Dios, Eva no escogió su nombre como Creador sino su nombre como Salvador. Al concederle un hijo, el Dios del pacto estaba anunciando que no dejaría que la raza humana pereciera. Eva se alegró por este testimonio de que la línea de su familia iba a continuar y que de esa forma, a su debido tiempo, nacería su descendiente más famoso.

Con el objeto de prepararnos para el trágico desenlace que iba a ocurrir inmediatamente después, Moisés registra el nacimiento del segundo hijo. También sabemos que después de un tiempo Caín fue agricultor y Abel pastor de ovejas. Adán y Eva tuvieron otros hijos e hijas (Génesis 5:4), pero con una sola excepción no conocemos sus nombres.

³ Pasado un tiempo, Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda a Jehová. ⁴ Y Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas, y de la grasa de ellas. Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda; ⁵ pero no miró con agrado a Caín ni a su ofrenda, por lo cual Caín se enojó en gran manera y decayó su semblante. ⁶ Entonces Jehová dijo a Caín:

—¿Por qué te has enojado y por qué ha decaído tu semblante? ⁷ Si hicieras lo bueno, ¿no serías enaltecido?; pero si no lo haces, el pecado está a la puerta, acechando.

Con todo, tú lo dominarás.

⁸Caín dijo a su hermano Abel: «Salgamos al campo». Y aconteció que estando ellos en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel y lo mató.

No nos sorprende leer que los dos hijos de Adán y Eva ofrecieron sacrificios a Jehová (tal vez cuando llegó el tiempo de recoger la cosecha). Como padres que veneraban a su Creador, Adán y Eva hubieron enseñado a sus hijos la adoración debida a Dios. Caín llevó su ofrenda del producto del campo; Abel, de lo mejor de su rebaño.

No tenemos información sobre si Dios ordenó esa forma de adoración. Parece poco probable que naciera de ellos, dado que la Biblia menciona varias formas de adoración que se originaron en la mente del hombre pecador, y que eran muy repugnantes. Por ejemplo, escuchamos de la adoración al sol y a la luna. En tiempos antiguos, los padres sacrificaban a sus hijos a los dioses con la finalidad de obtener sus favores. En el antiguo Canaán, los hombres y mujeres practicaban la prostitución en el templo para obtener las bendiciones de sus dioses. Cuando se la deja a su propio albedrío, la mente pecaminosa de los humanos inventa esta clase de adoración. Sin duda, no fue casualidad que la familia de Adán practicara un tipo de adoración agradable a Dios.

Ellos le ofrecieron sus sacrificios a “Jehová”. Adán y Eva les habían enseñado a sus hijos a conocer y amar al Dios Salvador, el Dios de gracia y fidelidad. El simbolismo que había detrás de la ofrenda pudo haber sido el mismo que está detrás de nuestras mismas ofrendas: colocamos una porción de lo que poseemos sobre el altar del Señor en señal de que primero nos hemos dedicado nosotros a él.

El Nuevo Testamento nos dice por qué la ofrenda de Abel fue aceptable a Dios y la de Caín no: “Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín” (Hebreos 11:4). Y el apóstol Juan nos da una idea de lo que estaba ocurriendo en el corazón de Caín: “Caín, que era del maligno y mató a su hermano... Porque

sus obras eran malas, y las de su hermano justas” (1 Juan 3:12). Caín estaba furioso porque su sacrificio no había sido aceptado, demostrando así que el motivo de su sacrificio había sido el orgullo.

En las acciones de estos dos hermanos, vemos que no todos los hijos de Adán y Eva compartían la fe de sus padres en el Salvador prometido. A Dios no le agradó la ofrenda de Caín por considerarla un producto de su incredulidad. “Sin fe es imposible agradar a Dios”, escribe el apóstol (Hebreos 11:6). Desde los primeros días de la historia del mundo hasta la actualidad han existido dos clases de personas: creyentes y no creyentes. En los dos hijos de Adán y Eva podemos detectar el principio de estas dos tendencias, que se hacen más notables a medida que avanza la narración del capítulo 4.

“Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda.” Note el doble objeto del agrado de Jehová. Mediante la fe en la promesa de Dios Abel fue aceptable a Dios; lo miró como a su querido hijo. Y como su sacrificio fluyó de esta misma fe, el sacrificio de Abel agradó a Dios. La incredulidad en el corazón de Caín no podía permanecer oculta para el Dios que todo lo ve. Es verdad que Caín era miembro de la familia de Adán e inclusive participaba en la adoración familiar, pero estaba fuera de la familia de Dios. Aparentemente, Caín le llevaba sus ofrendas al Dios verdadero, pero sus motivos eran impuros. Hacía lo que el culto de adoración requería, pero sus motivos eran egoístas y lo hizo por interés.

De alguna forma que desconocemos, Dios le hizo saber a Caín que la actitud de su corazón, así como su ofrenda, era inaceptable. Caín se dio cuenta de ello, se molestó, y el enojo se reflejó en su rostro. Cuando Caín agregó el pecado de la ira a al pecado de la falsa adoración, Jehová, el Dios Salvador, habló con él, tal vez en persona. Le mostró su fiel amor advirtiéndole: “¡Caín, no debes enojarte conmigo y con tu hermano! El pecado, como una bestia peligrosa, te está acechando, pero con mi ayuda puedes resistirlo.”

Caín rechazó la advertencia y el bondadoso ofrecimiento de Jehová; resistió el esfuerzo amoroso del Espíritu de Dios. En vez de ello, invitó a su hermano a que fueran al campo, donde no hubiera testigos, y allí lo mató a sangre fría. Fue evidente que el descendiente de Eva se convirtió en descendiente de Satanás (Juan 8:44).

⁹ Entonces Jehová preguntó a Caín:

—¿Dónde está Abel, tu hermano?

Y él respondió:

—No sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?

¹⁰ Jehová le dijo:

—¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. ¹¹ Ahora, pues, maldito seas de la tierra, que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano. ¹² Cuando labres la tierra, no te volverá a dar sus frutos; errante y extranjero serás en ella.

¹³ Entonces Caín respondió a Jehová:

—Grande es mi culpa para ser soportada. ¹⁴ Hoy me echas de la tierra, y habré de esconderme de tu presencia, errante y extranjero en la tierra; y sucederá que cualquiera que me encuentre, me matará.

¹⁵ Le respondió Jehová:

—Ciertamente cualquiera que mate a Caín, siete veces será castigado.

Entonces Jehová puso señal en Caín, para que no lo matara cualquiera que lo encontrase.

¹⁶ Salió, pues, Caín de delante de Jehová, y habitó en tierra de Nod, al oriente de Edén.

El Dios fiel del pacto apareció ante Caín de nuevo, esta vez no con un ofrecimiento de ayuda, sino con el aplastante mensaje de la ley para el pecador insolente. “¿Dónde está... tu hermano? ¿Qué has hecho?” Caín tal vez pensó que había acallado la voz de su hermano para siempre, pero aquí se dio cuenta de que la sangre derramada clamaba constantemente a Dios por venganza.

Para despertar la conciencia de Caín y como un recordatorio de por vida del crimen que había cometido, Dios pronunció una maldición sobre él. Esa no fue una sentencia de condenación irreversible. Al labrador Caín ya no se le permitiría seguir viviendo en la porción de tierra cultivada, sino que habría de ganarse la vida a través de las más grandes dificultades. Aun más, se vería obligado a pasar su vida vagando sin descanso.

Con esas palabras solemnes, Dios atrajo la atención de Caín. El pecador insolente estaba aterrorizado por lo que había escuchado, pero su respuesta no muestra indicios de arrepentimiento. El peor temor que lo asaltaba era perder su propia vida. “Cualquiera que me encuentre me matará.” Se ha considerado que para ese entonces ya existían tres o cuatro generaciones de descendientes de Adán sobre la tierra, todos ellos parientes del hombre a quien Caín había asesinado. El temor de Caín era real y bien fundado, que alguno de los parientes de Abel pudiera vengarse matándolo a él también.

Con el fin de asegurarle que eso no ocurriría, el fiel Señor puso una señal en Caín. Algunos han sugerido que fue una marca de identificación corporal; el hebreo parece sugerir que fue un tipo de señal milagrosa, semejante a las señales que Jehová les dio a Moisés (Éxodo 4:8,9), o a Gedeón (Jueces 6:17-22), o a Ezequías (Isaías 38:5-8). De cualquier manera, la señal fue una seguridad milagrosa para Caín de que su vida sería preservada.

Ver a este desdichado hombre sin hogar, siempre errante y procurando sobrevivir sólo mediante las más grandes dificultades, sería una advertencia para cualquiera que intentara imitar su conducta y su actitud.

¹⁷ Conoció Caín a su mujer, la cual concibió y dio a luz a Enoc; y edificó una ciudad, a la cual dio el nombre de su hijo, Enoc. ¹⁸ A Enoc le nació Irad, e Irad engendró a Mehujael; Mehujael engendró a Metusael, y Metusael engendró a Lamec. ¹⁹ Lamec tomó para sí dos mujeres: el nombre de la una fue Ada, y el nombre de la otra, Zila.

²⁰ **Ada dio a luz a Jabal, el cual fue padre de los que habitan en tiendas y crían ganados. ²¹ Y el nombre de su hermano fue Jubal, el cual fue padre de todos los que tocan arpa y flauta.**

²² **También Zila dio a luz a Tubal-caín, artifice de toda obra de bronce y de hierro, y a Naama, hermana de Tubal-caín.**

²³ **Un día, Lamec dijo a sus mujeres:**

**«Ada y Zila, oíd mi voz;
mujeres de Lamec, escuchad mis palabras:
A un hombre maté por haberme herido
y a un joven por haberme golpeado.
²⁴ Si siete veces será vengado Caín,
Lamec lo será setenta veces siete».**

La Biblia dice: “La herencia del bueno alcanzará a los hijos de sus hijos” (Proverbios 13:22). La herencia que Caín les dejó a sus hijos fue una herencia terrible; ellos no aprendieron de su padre el precioso regalo que es la misericordia de Dios. Tampoco aprendieron que el propósito de la vida es glorificar a Dios. Por consiguiente, los descendientes de Caín siguieron el camino elegido por su antepasado.

Caín se casó, y su esposa lo siguió en la miserable existencia que Dios le había prometido. Dado que, en el principio, Dios creó sólo una familia para poblar la tierra, la esposa de Caín debió haber sido una parienta cercana, probablemente su propia hermana o tal vez una sobrina. (Si Caín no se casó con su hermana, uno de sus hermanos debió haberlo hecho). Eso era inevitable, ya que Dios había determinado que todos los habitantes de la tierra tuvieran un linaje común.

Tenemos una detallada descripción de los descendientes de Caín, los cainitas, una rama de la familia de Adán, y no es impresionante. Considere estos datos: Caín “edificó una ciudad”, es decir, un lugar fortificado. No se nos dice si el proyecto se terminó, pero notamos que Caín aparentemente trató de neutralizar la maldición de su destierro, que Dios había pronunciado. “Lamec

tomó para sí dos mujeres.” Lamec, la quinta generación después de Caín, introdujo la poligamia en la raza humana. De esa manera despreció el propósito que Dios estableció para el matrimonio, de que un hombre y una mujer glorificaran a Dios y se ayudaran uno al otro en un compromiso incondicional de amor. Entre los cainitas, la lujuria pervirtió el propósito original de Dios.

Se enumeran los oficios que desempeñaron los cainitas, y son muy impresionantes. Criaron ganado, hicieron instrumentos musicales, trabajaron los metales con gran habilidad. Todo eso señala una cultura avanzada, un marcado contraste con la imagen que comúnmente se nos presenta de los primeros habitantes de nuestro planeta. La descripción que tenemos aquí de los cainitas es la de un grupo de gente que desarrolló las bellas artes y una cultura avanzada, pero cuyas actividades iban dirigidas únicamente hacia esta existencia terrenal. Los descendientes de Caín eran gente que consideraba que Dios no les servía para nada.

A esta relación del adelanto cultural, Lamec le añade una desafortunada posdata. El primer poema documentado en las Escrituras es un estribillo que Lamec les cantó a sus dos esposas, del cual destilaba un espíritu de venganza. Tal vez en ese momento Lamec sostenía una espada hecha por su hijo Tubal-caín. A su jactancia le agrega la blasfemia de que si alguien se atrevía a hacerle daño, su propia mano podría hacer mucho más daño que el castigo siete veces más severo que Dios dijo que haría a quien se atreviera a quitarle la vida de Caín.

Al leer esta sagrada narración, nos damos cuenta de que las primeras civilizaciones hicieron los progresos más grandes entre aquellos que estaban separados de Dios. Tal vez esto no sea sorprendente. En primer lugar, la persona alejada de Dios quiere mitigar la maldición del pecado y trata desesperadamente de anesthesiarse contra el dolor sordo de una conciencia acusadora. En segundo lugar, la persona que trata de vivir separada de Dios lucha para darle un propósito a su vida, la cual está vacía sin Dios. Por supuesto, todos sus esfuerzos los dirigen hacia la meta de lograr una existencia placentera.

²⁵ Conoció de nuevo Adán a su mujer, la cual dio a luz un hijo, y llamó su nombre Set, pues dijo: «Dios me ha dado otro hijo en lugar de Abel, a quien mató Caín». ²⁶ Y a Set también le nació un hijo, al que puso por nombre Enós. Entonces los hombres comenzaron a invocar el nombre de Jehová.

En esta breve descripción de los descendientes de Set, los *setitas*, rama de la familia de Adán, hay un marcado contraste con los *cainitas* que Moisés acaba de describir. Jehová les dio otro hijo a Adán y Eva, Set, para ocupar el lugar de Abel. A diferencia del vanidoso y blasfemo Lamec, que se vanaglorió de lo que era, Eva le dio toda la gloria a Dios por haberla bendecido con otro hijo.

Moisés da muy poca información sobre los descendientes de Set, pero ese poco dice mucho. Nuestra traducción Reina-Valera dice de los tiempos de Set y Enós: “Los hombres comenzaron a invocar el nombre de Jehová”. En nuestro idioma, “invocar el nombre de Jehová” significa “orar”. Desde luego que el santo escritor no quiso decir que la práctica de orar a Dios comenzó con los nietos de Adán. Una nota al pie en la NIV (*New International Version*) en inglés ofrece como traducción alterna: “proclamar” el nombre de Jehová. Sin duda ése debe ser el sentido del pasaje. Hasta entonces, la adoración al fiel Dios Salvador se había hecho en privado, en el hogar de la familia. En el tiempo de Enós, los creyentes comenzaron a proclamar públicamente el nombre del Salvador, sus obras maravillosas para el bien del pueblo. Mientras sus parientes cainitas fueron perfeccionando sus habilidades en las artes y las ciencias para mejorar su vida en este mundo, los setitas estaban haciendo importantes adelantos culturales en asuntos relacionados con Dios y con la vida en su presencia.

Génesis 4 comienza con la relación bíblica del linaje de Caín. La historia de esta rama de la familia de Adán comienza con un asesinato premeditado y termina con un poema que glorifica la violencia y una sangrienta sed de venganza. Está claro que éste no podía ser el linaje del que Dios daría al mundo el Salvador

prometido. Por causa de su impiedad, esta primera y brillante civilización fue destruida en el gran diluvio. Génesis 4 termina con el registro de los setitas, rama de la familia de Adán, linaje del cual descendió el Salvador. A partir de aquí, el libro de Génesis describe la historia sólo de la rama setita.

El segundo relato: la línea de Adán (5:1–6:8)

Esta segunda de las diez mini historias de Moisés, el relato del linaje de Adán, da una lista de los antepasados del Salvador, desde Adán hasta Noé. Estos son los descendientes de Set, cuya lealtad a Jehová se encuentra registrada en los últimos versículos del capítulo anterior. No obstante, este relato del linaje de Set termina con una nota trágica. Moisés nos informa que también los descendientes de Set, a través de los cuales Dios estableció la predicación pública de su nombre, paulatinamente llegaron a despreciar su herencia y en su impiedad se unieron a los descendientes de Caín.

5 Éste es el libro de los descendientes de Adán.

El día en que creó Dios al hombre, a semejanza de Dios lo hizo. ²Hombre y mujer los creó; y los bendijo, y les puso por nombre Adán el día en que fueron creados.

Moisés habla de un documento, un “libro” que había llegado a él, con información de diez patriarcas desde el tiempo de la creación hasta el tiempo del diluvio. Con la guía del Espíritu Santo, y al amparo de la divina inspiración, Moisés incorporó ese documento en el libro de Génesis como el segundo de sus diez relatos.

Moisés reitera que cuando Adán y Eva fueron creados tenían la imagen de su Creador. Su intelecto, sus emociones y su voluntad estaban en perfecta armonía con Dios, y gozaban de un compañerismo perfecto con él. Moisés habla tres veces de las condiciones que existían en el tiempo de la creación. La razón de esto se verá cuando Moisés compare la condición perfecta del hombre original en esos días con su triste situación después de haber perdido la imagen divina.

³Vivió Adán ciento treinta años, y engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen, y le puso por nombre Set. ⁴Fueron los días de Adán después que engendró a Set, ochocientos años, y engendró hijos e hijas. ⁵Así que Adán vivió novecientos treinta años, y murió.

En marcado contraste con su situación original, se nos dice aquí que cuando Adán engendró hijos, éstos nacieron a semejanza de su padre pecador. Adán había comenzado su vida en un estado de *perfección*; pero cada uno de sus descendientes, con una sola excepción, comenzó su vida en un estado de *imperfección*.

En estos versículos podemos observar el patrón de tres pasos que siguió Moisés para describir a los diez patriarcas desde Adán hasta Noé. Moisés lo hizo así para establecer un orden cronológico de los años que vivieron estas importantes personas.

Primero, Moisés nos dice la edad del patriarca cuando procreó el siguiente nombre del eslabón de la genealogía mesiánica. Luego nos dice cuánto tiempo más vivió el patriarca y finalmente el tiempo completo de vida del hombre. Ese patrón se repite a lo largo del capítulo, con sólo dos excepciones, que se harán notar.

En verdad, Génesis 5 no es una lectura emocionante; la genealogía no es algo que alguien lea por puro gusto. Pero hay algunas perlas en este capítulo. El lector cuidadoso notará, por ejemplo, que con una sola excepción cada segmento de la genealogía termina con la misma nota: “y murió”. He allí la prueba definitiva de que los seres humanos cayeron de la gran dignidad que tuvieron mientras poseyeron la imagen de Dios. De generación en generación, la advertencia de Dios en el Edén (“el día que de él comas, ciertamente morirás”) resultó ser cierta. Como el tañido de las campanas en un funeral, la frase recurrente: “y murió”, es un recordatorio contundente de lo cierto de la afirmación: “A través de los años el índice de mortalidad sigue igual: una muerte por persona”.

⁶ Vivió Set ciento cinco años, y engendró a Enós. ⁷ Después que engendró a Enós, Set vivió ochocientos siete años, y engendró hijos e hijas. ⁸ Así, todos los días de Set fueron novecientos doce años, y murió.

⁹ Vivió Enós noventa años, y engendró a Cainán. ¹⁰ Después que engendró a Cainán, Enós vivió ochocientos quince años, y engendró hijos e hijas. ¹¹ Así, todos los días de Enós fueron novecientos cinco años, y murió.

¹² Vivió Cainán setenta años, y engendró a Mahalaleel.

¹³ Después que engendró a Mahalaleel, Cainán vivió ochocientos cuarenta años, y engendró hijos e hijas. ¹⁴ Así, todos los días de Cainán fueron novecientos diez años, y murió.

¹⁵ Vivió Mahalaleel sesenta y cinco años, y engendró a Jared. ¹⁶ Después que engendró a Jared, Mahalaleel vivió ochocientos treinta años, y engendró hijos e hijas. ¹⁷ Así, todos los días de Mahalaleel fueron ochocientos noventa y cinco años, y murió.

¹⁸ Vivió Jared ciento sesenta y dos años, y engendró a Enoc. ¹⁹ Después que engendró a Enoc, Jared vivió ochocientos años, y engendró hijos e hijas. ²⁰ Así, todos los días de Jared fueron novecientos sesenta y dos años, y murió.

²¹ Vivió Enoc sesenta y cinco años, y engendró a Matusalén.

²² Después que engendró a Matusalén, caminó Enoc con Dios trescientos años, y engendró hijos e hijas. ²³ Así, todos los días de Enoc fueron trescientos sesenta y cinco años.

²⁴ Caminó, pues, Enoc con Dios, y desapareció, porque lo llevó Dios.

²⁵ Vivió Matusalén ciento ochenta y siete años, y engendró a Lamec. ²⁶ Después que engendró a Lamec, Matusalén vivió setecientos ochenta y dos años, y engendró hijos e hijas.

²⁷ Así, pues, todos los días de Matusalén fueron novecientos sesenta y nueve años, y murió.

La repetición “y murió” no fue el único factor digno de notar en este relato del linaje de Adán. El lector notará la longevidad poco común de estos patriarcas que vivieron antes del diluvio. De los diez, siete vivieron más de 900 años (y al octavo sólo le faltaron cinco años para alcanzar esa edad). De generación en generación, la helada mano de la muerte tocó a los descendientes de Adán, pero no antes de que les hubieran pasado el don de la vida a sus hijos. La larga duración de la vida es un testimonio del vigor de la raza humana en aquellos días del comienzo del mundo.

Los patriarcas que vivieron antes del diluvio les transmitieron otra clase de vida a sus descendientes. Dios permitió que en cada generación hubiera personas que transmitieran la promesa de gracia del Salvador. Los padres y las madres fieles se aseguraron de que sus hijos escucharan la promesa de la simiente de la mujer que iba a aplastar el poder de Satanás y liberar a sus esclavos.

¿Qué podemos decir sobre de la tremenda longevidad que menciona este capítulo? El hecho de que el promedio de vida disminuyera repentinamente después del diluvio ha llevado a muchos a preguntarse si tal vez las condiciones del clima sobre la tierra eran más favorables en los días anteriores al diluvio para que la vida se prolongara. ¿Vivía la gente más tiempo en esos días porque el cáncer del pecado no había tenido tiempo suficiente para hacer todo su sucio trabajo? Podemos plantearnos preguntas, pero lo cierto es que no contamos con información sólida para responderlas positivamente. De una cosa sí podemos estar seguros: Dios usó a estos fieles y longevos descendientes de Set para detener el curso de la maldad que amenazaba con hundir el mundo, y para preservar y transmitir su palabra hasta nuestros días.

Una de las dos variantes más significativas del patrón establecido de esta genealogía ocurre en los versículos 21 al 24, en el caso del patriarca Enoc. Su breve biografía menciona dos veces que “caminó Enoc con Dios”. En un mundo que se estaba volviendo cada vez más perverso, Enoc no sólo creyó en la promesa del Salvador sino que puso por obra la fe en su vida. El apóstol Judas nos dice que Enoc le advirtió a la gente de su época

acerca del juicio de Dios sobre los incrédulos (Judas 14,15). Los descendientes de Adán que se mencionan en este capítulo hicieron lo posible por contener el ataque del diablo.

Dios recompensó la fe de esos hombres piadosos de una forma asombrosa: “Enoc... desapareció, porque le llevó Dios”. En la Epístola a los Hebreos, se menciona a Enoc entre los héroes de la fe: “Por la fe, Enoc fue trasladado para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios; y antes que fuera traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios. Pero sin fe es imposible agradar a Dios, porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que él existe y que recompensa a los que lo buscan” (Hebreos 11:5,6).

En estos versículos, hay una evidencia importante de que en el tiempo del Antiguo Testamento el pueblo de Dios ya sabía de la existencia de la vida después de la muerte. El hecho que Enoc fuera llevado por Dios, como ocurrió siglos después con el profeta Elías, debió haber fortalecido la fe de los santos del Antiguo Testamento en la resurrección del cuerpo y en la vida perdurable.

²⁸ Vivió Lamec ciento ochenta y dos años, engendró un hijo ²⁹ y le puso por nombre Noé, pues dijo: «Éste nos aliviará de nuestras obras y del trabajo de nuestras manos en la tierra que Jehová maldijo». ³⁰ Después que engendró a Noé, Lamec vivió quinientos noventa y cinco años, y engendró hijos e hijas. ³¹ Así, todos los días de Lamec fueron setecientos setenta y siete años, y murió.

³² Noé tenía quinientos años cuando engendró a Sem, a Cam y a Jafet.

La segunda variación significativa del patrón de tres pasos que siguió Moisés para presentar la genealogía patriarcal ocurre en el caso de Lamec, padre de Noé. Cuando sostuvo a su hijo recién nacido en sus brazos, este hombre piadoso explicó el nombre que había escogido para él.

Noé suena como la palabra hebrea *consuelo*. Con la guía del Espíritu Santo, Lamec profetizó acerca de su hijo: “Este nos

aliviara de nuestras obras y del trabajo de nuestras manos en la tierra que Jehová maldijo”. Aunque no sabemos cuánto comprendió Lamec de lo que dijo, él percibió que Dios, en una forma inusual iba a usar a este hijo suyo para beneficio de la raza humana. ¿Tal vez pensó que Noé era el Mesías prometido? Lutero así lo creyó. ¿O acaso Lamec estaba profetizando que, mediante Noé, Dios iba a preservar de la maldición del diluvio a un remanente piadoso?

Noé era parte de la línea mesiánica. De ese linaje vendría el que iba a traer la liberación final de la maldición del pecado. Sin importar cuánto de lo que estaba diciendo comprendió Lamec, no obstante, su profecía es válida.

Moisés comienza el siguiente eslabón de su genealogía con una referencia a Noé y a sus tres hijos, y en este punto interrumpe la genealogía. La mención de Noé, Sem, Cam y Jafet requiere una descripción más detallada de la catástrofe que durante su vida envió Dios como juicio sobre la tierra. Moisés continuará la genealogía en Génesis 9:28.

Condiciones que acarrearón el juicio del diluvio

6 Aconteció que cuando comenzaron los hombres a multiplicarse sobre la faz de la tierra y les nacieron hijas, ² al ver los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas. ³ Entonces dijo Jehová: «No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre, porque ciertamente él es carne; pero vivirá ciento veinte años».

⁴ Había gigantes en la tierra en aquellos días, y también después que se llegaron los hijos de Dios a las hijas de los hombres y les engendraron hijos. Estos fueron los hombres valientes que desde la antigüedad alcanzaron renombre.

⁵ Vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos de su corazón sólo era de continuo el mal; ⁶ y se arrepintió Jehová de haber

hecho al hombre en la tierra, y le dolió en su corazón. ⁷ Por eso dijo Jehová: «Borraré de la faz de la tierra a los hombres que he creado, desde el hombre hasta la bestia, y hasta el reptil y las aves del cielo, pues me arrepiento de haberlos hecho».

⁸ Pero Noé halló gracia ante los ojos de Jehová.

Moisés interrumpió la genealogía de los descendientes de Adán con el fin de describir la terrible catástrofe que Dios envió sobre los habitantes de la tierra durante la vida de Noé. Aquí describe los sucesos que llevaron a Dios a tomar la decisión de enviar el diluvio.

Este último episodio del relato que hace Moisés del linaje de Adán, no es un episodio feliz. Los setitas, el pueblo de Dios que hasta ese entonces había permanecido fiel a él y separado de los incrédulos cainitas, comenzaron a alejarse de la lealtad al verdadero Dios, al mismo tiempo que comenzaban a parecerse cada vez más a sus vecinos paganos. Los “hijos de Dios”, los creyentes, viendo que las “hijas de los hombres eran hermosas, tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas”. Si los “hijos de Dios” eran los setitas, entonces las “hijas de los hombres” eran mujeres no creyentes. Cuando los setitas planearon casarse, que es la relación humana más importante, hicieron a un lado su fe y su herencia piadosa. Cuando buscaron una futura esposa, no se preguntaron: “¿Me ayudará esta mujer a formar un hogar que sea un lugar de instrucción en la fe?” En vez de ello, la pregunta más importante que se hacían era: “¿Es atractiva?”

Esos matrimonios mixtos condujeron a los setitas a más degeneración, hasta que fue imposible distinguirlos de los cainitas. Dios advirtió: “No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre”. El Espíritu de Dios había estado obrando en ese entonces, como lo hace ahora, por medio de la palabra de Dios que se seguía siendo predicando, por ejemplo, por Noé (2 Pedro 2:5). Pero el Espíritu no puede seguir reprendiendo y corrigiendo a las personas si ellas rechazan constantemente su obra de gracia. Como

Dios lo veía, sus criaturas humanas no eran más que carne pecaminosa, bajo el control completo del pecado. En una demostración asombrosa de su paciente amor, Jehová, el Dios Salvador, le concedió a la raza humana otros 120 años de gracia. Por más de un siglo le iba a seguir hablando a la humanidad a través de su vocero y trataría de revertir la deriva mortal hacia la maldad, tratando de detener a las personas en su loca carrera que las llevaba al precipicio del juicio.

Una de las características de la vida sobre la tierra que le desagradó a Dios fue la violencia. Cuando el amor a Dios está ausente de la vida de una persona o de una nación, también estará ausente el amor a las personas. Los hijos pródigos no son muy buenos hermanos. Había hombres violentos sobre la tierra en aquellos días antes del diluvio. Aunque son llamados “gigantes” en la Reina-Valera, la palabra hebrea *nephilim* parece venir de la palabra hebrea que significa “asaltar”, “atacar”. Aun antes de que fueran comunes los matrimonios entre los setitas y los cainitas, hubo hombres violentos que pisoteaban los derechos de los demás. Sin embargo, en esos matrimonios mixtos engendraron a otros hombres iguales a ellos. Y el colmo de la ironía es que, en ese mundo desordenado, a esa clase de individuos egocéntricos y pendencieros los admiraban y los consideraban como modelos dignos de imitar.

Fue entonces cuando Dios cambió el curso de su gobierno del mundo, pero su propósito siguió siendo el mismo. (¡Gracias a Dios que eso nunca cambia!) El quería, y aún quiere, que todos sean salvos, pero comprendió que a menos que él interviniera, la maldad desenfrenada que existía en toda la tierra podía arrastrar también a sus hijos creyentes. El Dios que una vez, al ver a sus criaturas más altas, exclamó: “¡Bueno!”, al verlas ahora dijo consternado y con disgusto: “¡Esta no es la raza humana que yo creé! ¡Dado que su corazón está dispuesto sólo para el mal todo el tiempo, debo destruirlos y empezar de nuevo!” Hasta la demás

creación había sido contaminada y profanada por el pecado del hombre, y entonces cayó bajo el juicio de Dios.

Es importante notar que quien anunció la destrucción del mundo fue Jehová (versículo 7), el Dios de amor fiel. Algunos consideran que su acción fue dura y vengativa, pero realmente es lo opuesto. Dios tomó esta acción drástica porque no quería que se frustrara el plan que había hecho de reunir a su familia de creyentes.

El relato del linaje de Adán, que comienza en 5:1, termina con la declaración significativa: “Pero Noé halló gracia ante los ojos de Dios”. La gracia de Dios es su favor, su inmerecido amor, que es aceptado por la fe. Esta gracia no sólo le dio a Noé algo que no merecía, sino que en realidad le dio precisamente lo opuesto de lo que merecía. Dios no sólo libró a Noé y a su familia de las aguas del diluvio, en realidad los usó para continuar la línea de Adán y Set. De este delicado hilo pendía la promesa que hizo Dios de la simiente de la mujer. Por medio de la descendencia de Noé, el Dios de misericordia cumplió esa importante promesa.

Es importante notar que la condición que se describe en el versículo 5 sigue siendo la misma de cada persona desde el nacimiento. La Biblia enseña la depravación total de la raza humana. El único remedio es el mismo que Noé encontró en los tiempos del diluvio: la gracia de Dios, el maravilloso amor que llega para rescatar a los pecadores que merecen que Dios los rechace.

El tercer relato: Noé (6:9–9:29)

Los capítulos 6 al 8 de Génesis narran la historia del gran diluvio. Es interesante darse cuenta del nombre que Moisés le da a esta sección de su libro. No lo llama “El desastre del diluvio”, sino “El relato de Noé”. Moisés no pone el énfasis en la pesadilla del juicio, la catástrofe global que destruyó a una población estimada en tres mil millones de personas y alteró para siempre la faz de la tierra. En cambio, Moisés hace hincapié en el rescate que Dios llevó a cabo mediante Noé, el hombre que halló gracia ante Jehová. Como Moisés lo describió, esta no es la historia del diluvio, sino el relato de Noé, que incluye su fe, su obediencia, su rescate, su pecado y el solemne pacto que Dios hizo con él.

⁹ Estos son los descendientes de Noé:

Noé, hombre justo, era perfecto entre los hombres de su tiempo; caminó Noé con Dios. ¹⁰ Y engendró Noé tres hijos: Sem, Cam y Jafet.

¹¹ La tierra se corrompió delante de Dios, y estaba la tierra llena de violencia. ¹² Y miró Dios la tierra, y vio que estaba corrompida, porque toda carne había corrompido su camino sobre la tierra. ¹³ Dijo, pues, Dios a Noé: «He decidido el fin de todo ser, porque la tierra está llena de violencia a causa de ellos; y yo los destruiré con la tierra. ¹⁴ Hazte un arca de madera de gofer; harás aposentos en el arca y la calafatearás con brea por dentro y por fuera. ¹⁵ De esta manera la harás: de trescientos codos será la longitud del arca, de cincuenta codos su anchura y de treinta codos su altura. ¹⁶ Una ventana harás al arca, la acabarás a un codo de elevación por la parte de arriba y a su lado pondrás la puerta del arca; y le harás tres pisos.

El relato comienza con una descripción resumida de Noé. Antes que nada, fue justo. En la Biblia éste es un término jurídico, del tribunal de Dios. A Noé, un pecador, Dios lo había declarado

inocente. Dios quería que Noé, al igual que nosotros, confiara en su promesa de ayuda y perdón mediante el Salvador prometido. “Por la fe, Noé... fue hecho heredero de la justicia que viene por la fe” (Hebreos 11:7).

Además, a Noé se le describe como “perfecto”. Esa traducción no es muy satisfactoria, ya que Noé no era perfecto, sino pecador. El adjetivo que Moisés usa para describirlo proviene de un verbo que significa “ser completo”. Noé fue “justo-completo”. Fue un hombre devoto. Su fe salvadora en el Mesías prometido no estuvo sólo en su corazón, sino que se reflejó en todos los aspectos de su vida. Este devoto hijo de Dios practicó su fe también engendrando y criando a tres hijos.

Para los padres creyentes siempre ha sido una tarea muy difícil educar a los hijos en el temor de Dios en el mundo perverso. Sin embargo, para Noé y su esposa fue todavía más difícil por la razón de que ellos estaban absolutamente solos en el mundo que se había vuelto en contra de su Creador. Los contemporáneos de Noé despreciaban a Dios, eran egoístas, y hasta practicaban la violencia entre ellos. El Señor vio que la enfermedad que afligía al mundo de esos días no era un simple caso de sarampión espiritual, sino un cáncer terminal.

Entonces Dios le habló a Noé, depositando en él su confianza e informándole sobre el juicio que iba a venir. Decidió hacer ese juicio al ver que sus criaturas habían perdido el derecho a la vida, por haberlo rechazado como su Creador y Señor. No obstante, Dios también le aseguró que el juicio bien merecido que descargaría sobre el mundo ayudaría a su grande y misericordioso plan para librar a su pueblo e impedir que fueran arrastrados por la tremenda incredulidad e impiedad de esos días.

Dios no le reveló inmediatamente a Noé la forma exacta en que iba a destruir el mundo; esos detalles iban a venir más tarde. Sin embargo, el proyecto de construcción que Dios bosquejó para Noé permitió que él sacara sus propias conclusiones. Debía construir una gran barca de 139 metros de largo (tan larga como

un estadio y medio de fútbol), de 23 metros de ancho, y tan alta como un edificio de cuatro pisos. Su capacidad de almacenamiento equivaldría aproximadamente a la de un buque de 14.000 toneladas. No se trataba de una nave cuyo propósito fuera navegar del punto A al punto B; esta era una barcaza, una caja inmensa, cuyo único propósito era flotar, para preservar la vida de su preciosa carga.

Para acomodar una gran variedad de pasajeros, el arca debía tener tres niveles. Y para permitir la entrada del aire y la luz, era necesario que hubiera una abertura de 45 centímetros alrededor de la misma exactamente debajo del techo.

¹⁷ Yo enviaré un diluvio de aguas sobre la tierra, para destruir todo ser en que haya espíritu de vida debajo del cielo; todo lo que hay en la tierra morirá. ¹⁸ Pero estableceré mi pacto contigo, y tú entrarás en el arca, con tus hijos, tu mujer y las mujeres de tus hijos. ¹⁹ Y de todo lo que vive, de todo ser, dos de cada especie meterás en el arca, para que tengan vida contigo; macho y hembra serán. ²⁰ De las aves según su especie, de las bestias según su especie, de todo reptil de la tierra según su especie, dos de cada especie entrarán contigo, para que tengan vida. ²¹ Toma contigo de todo alimento que se come y almacénalo, para que te sirva de sustento a ti y a ellos».

²² Noé lo hizo así; todo lo hizo conforme a lo que Dios había mandado.

Ahora Dios reveló los detalles de su asombroso plan: iba a usar agua para destruir la tierra. A Noé debieron haberle zumbado los oídos cuando Dios le dio los detalles: “Yo enviaré un diluvio... para destruir todo ser en que haya espíritu de vida debajo del cielo... Pero estableceré mi pacto contigo.” Dios se refirió a su pacto como si fuera un concepto conocido para Noé. Nos da la impresión de que Dios había hecho previamente un acuerdo solemne con Noé (tal vez al principio de los 120 años del período de gracia) y aquí prometió llevar a cabo lo estipulado en el pacto,

es decir, preservar en el arca un diminuto remanente de su creación.

Dios especificó quiénes iban a ir en el arca. Desde luego, lo más importante de todo eran los ocho miembros de la familia de Noé. Debía llevar una variedad de animales y aves a bordo del arca, de modo que la tierra se pudiera poblar de nuevo con ellos después del diluvio. Al principio, Dios le ordenó a Noé que pusiera a bordo una pareja de cada especie; más tarde él mismo modificó esas instrucciones.

El Señor le aseguró a Noé que no tendría que ir a buscar los animales, sino que éstos vendrían a él. De otra forma Noé no habría podido seleccionar las parejas precisas con los genes presentes en sus células reproductoras que proveyeran las variedades en tamaño y color que vemos actualmente en sus descendientes.

Las instrucciones finales de Dios fueron sobre la comida de los ocupantes del arca durante los meses que iban a pasar a bordo de ella. Noé no debería esperar que Dios los alimentara de manera milagrosa, sino que debía almacenar comida suficiente para que durara por lo menos un año. Él y sus siete familiares iban a tener mucho trabajo a bordo y muy poco tiempo para sentir lástima por ellos mismos. En realidad, no tendrían tiempo para aburrirse. En esto vemos una vez más la sabiduría del amoroso Creador.

La Biblia no nos dice si Dios usó otro medio para que la obra de Noé fuera más fácil en cuanto a alimentar a los animales. ¿Eran animales adultos, o aun pequeños con poco apetito? Puede hasta parecer posible que algunos animales inviernaran durante la larga travesía.

Los últimos versículos del capítulo registran el hecho de que Noé obedeció el mandato de Dios con gusto, lo cual nos trae a la mente la descripción que hizo Moisés de Noé al principio de este capítulo: fue un hombre devoto. Su vida estuvo a la par con su fe. Aquí Noé nos enseña algo. Si nuestra meta en la vida es vivir para la gloria de Dios, entonces, como Noé, trataremos de aprender cuál es la voluntad de Dios y conformarnos con ella.

7 Dijo luego Jehová a Noé: «Entra tú y toda tu familia en el arca, porque sólo a ti he visto justo delante de mí en esta generación. ² De todo animal limpio tomarás siete parejas, cada macho con su hembra; pero de los animales que no son limpios, una pareja, un macho con su hembra. ³ También de las aves de los cielos siete parejas, macho y hembra, para conservar viva la especie sobre la faz de la tierra. ⁴ Y pasados aún siete días, yo haré llover sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches; y borraré de la faz de la tierra a todo ser viviente que hice». ⁵ E hizo Noé conforme a todo lo que le mandó Jehová.

Los 120 años de gracia que Dios en su misericordia le había concedido al mundo incrédulo, habían terminado. Sólo faltaban siete días para el gran diluvio, y Dios tenía instrucciones finales para su fiel hijo y siervo. Algunas de ellas fueron la repetición de cosas que Dios ya le había dicho antes, para asegurarle a Noé que estaba en el camino correcto y que no actuaba por su propia cuenta. Dios le reafirmó también que por su fe en el Mesías venidero era aceptable ante él.

Algunas de las cosas que Dios dijo fueron modificaciones de lo que ya había dicho antes. Una traducción literal de lo que dijo Dios es: “De todo animal limpio tomarás para ti por siete, un macho y su pareja”. Estas palabras le producen un dilema al lector: ¿Modifica la expresión “por siete” la frase “toda clase de animal limpio?” (Entonces Noé debió tomar siete de cada animal limpio). ¿O modifica “por siete” la frase “un macho y su pareja?” (En este caso Noé debía tomar siete parejas, un total de catorce). Los intérpretes están divididos ante estas preguntas.

En la ley que se dio siglos después en el monte de Sinaí, Dios aclaró la distinción entre animales limpios e inmundos. Los primeros eran aceptables para comer y para el sacrificio, los segundos no lo eran. Recuerde que Moisés escribió Génesis para los que habían estado en el monte de Sinaí. Ellos sabían la diferencia entre animales limpios e inmundos, y suponemos que

Noé también lo sabía, al menos después de que Dios le llevó al arca el número apropiado de animales. El Señor preservó un gran número de animales terrestres que se iban a usar para alimento y sacrificio después del diluvio. Incluso a los animales y las aves que por naturaleza temen y evitan a los humanos, Dios los condujo ante Noé para que entraran voluntariamente al arca.

⁶ Era Noé de seiscientos años cuando el diluvio de las aguas vino sobre la tierra. ⁷ Y por causa de las aguas del diluvio entró Noé en el arca, y con él sus hijos, su mujer y las mujeres de sus hijos. ⁸ De los animales limpios, de los animales que no eran limpios, de las aves y de todo lo que se arrastra sobre la tierra, ⁹ de dos en dos, entraron con Noé en el arca; macho y hembra, como Dios mandó a Noé.

¹⁰ Al séptimo día, las aguas del diluvio vinieron sobre la tierra. ¹¹ Aquel día del año seiscientos de la vida de Noé, en el mes segundo, a los diecisiete días del mes, fueron rotas todas las fuentes del gran abismo y abiertas las cataratas de los cielos, ¹² y hubo lluvia sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches. ¹³ Aquel mismo día entraron en el arca Noé, sus hijos Sem, Cam y Jafet, la mujer de Noé y las tres mujeres de sus hijos; ¹⁴ todos ellos, y todos los animales salvajes según sus especies, todos los animales domésticos según sus especies, todo reptil que se arrastra sobre la tierra según su especie, toda ave según su especie y toda clase de pájaros y seres alados. ¹⁵ Entraron, pues, con Noé en el arca, de dos en dos, de todo ser en que había espíritu de vida.

¹⁶ Los que entraron eran macho y hembra de cada especie, como le había mandado Dios; y Jehová le cerró la puerta.

Hoy en día, muchos estudiantes de la Biblia consideran que los capítulos 1 a 11 de Génesis son simbólicos, como si se tratara de una parábola. Pero al leer el relato del diluvio, nos damos cuenta de inmediato que no se trata de una parábola. El mencionar las fechas exactas de los eventos por año, mes y día de la vida de Noé,

por ejemplo, nos convence de que es un relato histórico. Decir que es una parábola es introducir un elemento extraño, y forzar una interpretación que no proviene del texto sagrado. Si tengo la libertad de decir que la narración del diluvio es una parábola, ¿qué puede evitar que llame parábola a las enseñanzas del nacimiento virginal de Cristo, al relato de la resurrección del Salvador, o a la profecía de su segunda venida? Con todo, hay que reconocer que todas estas cosas se enseñan hoy en día organizaciones llamadas iglesias cristianas.

A falta de otro punto de referencia cronológica, el comienzo del diluvio está fechado de acuerdo con la vida de Noé: a los 600 años, a los diecisiete días del segundo mes. Esta fecha precisa nos ayudará más tarde a determinar exactamente cuánto tiempo duró el diluvio.

Moisés enumera con exactitud a los ocupantes del arca. En el relato de la creación se mencionan cinco categorías de vida animal (Génesis 1:21-25): criaturas marinas, animales salvajes, animales domésticos, aves y todo reptil que se arrastra sobre la tierra. Cuatro de estas cinco categorías entraron en el arca. Las criaturas marinas, incluidos anfibios, pudieron haber sobrevivido fuera del arca. Como un acto especial de amor para proteger a sus hijos, e impedir la entrada a cualquier otro, Jehová, el Dios Salvador, cerró la puerta del arca.

En el preciso momento en el que Dios lo había predicho, las aguas del diluvio se precipitaron sobre la tierra. Se mencionan dos fuentes: “Fueron rotas todas las fuentes del gran abismo y abiertas las cataratas de los cielos”. Sabemos lo que era la primera fuente, pero no estamos seguros sobre la segunda. En una serie de convulsiones gigantescas, las inmensas reservas de agua que había debajo de la tierra, y todas las de la superficie arrasaron los límites que el Creador les había puesto originalmente, anegándolo todo. Esto bien pudo constituir la mayor parte de las aguas del diluvio.

La segunda fuente del diluvio es más difícil de definir. Es posible que “las cataratas de los cielos” fueran nubes de agua, la inmensa masa de vapor atmosférico suspendida sobre la bóveda

terrestre y que periódicamente se descargaba en forma de lluvia o de nieve, para evaporarse de nuevo y empezar el proceso una vez más. Éste es el sistema hidrológico bajo el cual vivimos ahora.

En el comentario sobre Génesis 1, se mencionó la posibilidad de que el mundo, desde el tiempo de la creación hasta el tiempo del diluvio, pudo haber tenido un sistema hidrológico diferente. Muchos estudiosos de la Biblia ven pruebas en el Antiguo y Nuevo Testamento de que en el mundo antes del diluvio había una inmensa bóveda de vapor que envolvía la tierra, resguardando a los seres vivientes de los cambios climáticos. En ese caso, en el momento del diluvio Dios soltó esas inmensas masas de agua, de modo que casi por seis semanas salieron a borbotones. Ese aguacero ininterrumpido se agregó a las aguas que brotaban de abajo y ocasionó la gran inundación sobre la tierra.

Según Génesis 7:24 y 8:3, las dos fuentes se cerraron al término de 150 días. Algunos han visto un conflicto entre estos dos pasajes y 7:12, que habla de un período de 40 días. Llegamos a la conclusión de que las aguas alcanzaron su máxima altura después de 40 días, mientras que lluvias intermitentes mantuvieron el nivel del agua en su capacidad de diluvio por otros 110 días.

¹⁷ El diluvio duró cuarenta días sobre la tierra. Las aguas crecieron y alzaron el arca, que se elevó sobre la tierra. ¹⁸ Las aguas siguieron subiendo y creciendo en gran manera sobre la tierra y flotaba el arca sobre la superficie de las aguas.

¹⁹ Las aguas subieron mucho sobre la tierra; todos los montes altos que había debajo de todos los cielos quedaron cubiertos. ²⁰ Quince codos más alto subieron las aguas después que quedaron cubiertos los montes. ²¹ Y murieron todos los seres que se mueven sobre la tierra, así las aves como el ganado y las bestias, y todo reptil que se arrastra sobre la tierra, y todo hombre. ²² Todo lo que tenía aliento de espíritu de vida en sus narices, todo lo que había en la tierra, murió. ²³ Así fue destruido todo ser que vivía sobre la faz de la tierra, desde el hombre hasta la bestia, los reptiles y las

aves del cielo; fueron borrados de la tierra. Solamente quedó Noé y los que con él estaban en el arca. ²⁴ Y permanecieron las aguas ciento cincuenta días sobre la tierra.

Al leer estos versículos, percibimos que el autor se estaba esforzando por encontrar palabras que describieran adecuadamente la terrible catástrofe que tuvo lugar sobre la tierra. Nos dice: Las aguas crecieron... Las aguas siguieron subiendo y creciendo en gran manera sobre la tierra”. La imagen que tenemos es la de inmensas masas de aguas turbulentas que llevaban rocas y desarraigaban árboles, en forma continua, incontenible y destructora por casi medio año. Unido a esto estaba el hecho de que el interior de la tierra se había resquebrajado, tal vez por terremotos y erupciones volcánicas, y cambió totalmente la distribución de las masas de agua y tierra. El enorme peso de esta inmensa capa de agua, que cubrió hasta las montañas más altas, habría aplastado cualquier cosa que estuviera debajo.

Hubo dos resultados inmediatos del diluvio, y se plantean en una forma muy sencilla: “Todo lo que tenía aliento de espíritu de vida en sus narices, todo lo que había en la tierra, murió”. El segundo efecto de esa gran inundación fue exactamente lo opuesto al primero. A medida que las aguas aumentaban, alzaban el arca sobre la tierra, “y flotaba el arca sobre la superficie de las aguas”. Por lo general, pensamos que el diluvio fue un terrible acto de *destrucción*. Y efectivamente así fue. Pero fue más que eso; también fue un acto maravilloso y poderoso de *rescate*. Las mismas aguas que ahogaron a miles de millones de vociferantes y blasfemos incrédulos, levantaron el arca con su preciosa carga sobre toda destrucción y muerte.

El relato del diluvio ocupa también un lugar prominente en las páginas del Nuevo Testamento. Cristo usa este relato como un prototipo del fin del mundo (Mateo 24:37-39; Lucas 17:26,27). Los días que faltan para el fin del mundo serán engañosamente normales, y el gran juicio de Dios vendrá cuando nadie lo espere, tal como vino el juicio del diluvio. Los apóstoles de Cristo también

describen el diluvio como un tipo del bautismo (1 Pedro 3:20,21; Romanos 6:4).

8Entonces se acordó Dios de Noé y de todos los animales y todas las bestias que estaban con él en el arca; e hizo pasar Dios un viento sobre la tierra y disminuyeron las aguas. ²Se cerraron las fuentes del abismo y las cataratas de los cielos; y la lluvia de los cielos fue detenida. ³Las aguas decrecían gradualmente sobre la tierra; y se retiraron las aguas al cabo de ciento cincuenta días. ⁴Reposó el arca en el mes séptimo, a los diecisiete días del mes, sobre los montes Ararat.

Durante casi medio año, desde la ventana del arca, Noé observó la destrucción total del mundo tal como él lo había conocido. Cuando miraba hacia afuera, todo lo que podía observar era las olas embravecidas que llevaban el juicio del Creador sobre la creación que se había rebelado contra él. Dios le había prometido que después de destruir el mundo lo iba a restaurar, pero por ahora Noé sólo podía creer esa promesa basado en su fe. Cuando Noé se asomaba, todo lo que podía ver era la ira de Dios.

Ahora se aproximaba un cambio. Moisés lo señala con una expresión poco común: “Se acordó Dios de Noé”. No nos atrevamos a interpretar esto como si insinuara que por un tiempo Dios se había olvidado de su siervo justo y devoto. Las Escrituras usan la expresión “recordar” en el sentido de “mostrar gracia”. Siglos después, por ejemplo, cuando Raquel, la esposa de Jacob, sufría por no poder tener hijos, leemos: “Pero se acordó Dios de Raquel... y dio a luz un hijo” (Génesis 30:22,23). También varios siglos después, cuando Dios se dispuso a rescatar a su pueblo de la esclavitud en Egipto: “Dios... se acordó de su pacto” (Éxodo 2:24). Por lo tanto, cuando Dios “se acordó” de Noé y de los demás ocupantes del arca, el Creador hizo evidente su gran amor. A partir de ese momento Noé pudo observar que la inundación comenzaba a decrecer.

Dios hizo descender la inundación de varias maneras. Usó los procesos naturales de evaporación y absorción, pero acentuándolos milagrosamente. Un viento del Creador aceleró la evaporación de las aguas. Parece ser que las cuencas de los mares se bajaron, trayendo el correspondiente desplazamiento de grandes masas de tierra. Esto muy bien puede explicar el principio de la formación de las montañas más elevadas, la mayoría de las cuales contienen fósiles marinos, prueba de que fueron formadas por la acción de las aguas. El escritor del Salmo 104 señala el majestuoso milagro de Dios:

A tu reprensión huyeron;
al sonido de tu trueno se apresuraron;
Subieron los montes,
descendieron los valles,
al lugar que tú les señalaste.
Les pusiste un límite que no traspasarán,
ni volverán a cubrir la tierra.

(Salmo 104:7-9)

Las aguas siguieron decreciendo rápidamente, y al séptimo mes Noé y su familia pudieron sentir que el arca ya no se movía. Se había posado sobre una de las montañas de Ararat, en lo que hoy es Armenia.

Aquí podemos ver también el maravilloso cuidado del Creador. Que una barcaza tan grande como el arca de Noé llegara a posarse en terreno plano en un país montañoso, es todo un milagro. Y respecto al sitio que Dios eligió, cerca de donde se unen tres continentes, no podría haberse encontrado un lugar más estratégico para que los descendientes de Noé se dispersaran hacia los cuatro puntos cardinales.

⁵Las aguas fueron decreciendo hasta el mes décimo, cuando, el primer día del mes, se descubrieron las cimas de los montes.

⁶Sucedió que al cabo de cuarenta días abrió Noé la ventana

del arca que había hecho ⁷ y envió un cuervo, el cual salió y estuvo yendo y volviendo hasta que las aguas se secaron sobre la tierra. ⁸ Envío también una paloma, para ver si las aguas se habían retirado de sobre la faz de la tierra. ⁹ Pero no halló la paloma dónde posarse, y volvió a él, al arca, porque las aguas estaban aún sobre la faz de toda la tierra. Entonces Noé extendió la mano y, tomándola, la hizo entrar consigo en el arca.

¹⁰ Esperó aún otros siete días, y volvió a enviar la paloma fuera del arca. ¹¹ La paloma volvió a él a la hora de la tarde trayendo una hoja de olivo en el pico; y supo Noé que las aguas se habían retirado de sobre la tierra. ¹² Esperó aún otros siete días, y envió la paloma, la cual no volvió ya más a él.

¹³ Sucedió que en el año seiscientos uno de Noé, en el mes primero, el primer día del mes, las aguas se secaron sobre la tierra; y quitó Noé la cubierta del arca, miró y vio que la faz de la tierra estaba seca. ¹⁴ En el mes segundo, a los veintisiete días del mes, se secó la tierra.

Hace más de un siglo un pastor alemán hizo este interesante comentario: “En este capítulo, el diario de Noé permanece abierto ante nosotros”. Dos meses y medio después de que el arca dejó de moverse, las aguas habían bajado hasta el punto que Noé podía ver las cimas de las montañas. Noé esperó pacientemente otras seis semanas y entonces abrió una ventana y soltó un cuervo. Cuando éste ya no regresó, Noé llegó a la conclusión de que los restos del diluvio debieron haber provisto lo suficiente para que esta ave carroñera sobreviviera fuera del arca.

Noé esperó una semana más y entonces soltó una paloma. Su regreso mostró que a causa de las aguas que aún cubrían la tierra la paloma no había encontrado un lugar donde posarse. Siete días más tarde Noé la volvió a soltar. Cuando esta vez regresó con una hoja de olivo recién arrancada, Noé se dio cuenta de que árboles estaban creciendo. Una semana después soltó la paloma y ya no

regresó, lo que significaba que las aguas habían vuelto a su nivel normal.

Nos maravillamos de la paciente fe de Noé. Aunque él y su familia estuvieron encerrados 285 días, esperó otro mes antes de quitar una parte de la cubierta del arca, para ver mejor la situación desde las montañas. Entonces pudo ver que el suelo ya no estaba anegado. Pasaron otros dos meses antes de que el suelo estuviera lo suficientemente seco como para que Dios les dijera a las ocho personas lo que habían estado deseando oír: “¡Pueden salir del arca!” El diluvio había durado un año y diez días.

¹⁵ Entonces dijo Dios a Noé: ¹⁶ «Sal del arca con tu mujer, tus hijos y las mujeres de tus hijos. ¹⁷ También sacarás todos los animales que están contigo de toda especie, de aves, de bestias y de todo reptil que se arrastra sobre la tierra; y vayan por la tierra, fructifiquen y multiplíquense sobre la tierra».

¹⁸ Salió, pues, Noé con sus hijos, su mujer y las mujeres de sus hijos. ¹⁹ Todos los animales, todo reptil y toda ave; todo lo que se mueve sobre la tierra según sus especies, salió del arca.

Noé y su familia habían entrado al arca cuando Dios lo ordenó, y ahora salieron de ella cuando Dios lo mandó. La detallada lista de todos los animales y aves que salieron del arca muestra una vez más el minucioso interés que el Creador tiene por todas sus criaturas. También nos asegura que, a pesar de las condiciones poco ideales en que vivieron en la nave, ninguna especie se extinguió. Dios restableció sus bendiciones creativas sobre los animales, así como había ocurrido en la semana de la creación. El diluvio no había cambiado el propósito que Dios tenía para ellos: el de fructificar y multiplicarse en la tierra.

²⁰ Luego edificó Noé un altar a Jehová, y tomando de todo animal limpio y de toda ave limpia, ofreció holocausto en el altar. ²¹ Al percibir Jehová olor grato, dijo en su corazón:



La paloma regresa a Noé

«No volveré a maldecir la tierra por causa del hombre, porque el corazón del hombre se inclina al mal desde su juventud; ni volveré a destruir todo ser viviente, como he hecho.

²²»Mientras la tierra permanezca no cesarán la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, el día y la noche».

El gran diluvio había terminado, los animales se empezaron a dispersar, y Noé y su familia estaban ansiosos de seguir su vida normal. Pero había algo que Noé quería hacer primero: edificar un altar y ofrecer algunos de los animales y aves limpios como ofrenda al Dios Salvador.

Moisés describe la ofrenda de Noé como holocausto. Dado que Moisés escribió el libro de Génesis para el pueblo de Israel, parece razonable suponer que Noé estaba expresando con su ofrenda lo que los israelitas expresaban cuando le llevaban esa ofrenda especial a Jehová. De los diferentes tipos de sacrificios de sangre en el Antiguo Testamento, el holocausto era el único en el que presentaban el animal entero para quemarlo. Por lo tanto, esa ofrenda simbolizaba la dedicación completa de los que adoraban a Jehová.

No es de extrañar que a Dios le complaciera la ofrenda de Noé y decidiera “en su corazón” no volver a maldecir la tierra por causa del hombre. Moisés comparte los pensamientos divinos con nosotros. Sin embargo, la decisión de Dios no se debió a que vio algún cambio básico en la naturaleza humana. “El corazón del hombre se inclina al mal desde su juventud.” Por lo tanto, el ser humano pecador iba a necesitar suficiente tiempo para arrepentirse, y Dios en su misericordia se lo iba a conceder.

Mientras las aguas del diluvio cubrieron la faz de la tierra, se interrumpió la sucesión normal del tiempo y de las estaciones. Dios prometió que eso nunca volvería a ocurrir. Mientras la tierra

exista podemos depender de la rotación regular de las estaciones, que son esenciales para nuestra existencia y nuestro bienestar. Las palabras “mientras la tierra permanezca” nos recuerdan que esta tierra no durará para siempre. Como fue para los contemporáneos de Noé, así será para nosotros en el día del juicio, el día de rendir cuentas.

**9 Bendijo Dios a Noé y a sus hijos, y les dijo:
«Fructificad, multiplicaos y llenad la tierra.**

² Infundiréis temor y miedo a todo animal sobre la tierra, a toda ave de los cielos, a todo lo que se mueva sobre la tierra y a todos los peces del mar; en vuestras manos son entregados.

³ Todo lo que se mueve y vive os servirá de alimento, lo mismo que las legumbres y las plantas verdes. Os lo he dado todo. ⁴ Pero carne con su vida, que es su sangre, no comeréis, ⁵ porque ciertamente demandaré la sangre de vuestras vidas; de manos de todo animal la demandaré, y de manos del hombre. A cada hombre demandaré la vida de su prójimo.

⁶»El que derrame la sangre de un hombre, por otro hombre su sangre será derramada, porque a imagen de Dios es hecho el hombre.

⁷ Mas vosotros fructificad y multiplicaos, procread abundantemente en la tierra y multiplicaos en ella».

¿Puede imaginarse la duda y la incertidumbre del pequeño grupo de la familia de Noé al enfrentar su nueva vida en un mundo totalmente extraño para ellos? Dios se ocupó de este problema dándole a Noé una bendición similar a la que una vez había pronunciado en el huerto del Edén.

Tal vez, mientras Noé ofrecía holocausto, el Creador dijo: “Fructificad y multiplicaos, y llenad la tierra”. Esta bendición de Dios fue algo más que un deseo piadoso. Como pasó con la bendición de Dios en el paraíso, aquí también su bendición le permitió a la familia de Noé llevar a cabo el plan del Creador de

volver a poblar el planeta.

La capacidad humana de reproducción es una notable bendición de Dios, y quiere que la usemos con un sentido de responsabilidad hacia él. Aunque vivimos en una sociedad en la que muchas veces los niños (en los Estados Unidos actualmente hay un millón y medio de abortos cada año), Dios explica claramente que él quiere que la raza humana se reproduzca. Procrear y educar a los hijos para Dios no sólo es un gran privilegio, es también una solemne responsabilidad de las personas que se casan.

Aquí no se menciona una de las estipulaciones de la bendición en el Edén. Adán y Eva habían recibido el mandato de sojuzgar la tierra para señorear sobre toda criatura viviente (1:28). Al caer en pecado, perdieron la imagen divina y Dios supo que si dejaba el control completo del mundo creado a las criaturas imperfectas, eso sólo conduciría a toda clase de abusos. Sin embargo, esta falta de dominio sobre la creación de Dios, puso a la familia humana en peligro. Los animales ya no estaban sujetos al hombre, y lo superaban en número. Para asegurarse de que no exterminaran la raza humana, Dios anunció: “Infundiréis temor y miedo a todo animal sobre la tierra”.

Dios añadió: “Todo lo que se mueve y vive, os servirá de alimento”. En la creación, Dios les había dado a Adán y a Eva las plantas que dan semilla para su sustento (1:29). Aquí, Jehová le dio a Noé el permiso explícito de añadir a su dieta animales, aves y peces. ¿Significa esto que antes de los tiempos de Noé los humanos eran vegetarianos? Aunque así parece, las Escrituras no lo dicen claramente (y lo que se nos dice en Génesis 3:21 y 4:2-4 parece demostrar lo contrario).

Hubo una condición en el amplio permiso de Dios: “Pero carne con su vida, que es su sangre, no comeréis”. La sangre de cualquier ser viviente es su vida. Para enseñarle al pueblo israelita a tener respeto por la vida, Dios más tarde le prohibió comer sangre. Siglos después, en el monte de Sinaí, Dios les dijo: “Porque la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado

para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona. Por tanto, he dicho a los hijos de Israel: Ninguna persona de vosotros comerá sangre” (Levítico 17:11,12).

El permiso para matar animales con más frecuencia no debía hacer a la gente indiferente al derramamiento de sangre humana. Por lo tanto, Dios agregó una advertencia especial. Les pedirá cuentas por la vida de una persona que fuera asesinada. ¡Qué sería advertencia al mundo, en el que a la vida se valora tan poco! En el Israel antiguo, si una bestia mataba a una persona, la bestia debía morir (Éxodo 21:28).

Por lo tanto, Dios anunció la regla general: “El que derrame sangre de hombre, por otro hombre su sangre será derramada”. El verbo *derramar* es la traducción de una forma del verbo hebreo que indica una acción continua o característica. Dios no se estaba refiriendo aquí al homicidio accidental o involuntario, sino al asesinato planeado e intencional, asesinato en primer grado. Según Dios, el asesino debe pagar con su vida por quitar intencionalmente la vida de otro.

¿Quién vengaría la vida de la víctima? ¿Algún vigilante que se hubiera autoproclamado? Lutero comentó: “En las palabras ‘por el hombre su sangre será derramada’ tenemos la institución del gobierno”. En su carta a los cristianos en la antigua Roma el apóstol Pablo agregó este comentario al papel del gobierno: “Porque no en vano lleva la espada, pues está a servicio de Dios para hacer justicia y para castigar al que hace lo malo” (Romanos 13:4). Con una población de tan sólo ocho personas en el mundo, no había autoridad gubernamental en la tierra en los tiempos de Noé, pero Dios ya estaba estableciendo el principio del concepto de gobierno civil.

Los motivos que tuvo Dios para demandar que el asesino pagara con su vida se ven claramente en las palabras: “Porque a imagen de Dios es hecho el hombre”. Los primeros dos seres humanos originalmente fueron creados a la misma imagen de Dios. El asesinato hiere la majestad de Dios. Y como la imagen

divina, perdida en la caída, se puede recuperar sólo durante el tiempo de la vida de una persona, acabar con la vida de alguien significa privarlo de su tiempo de gracia y, si no ha recuperado la imagen de Dios, se le condena a la separación eterna de él.

Después de reiterar la santidad de la vida, Dios reafirmó su voluntad de que la raza humana se multiplicara y se dispersara por toda la tierra.

⁸ También dijo Dios a Noé y a sus hijos: ⁹ «Yo establezco mi pacto con vosotros, y con vuestros descendientes después de vosotros; ¹⁰ con todo ser viviente que está con vosotros: aves, animales y toda bestia de la tierra que está con vosotros, desde todos los que salieron del arca hasta todo animal de la tierra. ¹¹ Estableceré mi pacto con vosotros, y no volveré a exterminar a todos los seres vivos con aguas de diluvio, ni habrá más diluvio para destruir la tierra».

¹² Asimismo dijo Dios: «Esta es la señal del pacto que yo establezco a perpetuidad con vosotros y con todo ser viviente que está con vosotros: ¹³ Mi arco he puesto en las nubes, el cual será por señal de mi pacto con la tierra. ¹⁴ Y sucederá que cuando haga venir nubes sobre la tierra, se dejará ver mi arco en las nubes. ¹⁵ Y entonces me acordaré de mi pacto con vosotros y todo ser viviente de toda especie; y no habrá más diluvio de aguas para destruir todo ser vivo. ¹⁶ Estará el arco en las nubes; lo veré y me acordaré del pacto perpetuo entre Dios y todo ser viviente, con todo lo que tiene vida sobre la tierra».

¹⁷ Dijo, pues, Dios a Noé: «Esta es la señal del pacto que he establecido entre mí y todo lo que tiene vida sobre la tierra».

Dios tuvo una palabra más de seguridad para las ocho personas que estaban a punto de comenzar una vida nueva, les dio esa seguridad en la forma más solemne y obligatoria de la promesa divina, por medio de un *pacto*. ¡Piense en eso! En realidad el Todopoderoso se obligaba a cumplir los términos de un contrato:

“¡Nunca más habrá diluvio!”

¿Pero no le había dicho eso ya a Noé al principio cuando descendió del arca (8:21)? ¿Por qué repetiría la promesa? Lutero señala que Noé y los miembros de esta familia debieron haber vivido con gran temor. La impresionante experiencia de lo que ocurrió durante el año a bordo del arca aún estaba fresca en su memoria. Alrededor de ellos estaba la prueba de la terrible destrucción que provocó el diluvio. Dios vio que sus frágiles criaturas de polvo necesitaban toda la seguridad que él les pudiera dar.

Además de asegurarles con palabras que nunca más enviaría otro diluvio, Jehová les dio una señal visible, como sello de la veracidad de su promesa. “Mi arco he puesto en las nubes”. Donde quiera que aparezca el arco iris, es un recordatorio del pacto divino. Y también recuerda a todos los descendientes de Noé que Dios es fiel a sus promesas.

¹⁸ Los hijos de Noé que salieron del arca fueron Sem, Cam y Jafet. Cam es el padre de Canaán. ¹⁹ Estos tres fueron los hijos de Noé, y de ellos se pobló toda la tierra.

²⁰ Después comenzó Noé a labrar la tierra y plantó una viña. ²¹ Bebió el vino, se embriagó y se desnudó en medio de su tienda. ²² Cam, padre de Canaán, vio la desnudez de su padre y lo dijo a sus dos hermanos que estaban fuera.

²³ Entonces Sem y Jafet tomaron la ropa, la pusieron sobre sus propios hombros, y andando hacia atrás cubrieron la desnudez de su padre. Al tener vueltos sus rostros, no vieron la desnudez de su padre. ²⁴ Cuando despertó Noé de su embriaguez y supo lo que le había hecho su hijo más joven, ²⁵ dijo:

**«¡Maldito sea Canaán!
¡Siervo de siervos será a sus hermanos!»**

²⁶ Y añadió:

«¡Bendiga Jehová, mi Dios, a Sem

**y sea Canaán su siervo!
27 ¡Engrandezca Dios a Jafet,
que habite en las tiendas de Sem
y sea Canaán su siervo!»**

28 Después del diluvio, Noé vivió trescientos cincuenta años.

29 Todos los días de Noé fueron novecientos cincuenta años, y murió.

El relato de Noé (6:9–9:29) termina con una nota triste. Noé, un piadoso y maduro hijo de Dios, tropezó y cayó en pecado. Con imparable honestidad, la Biblia no trata de ocultar la debilidad pecaminosa de los héroes de la fe. Es necesario que recordemos que no fueron santos bañados en oro, sino hombres y mujeres pecadores que, como nosotros, vivieron por fe en el perdón de Dios. Jehová nos dice estas cosas para consolarnos, y también para advertirnos.

Antes de dar los sórdidos detalles, Moisés reitera que el plan de Dios para repoblar la tierra después del diluvio fue a través del proceso normal de reproducción humana. Según Génesis 10, Jafet tuvo diez hijos, Sem cinco y Cam cuatro.

Noé aparentemente había sido agricultor antes del diluvio y ahora se había reintegrado a su trabajo. Dios bendijo sus esfuerzos y logró cosechar de su viña. Entonces Noé convirtió algo de esa cosecha en vino, también un regalo de Dios. Sin embargo, él abusó de ese regalo, bebiendo en exceso y, en su borrachera, deshonoró a Dios y a sí mismo al yacer desnudo.

Entre los hijos de Noé, como entre los hijos de Adán, había diferencias de actitud y de espíritu entre los hermanos. Cam vio la desnudez de su padre y se lo dijo a sus hermanos. (Por lo que sigue, es importante fijarse en que a Cam se le describe dos veces como “el padre de Canaán”.) Cam parecía gozarse mirando la vergüenza de su padre y pensó que a sus hermanos les gustaría divertirse también. Sin embargo, Sem y Jafet caritativamente cubrieron el pecado de su padre.

Noé no sólo volvió a la sobriedad, sino que arrepentido y con fe acudió a Jehová a quien había ofendido. Y lleno del Espíritu de Dios, proclamó una de las predicciones más notables que se pueden encontrar en las Escrituras. Predijo lo que el futuro depararía a cada uno de sus tres hijos y sus descendientes.

“Maldito sea Canaán.” Noé previó que la sensualidad obscena, la tendencia hacia la inmoralidad que su hijo Cam había demostrado, se iba a desarrollar más abiertamente en Canaán, uno de los cuatro hijos de Cam. Canaán fue el antepasado de la parte de la familia de Cam que ocupó la tierra prometida antes que los israelitas la conquistaran y la ocuparan. Dondequiera que encontramos la cultura cananea, notamos que su característica más notable fue la depravación moral. La religión cananea, por ejemplo, fue una combinación de idolatría y adulterio. La prostitución en el templo, tanto heterosexual como homosexual, era una de sus formas de honrar a los dioses. Noé predijo que por esa razón iba a caer una maldición sobre los cananeos. Iban a ser esclavos de sus hermanos. La historia indica que, en los siglos venideros, los cananeos fueron esclavizados tanto por sus parientes camitas, como también por los semitas y los jafitas.

Después de este suceso desagradable de la profecía, Noé prorrumpió en un himno de alabanza a Jehová, el Dios de Sem. El Espíritu Santo le había revelado a Noé que el linaje de Sem sería la cuna del Mesías prometido. A diferencia del desolado futuro que les esperaba a los camitas, los semitas iban a ser el pueblo escogido de Dios. Él se iba a revelar a ellos, y ellos adorarían a Jehová como al verdadero Dios, el Dios de gracia gratuita y fiel. En todo el Antiguo Testamento podemos observar el cumplimiento de lo que Noé profetizó acerca del linaje bendito de Sem, el pueblo hebreo.

Aunque los cananeos se convirtieron más tarde en esclavos de los hebreos, esa esclavitud vino a ser una bendición para ellos, porque así tuvieron la oportunidad de ponerse en contacto con el verdadero Dios (Josué 6:25; 9:27). Por tanto, se debe destacar el hecho de que Noé habló de generalidades. Su profecía no predijo

el inalterable destino de cada uno de los cananeos o de cada uno de los israelitas. La Biblia da ejemplos de cananeos que se salvaron (1 Reyes 17:24; Mateo 15:21-28), así como también de semitas que se perdieron (Mateo 23:13).

Noé se dirige ahora al tercero de sus hijos: “Engrandezca Dios a Jafet, y habite en las tiendas de Sem”. Noé mencionó primero una bendición terrenal que iban a disfrutar los descendientes de Jafet. Tendrá numerosos descendientes. Génesis 10 nos informa que Jafet fue el antepasado de los indoeuropeos, que más tarde iban a ocupar grandes extensiones de tierra en Asia y Europa, al norte y al oeste. Sin embargo, las mejores bendiciones que predijo para los jafitas no fueron terrenales, ni físicas, sino las bendiciones espirituales que iba a gozar. Vivirán en “las tiendas de Sem”, compartiendo la herencia bendita que se le dio a Sem, la verdad de Dios, tal como la tenemos en el evangelio de Jesucristo. Noé profetizó que los gentiles compartirían todas las bendiciones que Cristo traería.

El relato de Noé termina con la breve nota de que Noé, santo y pecador, vivió una larga vida llena de acontecimientos y murió a los 950 años.

El cuarto relato: los hijos de Noé (10:1–11:9)

La Tabla de las naciones

10 Estos son los descendientes de los hijos de Noé: Sem, Cam y Jafet, a quienes nacieron hijos después del diluvio.

Una pregunta cuya respuesta todo el mundo desea conocer es: “¿De dónde vengo? ¿Cuál es el origen de la raza humana?” El primer capítulo de Génesis responde la pregunta de manera concluyente.

Una pregunta cuya respuesta desea conocer todo estudiante de la historia es: “¿De dónde proceden las diferentes naciones del mundo? Si los miles de millones de personas tienen un antepasado común, ¿por qué hay naciones tan diferentes?” Moisés responde a esta pregunta antes de centrarse en la historia de Israel, el pueblo elegido de Dios. Tenemos su respuesta en Génesis 10.

A este capítulo con frecuencia se le llama “tabla de las naciones”. Es parte de lo que Moisés llama el relato de los hijos de Noé, el cuarto de los diez relatos que forman el libro de Génesis. Moisés nos presentó anteriormente a los tres hijos de Noé; aquí nos da la historia posterior de estas tres ramas de la familia de Noé.

Una advertencia antes de empezar a leer el capítulo. Génesis 10 no es precisamente una lectura interesante. Hay muchos nombres, y no podemos identificarlos todos. Tal vez usted estará tentado a pasarlos por alto, pero antes de que lo haga, recuerde dos cosas: (1) Dios quiso que usted tuviera este documento. (2) En toda la literatura, éste es el único documento de este tipo que menciona la distribución geográfica de la raza humana por nación. Israel es la única nación de la antigüedad que preservó esta información.

Se ha criticado la tabla de las naciones por no estar completa. No se describen todas las naciones con el mismo grado de detalle, ni deberíamos esperararlo. Moisés presta más atención a las naciones que mantuvieron estrecha relación con el pueblo israelita. Como

la tabla fue añadida antes de la historia de Abraham, llegamos a la conclusión de que representa el estado de las naciones en ese tiempo. Por orden cronológico sigue la dispersión de la gente en la torre de Babel (Génesis 10:25).

Los descendientes de Jafet

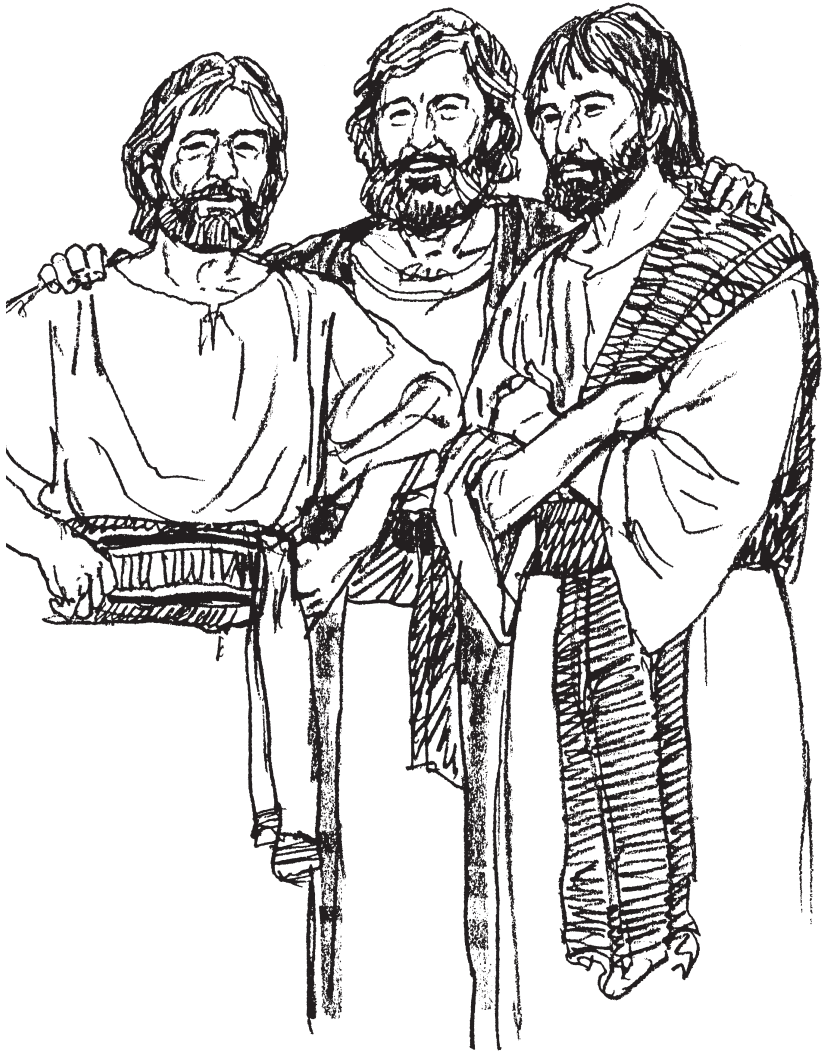
²Los hijos de Jafet: Gomer, Magog, Madai, Javán, Tubal, Mesec y Tiras. ³Los hijos de Gomer: Askenaz, Rifat y Togarma. ⁴Los hijos de Javán: Elisa, Tarsis, Quitim y Dodanim. ⁵De estos se poblaron las costas, cada cual según su lengua, conforme a sus linajes y naciones.

Se nombra primero a los descendientes de Jafet, porque en los siglos venideros los israelitas iban a tener el menor contacto con ellos. Los jafitas ocuparon las áreas más lejanas de la tierra prometida. Se mencionan catorce descendientes de Jafet, siete hijos y siete nietos, y forman el grupo conocido como la familia indoeuropea de naciones.

Reciben el nombre de “pueblos marítimos” porque habitaron los países costeros del mar Mediterráneo, y de las costas del mar Negro y del mar Caspio. Cada grupo de jafitas tuvo su propio país y su propio idioma; cada uno vivió en divisiones tribales o clanes, y en su propia nación. Estos cuatro puntos son las únicas diferencias que Moisés enumera al recopilar esta tabla. La Biblia guarda mucho silencio en cuanto al origen de las diferencias de raza.

Los descendientes de Cam

⁶Los hijos de Cam: Cus, Mizraim, Fut y Canaán. ⁷Los hijos de Cus: Seba, Havila, Sabta, Raama y Sabteca. Y los hijos de Raama: Seba y Dedán. ⁸Cus engendró a Nimrod, quien llegó a ser el primer poderoso en la tierra. ⁹Éste fue vigoroso cazador delante de Jehová, por lo cual se dice: «Así como Nimrod, vigoroso cazador delante de Jehová». ¹⁰Y



Sem, Cam, y Jafet

fueron cabeceras de su reino Babel, Erec, Acad y Calne, ciudades en la tierra de Sinar. ¹¹ De esta tierra salió para Asiria, y edificó Nínive, Rehobot, Cala ¹² y Resén entre Nínive y Cala, la cual es ciudad grande.

¹³ Mizraim engendró a Ludim, a Anamim, a Lehabim, a Naftuhim, ¹⁴ a Patrusim, a Casluhim, de donde salieron los filisteos, y a Caftorim.

¹⁵ Canaán engendró a Sidón, su primogénito, a Het, ¹⁶ al jebuseo, al amorreo, al gergeseo, ¹⁷ al heveo, al araceo, al sineo, ¹⁸ al arvadeo, al zemareo y al hamateo; y después se dispersaron las familias de los cananeos. ¹⁹ El territorio de los cananeos iba desde Sidón, en dirección a Gerar, hasta Gaza; y en dirección de Sodoma, Gomorra, Adma y Zeboim, hasta Lasa. ²⁰ Estos son los hijos de Cam por sus familias, sus lenguas, territorios y naciones.

La siguiente lista corresponde a los hijos de Cam: Cus, Mizraim, Fut y Canaán. Nos enteramos de que se instalaron al norte de África y Canaán, es decir, Palestina. Mizraim es el nombre hebreo de Egipto. En los tiempos de la Biblia, Cus era un país que se ubicaba al sur de Egipto, tal vez en lo que conocemos hoy en día como Sudán. Está claro que en ciertos puntos de la tabla de las naciones no sabemos si el nombre que Moisés conservó es el ancestral, o el de una tribu, o incluso el de una *nación* entera.

Se menciona de manera especial a un nieto famoso de Cam: Nimrod, a quien se describe como “el primer poderoso en la tierra”. Nimrod fue gobernante y también fundador de un imperio. El primer paso para lograr este imperio fue asumir el control de las cuatro ciudades de: Babilonia, Erec, Acad, y Calne (al norte y oeste del golfo Pérsico, en los ríos Tigres y Éufrates). De ahí, Nimrod se trasladó al noroeste y estableció un segundo centro del imperio alrededor de las cuatro ciudades de Nínive, Rehobot, Cala, y Resén. A este famoso gobernante se le llama “vigoroso cazador delante de Jehová”, exactamente lo opuesto a la idea que Dios tiene de un rey. Para Dios, el prototipo de un rey es un pastor, es

decir, un hombre que busca el bienestar del rebaño que cuida. Un cazador, por el contrario, se complace a sí mismo a expensas de su víctima.

Algunos versículos se dedican a describir a *los cananeos*. En los años venideros, el pueblo de Dios iba a tener mucho contacto con ellos. Más tarde, Dios les ordenó a los israelitas que despojaron a los cananeos, que ocuparan sus tierras, y los exterminaran por causa de su vil idolatría. Por lo tanto, podemos comprender por qué Moisés no sólo los incluye en la tabla de las naciones, sino también por qué los describe con tanto detalle.

Los descendientes de Sem

²¹ También le nacieron hijos a Sem, padre de todos los hijos de Heber, y hermano mayor de Jafet. ²² Los hijos de Sem fueron Elam, Asur, Arfaxad, Lud y Aram. ²³ Los hijos de Aram: Uz, Hul, Geter y Mas. ²⁴ Arfaxad engendró a Sala, y Sala engendró a Heber. ²⁵ A Heber le nacieron dos hijos: el primero tuvo por nombre Peleg, porque en sus días fue repartida la tierra; y su hermano se llamó Joctán. ²⁶ Joctán engendró a Almodad, Selef, Hazar-mavet, Jera, ²⁷ Adoram, Uzal, Dicla, ²⁸ Obal, Abimael, Seba, ²⁹ Ofir, Havila y Jobab; todos estos fueron hijos de Joctán. ³⁰ Y la tierra en que habitaron iba desde Mesa, en dirección de Sefar, hasta la región montañosa del oriente. ³¹ Estos fueron los hijos de Sem por sus familias, sus lenguas, sus territorios y naciones.

³² Estos son los linajes de los hijos de Noé según sus descendencias y naciones. De estos se esparcieron las naciones en la tierra después del diluvio.

Se mencionan cinco hijos de Sem, pero sólo se nombran los hijos de dos de ellos. Aparentemente los otros tres estuvieron bastante distanciados de Israel como para merecer especial interés.

Aram, el hijo de Sem, le dio su nombre al país situado inmediatamente al norte de Palestina. Se dan los nombres de cuatro hijos, y se indica que esta rama de la familia fue importante para

el antiguo pueblo de Dios. Rebeca, la esposa de Isaac, fue aramea, como lo fueron Lea y Raquel, esposas de Jacob y madres de los líderes de las doce tribus de Israel.

Arfaxad fue el antepasado de la rama más importante del árbol genealógico de Sem. La línea de Arfaxad vino a ser la línea mesiánica. Luego de dos generaciones, esta línea se dividió en dos ramas. La primera fue la de Joctán, de quien trece de sus descendientes son nombrados, todos los cuales habitaron en Arabia oriental. La segunda rama, y la más importante, fue la de Peleg, cuya línea es la mesiánica, que conduce a Abraham (11:10-26), y finalmente a Cristo.

Génesis 10 es un documento único en las páginas de las Escrituras, enseña la unidad de la humanidad después del diluvio y muestra que cada persona en el mundo actual es descendiente no sólo de Adán, sino también de Noé. Describe el surgimiento de los estados e identifica al primer fundador de imperios. Además, muestra que Dios intervino en la distribución de las naciones. Eso le ayudó al antiguo Israel a determinar su relación con las naciones vecinas. Y lo más importante, muestra el desarrollo, a través de seis generaciones, de la familia que nos dio a nuestro Salvador.

Recaída en el paganismo

11 Tenía entonces toda la tierra una sola lengua y unas mismas palabras. ² Aconteció que cuando salieron de oriente hallaron una llanura en la tierra de Sinar, y se establecieron allí. ³ Un día se dijeron unos a otros: «Vamos, hagamos ladrillo y cozámoslo con fuego». Así el ladrillo les sirvió en lugar de piedra, y el asfalto en lugar de mezcla.

⁴ Después dijeron: «Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéramos esparcidos sobre la faz de toda la tierra».

En los capítulos anteriores, Moisés nos ha dado una historia del primer juicio universal de Dios y un breve estudio de la

dispersión de las naciones después del diluvio. Ahora nos da una explicación del enigmático hecho de que las naciones, que remontan su origen a un ancestro común, hablan en la actualidad más de 5.000 idiomas distintos. La gran variedad de idiomas que se hablan hoy en el mundo se ha considerado como un monumento a la destreza de la mente humana. Génesis 11 nos muestra que es más bien un monumento a la necesidad del corazón humano.

Es normal que en los primeros siglos después del diluvio el mundo entero tuviera un solo idioma. Como todas las personas venían de la familia de Noé, el vocabulario que usaban y la forma en que hablaban eran los mismos. Sin embargo, pronto se hizo notorio que, aunque su *idioma* no había cambiado, las *actitudes* de esos descendientes de Noé habían cambiado, y no precisamente para bien. Vemos un desarrollo semejante al que vimos en la familia de Adán después de la caída, cuando los devotos setitas poco a poco siguieron el ejemplo de los incrédulos cainitas. Esto trajo el juicio de Dios sobre toda la raza humana con el diluvio.

Aquí vemos a los semitas, la línea que recibió la bendición especial de Noé, rebelándose contra la voluntad expresa de Dios. Después de que la familia de Noé dejó el arca, Dios les ordenó: “¡Llenad la tierra!” Esta era la buena voluntad de Dios, que con el tiempo toda la tierra se llenara de personas que vivieran para la gloria de su Creador, de modo que desde el oriente hasta el occidente su reputación como Salvador fuera engrandecida.

Los descendientes de Noé comenzaron bien. Desde Armenia, donde se había posado el arca, descendieron al valle del Tigres-Éufrates, con frecuencia llamado Mesopotamia (en la actualidad Iraq). Luego emigraron hacia el sudeste, que se describe aquí “hacia el este”, porque el idioma hebreo sólo tiene términos para los cuatro puntos cardinales. No tiene ninguna palabra para direcciones oblicuas.

“Hallaron una llanura en la tierra de Sinar y se establecieron allí.” Por supuesto, una planicie con abundante agua es buena para la agricultura y, desobedeciendo a Dios, decidieron dejar su migración y establecerse allí. No les importó lo que Dios les había

indicado: “¡Llenad la tierra!” Ellos respondieron: “¿Por qué debemos hacerlo? ¡No hay nada mejor que esto!”

Tampoco la ciudad que planeaban establecer sería temporal. Dijeron: “Edifiquémonos una ciudad”, es decir, un lugar fortificado. Los materiales que escogieron para la construcción también indican que esta colonización tenía el propósito de ser permanente. En vez de arcilla secada al sol o piedra, escogieron para su construcción ladrillo cocido al fuego, con brea para argamasar en lugar de la mezcla acostumbrada de barro. Y vea el propósito de su construcción: “Y hagámonos un nombre”.

“¡Gloria al hombre en las alturas!”, que es lo contrario del propósito de Dios para nosotros. Es rechazar su objetivo para nuestra vida y substituirlo por uno nuestro. Los objetivos que los descendientes de Noé habían adoptado para vivir fueron el sustento (alimento y albergue), la seguridad y el prestigio. Satanás no tiene que convencernos para que nos postremos ante un ídolo, si tan sólo consigue hacernos ver la vida como *a nosotros nos gusta*.

⁵ Jehová descendió para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres. ⁶ Y dijo Jehová: «El pueblo es uno, y todos estos tienen un solo lenguaje; han comenzado la obra y nada los hará desistir ahora de lo que han pensado hacer. ⁷ Ahora, pues, descendamos y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero».

⁸ Así los esparció Jehová desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad. ⁹ Por eso se la llamó Babel, porque allí confundió Jehová el lenguaje de toda la tierra, y desde allí los esparció sobre la faz de toda la tierra.

No nos sorprende que Jehová interviniera con un juicio para detener el proyecto de construcción. Nos ha dicho: “Yo, Jehová... a ningún otro daré mi gloria” (Isaías 42:8). Moisés nos dice que “Jehová descendió para ver la ciudad y la torre que edificaban los

hijos de los hombres”. La declaración de que Jehová “descendió” no se debe entender literalmente, como si él tuviera que viajar hasta el lugar para ver lo que los constructores estaban edificando. Sin embargo, Dios quiere enfatizar que cuando interviene con su juicio, ha evaluado cuidadosamente todos los hechos; su decisión nunca es impulsiva ni arbitraria.

Aquí, el juicio de Dios, a diferencia del tiempo del diluvio, no fue ni siquiera visible. Dios simplemente hizo algunos cambios en la mente de los constructores. Ya no podían comprender cada uno el lenguaje del otro. En primer lugar, esto significaba que ya no podrían trabajar juntos; y lo que es peor, ya no podían confiar los unos en los otros. El espíritu de amistad y confianza fue reemplazado por horribles sospechas, y tendrían que abandonar el hogar de sus sueños. La ciudad que ellos habían esperado que les trajera fama se llegó a conocer como Babel (“confusión”). Es significativo que este juicio de dispersar a los descendientes de Noé se le atribuya a *Jehová*, el Dios Salvador. Es el Salvador que dice: “No os dejéis engañar; de Dios nadie se mofa”. Él está absolutamente resuelto a impedir que los hombres menosprecien su gran plan para este mundo.

Martín Lutero catalogó la acción de Dios en Babel como un juicio mucho más severo que el del diluvio. El diluvio divino exterminó a una sola generación de humanos, pero la confusión de las lenguas en Babel ha engendrado confusión, sospechas y odios en cada generación desde entonces en nuestro mundo desordenado y resquebrajado. ¿Por qué se enfrenta una nación a otra, un elemento social contra otro, un individuo contra otro? Aquí tenemos una respuesta.

La narración de Babel lleva al relato de los hijos de Noé a su fin, y termina con una nota amarga. Los descendientes de Noé se estaban alejando de su Señor. Algunos de ellos sin saberlo, pero la mayoría lo hacía a propósito.

Al llegar aquí, la pregunta sin respuesta es: ¿Cuál será la relación de Dios de aquí en adelante con esta raza humana tan

desordenada y rebelde? ¿Se agotará al fin su paciencia? ¿Si la gente quería alejarse de él, finalmente tendría Dios que decir: “¡Muy bien! ¡Si tanto desean irse al infierno, adelante, sigan su camino!”? Si el Dios de gracia no hubiera intervenido una vez más, la historia de la humanidad hubiera terminado en las tinieblas del paganismo.

El quinto relato: Sem (11:10-26)

Dios ha prometido que sus planes para su pueblo no terminarán en las tinieblas de la ignorancia y de la religión falsa, ni en condenación. El cuarto de los diez relatos de Moisés, el relato de los hijos de Noé, terminó con una nota lúgubre y decepcionante. Los descendientes del piadoso Noé se rebelaron contra Dios y el juicio del Señor los dispersó a la fuerza. ¿Había entonces llegado el fin del grandioso plan de Dios para su pueblo?

El quinto relato, el relato de Sem, nos asegura que el Dios Salvador no había perdido el control de la situación. A pesar de que Satanás había ganado la *batalla* en Babel, no había ganado la *guerra* contra Dios y su pueblo. Tampoco había logrado la destrucción de la Iglesia y la familia de Dios.

El relato de Sem es un corto pasaje de las Escrituras y algo no muy entretenido para leer. Es una genealogía de diez personas, que traza la línea del Mesías desde Sem hasta Abraham. De los cinco hijos de Sem (10:22), Arfaxad es el que se distingue como el que llevó adelante la línea mesiánica.

¹⁰ Estos son los descendientes de Sem: Sem, de edad de cien años engendró a Arfaxad, dos años después del diluvio.

¹¹ Vivió Sem, después que engendró a Arfaxad, quinientos años, y engendró hijos e hijas.

¹² Arfaxad vivió treinta y cinco años, y engendró a Sala.

¹³ Vivió Arfaxad, después que engendró a Sala, cuatrocientos tres años, y engendró hijos e hijas.

¹⁴ Sala vivió treinta años, y engendró a Heber. ¹⁵ Vivió Sala, después que engendró a Heber, cuatrocientos tres años, y engendró hijos e hijas.

¹⁶ Heber vivió treinta y cuatro años, y engendró a Peleg.

¹⁷ Vivió Heber, después que engendró a Peleg, cuatrocientos treinta años, y engendró hijos e hijas.

¹⁸ Peleg vivió treinta años, y engendró a Reu. ¹⁹ Vivió Peleg, después que engendró a Reu, doscientos nueve años, y engendró hijos e hijas.

²⁰ Reu vivió treinta y dos años, y engendró a Serug. ²¹ Vivió Reu, después que engendró a Serug, doscientos siete años, y engendró hijos e hijas.

²² Serug vivió treinta años, y engendró a Nacor. ²³ Vivió Serug, después que engendró a Nacor, doscientos años, y engendró hijos e hijas.

²⁴ Nacor vivió veintinueve años, y engendró a Taré. ²⁵ Vivió Nacor, después que engendró a Taré, ciento diecinueve años, y engendró hijos e hijas.

²⁶ Taré vivió setenta años, y engendró a Abram, a Nacor y a Harán.

Los diecisiete versículos de este relato cubren siglos de historia. Moisés nos da algunos detalles acerca de los hombres que aquí se mencionan.

El primer detalle que nos llama la atención es el acortamiento de la vida de los patriarcas que vivieron después del diluvio. El lector podrá recordar que en los siglos anteriores al diluvio, la mayoría de los antepasados del Salvador vivieron 900 años y hasta más. Compare eso con lo que lee aquí: Sem, el primero y el más longevo de los patriarcas después del diluvio, vivió sólo 600 años y su hijo vivió únicamente 430 años. En la época de Peleg (la época de la torre de Babel, 10:25) la vida se redujo a la mitad. Abram, el décimo en la lista, vivió sólo 175 años.

No sabemos las razones del acortamiento de la vida de la raza humana, pero es suficiente saber que Dios sí lo sabe. Él nos ha dicho: “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco” (Juan 10:27). Él conoce sus nombres, el número de años que viven y los hijos que dejan atrás.

Lo que sí sabemos, y esto es lo importante del “relato de Sem”, es que veinte generaciones fueron y vinieron, y Dios no se olvidó de sus promesas. La familia del Mesías no se extinguió. El Salvador había encontrado una semilla que le serviría. ¿Su nombre? Abram, que más tarde se cambió a Abraham.

La historia del pacto de gracia que Dios hizo con los patriarcas
(11:27–50:26)

El sexto relato: Taré (11:27–25:11)

Con los primeros cinco de los diez relatos que constituyen el libro de Génesis, Moisés ha esbozado la obra salvadora de Dios entre las familias del mundo original. Génesis del 1:1 al 11:26 forma la Parte I de Génesis.

En los cinco relatos restantes, Moisés nos presenta también un bosquejo de la obra salvadora de Dios, pero esta vez en una sola familia, la de los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob. Así que, con 11:27 comienza la Parte II de Génesis. (Por lógica, aquí debería empezar un nuevo capítulo. Desafortunadamente, algunas de las divisiones de los capítulos en nuestras Biblias son inútiles. Se recuerda al lector que la división de los capítulos no es inspirada por Dios.)

Dios llama a Abram, dándole una serie de promesas

²⁷ Estos son los descendientes de Taré: Taré engendró a Abram, a Nacor y a Harán, y Harán engendró a Lot.

²⁸ Harán murió antes que su padre Taré en Ur de los caldeos, la tierra donde había nacido.

²⁹ Abram y Nacor tomaron para sí mujeres; el nombre de la mujer de Abram era Sarai, y el nombre de la mujer de Nacor, Milca, hija de Harán, padre de Milca y de Isca. ³⁰ Pero Sarai era estéril y no tenía hijos.

³¹ Tomó Taré a su hijo Abram, y a Lot hijo de Harán, hijo de su hijo, y a Sarai, su nuera, mujer de su hijo Abram, y salió con ellos de Ur de los caldeos para ir a la tierra de Canaán. Pero cuando llegaron a Harán se quedaron allí. ³² Y fueron los días de Taré doscientos cinco años, y murió Taré en Harán.

El “relato de Taré” describe la vida de Abraham y ocupa más de una docena de capítulos. El lector se puede estar preguntando por qué Moisés no lo llamó el “relato de Abraham”, ya que éste es su personaje más prominente. Hay varias razones; una de ellas es que Taré, el padre de Abraham, fue la cabeza de esta importante familia. Además, este relato nos presentará a varios miembros de la familia de Taré que no fueron descendientes de Abraham, personas como Lot, Rebeca, Raquel y Lea. Vemos una vez más el cuidado con que Moisés escogió y usó sus palabras al determinar el bosquejo de Génesis.

El relato de Taré nos ayuda a ver que, después de que la raza humana con su falta de fe se había vuelto nuevamente contra él, Dios escogió a la familia de Abram, del linaje de Sem, como portadora de la línea mesiánica. En vista del maravilloso plan que tenía para la raza humana, le concedió a Abram una serie de promesas centradas en el Salvador, enseñándole a confiar en ellas.

Primero encontramos al importante clan de Taré en la ciudad de Ur, al oeste y al norte del golfo Pérsico. La fecha se remonta hasta alrededor del año 2100 a.C. Ur era una ciudad agitada y próspera del antiguo pueblo sumerio. Algunos documentos de arcilla descubiertos en las excavaciones arqueológicas en Ur describen una cultura sofisticada y avanzada. Desafortunadamente también documentan la existencia de templos paganos. Siglos más tarde, Josué les dijo a los israelitas: “Vuestros padres habitaron antiguamente al otro lado del río, esto es, Taré, padre de Abraham y de Nacor; y servían a dioses extraños” (Josué 24:2).

Sería una exageración decir que Taré y su familia no sabían nada del verdadero Dios. Eso estaría en conflicto con las palabras de Abraham cuando años más tarde buscaba una esposa para su hijo Isaac. Abraham le ordenó a su siervo que no la buscara entre los cananeos, sino que buscara entre sus parientes (24:3-4) a una mujer que fuera temerosa de Dios. Nos gustaría pensar que Taré conocía y adoraba al verdadero Dios, pero su fe no estaba por completo libre de las supersticiones paganas.

Dios le dijo a Abram que abandonara la ciudad de Ur. Obedientemente, él y su esposa Sarai, junto con su padre Taré y su hermano Nacor, salieron de Ur y viajaron cerca de 800 kilómetros al noroeste hacia la ciudad de Harán (actualmente Siria). Después de la muerte de Taré (Hechos 7:2-4), Dios llamó a Abram por segunda vez. Respondiendo al llamado, Abram dejó Harán a la edad de 75 años y emigró al sur hacia la tierra de Canaán, acompañado por su esposa Sarai y su sobrino Lot. Aquí se menciona un detalle trascendente sobre Sarai, que después será un factor importante en el programa de capacitación que Dios tenía para Abram. Sarai (cuyo nombre sería cambiado más tarde a Sara) era estéril.

12 Jehová había dicho a Abram: «Vete de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. ² Haré de ti una nación grande, te bendeciré, engrandeceré tu nombre y serás bendición. ³ Bendeciré a los que te bendigan, y a los que te maldigan maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra».

“Jehová había dicho a Abram...” Con esas sencillas palabras, el libro de Génesis comienza el relato de la vida de Abram (nombre que Dios iba a cambiar más tarde al de Abraham). Moisés le dedicó más de una docena de capítulos a la vida de ese hombre (en particular a la última mitad de su vida). ¿Por qué habría de ocupar un hombre tanto espacio en los registros sagrados?

Hay dos razones. La primera de ellas es que Dios escogió a Abram para ser el padre de una nueva nación, la nación de Israel, que iba a ser la cuna del Salvador. Pero hay una segunda razón por la que el patriarca recibe tanta atención en el Antiguo y en el Nuevo Testamento: la forma en que Dios trató con Abram es la misma en que trata a cada pecador. Cuanto mejor comprendamos la manera en que Dios le habló a Abram, mejor comprenderemos lo que Dios tiene que decirle al mundo pecador de nuestros días.

Note también que fue Jehová, el Dios Salvador, quien le habló a Abram. No sabemos la forma que Dios escogió para hacerlo, pero sabemos que fue una conversación milagrosa, que nunca hubiera tenido lugar si Dios no hubiera intervenido en la vida de Abram.

A muchos eruditos de la Biblia de hoy en día les desagrada la idea de que Dios intervenga en la historia humana. Sin embargo, la cristiandad pide que una persona crea en milagros, y lo hace sin disculpas. Durante los siglos que siguieron al diluvio, la incredulidad llegó a tal grado entre los descendientes de Sem que el fiel Dios del pacto se vio obligado a intervenir para que el conocimiento de su gran plan no desapareciera de la faz de la tierra. Note también *la dirección* de esta conversación sobrenatural: Dios le habló a Abram, no viceversa. Es importante notar que si se va a establecer un contacto entre Dios y el pecador, la iniciativa tiene que comenzar por parte de Dios, y no por nosotros.

“Abram: Vete de tu tierra.” Abram escuchó a Dios decir estas palabras en dos ocasiones durante su vida. La primera vez fue en Ur, en la parte sur de Mesopotamia, cuando él junto con las familias de su padre y sus hermanos, dejaron sus hogares. Siguiendo las rutas comerciales establecidas en esos días, emigraron al norte hacia Harán. Allí Abram escuchó a Dios decir esas palabras por segunda vez. Humanamente hablando, debió haber sido más difícil para él obedecerlas esta segunda vez. Cuando Abram dejó la ciudad de Harán, Dios no sólo le pidió que dejara su tierra y su parentela, sino que agregó: “Vete... de la casa de tu padre”. Los únicos parientes de Harán que lo acompañaron fueron su esposa Sarai y su sobrino Lot.

Puede parecer casi irrazonable que Dios le pidiera a un hombre de 75 años de edad que dejara su hogar y sus parientes y viajara con rumbo desconocido. Con el fin de crear en Abram la buena voluntad para acatar su llamamiento, Jehová le hizo una promesa, o mejor dicho un conjunto de promesas. Y esta es una verdad que en sí vale la pena notar. Dios trata con nosotros como

lo hizo con Abram, no en términos de exigencia, sino principalmente en términos de promesa.

Podemos aislar varias perlas individuales en el conjunto de promesas que Jehová le hizo al patriarca. El hombre de 75 años sin hijos, esposo de una mujer estéril de 65 años, escuchó a Dios decir: “Haré de ti una nación grande”. Para disipar los pensamientos de Abraham: “¿Debe un hombre de mi edad dejarlo todo y comenzar de nuevo?” Dios le aseguró: “Te bendeciré”. Dios no sólo iba a bendecir la vida personal de Abram, sino también iba a usarlo para bendecir a innumerables personas más. “Serás bendición.”

“Haré de ti una nación grande.” Cuando Abram recibió este llamamiento tenía la reputación de ser un ganadero rico. Pero no se le conoce en las Escrituras por ello, sino por ser un hombre con quien Dios compartió algunos de sus secretos sagrados. Se le llama el amigo de Dios; es el padre de los creyentes, el padre de la nación israelita, el antepasado del Mesías. Ciertas bendiciones se iban a identificar con Abram. A través de la historia, la felicidad (o la falta de ella), iba a surgir de la relación que la gente tuviera con Abram.

En el último siglo de su vida, Abram iba a sufrir oposición, cuando viviera como nómada en tierras ajenas. Pero Dios le prometió que estaría tan estrechamente identificado con la obra divina, que maldecirlo o despreciarlo sería igual que oponerse a Dios.

Cuando Dios llamó a Abram, la mayor bendición que le dio fue: “Y serán benditas en ti todas las familias de la tierra”. La infidelidad de los semitas podría amenazar otra vez con sumergir a la humanidad en las tinieblas espirituales, pero el amor de Dios tomó la iniciativa para garantizar que esto no sucediera. Dios le prometió a Abram que de su familia iba a salir un gran descendiente, que iba a ser bendición para toda la raza humana.

Podemos aislar componentes individuales de este conjunto de promesas divinas hechas a Abram, pero lo importante es recordar que *todas estaban centradas en Cristo*. Todas las cosas

que Dios le dijo sobre su gran familia de descendientes o sobre el nuevo país que iban a heredar, encuentran su verdadero propósito y significado en la revelación de Dios centrada en Cristo. Abram también comprendió esto por lo que Dios le dijo. Jesús lo aclaró cuando dijo: “Abraham... se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se regocijó” (Juan 8:56).

Abram no fue salvo por una fe genérica en un Dios misericordioso, sino que fue salvo por la fe en una persona, y sólo la fe en una persona, y la fe en una sola persona. Y esto es lo que hace tan importante la narración bíblica de la fe y la vida de este patriarca en las Escrituras. La manera en que Abram fue salvado es la misma en que los pecadores hoy en día lo son. Dios no tuvo una forma para que la gente del Antiguo Testamento entrara a su familia y otra para nosotros en el tiempo del Nuevo Testamento. Siempre ha existido *solamente una forma*: al confiar en las promesas de Dios centradas en Cristo.

Dios instruye a Abram para creer en la promesa de la tierra

⁴Se fue Abram, como Jehová le dijo, y con él marchó Lot. Tenía Abram setenta y cinco años de edad cuando salió de Harán. ⁵Tomó, pues, Abram a Sarai, su mujer, y a Lot, hijo de su hermano, y todos los bienes que habían ganado y las personas que habían adquirido en Harán, y salieron para ir a tierra de Canaán.

Llegaron a Canaán, ⁶y pasó Abram por aquella tierra hasta el lugar de Siquem, donde está la encina de More. El cananeo vivía entonces en la tierra. ⁷Y se apareció Jehová a Abram, y le dijo: «A tu descendencia daré esta tierra». Y edificó allí un altar a Jehová, quien se le había aparecido.

⁸De allí pasó a un monte al oriente de Bet-el, y plantó su tienda entre Bet-el al occidente y Hai al oriente; edificó en ese lugar un altar a Jehová, e invocó el nombre de Jehová.

⁹Luego Abram partió de allí, avanzando poco a poco hacia el Neguev.

En su maravillosa conversación con Abram, Dios había dicho todo lo que tenía que decir. A Abram sólo le quedó decir “amén” a lo que Dios le había prometido. La Biblia llama a esto “fe”. Así que, la fe es la mano que recibe las promesas de Dios y las hace nuestras. En cambio, la incredulidad cierra su mano en un puño y hace imposible que Dios nos dé sus bendiciones.

La confianza de Abram en las promesas de Dios no estaba simplemente en su corazón “como la espuma en la cerveza”, para usar la comparación mundana de Lutero. La confianza en las promesas divinas lo impulsó a responder al llamamiento de Dios. Abram tomó a su esposa y a su sobrino, junto con sus posesiones y sus ganados, se despidió de sus parientes y amigos en Harán e inició el largo, caluroso y polvoriento viaje rumbo a Canaán, la tierra prometida por Dios, una estrecha porción de tierra que sirve de puente entre tres continentes. Abram encomendó todo su ser y todo su porvenir completamente a Dios. Hay un momento para orar pidiendo la guía de Dios, y también hay un momento de dejar de orar y actuar. Abram siguió a Dios en gozosa obediencia.

Abram viajó al sur hacia el centro de Canaán, a la antigua ciudad de Siquem. Moisés dice específicamente que los cananeos habitaban el lugar. Al darse cuenta de ello, Abram comprendió que no sería capaz de posesionarse de la tierra; pues ya estaba ocupada. Antes de que sus descendientes pudieran establecerse en ella, tendrían que desalojar a sus habitantes, algo que Abram tendría que considerar seriamente. En primer lugar, Dios lo estaba instruyendo para creer lo que le dijo acerca de la tierra prometida.

En este momento crítico para el patriarca, Jehová, el Dios Salvador, se apareció ante él y le reiteró y le aclaró su promesa, reforzando así su fe. Le aclaró que no debería tratar de tomar posesión inmediata de la tierra. Sólo para sus descendientes la tierra de Canaán sería una patria nueva. Dios nutría y ejercitaba la fe de Abram con cada nueva promesa.

Ahora veamos la respuesta del patriarca a la aparición de Jehová. En una tierra llena de cananeos y de religión cananea pagana, Abram construyó un altar a Jehová, el verdadero Dios, el

Dios que se le había aparecido y le había reiterado su promesa. Abram viajó al sur otros cuarenta kilómetros, a la ciudad de Bet-el donde construyó otro altar “e invocó el nombre de Jehová”, o más precisamente, “proclamó el nombre de Jehová”. En una tierra sumida en las tinieblas de falsas religiones, brotaron los rayos de luz de su adoración. Para los paganos cananeos, así como para los mismos parientes de Abram, su devoción proclamaba: “No sé a quién van a adorar ustedes, pero quiero que sepan que el único Dios que merece su adoración es el Dios que se me ha aparecido con toda su gracia y su favor”.

Abram siguió viajando al sur por la cordillera que divide la tierra de Canaán, la “división continental” a lo largo de la cual los cananeos construyeron sus ciudades principales. En el extremo sur del país se encontraba la ciudad de Beerseba, en la región conocida como el Neguev, la tierra seca y caliente del sur.

Recuerde que Moisés escribió originalmente Génesis para el antiguo pueblo de Israel, que en ese tiempo aún no había entrado a la tierra. ¿Puede imaginarse la expectativa que les debió haber causado a los israelitas la mención de las ciudades que iban a ser su nuevo hogar? Cada uno de los lugares históricos que Abram visitó y donde adoró iba a tener un significado especial para sus descendientes cuando llegara el día en que ocuparan la tierra que Dios había escogido para ellos.

Abram fue una persona importante en el plan de Dios para la salvación del mundo. Ya que fue, como el Nuevo Testamento lo llama, el padre de los creyentes, Dios lo tenía que entrenar a confiar absolutamente en sus promesas. El único fundamento seguro de la fe no es lo que vemos y sentimos, sino lo que Dios ha dicho. Eso era lo que Dios quería para Abram, y es lo que él también quiere para nosotros.

¹⁰Hubo entonces hambre en la tierra; y descendió Abram a Egipto para vivir allí, porque era mucha el hambre en la tierra. ¹¹Y aconteció que cuando estaba próximo a entrar en Egipto, dijo a Sarai, su mujer: «Sé que eres mujer de

hermoso aspecto; ¹² en cuanto te vean los egipcios, dirán: “Es su mujer”. Entonces me matarán a mí, y a ti te dejarán con vida. ¹³ Di, pues, que eres mi hermana, para que me vaya bien por causa tuya; así, gracias a ti, salvaré mi vida».

¹⁴ Aconteció que cuando entró Abram en Egipto, los egipcios vieron que la mujer era muy hermosa. ¹⁵ También la vieron los príncipes del faraón, quienes la alabaron delante de él; y fue llevada la mujer a casa del faraón. ¹⁶ Éste trató bien por causa de ella a Abram, que tuvo ovejas, vacas, asnos, siervos, criadas, asnas y camellos.

¹⁷ Pero Jehová hirió al faraón y a su casa con grandes plagas, por causa de Sarai, mujer de Abram. ¹⁸ Entonces el faraón llamó a Abram, y le dijo: «¿Qué es esto que has hecho conmigo? ¿Por qué no me declaraste que era tu mujer? ¹⁹ ¿Por qué dijiste: “Es mi hermana”, poniéndome en ocasión de tomarla para mí por mujer? Ahora, pues, aquí está tu mujer; tómala y vete». ²⁰ Y el faraón ordenó a su gente que escoltara a Abram y a su mujer, con todo lo que tenía.

A la gracia de Dios la llamamos “gracia *gratuita*”. Con eso queremos decir que no sólo se obtiene gratis, sino que *es independiente de nuestra conducta*. La misericordia de Dios no necesita una excusa; existe por sí misma. La narración de la vida de Abram nos proporciona pruebas abundantes de la gracia de Dios que alcanzó a Abram a pesar de sus defectos pecaminosos. Vemos un ejemplo de ello en los últimos versículos del capítulo 12.

Canaán siempre ha sido una tierra de escasa precipitación, y como su agricultura dependía de la lluvia, la sequía era un problema constante. Se podría suponer que estas condiciones fueran especialmente duras para un extranjero como Abram, a quien no le pertenecía ni un centímetro de tierra y dependía de la buena voluntad de los terratenientes para conseguir agua y pasto para su ganado. Egipto, en contraste, practicaba el sistema de riego en su agricultura. En la antigüedad, el río Nilo, crecido por la nieve derretida que procedía del interior de África, cada año traía vida y

nutrientes a todo el valle del Nilo. Ese cinco por ciento del territorio de verdes prados a su vez sostenía al noventa y cinco por ciento restante, y hacía de Egipto el granero del mundo mediterráneo. No es difícil comprender por qué, durante la sequía, Abram llevó todas sus pertenencias y sus rebaños y se encaminó al sur, a Egipto.

En esta tierra extraña, la fe de Abram flaqueó por la tentación. Temeroso de que la belleza de Sarai impresionara a los egipcios y ellos intentaran matarlo para poseerla, le pidió que mostrara su amor hacia él haciéndoles creer a los egipcios que era su hermana, no su esposa.

Ésa fue una demostración de incredulidad. Cuando Abram sugirió esto, no estaba mostrando confianza en la promesa de Dios, sino confianza en su propia astucia para escapar de una situación potencialmente peligrosa. Y cuando la *raíz* de la fe es defectuosa, los *frutos* de la misma también serán defectuosos. En lugar de amar a Dios y a su prójimo (en este caso a su esposa) como a sí mismo, Abram estaba más preocupado por su propia seguridad. Le explicó a Sarai: “Si los egipcios piensan que eres mi hermana, no sólo dejarán de pensar en matarme sino probablemente me tratarán muy bien por causa tuya”.

Más adelante nos damos cuenta que había algo de verdad en lo que Abram les dijo a los egipcios, Sarai realmente era su media hermana. Pero esto no cambia el hecho de que su proceder aquí fuera malo; estaba tratando de engañar a sus anfitriones egipcios. Había gozado de su hospitalidad y en verdad merecían que les dijera la verdad. Abram debió haber confiado en que Jehová no permitiría que nada malo le pasara a él ni a su esposa que anulara su gran promesa acerca de sus numerosos descendientes y del gran descendiente.

Dios permitió que Abram aprendiera de la manera difícil. Parte de lo que Abram había predicho se hizo realidad: lo trataron como a un rey. Pero lo que no previó fue que el faraón llevaría a Sarai a su harén real. Y es probable que allí se hubiera quedado si Dios no hubiera intervenido.

Sarai tenía un papel importante en la promesa que Dios le había anunciado solemnemente a su esposo, y Dios no iba a permitir que nada obstruyera el cumplimiento de su promesa: ni la fragilidad de la fe de Abram, ni siquiera el poder del faraón. Los planes egoístas de Abram para protegerse a sí mismo pusieron en peligro la promesa de Dios, pero la fidelidad del amor divino preservó la pureza de los antepasados del Salvador. Jehová, el Dios del pacto, envió enfermedades a la casa real. No sabemos cómo llegó el faraón a la conclusión de que eso era una advertencia de Dios, pero captó el mensaje. Comprendió que el haber tomado a Sarai era la causa de los desastres que afligían al palacio.

Lo que vemos aquí no es muy agradable. Un rey pagano reprendió severamente al padre de los creyentes y luego lo obligó a salir del país como persona no grata.

Este episodio tiene una connotación que nos es familiar. Como Abram, nosotros muchas veces somos fuertes en la fe cuando se trata de las grandes cosas en la vida, como aceptar el perdón de Dios o confiar en los méritos de Cristo para hacernos miembros de la familia de Dios. Pero cuando enfrentamos algunos problemas terrenales, la duda y la falta de fe nos hacen tambalear, y caemos. Tal vez un problema ganando el pan de cada día nos haga tambalear. O quizás nuestro problema particular sea aprender a enfrentar la vida, tomando un día a la vez, sin correr al botiquín para buscar sedantes o la botella de vino. Martín Lutero señaló en una ocasión: “Satanás subirá la barda por la parte más baja”. Afortunadamente para nosotros, el demonio no es el único que conoce las debilidades de las frágiles criaturas de barro que somos. Lo único que rescató a Abram fue el fiel amor de Dios. Para impedir que usted y yo caigamos y para evitar que perdamos la bendición que Dios prometió, nuestra única esperanza es el fiel y gratuito amor de Dios.

13 Subió, pues, Abram de Egipto hacia el Neguev, con su mujer y con todo lo que tenía, y con él iba Lot.

² Abram era riquísimo en ganado, y en plata y oro. ³ Caminó de jornada en jornada desde el Neguev hasta Bet-el, hasta el lugar donde había estado antes su tienda, entre Bet-el y Hai, ⁴ al lugar del altar que antes había edificado; e invocó allí Abram el nombre de Jehová.

⁵ También Lot, que iba con Abram, tenía ovejas, vacas y tiendas. ⁶ Y la tierra no era suficiente para que habitaran juntos, pues sus posesiones eran muchas y no podían habitar en un mismo lugar. ⁷ Hubo contienda entre los pastores del ganado de Abram y los pastores del ganado de Lot. (El cananeo y el ferezeo habitaban entonces en la tierra.)⁸ Entonces Abram dijo a Lot: «No haya ahora altercado entre nosotros dos ni entre mis pastores y los tuyos, porque somos hermanos. ⁹ ¿No está toda la tierra delante de ti? Yo te ruego que te apartes de mí. Si vas a la mano izquierda, yo iré a la derecha; y si a la mano derecha, yo iré a la izquierda».

Podemos imaginar la felicidad que sintió Abram cuando salió de Egipto y pisó de nuevo el territorio cananeo. Había sido una vergüenza tanto para él como para su casa su proceder deshonesto. Debió haber estado muy agradecido de que su amada Sarai aún estuviera a su lado. Sabía que casi la había perdido, y sólo la mano del Señor había salvaguardado la promesa.

Lo primero que hizo Abram al regresar a Canaán fue dirigirse a Bet-el. Cuando entró en esa tierra la primera vez, Bet-el fue uno de los lugares donde Abram edificó un altar a Jehová, y lo adoró públicamente (12:8). Pudo haber más de una razón por la que Abram hiciera este viaje especial al altar en Bet-el. Sin duda, una de las razones fue su propia necesidad; Abram necesitaba mostrar el arrepentimiento por su lamentable comportamiento en Egipto, y expresar al mismo tiempo su gratitud a Dios por la misericordia que mostró al deshacer cualquier posible daño que pudo haber causado.

También pudo haber aun otra razón. Abram acababa de

experimentar la gracia de Dios en medio de las tinieblas de su pecado, y quería dar testimonio público de la sublime gracia de Dios. Además, es posible que Abram haya comprendido que no sólo los habitantes paganos de los alrededores de Bet-el necesitaban escuchar su testimonio. Sabía que debía dar un claro testimonio a los muchos miembros que conformaban su propia casa, que podían llegar a ser cientos de ellos (Génesis 14:14). De ninguna manera pudieron haberse enorgullecido de la actitud deshonesto de su amo. Algunos de ellos tal vez se preguntaron: “¿Esto es lo que significa ser un verdadero seguidor de Dios?” La adoración de Abram en Bet-el les dio una respuesta clara y correcta.

Ahora que Abram había resuelto los importantes asuntos espirituales, podía ocuparse de otro problema que requería su atención. Estaba rodeado de toda clase de evidencias de que Jehová los había bendecido a él y a su sobrino Lot. En Mesopotamia, en Canaán y más recientemente en Egipto, Jehová los había bendecido con bienes terrenales, la mayoría de los cuales tenían cuatro patas. El Dios que había prometido a Abram: “Te bendeciré”, cumplió su promesa con tanta abundancia que “la tierra no era suficiente para que habitaran juntos”. Sencillamente, no había suficientes pastos ni pozos de agua para satisfacer las necesidades de los dos rebaños, lo cual ocasionó enfrentamientos entre los pastores de Abram y de Lot.

Aquí se puede plantear la pregunta: ¿Era esta la tierra donde “fluye leche y miel” que la Biblia describe después? Debemos recordar que las mejores porciones de la tierra de Canaán no estaban a disposición de Abram y de Lot. Ellos eran sólo extranjeros, residentes temporales, que tenían que conformarse con la tierra que hubiera disponible. Aquí podemos ver nuevamente parte del programa de capacitación que Dios tenía para Abram. Lo estaba preparando para creer lo que él había prometido acerca de la tierra, pese a que todo señalaba lo contrario.

Abram no podía permitir que continuaran las confrontaciones entre los pastores. Le dijo a Lot: “No haya ahora altercado entre

nosotros dos”. Como estaban rodeados por terratenientes paganos, no convenía que vieran pelear a dos hijos de Jehová. Abram vio claramente que las disputas no sólo estaban poniendo en peligro su compañerismo de fe, sino que el testimonio de la fe de los dos se estaba socavando.

Abram no se limitó nada más a señalar el problema, sino que también le ofreció la solución a Lot. “Es mejor que haya una separación física entre nosotros y no una separación espiritual; haré todo lo que pueda para que la separación de nuestros caminos sea más agradable para ti. Escoge dónde quieres vivir y yo iré en dirección contraria.”

Al hacer esta generosa oferta, Abram estaba poniendo en práctica su fe en la promesa de Dios. Dios les había prometido la tierra a sus descendientes, y como contaba con la promesa divina, no tenía por qué cuidar tan celosamente sus futuras posesiones. La actitud de Abram hacia las posesiones terrenales nos da una buena ilustración de cómo es vivir para la gloria de Dios. Qué fácil es decir: “¡Confío en Cristo como mi *¡Salvador!*” Pero qué difícil en ocasiones es decir: “¡Confío en él como mi *Proveedor!*” Los que han aprendido a confiar en la promesa de que Dios proveerá pueden ser generosos con sus bienes. Como Abram, ellos saben que tienen la promesa del Salvador: “¡Cristiano, que yo sea lo primero en tu vida, y te prometo que nada te faltará para tu cuerpo y alma!”

¹⁰ Alzó Lot sus ojos y vio toda la llanura del Jordán, toda ella era de riego, como el huerto de Jehová, como la tierra de Egipto en la dirección de Zoar, antes que Jehová destruyera Sodoma y Gomorra. ¹¹ Entonces Lot escogió para sí toda la llanura del Jordán; se fue, pues, Lot hacia el oriente, y se apartaron el uno del otro. ¹² Abram acampó en la tierra de Canaán, en tanto que Lot habitó en las ciudades de la llanura y fue poniendo sus tiendas hasta Sodoma. ¹³ Pero los habitantes de Sodoma eran malos y cometían horribles pecados contra Jehová.

¹⁴ Jehová dijo a Abram, después que Lot se apartó de él: «Alza ahora tus ojos y, desde el lugar donde estás, mira al norte y al sur, al oriente y al occidente. ¹⁵ Toda la tierra que ves te la daré a ti y a tu descendencia para siempre. ¹⁶ Haré tu descendencia como el polvo de la tierra: que si alguno puede contar el polvo de la tierra, también tu descendencia será contada. ¹⁷ Levántate y recorre la tierra a lo largo y a lo ancho, porque a ti te la daré».

¹⁸ Así pues, Abram levantó su tienda, se fue y habitó en el encinar de Mamre, que está en Hebrón, donde edificó un altar a Jehová.

Lot se aprovechó del generoso ofrecimiento de su tío. Él recordó como años antes, cuando él y Abram estuvieron viajando a lo largo de la cordillera central de Canaán, él se había percatado de que el área por donde corría el río Jordán hacia el mar Muerto era un lugar atractivo para la cría de ganado. Así que escogió instalarse allí, y “fue poniendo sus tiendas hasta Sodoma”. Haber elegido eso fue extremadamente imprudente, y Lot lo iba a pagar caro con aflicción y angustia.

Podemos imaginar la tristeza que embargó a Abram, separado del único pariente consanguíneo que tenía en la tierra. Y allí mismo intervino Jehová, el Dios del pacto. Una vez más Moisés invierte el orden acostumbrado de la oración en hebreo, para poner énfasis en que después de despedirse Abram de Lot, el Dios Salvador le habló. Para mostrarle su aprobación por lo que había hecho y para compensarlo por lo que había abandonado, Jehová le ratificó antes que nada la promesa de bendecirlo. “Toda la tierra que ves te la daré a ti y a tu descendencia para siempre”. Abram cedió a su sobrino el derecho a buenos pastos y agua, pero Dios reservó el derecho de propiedad para Abram y sus descendientes.

Y eso no fue todo. Dios recompensó a Abram aun más por la espléndida demostración de su fe. No sólo le *reiteró* la promesa sino que la *extendió* al prometerle toda la tierra, incluyendo la que Lot había escogido al este, a Abram y a sus descendientes “para

siempre”. Estas últimas palabras merecen más explicación, ya que algunos las han interpretado literalmente como si los descendientes de Abram poseyeran título de propiedad de la tierra de Canaán permanentemente. Las palabras que Moisés usó originalmente significan “por el futuro indefinido”. Dios más tarde les advirtió a los israelitas que, si se apartaban de él, perderían la buena tierra que les había dado (Deuteronomio 28:63; 30:17,18). Veinticinco siglos de historia han documentado el hecho de que realmente fue así.

Dios también aumentó la promesa de descendientes que le hizo a Abram. Este anciano sin hijos escuchó a Dios que le dijo: “Haré tu descendencia como el polvo de la tierra”. Sin esta promesa de Dios, Abram y Sarai sólo podrían haber esperado que su línea familiar muriera con ellos ya que no habían tenido hijos. Pero por la fe ellos creyeron lo contrario, y Dios ahora fortalecía esa fe con una promesa especial.

El Señor también capacitó a Abram para que diera evidencia de su fe fortalecida cruzando la tierra a pie, de un extremo al otro. Iba a hacer una especie de viaje de reconocimiento, algo así como lo que le gustaría hacer al nuevo propietario de un terreno. Abram así lo hizo y se estableció en Hebrón, al sur de Canaán. Fue ahí donde la familia del patriarca vivió la mayor parte del tiempo, y donde fueron sepultados sus seres amados.

El capítulo termina con la misma nota con que comenzó. Abram edificó un altar para expresar su fe personal y para dar testimonio público del Dios único y verdadero.

14 Aconteció en los días de Amrafel, rey de Sinar, Arioc, rey de Elasar, Quedorlaomer, rey de Elam, y Tidal, rey de Goim, ² que estos hicieron guerra contra Bera, rey de Sodoma, contra Birsá, rey de Gomorra, contra Sinab, rey de Adma, contra Semeber, rey de Zeboim, y contra el rey de Bela, la cual es Zoar. ³ Todos estos se juntaron en el valle del Sidim, que es el Mar Salado. ⁴ Doce años habían servido a Quedorlaomer, y en el decimotercero se rebelaron.

La búsqueda del poder político no es nada nuevo en la historia. Las guerras, el derramamiento de sangre y las conquistas han formado parte de la historia del mundo desde la caída en pecado. Este capítulo narra un episodio militar que tuvo lugar alrededor del año 2100 a.C., la primera guerra que se menciona en las Escrituras. Aunque Abram no estaba directamente implicado en ella, decidió estarlo, y he allí la razón para que este episodio esté incluido en la Biblia.

La historia comienza en la antigua Mesopotamia, en lo que es actualmente Irak. Cuatro reyes de oriente unieron sus fuerzas en una aventura militar que les iba a tomar unos mil seiscientos kilómetros de viaje, a una región cercana al mar Muerto. Lo que aquí se describe es una batalla militar importante, en comparación con la cual la captura del sobrino de Abram resulta ser en realidad un detalle menor. Pero en el relato de Taré este detalle menor toma la mayor importancia.

Cuando los cuatro reyes orientales la invadieron, la tierra prometida se volvió un verdadero campo de batalla. Dios estaba preparando a Abram para creer en su promesa de la tierra a pesar de ver que los ejércitos invasores la atacaron y la saquearon. En la región aledaña al mar Muerto, los invasores atacaron a una coalición de cinco ciudades estado, las derrotaron en el campo de batalla, les impusieron un pesado tributo anual, y regresaron a casa. Las ciudades estado no tuvieron otro remedio que someterse. Año tras año pagaban tributo. Lo hacían a regañadientes, porque el pago era muy elevado, además de humillante. Durante el período de la monarquía de Israel, por ejemplo, el rey Acab conquistó la nación vecina de Moab y la obligó a pagar un tributo anual de cien mil corderos y la lana de cien mil carneros (2 Reyes 3:4).

⁵En el año decimocuarto vino Quedorlaomer con los reyes que estaban de su parte y derrotaron a los refaítas en Astarot Karnaim, a los zuzitas en Ham, a los emitas en Save-quiriataim ⁶y a los horeos en los montes de Seir, hasta la

llanura de Parán, que está junto al desierto. ⁷ Después regresaron y llegaron a En-mispat, que es Cades, y destruyeron todo el país de los amalecitas y también al amorreo que habitaba en Hazezon-tamar.

⁸ Entonces salieron el rey de Sodoma, el rey de Gomorra, el rey de Adma, el rey de Zeboim y el rey de Bela, que es Zoar, y pelearon contra ellos en el valle del Sidim; ⁹ esto es, contra Quedorlaomer, rey de Elam, Tidal, rey de Goim, Amrafel, rey de Sinar, y Arioc, rey de Elasar; cuatro reyes contra cinco.

¹⁰ El valle del Sidim estaba lleno de pozos de asfalto; y cuando huyeron el rey de Sodoma y el de Gomorra, cayeron allí; los demás huyeron al monte. ¹¹ Los vencedores tomaron toda la riqueza de Sodoma y de Gomorra, y todas sus provisiones, y se fueron. ¹² Tomaron también a Lot, hijo del hermano de Abram, que habitaba en Sodoma, y sus bienes, y se fueron.

Después de unos doce años, los cinco reyes cananeos no podían soportar más. Decidieron dejar de pagar el tributo, y los resultados no se hicieron esperar. Al año siguiente los ejércitos de los cuatro reyes orientales marcharon al oeste, dispuestos a castigar a los rebeldes. Bajaron a Canaán por una antigua y bien conocida ruta comercial llamada “camino real” al este del Jordán, conquistando y saqueando todas las ciudades y naciones que encontraron a su paso. Después de penetrar lo suficiente en el desierto al sur y al oeste del mar Muerto, para eliminar cualquier peligro de ataque por la retaguardia, se pusieron en marcha hacia el norte para enfrentar a sus rebeldes vasallos.

El informe de Moisés sobre la decisiva batalla es breve. Los ejércitos de los cinco reyes fueron derrotados fácil y totalmente. En la guerra todo se vale; al vencedor le toca el botín. Los invasores robaron todo lo que era de valor y se llevaron a algunos de los habitantes como esclavos (o tal vez como rehenes, para garantizar futuros pagos de tributo). En el capítulo anterior se nos

informó solamente que Lot levantó sus tiendas cerca de Sodoma. Aquí nos enteramos de que Lot eligió vivir entre los impíos de Sodoma. Cuando Lot fue llevado cautivo debió haber recordado su decisión anterior. Los prisioneros de guerra en los tiempos antiguos no tenían un futuro muy prometedor.

¹³ Uno de los que escaparon fue y dio aviso a Abram, el hebreo, que habitaba en el encinar de Mamre, el amorreo, hermano de Es col y hermano de Abner, los cuales eran aliados de Abram.

¹⁴ Al oír Abram que su pariente estaba prisionero, armó a trescientos dieciocho criados nacidos en su casa, y los persiguió hasta Dan. ¹⁵ Cayó sobre ellos de noche, él con sus siervos, y los atacó, y los fue siguiendo hasta Hoba, al norte de Damasco. ¹⁶ Recobró así todos los bienes, y también a su pariente Lot, los bienes de éste, las mujeres y demás gente.

¹⁷ Cuando volvía de derrotar a Quedorlaomer y a los reyes que con él estaban, salió el rey de Sodoma a recibirlo al valle de Save, que es el valle del Rey. ¹⁸ Entonces Melquisedec, rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo, sacó pan y vino; ¹⁹ y lo bendijo, diciendo:

**«Bendito sea Abram del Dios Altísimo,
creador de los cielos y de la tierra;**

**²⁰ y bendito sea el Dios Altísimo,
que entregó a tus enemigos en tus manos».**

Y le dio Abram los diezmos de todo.

²¹ Entonces el rey de Sodoma dijo a Abram:

—Dame las personas y toma para ti los bienes.

²² Respondió Abram al rey de Sodoma:

—He jurado a Jehová, Dios Altísimo, creador de los cielos y de la tierra, ²³ que ni un hilo ni una correa de calzado tomaré de todo lo que es tuyo, para que no digas: “Yo enriquecí a Abram”; ²⁴ excepto solamente lo que comieron los jóvenes. Pero los hombres que fueron conmigo, Aner, Escol y Mamre, sí tomarán su parte.

Al llegar este momento, Abram se involucró en el asunto. Aquí recibe por primera vez el nombre de “Abram, el hebreo”, que se cree era para señalar el hecho de que sus antepasados habían llegado desde más allá del Éufrates, o sea, que Abram era *extranjero*, y no originario de esa región. Cuando Abram se enteró del desenlace de la batalla por boca de alguien que había logrado escapar, su reacción instintiva pudo muy bien haber sido: “¡Mi sobrino se lo buscó; ahora que se las arregle como pueda!”

En el capítulo anterior relata cómo la fe de Abram en la promesa de Dios lo había hecho generoso. En este capítulo muestra cómo su fe lo hizo audaz. Armó a 318 de sus siervos, y con la ayuda de amigos vecinos aliados, derrotó a los ejércitos enemigos. A pesar de que lo superaban en número, Abram aprovechó la oportunidad de atacar por sorpresa y la protección que le permitió la oscuridad de la noche. Para confundir más al enemigo, dividió sus fuerzas y atacó desde varios puntos. Los soldados del este se aterrorizaron y huyeron, dejando el botín. Abram los persiguió hasta que llegó al norte de Damasco en Siria, lo suficiente lejos para estar seguro de que el enemigo no regresaría.

Dos reyes salieron al encuentro de Abram cuando regresó a Canaán, y los dos no podían ser más diferentes. El primero fue Melquisedec, una figura importante en las páginas de las Escrituras. Era un adorador de la verdadera religión de Jehová la que se había transmitido desde el tiempo del diluvio. En este pasaje encontramos la única información que el Antiguo Testamento nos da acerca de él. Se le describe como “rey de Salem” (Jerusalén) y “sacerdote del Dios Altísimo”. Este sacerdote y rey les dio alimento a los hambrientos y cansados siervos de Abram que combatieron en la batalla, y públicamente atribuyó a Dios el éxito de la victoria. Abram se identificó con el testimonio de Melquisedec ofreciéndole a este representante de Dios la décima parte de todo el botín. Al hacerlo así, Abram reconoció a Melquisedec como su superior espiritual.

Éste hubiera sido sólo otro fascinante incidente en la vida de Abram si no fuera por el Nuevo Testamento que arroja más luz sobre el hecho. Para empezar, nos enteramos de que Melquisedec es el prototipo de Jesús en el Antiguo Testamento, quien también tiene el doble oficio de sacerdote y rey.

La Epístola a los Hebreos destaca una segunda verdad respecto de Melquisedec, que es de importancia fundamental para el cristianismo. A lo largo de los siglos del Antiguo Testamento, Dios instruyó a su pueblo israelita para que se acercaran a él a través de mediadores conocidos como sacerdotes, de la tribu de Leví, que era bisnieto de Abram. Esos sacerdotes levitas ofrecían diariamente sacrificios de sangre que simbolizaban la gravedad del pecado y apuntaban al único remedio divino que Dios iba a dar para el pecado. Pero aquí, al regreso de la batalla con los reyes del este, el bisabuelo de Leví le dio el diezmo a un sacerdote que descendía de otro linaje. He aquí nuestra certeza de que todas las ceremonias y las reglas religiosas del Antiguo Testamento, incluyendo siglos de sacrificios de sangre, realmente no podían reconciliar al pecador con Dios. Se necesitaba un sacerdote mejor que un pecador levita, y un sacrificio mejor que un animal sacrificado. Por eso, a Jesús se le llama “sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec” (Salmo 110:4; Hebreos 5:6; 7:11-17), el único sacerdote que puede reconciliar a los pecadores con Dios.

Otro rey estuvo presente el día en que Abram regresó de la batalla, y éste fue el rey de Sodoma. Él también se dirigió a Abram, pero en términos muy diferentes a los de Melquisedec. “Dame las personas, y toma para ti los bienes.” Abram no se oponía a recibir regalos, había aceptado pan y vino del rey de Salem, y años atrás había aceptado regalos muy generosos del faraón de Egipto. Pero comprendía que no podía aceptar estos regalos para la gloria de Dios. Abram sabía que tenía derecho a conservar parte del botín; lo demostró explicando que sus aliados podían tomar la parte que les correspondía. Sin embargo, Abram no le iba a dar a un rey

pagan el mérito de enriquecerlo. No se había unido a la batalla con los reyes del este para obtener ganancias. Todo lo que poseía se lo debía a la misericordia de Dios, e incluso hizo un juramento para dejarlo bien claro.

Dios instruye a Abram para que crea en la promesa del descendiente

15 Después de estas cosas vino la palabra de Jehová a Abram en visión, diciendo:

—No temas, Abram, yo soy tu escudo, y tu recompensa será muy grande.

² Respondió Abram:

—Señor Jehová, ¿qué me darás, si no me has dado hijos y el mayordomo de mi casa es ese Eliezer, el damasceno?

³ Dijo también Abram:

—Como no me has dado prole, mi heredero será un esclavo nacido en mi casa.

⁴ Luego vino a él palabra de Jehová, diciendo:

—No te heredaré éste, sino que un hijo tuyo será el que te herede.

⁵ Entonces lo llevó fuera y le dijo:

—Mira ahora los cielos y cuenta las estrellas, si es que las puedes contar.

Y añadió:

—Así será tu descendencia.

⁶ Abram creyó a Jehová y le fue contado por justicia.

Dios le había enseñado a Abram a creer en la promesa de la tierra. Ahora comenzó una nueva fase en el desarrollo del patriarca mientras Dios le enseñó a creer en la promesa acerca de sus descendientes.

Una vez más, el Dios Salvador apareció a Abram, esta vez en una visión. Dios le permitió a Abram ver cosas con sus ojos espirituales, lo que nunca hubiera podido ver con sus propios ojos. El Dios misericordioso supo que el temor cundía en el corazón de

Abram, por eso le aseguró: “No temas; yo soy tu *escudo*. En la batalla contra los reyes del este yo te protegí. Tu *recompensa* será muy grande. Cuando el rey de Sodoma te ofreció el botín, tú rechazaste su ofrecimiento porque reconociste que mi amistad y mi sonrisa son una recompensa mucho más grande que cualquier otra cosa que él pudiera haberte ofrecido.”

Abram reconoció que Dios lo había bendecido mucho, pero no tenía lo que más anhelaba. Dios le había prometido un descendiente, pero ese vínculo prometido entre Abram y el Salvador aún no estaba presente, y tanto él como su amada Sarai ya no estaban en edad de tener hijos. En consecuencia, Abram decidió tomar otras opciones. Para tener un heredero había que recurrir a las costumbres de la sociedad de su época y adoptar legalmente a su siervo Eliezer.

Abram no estaba muy contento con este arreglo. No podía ser feliz sin un descendiente, porque era su vínculo con el Salvador. Para él, el hecho de no tener hijos significaba perder la herencia que Dios le había prometido. Esto era lo que él temía.

Dios le habló directamente de este temor cuando le dijo: “Quita de tu mente la idea de que Eliezer va a ser tu heredero. El heredero del que te hablo será de tu misma carne y hueso”. Si Eliezer hubiera sido el sucesor de Abram, entonces el linaje de Abram habría llegado a su fin; el propio hijo de Eliezer lo hubiera sucedido. Para fortalecer la fe de Abram en la promesa de que sería el antepasado de muchos descendientes, estando en la visión, Dios lo hizo salir y ver el cielo lleno de estrellas. “Abram, el que puede llenar el cielo de estrellas también puede cumplir su promesa de tener innumerables descendientes de tu cuerpo”. ¡Qué promesa para un anciano, casado con una mujer que también tenía muchos años y que ya había pasado la menopausia!

“Abram creyó a Jehová.” En el idioma hebreo la palabra para *crear* es una forma de la palabra con la que los cristianos comúnmente terminan sus oraciones. En otras palabras, Abram dijo “amén” a la promesa de Dios. San Pablo describe la actitud del patriarca de la siguiente manera: “Y su fe no se debilitó al

considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto... o la esterilidad de la matriz de Sara. Tampoco dudó por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció por la fe, dando gloria a Dios” (Romanos 4:19-21).

“... y le fue contado por justicia”. En la Biblia, *justicia* significa “ser recto con Dios”. La Biblia enseña que Abram obtuvo este derecho ante Dios, no por lo que había hecho, sino por lo que su gran descendiente iba a hacer. Creer en Dios, entonces, es más que confiar en su poder. Creer en Dios es confiar en su promesa, tomar en serio lo que dice, arrojarse en su misericordia. Dios considera esta confianza como el cumplimiento de su exigencia de perfección.

Es interesante darse cuenta de que el apóstol Pablo cita Génesis 15:6 en las dos epístolas del Nuevo Testamento que tratan más detalladamente la enseñanza de la justificación del pecador (Romanos 4:3; Gálatas 3:6). Dios salva a los pecadores, no transformándolos en santos, sino declarándolos santos. Dios cuenta su fe por justicia; los pecadores son salvos por la fe.

La fe de Abram se apoyó en la promesa de la palabra de Dios, y en eso debe apoyarse la nuestra. Ese es el único fundamento de la fe. Mis sentimientos no son una base confiable para mi fe, ya que los sentimientos pueden engañar. Por ejemplo, puede haber momentos en mi vida en los que sienta que no soy perdonado. No obstante, la promesa de Dios no puede engañar, porque Dios no puede mentir.

Dios sella su promesa con un pacto solemne

⁷ **Jehová le dijo:**

—Yo soy Jehová, que te saqué de Ur de los caldeos para darte a heredar esta tierra.

⁸ **Abram respondió:**

—Señor Jehová, ¿en qué conoceré que la he de heredar?

⁹ **Jehová le dijo:**

—Tráeme una becerra de tres años, una cabra de tres años y un carnero de tres años; y una tórtola y un palomino.

¹⁰Tomó Abram todos estos animales, los partió por la mitad y puso cada mitad enfrente de la otra; pero no partió las aves. ¹¹Y descendían aves de rapiña sobre los cuerpos muertos, pero Abram las ahuyentaba. ¹²A la caída del sol cayó sobre Abram un profundo sopor, y el temor de una gran oscuridad cayó sobre él.

¹³Entonces Jehová le dijo:

—Ten por cierto que tu descendencia habitará en tierra ajena, será esclava allí y será oprimida cuatrocientos años.

¹⁴Pero también a la nación a la cual servirán juzgaré yo; y después de esto saldrán con gran riqueza. ¹⁵Tú, en tanto, te reunirás en paz con tus padres y serás sepultado en buena vejez. ¹⁶Y tus descendientes volverán acá en la cuarta generación, porque hasta entonces no habrá llegado a su colmo la maldad del amorreo.

¹⁷Cuando se puso el sol y todo estaba oscuro, apareció un horno humeante y una antorcha de fuego que pasaba por entre los animales divididos. ¹⁸Aquel día hizo Jehová un pacto con Abram, diciendo:

—A tu descendencia daré esta tierra, desde el río de Egipto hasta el río grande, el Éufrates: ¹⁹la tierra de los ceneos, los cenezeos, los cadmoneos, ²⁰los heteos, los ferezeos, los refaítas, ²¹los amorreos, los cananeos, los gergeseos y los jebuseos.

Al igual que un padre amoroso, Dios nunca trata a sus hijos con mezquindad. Génesis 15 deja entrever el gran corazón de Dios buscando la manera de darle a Abram mayor seguridad. He aquí un anciano sin hijos pidiendo ayuda para crear la promesa de que sus descendientes iban a heredar la tierra de Canaán. Abram no hizo su petición con un espíritu de duda o incredulidad. Creyó en la promesa de Dios, pero quería estar más firmemente convencido. El amor de Dios encontró la forma de darle seguridad a su hijo.

Le indicó a Abram que preparara los materiales que se usaban en un antiguo pacto de sangre babilonio, la mayor garantía que

conocía Abram. Dicho sea de paso, algunos eruditos de la Biblia separan los versículos 7-21 de los primeros seis versículos de Génesis 15. Según su punto de vista, estos eruditos consideran que la visión que Dios le concedió a Abram terminó en el versículo 6. Pero en el texto bíblico no hay ninguna indicación de ello. Todo el capítulo forma una unidad. Por lo tanto, parece más probable que la fascinante acción que se describe en la segunda mitad del capítulo tuvo lugar en la visión que Jehová le dio a Abram.

A fin de poder comprender la inusual transacción que incluía tres animales y dos aves, necesitamos recordar que Abram pasó los primeros 75 años de su vida en la cultura babilónica. En esa sociedad, cuando dos personas querían garantizar el cumplimiento de un acuerdo importante, hacían algo más que estampar sus firmas en un documento; decretaban un pacto de sangre. Se sacrificaba un animal o más de uno, y una mitad del cadáver se ponía en el piso frente a la otra mitad formando en medio de las dos una especie de pasadizo. Para sellar el contrato, las dos personas caminaban solemnemente entre las mitades de los animales muertos.

El simbolismo era claro. En primer lugar, los dos participantes se acercaban a la ceremonia del pacto como iguales; cada uno de ellos había contribuido con algo para hacer el pacto efectivo. Y, en segundo lugar, si alguna de las personas violaba los términos del contrato, los restos ensangrentados del animal sacrificado eran un silencioso recordatorio de que esa persona podía perder su vida.

A medida que se desarrollaban los detalles de la visión, Abram se vio sacrificando a los animales y acomodando las mitades de los cadáveres en filas. Moisés no revela el significado de las aves.

Ahora todo estaba listo. Lo único que faltaba para la ceremonia de ratificación del pacto era que los dos participantes caminaran juntos entre los cuerpos. Abram esperó. En su visión vio aves de rapiña que descendían sobre los cadáveres sangrientos, y él los ahuyentaba. Cuando se ponía el sol, Abram experimentó

un extraño sentimiento de terror. Dios le explicó que las aves de rapiña y la ansiedad indicaban lo que les iba a ocurrir a sus descendientes. Antes que llegara el día en que heredaran la tierra prometida iban a pasar cuatro siglos como extranjeros y esclavos en una tierra extraña. Parte de ese tiempo serían oprimidos. Pero a su debido tiempo, Dios iba a juzgar al opresor e iba a librar a su pueblo, llevándolo a una nueva tierra. Para desalojar a los cananeos que ocupaban esas tierras, Dios iba a enviar un juicio sobre ellos por sus iniquidades. El padre de la nación israelita debió haberse sentido aliviado de saber el feliz desenlace de cuatro turbulentos siglos de historia.

Pero ya había llegado la noche. ¿Qué pasó con la ratificación del pacto? En ese instante Abram vio una antorcha de fuego (la forma en la que los nómadas usualmente veían el fuego) que pasaba sola entre los cadáveres. Y escuchó la voz de Dios que le reafirmaba: “A tu descendencia daré esta tierra”. Dios incluso describió las fronteras limítrofes (“desde Egipto hasta el Éufrates”) y mencionó a diez de las tribus cananeas que por su pecado habían perdido el derecho a vivir en la tierra y serían despojados de ella por los descendientes de Abram.

Durante los siglos del Antiguo Testamento, Dios apareció a su pueblo en fuego, en humo o en una nube para darles la seguridad de su vehemente determinación de llevar a cabo el gran plan que tenía para ellos. Piense en la forma en que Jehová le apareció a Moisés en la zarza ardiente (Éxodo 3:1-10) o a los israelitas en una columna de nube o fuego (Éxodo 13:21). Esta especial aparición (a la que con frecuencia se menciona por su nombre técnico, *la gloria de Jehová*) usualmente sucedía en tiempos de crisis, cuando parecía que Dios había olvidado su promesa o que un enemigo estaba a punto de impedir su cumplimiento.

¿Cuál fue el propósito de la visión? Abram le había pedido a Dios una señal y Dios se la concedió en forma espectacular, dejando en claro su plan de salvación. La antorcha de fuego que simbolizaba la presencia de Dios mismo, apareció sola

moviéndose entre las partes del sacrificio. Es verdad que el pacto de Dios es un acuerdo entre dos partes, pero en este caso de ninguna manera las dos partes son iguales. Una parte asume todas las obligaciones, y la otra parte recibe todos los beneficios. Abram, por su parte, no prometió nada, no hizo nada ni tampoco dijo nada. Se limitó a ver lo que el Señor estaba haciendo, escuchó lo que él estaba diciendo, y creyó. Pablo después escribió lo que Dios le estaba enseñando aquí al patriarca: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. No por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8,9).

Génesis 15 describe una parte importante del programa de preparación de Abram, quien le había pedido a Dios que cumpliera lo que le había prometido. El Señor le respondió haciendo un pacto, permitiéndole antes que nada oír la promesa reiterada y ampliada. Abram supo que sus descendientes llegarían a ser una nación que, a pesar de la aflicción y la esclavitud de un poder extranjero, ocuparían la tierra de Canaán. Para garantizarle su promesa, Dios también le permitió ver un símbolo visible del Dios Salvador que afirmaba su promesa.

Nosotros, los creyentes del Nuevo Testamento, hemos recibido una bendición similar de Dios, en los sacramentos. En el Bautismo y en la Santa Cena, Dios no sólo nos permite escuchar el mensaje de su misericordia en Cristo, también nos da algo visible. Vincula a su promesa los elementos terrenales para darnos la mayor seguridad. A través de estas señales visibles, Dios se obliga a su promesa. Ahora, ¿no es esto una evidencia más de su gracia?

Abram acepta la promesa de Dios, aunque con fe débil

16 Sarai, mujer de Abram, no le daba hijos; pero tenía una sierva egipcia que se llamaba Agar. ² Dijo Sarai a Abram:

—Ya ves que Jehová me ha hecho estéril; te ruego, pues, que te llegues a mi sierva, y quizá tendré hijos de ella.

Atendió Abram el ruego de Sarai. ³ Así, al cabo de diez años de habitar Abram en Canaán, su mujer Sarai tomó a Agar, su sierva egipcia, y la dio por mujer a su marido Abram. ⁴ Él se llegó, pues, a Agar, la cual concibió; pero al ver que había concebido, miraba con desprecio a su señora. ⁵ Entonces Sarai dijo a Abram:

—¡Mi agravio sea sobre ti! Yo te di a mi sierva por mujer, pero al verse encinta me mira con desprecio. ¡Juzgue Jehová entre tú y yo!

⁶ Respondió Abram a Sarai:

—Mira, tu sierva está en tus manos. Haz con ella lo que bien te parezca.

Y como Sarai la afligía, Agar huyó de su presencia.

Habían transcurrido diez años desde que Dios le pidió a Abram que dejara su tierra natal y a sus familiares, y desde que le prometió un hijo. Génesis 16 cita otro de los casos en los que Abram y Sarai tropezaron en la senda de la fe. Lo que leemos aquí no es una lectura agradable, y no es nada halagador para Abram ni para Sarai, pero las Escrituras no tratan de ocultar las debilidades de los santos de Dios.

Tal parece que aquí fue Sarai quien tomó la iniciativa. Diez años es mucho tiempo para esperar un bebé, especialmente cuando se tienen 75 años y el esposo 85. Tal vez Sarai le dijo a Abram: “Jehová prometió que el hijo vendría de *tu* cuerpo, pero nunca dijo que vendría del *mío*. En realidad, parece que él dejó bien claro que yo no tendría hijos”.

Sarai creyó que, por su culpa, la promesa que Dios les hizo de un hijo no se cumplía. Por lo tanto, decidió seguir la costumbre de esos días, que le permitía a una esposa estéril darle su sirvienta a su marido como una segunda esposa, con el acuerdo de que cualquier niño que naciera de esa unión pertenecería a la señora de la casa. (La costumbre no sólo lo permitía, sino que realmente le exigía a una esposa estéril que le diera su sirvienta al esposo. En excavaciones arqueológicas se han encontrado contratos

matrimoniales del antiguo Nuzi, en lo que ahora es Irak, en los que la novia se comprometía a darle a al esposo su sierva, en el caso de que la futura esposa no pudiera tener hijos).

La acción de Sarai de darle a su sierva a al esposo equivale a usar medios humanos para lograr los propósitos de Dios. La sugerencia que le hizo al esposo atacó la esencia misma del matrimonio en la forma en que Dios lo instituyó para la raza humana: la unión de por vida entre un hombre y una mujer. Tal vez lo peor de todo fue que el plan de Abram y Sarai interfería con el plan de Dios. Abram estuvo de acuerdo con Sarai. Al igual que ella, él estaba deseoso de ver cumplida la promesa de Dios. Una vez más la frágil humanidad pecadora pone el lienzo donde Dios muestra su maravillosa misericordia.

Por razones que sólo él sabe, Dios toleró muchas veces la poligamia durante los siglos del Antiguo Testamento. Y eso fue lo que ocurrió aquí. Dios incluso bendijo la unión entre Abram y Agar, y ella quedó embarazada.

Una de las malas consecuencias de la poligamia es que da rienda suelta a los más bajos elementos de las personas. En vez del cumplimiento de sus esperanzas, Abram y Sarai tuvieron problemas. Para una mujer casada, la esterilidad era una desgracia, y Agar parecía alardear de su embarazo ante su señora. Esa no era de ninguna manera la forma en que Sarai había esperado que resultaran las cosas. Pero inevitablemente así pasa cuando permitimos que la intriga humana tenga prioridad sobre la sencilla confianza en la promesa de Dios y desobedecemos su voluntad. Cada desviación del plan de Dios para el matrimonio, aun cuando sea hecha con buenas intenciones, ocasiona pena y aflicción en el corazón y en el hogar de la persona.

La reacción de Sarai fue previsible. Se nos dice que “afligía” a Agar. La traducción es quizá demasiado fuerte. Sarai trataba duramente a Agar; la humillaba. Agar era la sirvienta personal de Sarai y, como sugiere Lutero, a Agar se le podría haber exigido que viviera con el resto de los sirvientes o que hiciera las tareas más serviles en casa. De acuerdo con una antigua ley, a una madre

esclava no se le podía echar de la casa. Pero los esclavos podían huir, y esto fue lo que hizo Agar. Voluntariosa y dolida, se puso en camino por el desierto rumbo a Shur. Según 25:18, Shur estaba cerca de la frontera de Egipto. Es muy evidente, entonces, que Agar se dirigía a su tierra natal. Agar pudo haber pensado que esta era la mejor solución al problema, pero Dios tenía otros planes.

⁷ La halló el Ángel de Jehová junto a una fuente de agua en el desierto, junto a la fuente que está en el camino de Shur.

⁸ Y le dijo:

—Agar, sierva de Sarai, ¿de dónde vienes y a dónde vas?

Ella respondió:

—Huyo de delante de Sarai, mi señora.

⁹ Le dijo el Ángel de Jehová:

—Vuélvete a tu señora y ponte sumisa bajo su mano.

¹⁰ Le dijo también el Ángel de Jehová:

—Multiplicaré tanto tu descendencia,
que por ser tanta no podrá ser contada.

¹¹ Y añadió el Ángel de Jehová:

—Has concebido y darás a luz un hijo,
y le pondrás por nombre Ismael
porque Jehová ha oído tu aflicción.

**¹² Será un hombre fiero,
su mano se levantará contra todos
y la mano de todos contra él;
y habitará delante de todos sus hermanos.**

¹³ Entonces dio Agar a Jehová, que hablaba con ella, el nombre de: «Tú eres el Dios que me ve», porque dijo: «¿Acaso no he visto aquí al que me ve?»¹⁴ Por lo cual llamó al pozo: «Pozo del Viviente-que-me-ve». Este pozo está entre Cades y Bered.

¹⁵ Agar dio a luz un hijo a Abram, y Abram puso por

nombre Ismael al hijo que le dio Agar. ¹⁶ Abram tenía ochenta y seis años de edad cuando Agar dio a luz a Ismael.

Aparentemente, Agar no había avanzado mucho por el desierto cuando se encontró con un visitante celestial: “el Ángel de Jehová”. Moisés nos proporciona varios indicios que ponen en claro que éste no era uno de los ángeles creados por Dios. Antes que nada, se identifica a sí mismo como Dios. “Vuélvete a tu señora... Multiplicaré tanto tu descendencia”. Jehová habló mediante muchos mensajeros en el Antiguo Testamento, pero ninguno de ellos se llamó a sí mismo Dios. Agar reconoció que este Ángel de Jehová era Dios mismo y dijo: “Tú eres el Dios que me ve”. Esta es la primera de muchas apariciones del Ángel de Jehová en el Antiguo Testamento, la segunda persona de la Santa Trinidad.

Veinte siglos después, este mensajero celestial adoptó forma humana permanentemente cuando nació de una humilde joven judía. Pero las Escrituras enseñan que el Salvador estaba obrando mucho tiempo antes de que María diera a luz a su hijo en Belén, por ejemplo, en la obra de la creación. Aquí aprendemos que, durante los siglos del Antiguo Testamento, también estaba obrando para asegurarse de que las cosas salieran en la forma en que Dios las había planeado.

El Salvador tenía varias razones para aparecerse a esta joven solitaria y temerosa. Primero, quería asegurarle que él no la había abandonado. Para contener su terquedad, le mandó a Agar que regresara a Sarai; esta disciplina era parte del plan de Dios para ella. Y finalmente, el mensajero celestial le dio una maravillosa promesa del futuro que le esperaba. Por causa de Abram, Dios la iba a bendecir en gran manera. Iba a dar a luz al hijo que en ese momento llevaba en sus entrañas, y él sería un varón, el antepasado de innumerables descendientes. El nombre Ismael sería un constante recordatorio de que Dios la había escuchado en su aflicción y había respondido a su plegaria. El Ángel también le dio una pequeña reseña del hijo que llevaba en su seno. Iba a ser



Sara maltrata a Agar

“un hombre fiero”, un individuo independiente al que le gustará andar libre, sin deseos de establecerse permanentemente en ninguna parte, y que pelearía con sus parientes y vecinos. La información era una advertencia para que Agar vigilara a su hijo cuando notara estos rasgos en su carácter.

Agar mostró su gratitud por esta nueva revelación de la misericordia del Señor. Inventó un nuevo nombre para Jehová por habersele aparecido. Y por la información que nos da el versículo 15, llegamos a la conclusión de que Agar, disciplinada y con humildad, regresó a la casa de Abram y se sometió a Sarai.

Dios enfatiza su promesa dando la señal del pacto

17 Abram tenía noventa y nueve años de edad cuando se le apareció Jehová y le dijo:

—Yo soy el Dios Todopoderoso. Anda delante de mí y sé perfecto. ² Yo haré un pacto contigo y te multiplicaré en gran manera.

³ Entonces Abram se postró sobre su rostro, y Dios habló con él, diciendo:

⁴—Éste es mi pacto contigo: serás padre de muchedumbre de gentes. ⁵ No te llamarás más Abram, sino que tu nombre será Abraham, porque te he puesto por padre de muchedumbre de gentes. ⁶ Te multiplicaré en gran manera, y de ti saldrán naciones y reyes. ⁷ Estableceré un pacto contigo y con tu descendencia después de ti, de generación en generación: un pacto perpetuo, para ser tu Dios y el de tu descendencia después de ti. ⁸ Te daré a ti y a tu descendencia después de ti la tierra en que habitas, toda la tierra de Canaán, en heredad perpetua; y seré el Dios de ellos.

Habían transcurrido trece años desde el nacimiento de Ismael, aparentemente sin que hubiera más revelaciones divinas para Abram. Ya habían transcurrido veinticuatro años desde que Dios se le apareció por primera vez con la promesa de que sería el antepasado del Salvador. Ahora Abram tenía noventa y nueve años

y Sarai ochenta y nueve. Humanamente hablando, se había esfumado toda esperanza de que llegaran a ser padres. Acerca de esto, Martín Lutero una vez comentó: “Es la forma en que Dios actúa con el hombre: primero lo vacía antes de llenarlo con sus bendiciones”. Ahora, Dios decidió que había llegado el momento de hacer un asombroso anuncio respecto de su pacto.

Dios apareció una vez más a Abram. Se presentó con un nombre poco común; en hebreo es *El Shaddai*, el cual, al parecer, proviene de la raíz de un verbo que significa “manifestar poder” o “tratar violentamente”. El Dios que aquí se presentó con buenas nuevas para Abram es el Dios que puede obligar aun a la misma naturaleza a cumplir sus mandatos.

La traducción: “Y sé perfecto” está equivocada. La palabra realmente significa “sé completo”. Lo que El Shaddai le estaba pidiendo de Abram era que viviera toda su vida ante Dios con la confianza de que el ilimitado poder divino le puede ordenar incluso a la misma naturaleza que haga lo que va contra sí misma.

Anteriormente, Dios había hecho un pacto con Abram, un contrato en el que se había obligado a sí mismo con Abram y con sus futuros descendientes. Dios había ratificado solemnemente ese pacto. Ahora había llegado el tiempo de ponerlo en práctica, de cumplirlo. Para Abram, el significado era que se acercaba el nacimiento del hijo que había estado esperando por un cuarto de siglo.

Al escuchar esas increíbles buenas nuevas, Abram inclinó el rostro hacia el suelo en humilde adoración. Aparte de la gracia de Dios, ¿cómo podría él, una criatura de barro, haber esperado jamás tener numerosos descendientes, uno de los cuales sería nada menos que el Salvador del mundo? Esta actitud de humilde adoración es la única actitud apropiada para un pecador en la presencia de Dios. ¡Qué trágico es que con frecuencia, cuando nos acercamos a adorar al Todopoderoso, no tenemos esa actitud! Cuando olvidamos nuestra insignificancia e indignidad, cuando dejamos de maravillarnos ante la incomparable magnificencia de la gracia de Dios, nuestra adoración sufre por ello.

Un pacto sellado: de Abram a Abraham

Como una garantía del hecho de que el hijo del pacto iba a nacer pronto, Dios le cambió el nombre a Abram. Ya no se iba a llamar Abram (“padre exaltado”), ahora será Abraham (“padre de muchos”). El cambio de nombre fue un sello del pacto, una garantía de que Dios iba a cumplir la promesa que le había hecho. Si no cumplía la promesa de su pacto, el nombre “Abraham” daría testimonio constantemente contra él. Pero viendo en retrospectiva el beneficio obtenido, podemos ver lo apropiado que fue sellar ese convenio. Abraham realmente llegó a ser el padre de multitudes de descendientes, algunos de ellos *de sangre*: los israelitas, los edomitas, los árabes. Algunos son descendientes *espirituales* que comparten su fe. El apóstol Pablo les escribió a los creyentes de Roma: “[Abraham] es el padre de todos nosotros” (Romanos 4:16).

Cuando inclinó su rostro hacia el suelo, Abraham casi no podía creer las buenas nuevas que estaba escuchando: “De ti saldrán... reyes”. Pensamos inmediatamente en la línea real del gran rey David que culmina en el Hijo más grande de David, Jesucristo, el Rey de reyes.

No obstante, Abraham no debiera pensar que esas bendiciones fueran un favor especial sólo para él. Dios prometió que este solemne contrato con él también permanecería en vigor para sus numerosos descendientes, incluyendo a los lectores de este libro en estos momentos. El Dios del pacto seguiría siendo una fuente inagotable de misericordia para los hijos caídos de Adán y Eva.

Un cuarto de siglo antes, Dios le había prometido al patriarca que sus descendientes serían dueños de la tierra en la cual ahora él era residente temporal. Pero desde entonces no había indicio del cumplimiento de la promesa. Ahora Dios consideró apropiado renovar esa promesa.

En vista de la confusión que hay en el actual mundo religioso acerca de quiénes son realmente los propietarios de la tierra santa, tal vez se deba destacar que las dos promesas que Dios hizo: “Te

daré a ti y a tu descendencia después de ti la tierra” y “seré el Dios de ellos”, están totalmente vinculadas. Si en los años subsecuentes, los descendientes de Abraham rechazaban la segunda promesa, también perderían la primera. Pero mientras permanecieran leales a su Dios fiel, tendrían la seguridad de que indefinidamente la tierra de Canaán sería su hogar.

Un sello del pacto: la circuncisión

⁹ Dijo de nuevo Dios a Abraham:

—En cuanto a ti, guardarás mi pacto, tú y tu descendencia después de ti de generación en generación. ¹⁰ Éste es mi pacto, que guardaréis entre mí y vosotros y tu descendencia después de ti: Todo varón de entre vosotros será circuncidado. ¹¹ Circuncidaréis la carne de vuestro prepucio, y será por señal del pacto entre mí y vosotros. ¹² A los ocho días de edad será circuncidado todo varón entre vosotros, de generación en generación, tanto el nacido en casa como el comprado por dinero a cualquier extranjero que no sea de tu linaje. ¹³ Debe ser circuncidado el nacido en tu casa y el comprado por tu dinero, de modo que mi pacto esté en vuestra carne por pacto perpetuo. ¹⁴ El incircunciso, aquel a quien no se le haya cortado la carne del prepucio, será eliminado de su pueblo por haber violado mi pacto.

Como garantía adicional, Jehová ahora le dio la circuncisión a su pueblo como otro sello del pacto. Esto no se debe entender como si la circuncisión no se hubiera conocido hasta ese entonces en el mundo antiguo. El profeta Jeremías dice claramente que esa costumbre ya era conocida entre otras naciones de esos días (9:25). La practicaban ya fuera por higiene o como un rito de la pubertad, tal y como hoy en día aún se hace. Para sellar el convenio solemne que había hecho con los descendientes de Abraham, Dios designó esta costumbre como un distintivo de su pacto.

Las detalladas instrucciones de Dios no se podían interpretar mal; no se dejó nada al criterio de Abraham. Se eligió el órgano

masculino, instrumento de procreación por el que el pecado se trasmite de padre a hijo. La vida tiene que ser purificada desde su misma fuente.

Para los descendientes del patriarca, la circuncisión fue otro sello que aseguraba la certeza del pacto de Dios, al igual que su bautismo es un recordatorio diario de que Dios lo ha elegido a usted para ser suyo. Normalmente, los antiguos acuerdos se escribían en tablillas de arcilla; este pacto se hizo en la carne del cuerpo del hombre.

Además, la circuncisión simbolizaba la extirpación de la contaminación, hacer a un lado la resistencia interna que tiene el pecador ante Dios. Pablo lo llama “sello de la justicia de la fe que tuvo [Abraham]” (Romanos 4:11). El varón israelita que no quisiera circuncidarse estaba rechazando el pacto divino y debía ser echado fuera de su pueblo (Éxodo 31:14).

Cuando vino Cristo, el mediador del nuevo pacto, la circuncisión ya no fue necesaria. La realidad reemplazó a la sombra. En el concilio de Jerusalén, la iglesia cristiana primitiva adoptó una fuerte posición contra los que enseñaban que: “Si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés, no podéis ser salvos” (Hechos 15:1).

Un sello del pacto: de Sarai a Sara

¹⁵ Dijo también Dios a Abraham:

—A Sarai, tu mujer, no la llamarás Sarai, sino que su nombre será Sara. ¹⁶ Yo la bendeciré, y también te daré un hijo de ella. Sí, la bendeciré y vendrá a ser madre de naciones; reyes de pueblos nacerán de ella.

¹⁷ Entonces Abraham se postró sobre su rostro, y se rió y dijo en su corazón: «¿A un hombre de cien años habrá de nacerle un hijo? ¿Y Sara, ya de noventa años, habrá de concebir?»¹⁸ Y dijo Abraham a Dios:

—Ojalá viva Ismael delante de ti.

¹⁹ Respondió Dios:

—Ciertamente Sara, tu mujer, te dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Isaac. Confirmaré mi pacto con él como pacto perpetuo para sus descendientes después de él. ²⁰ Y en cuanto a Ismael, también te he oído. Lo bendeciré, lo haré fructificar y multiplicar mucho en gran manera, engendrará doce príncipes y haré de él una gran nación. ²¹ Pero yo estableceré mi pacto con Isaac, el que Sara te dará a luz el año que viene por este tiempo. ²² Acabó Dios de hablar con Abraham, y se alejó de él.

En el transcurso de los años, Dios le habló con frecuencia a Abraham, moldeando su fe en la promesa. Cada vez que Dios le hablaba, Abraham comprendía mejor el gran plan divino; su fe se fortalecía más con cada encuentro. En los versículos que tenemos ante nosotros, Dios dijo al fin las palabras que Abraham tanto había estado esperando escuchar.

Pero antes de hacer eso, el Señor selló nuevamente el pacto con un cambio de nombre. Hasta la fecha no podemos definir con precisión la diferencia entre Sarai y Sara. Sabemos que Sara significa “princesa”. Si la esposa de Abraham iba a ser madre de reyes, merecía un título real, y ahora lo tenía.

El asunto central de las buenas nuevas de Dios estaba en las palabras: “Sara tu mujer te dará un hijo y le pondrás por nombre Isaac... Sara te dará a luz el año que viene por este tiempo”. Estas palabras explican por qué al principio Dios se presentó ante Abraham con el nombre El Shaddai. La bendición divina de darle un hijo a esta pareja de ancianos implicaba la renovación de la habilidad de ellos de reproducir.

Ahora que había escuchado la promesa que había estado esperando, Abraham se rió. ¿Es esta una respuesta apropiada a una promesa tan seria y tan significativa? La risa de Abraham fue una expresión espontánea del increíble gozo que sintió al escuchar lo que Dios le acababa de decir. Fue como si estuviera pensando: “¡Todo el mundo sabe que una mujer anciana de noventa años no puede concebir, pero nadie le ha dicho eso a Dios!” Y su cuerpo

se estremeció de la risa. No hizo la pregunta del versículo 17 porque dudaba, sino porque sentía un gozo asombroso.

De pronto, un pensamiento inquietante le hizo fruncir el ceño y dejó de reírse. ¿Lo que acababa de decir Dios acerca de que el hijo de Sara iba a ser el heredero de la promesa, significaba que ahora su otro hijo ya no tendría parte en las bendiciones de Dios? Después de todo, Ismael era su primogénito; por trece años había sido el único hijo que había tenido. ¿Sería ahora relegado? Entonces Abraham deseó también para Ismael una bendición.

Un sello del pacto: el hijo de la promesa será llamado Isaac

La respuesta de Dios fue doble. Le dio a Abraham un sello más del pacto. Abraham se había reído espontáneamente por la alegría de saber que en el lapso de un año Sara estaría cargando un bebé en sus brazos. Ahora Dios le reveló que el nombre del bebé sería Isaac, palabra que en hebreo significa “risa”.

Dios también estuvo de acuerdo con el deseo de Abraham de que Ismael compartiera la bendición de Dios. Por amor a Abraham, el Señor prometió multiplicar los descendientes de Ismael, hacer de él una gran nación con doce príncipes (25:12-16). No obstante, Dios hizo hincapié en que Isaac sería el hijo de la promesa, el importante eslabón entre Abraham y el Salvador.

Con esto, Dios dejó al patriarca. Había hecho a Abraham su confidente; había compartido con él algunos de los secretos sagrados de su poder, sabiduría y gracia. Con información adicional acerca de la simiente prometida y varios sellos del pacto, Dios había fortalecido la fe de Abraham.

²³ Entonces tomó Abraham a su hijo Ismael, a todos los siervos nacidos en su casa y a todos los comprados por su dinero, a todo varón de la casa de Abraham, y circuncidó la carne del prepucio de ellos en aquel mismo día, como Dios le había dicho. ²⁴ Tenía Abraham noventa y nueve años de edad cuando circuncidó la carne de su prepucio. ²⁵ E Ismael, su hijo, tenía trece años cuando fue circuncidada la carne de su

prepucio.²⁶ En el mismo día fueron circuncidados Abraham y su hijo Ismael; ²⁷ todos los varones de su casa, tanto el siervo nacido en casa como el comprado del extranjero por dinero, fueron circuncidados con él.

Ahora la fe de Abraham entró en acción. Dios había ordenado la circuncisión, pero no había especificado un plazo fijo para ello. Abraham se encargó de que *ese mismo día* cada varón de su casa llevara la marca del pacto en su cuerpo. Con lujo de detalles Moisés nos hace ver que la obediencia de Abraham fue inmediata, total y voluntaria. Lo más importante es que todo eso se debió a su confianza en la promesa divina.

Dios no nos ha llamado para que lo sigamos a ciegas. La fe cristiana no es dar un salto en el vacío. Nosotros, como Abraham, tenemos la promesa de Dios. Cuando nosotros, al igual que Abraham, lo seguimos confiada y obedientemente, podemos decir con el apóstol Pablo: “Yo sé a quién he creído, y estoy seguro de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día” (2 Timoteo 1:12).

Martín Lutero dijo una vez: “No hay estado de ánimo más miserable que la duda”. La duda cuestiona la palabra divina de promesa; debilita nuestra confianza en las bendiciones que él nos ha prometido. En las apariciones anteriores a Abraham, Dios en efecto se encargó de sus persistentes dudas, pero había otro miembro de la familia del patriarca cuya fe necesitaba la atención y la ayuda de Dios. Por lo tanto, hizo otra visita al hogar de Abraham en Hebrón, al sur de Canaán, para purificar la fe de Sara de impurezas e imperfecciones.

18 **Jehová se le apareció a Abraham en el encinar de Mamre, estando él sentado a la puerta de su tienda, a la hora de más calor. ² Alzó los ojos y vio a tres varones que estaban junto a él. Al verlos salió corriendo de la puerta de su tienda a recibirlos, se postró en tierra ³ y dijo:**

—Señor, si he hallado gracia en tus ojos, te ruego que no

pases de largo junto a tu siervo. ⁴ Haré traer ahora un poco de agua para que lavéis vuestros pies, y luego os recostaréis debajo de un árbol. ⁵ Traeré también un bocado de pan para que repongáis vuestras fuerzas antes de seguir, pues por eso habéis pasado cerca de vuestro siervo.

Ellos dijeron:

—Haz como has dicho.

⁶ Entonces Abraham fue de prisa a la tienda donde estaba Sara, y le dijo:

—Toma enseguida tres medidas de flor de harina, amásala y haz panes cocidos debajo del rescoldo.

⁷ Corrió luego Abraham a donde estaban las vacas, tomó un becerro tierno y bueno, lo dio al criado y éste se dio prisa a prepararlo. ⁸ Después tomó mantequilla y leche, y el becerro que había preparado, y lo puso delante de ellos. Él se quedó con ellos debajo del árbol, y comieron.

Durante la hora más calurosa del día, la hora de la siesta, Abraham estaba sentado a la sombra de la puerta de su tienda. Tal vez dormitaba, o tal vez estaba pensando en la maravillosa promesa que había recibido del Señor. Era agradable meditar en que dentro de un año Sara le iba a dar un hijo varón. De cualquier forma, repentinamente se percató de que tres viajeros se habían detenido cerca de su tienda. Hebrón estaba en el camino principal de norte a sur que corre a lo largo de las colinas de Judea, y de vez en cuando pasaban por allí viajeros que necesitaban comida y albergue. Hebreos 13:2 nos informa que Abraham no reconoció a sus visitantes, sino hasta después. Aunque aparecieron en forma humana, uno de ellos era Jehová mismo (el versículo 13), y los otros dos eran ángeles (19:1). La costumbre de ese tiempo era que el viajero se detuviera a cierta distancia de la tienda y esperara allí a ser invitado.

Abraham saludó a los tres viajeros humilde y cortésmente. Su invitación, y en particular su hospitalidad, nos puede parecer exagerada, pero tal vez nuestras costumbres necesitan un ajuste.

Los cristianos que aman a su Señor aprenderán a ver a la gente no como cosas que se pueden usar, sino como criaturas de Dios, a quienes él ama y a quienes nosotros también debemos amar. Es una vergüenza cuando nuestra vida toca a diario la vida de los demás con tanta despreocupación como dos bolas de billar que rebotan una contra la otra.

En esa perezosa hora del día, la casa de Abraham se transformó de repente en una colmena bulliciosa. Por la descripción que hace Moisés de la preparación de la comida, ésta pudo haber tomado varias horas. Abraham le dijo a Sara que tomara tres medidas de flor de harina, ¡como 22 litros!, y que cociera el pan. ¡Seguramente en esa comida no les faltó el pan! El mismo Abraham corrió hacia el rebaño y escogió un becerro tierno y les ordenó a sus hombres que lo sacrificaran y lo prepararan. Mantequilla (quizás lo que nosotros llamamos requesón) y leche completaron el banquete que puso ante sus invitados.

“Y comieron.” ¡Qué condescendiente amor describen estas dos palabras! Los tres invitados comieron el pan que Sara acababa de hacer y el becerro tierno. La escena nos recuerda lo que hizo Jesús cuando les apareció a sus discípulos escépticos, una semana después de su resurrección. Cuando esos hombres temerosos imaginaron que estaban viendo un fantasma, Jesús les pidió con cariño algo de comer y realmente comió un pescado asado. Lo que estaba demostrando era que no había barreras que se interpusieran en su compañerismo con Dios.

¡Qué pensamiento tan asombroso! Abraham y los discípulos de Jesús estaban comprendiendo, al igual que usted y yo, que el Dios todopoderoso quiere compartir nuestra compañía como lo hace un amigo. Es este amor sencillo y cariñoso de Dios el que derrite los fríos y duros corazones humanos y los gana otra vez para sí. Anhelamos el compañerismo como el que ocurrió bajo el gran árbol de Hebrón. Y Dios promete que podemos esperar un íntimo compañerismo con él cuando comemos y bebemos en la cena del Cordero.

⁹ Después le preguntaron:

—¿Dónde está Sara, tu mujer?

Él respondió:

—Aquí, en la tienda.

¹⁰ Entonces dijo:

—De cierto volveré a ti el próximo año, y para entonces Sara, tu mujer, tendrá un hijo.

Sara escuchaba a la puerta de la tienda, que estaba detrás de él. ¹¹ Abraham y Sara eran viejos, de edad avanzada, y a Sara ya le había cesado el período de las mujeres. ¹² Y se rió Sara para sus adentros, pensando: «¿Después que he envejecido tendré deleite, siendo también mi señor ya viejo?»¹³ Entonces Jehová dijo a Abraham:

—¿Por qué se ha reído Sara? Pues dice: “¿Será cierto que he de dar a luz siendo ya vieja?”¹⁴ ¿Acaso hay alguna cosa difícil para Dios? Al tiempo señalado volveré a ti, y para entonces Sara tendrá un hijo.

¹⁵ Entonces Sara tuvo miedo y negó, diciendo:

—No me reí.

Y él dijo:

—No es así, sino que te has reído.

Muy pronto se dieron cuenta de que los tres visitantes no se detuvieron en la casa de Abraham sólo para recibir una comida gratis. El propósito de su visita se hizo evidente cuando le preguntaron: “¿Dónde está Sara?”

La pregunta le reveló a Abraham varias cosas sobre sus visitantes.

- Debían ser gente importante. En esa cultura, un visitante casual no podía haber preguntado por la señora de la casa (que permanecía en su propia tienda);
- Ellos sabían que Dios le había dado a Sarai un nuevo nombre;
- Su visita se relacionaba con Sara; no era una casualidad.

Podemos imaginar lo asombrada que estaba Sara al oír a esos extranjeros, a quienes nunca antes había visto, mencionar su nombre. Hablaban acerca de ella y habían venido a traerle un mensaje.

Por razones que se darán a conocer después, Moisés explica que la tienda de Sara se encontraba detrás del que hablaba. El visitante celestial estaba sentado en una posición desde donde no podía verla. Sara ahora escuchó de los propios labios de Dios lo mismo que Abraham había escuchado de él la última vez que lo visitó: “En estas fechas el año que viene Sara será madre de un hijo”. Para una mujer que ya ha pasado la edad de tener hijos, eso era un milagro. Sara sabía muy bien que los milagros no ocurren por sí solos; sólo Dios puede hacer que sucedan.

Hay un antiguo proverbio que dice: “Dos cosas pueden *parecer* lo mismo sin *ser* precisamente lo mismo”. Puede parecer que la reacción de Sara al escuchar el anuncio de este nacimiento fue la misma reacción de Abraham cuando Dios le pronosticó el nacimiento de Isaac. Abraham se había reído, y Sara también lo hizo aquí. Pero hubo una gran diferencia. Abraham se había reído de puro gozo; Sara había renunciado a la idea de tener un hijo y por lo tanto su risa fue de incredulidad. Para ella la promesa de Dios parecía risible. Como Dios todo lo sabe, el visitante celestial de Abraham no sólo supo los pensamientos de Sara sino que además estaba molesto por la falta de fe en la promesa que acababa de hacer. La pregunta “¿Por qué se ha reído Sara?” reveló su omnisciencia, y le indicó a ella quién era él. Sin verla, supo que estaba escuchando detrás de la puerta de la tienda a sus espaldas.

Imáginese lo asombrada que debió haber estado Sara. Este visitante celestial no sólo leyó sus pensamientos secretos, sino también interpretó su duda como algo indigno e inoportuno. Sin duda, Sara debió haber sabido que Jehová no está atado a las leyes de la naturaleza, incluyendo las leyes de la reproducción humana.

Sara salió de su tienda avergonzada. Al principio trató de defenderse, pero luego, arrepentida, aceptó la reprimenda del Señor. Por la fe, ella recibió la promesa que le hizo Dios de que

iba a concebir y a dar a luz. Cuando el niño nació un año más tarde, Sara habló de forma diferente: “Dios me ha hecho reír, y cualquiera que lo oiga, se reirá conmigo” (21:6).

¹⁶ Los varones se levantaron de allí y miraron hacia Sodoma, y Abraham iba con ellos, acompañándolos.

¹⁷ Jehová dijo: «¿Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer, ¹⁸ habiendo de ser Abraham una nación grande y fuerte y habiendo de ser benditas en él todas las naciones de la tierra?, ¹⁹ pues yo sé que mandará a sus hijos, y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová haciendo justicia y juicio, para que haga venir Jehová sobre Abraham lo que ha hablado acerca de él». ²⁰ Entonces Jehová le dijo:

—Por cuanto el clamor contra Sodoma y Gomorra aumenta más y más y su pecado se ha agravado en extremo, ²¹ descenderé ahora y veré si han consumado su obra según el clamor que ha llegado hasta mí; y si no, lo sabré.

Los visitantes celestiales tuvieron otro motivo de visitar la casa de Abraham, y ahora Dios se lo explicó. Cuando los invitados se levantaron para irse, Abraham cortésmente los acompañó para despedirlos. Notó que se encaminaban al sudeste, hacia Sodoma, a sesenta y cuatro kilómetros de distancia.

Entonces habló Jehová. Sus palabras son una especie de soliloquio, habladas en voz baja, pero con la intención de que Abraham las escuchara. “¿Encubriré yo a Abraham lo que voy a hacer?” Por varios motivos, Dios quería darle a conocer a Abraham anticipadamente sus planes de enviar su juicio de fuego sobre Sodoma.

Abraham tenía una relación especial con Dios. En primer lugar, Abraham era “amigo” de Dios (Isaías 41:8), y Dios aquí confió en su amigo. ¿Acaso no es esto algo asombroso? Dios no quiso seguir adelante con sus planes sin saber antes la reacción de Abraham.

Había un segundo motivo. El Señor había escogido a Abraham no sólo para continuar la línea de sangre mesiánica, sino

para transmitir a sus descendientes la verdad que Dios le había revelado; en este caso en particular, la verdad sobre el juicio divino. Hay dos verdades esenciales en este juicio que Dios quería que Abraham y sus descendientes conocieran: (1) Cuando Dios interviene en la historia de la humanidad para declarar juicio sobre una persona o un grupo de personas, lo hace para demostrar que odia la incredulidad y debe castigarla. (2) Sin embargo, Dios siempre efectúa sus juicios de tal forma que sirven para la liberación de sus elegidos. Aquí Dios retuvo su juicio sobre Sodoma para darle a Abraham la oportunidad de abogar por los justos. En su misericordia, Dios postergó el comienzo del diluvio (Génesis 6:3). En nuestros días, los pecados de nuestro país claman a Dios por justicia. Sin embargo, interesado en reunir a todos sus elegidos, Dios en su gracia posterga el día de su juicio.

Abraham iba a ver estas verdades ilustradas en Sodoma y Gomorra. Dios también quería que se asegurara de que sus descendientes las aprendieran.

Las palabras de Dios “descenderé ahora y veré” no se deben entender como si Dios tuviera que hacer un viaje especial a Sodoma para realizar en el lugar una inspección de la corrupción, antes de dar la orden de destruirla. Dios utiliza aquí una forma de hablar en la que se atribuye a sí mismo acciones humanas, con el fin de enfatizar una importante verdad: Dios nunca actúa sin haber conocido antes todos los hechos del caso. No actúa arbitrariamente. Si decide enviar un castigo sobre una ciudad o una nación, ese juicio es bien merecido.

²² Se apartaron de allí los varones y fueron hacia Sodoma; pero Abraham permaneció delante de Jehová. ²³ Se acercó Abraham y le dijo:

—¿Destruirás también al justo con el impío? ²⁴ Quizá haya cincuenta justos dentro de la ciudad: ¿destruirás y no perdonarás a aquel lugar por amor a los cincuenta justos que estén dentro de él? ²⁵ Lejos de ti el hacerlo así, que hagas morir al justo con el impío y que el justo sea tratado como el

impío. ¡Nunca tal hagas! El Juez de toda la tierra, ¿no ha de hacer lo que es justo?

²⁶ **Entonces respondió Jehová:**

—Si encuentro en Sodoma cincuenta justos dentro de la ciudad, perdonaré a todo este lugar por amor a ellos.

²⁷ **Abraham replicó y dijo:**

—Te ruego, mi Señor, que me escuches, aunque soy polvo y ceniza. ²⁸ Quizá falten de cincuenta justos cinco: ¿destruirás por aquellos cinco toda la ciudad?

Jehová respondió:

—No la destruiré, si encuentro allí cuarenta y cinco.

²⁹ **Volvió a hablarle Abraham:**

—Quizá se encuentren allí cuarenta.

—No lo haré, por amor a los cuarenta —dijo Jehová.

³⁰ **Abraham volvió a suplicar:**

—No se enoje ahora mi Señor si le digo: quizá se encuentren allí treinta.

—No lo haré si encuentro allí treinta —respondió Jehová.

³¹ **Abraham insistió:**

—Soy muy atrevido al hablar así a mi Señor, pero quizá se encuentren allí veinte.

—No la destruiré —respondió—, por amor a los veinte.

³² **Volvió Abraham a decir:**

—No se enoje ahora mi Señor; sólo hablaré esta vez: quizá se encuentren allí diez.

—No la destruiré —respondió Jehová—, por amor a los diez.

³³ **Luego que acabó de hablar a Abraham, Jehová se fue y Abraham volvió a su lugar.**

Cuando los dos ángeles se dirigieron a Sodoma para cumplir con su misión, Abraham detuvo a Jehová, rogándole en seis ocasiones que perdonara a la ciudad por amor a los creyentes que allí había. Hay algunas características de su oración que son dignas de mención.

- Se basó en la misericordia, no en el mérito. Abraham sabía que el mismo corazón pecaminoso que latía en el pecho de los habitantes de Sodoma y Gomorra latía en el suyo, y que sólo la gracia divina lo guardaba seguro de la justa ira de Dios.
- Fue una oración generosa. Abraham quería que otros experimentaran la misma misericordia que él mismo tenía.
- Fue audaz. Hay una santa impertinencia en la oración de Abraham. Seis veces se atrevió a suplicar, apelando al amor de Dios contra su justicia. “Dios, seguramente no querrás dar la impresión de que destruyes ciudades y aldeas, al inocente y al culpable sin discriminación”.

El siguiente capítulo de Génesis nos ayudará a ver que Dios contestó la oración de Abraham. En realidad, hizo más de lo que había prometido. A pesar de que no había ni diez creyentes en Sodoma, Dios rescató a Lot y a su familia.

Mientras Abraham suplicaba por Sodoma y Gomorra, los habitantes de esas ciudades seguían con su vida cotidiana, alegres y despreocupados del peligro que los amenazaba (Lucas 17:18-29), sin saber que dentro de veinticuatro horas una tormenta de fuego divino los iba a consumir.

Abraham sabía que la soberanía divina no es una necesidad ciega. Dios se deja “vencer” por las oraciones de sus hijos (Génesis 32:26-28). Dios realmente se digna a considerar nuestras oraciones mientras gobierna el mundo como este relato demuestra.

19 Llegaron, pues, los dos ángeles a Sodoma a la caída de la tarde; y Lot estaba sentado a la puerta de Sodoma. Al verlos, Lot se levantó a recibirlos, se inclinó hacia el suelo ² y les dijo:

—Ahora, mis señores, os ruego que vengáis a casa de vuestro siervo para alojaros y lavar vuestros pies. Por la mañana os levantaréis y seguiréis vuestro camino.

Ellos respondieron:

—No, esta noche nos quedaremos en la calle.

³ Pero Lot porfió tanto con ellos que fueron con él y entraron en su casa. Allí les hizo banquete, coció panes sin levadura y comieron.

⁴ Pero, antes que se acostaran, rodearon la casa los hombres de la ciudad, los varones de Sodoma, todo el pueblo, desde el más joven hasta el más viejo. ⁵ Y llamaron a Lot, gritando:

—¿Dónde están los hombres que vinieron a ti esta noche? Sácalos, para que los conozcamos.

⁶ Entonces Lot salió a ellos a la puerta, cerró la puerta tras sí ⁷ y dijo:

—Os ruego, hermanos míos, que no hagáis tal maldad.

⁸ Mirad, yo tengo dos hijas que no han conocido varón; os las traeré y podréis hacer con ellas lo que bien os parezca; solamente que a estos varones no les hagáis nada, ya que han venido al amparo de mi tejado.

⁹ Ellos respondieron:

—¡Quítate de ahí!

Y añadieron:

—Vino este extraño para habitar entre nosotros, ¿y habrá de erigirse en juez? Ahora te trataremos peor que a ellos.

Enseguida comenzaron a forcejear con Lot, y se acercaron para romper la puerta. ¹⁰ Pero los huéspedes alargaron la mano, metieron a Lot en la casa con ellos y cerraron la puerta. ¹¹ Y a los hombres que estaban a la puerta de la casa los hirieron con ceguera, desde el menor hasta el mayor, de manera que se fatigaban buscando la puerta.

El tema de este capítulo puede parecer a primera vista fuera de lugar en la historia de los descendientes de Abraham. Y aun así podemos ver un par de buenas razones por las que Dios consideró conveniente incluirlo.

- Evidentemente es la continuación de los capítulos anteriores;

- Génesis 12–25 nos presenta el relato de Taré, y Lot era nieto de Taré;
- El lugar del juicio de Dios lindaba con la tierra prometida de Israel y siempre sería una advertencia para Israel;
- El Nuevo Testamento usa varias veces a Sodoma como ejemplo de la destrucción final del incrédulo.

Los dos ángeles, a quienes habíamos encontrado a la mesa de Abraham, ahora se aproximaban a la puerta de Sodoma. En tiempos antiguos, la puerta de la ciudad era el centro de gran parte de la actividad de la población. Los cuartos adjuntos a la puerta podían, en tiempos de guerra, ser ocupados por los ejércitos defensores. En tiempos de paz se podían usar como tribunales, salas de reuniones y como salones de clases para los miembros del ayuntamiento, hombres de negocios, maestros y estudiantes. Como se dice que Lot estaba “sentado a la puerta de la ciudad”, llegamos a la conclusión de que era un hombre activo en la vida comercial de Sodoma.

La descripción bíblica de Lot nos presenta un retrato algo confuso del hombre. Por un lado, Pedro menciona al “justo Lot” abrumado por la impiedad que veía y escuchaba en Sodoma (2 Pedro 2:7,8). Cuando los ángeles de Dios se aproximaron a la puerta de la ciudad, Lot les ofreció su hogar generosamente. Cuando ellos no aceptaron la invitación la primera vez y decidieron pasar la noche en la calle, Lot insistió en que fueran sus invitados, y con buena razón. Lot conocía muy bien las tendencias homosexuales de los hombres de su ciudad. Además, se dio cuenta de que él no era el único que había notado la llegada de los dos visitantes. Y cuando más tarde los hombres de Sodoma y Gomorra hicieron alarde de su lujuria y quisieron tener relaciones sexuales abominables con los invitados, Lot los rechazó aun a costa de gran riesgo personal.

Lot era un hombre justo, pero la vida en el ambiente inmoral de Sodoma había adormecido su fe y había endurecido su sensibilidad moral. Lot se dirigió a los revoltosos homosexuales

que amenazaban tumbar la puerta llamándolos “hermanos míos”. Debíó haberlos amonestado con toda la santa ley de Dios, pero no lo hizo. En vez de ello, trató de evitar el pecado con lo que él creía era un pecado menor. “Hermandos míos, satisfagan su apetito sexual en forma natural, no contra naturaleza. Tengo dos hijas vírgenes. Tómenlas, pero ¡dejen en paz a mis invitados!” A diferencia de su tío Abraham, Lot no dio indicios de su fe. Su desagradable ofrecimiento muy bien pudo haber terminado en la muerte de sus dos hijas (Jueces 19:23-28). No demostró amor alguno hacia ellas ni hacia los hombres de Sodoma. Utilizando las palabras de Cristo, Lot era como la sal que ha perdido su sabor.

Estas páginas de las Escrituras tienen una advertencia para los cristianos de hoy que viven en medio de una sociedad que se burla del Sexto Mandamiento. Necesitamos hablar claro de los santos propósitos que el Creador tuvo presente cuando puso el apetito sexual en los humanos. Necesitamos también preguntarnos: “¿Acaso soy, como Lot, insensible a los abusos obvios del don de la sexualidad que Dios ha dado? ¿Puede ser que yo dé la impresión de aprobar comportamientos que debo reprobar?” Cuando en nuestros días se considera la homosexualidad como un “estilo alterno de vida”, los creyentes debemos dejar que se escuche la voz de Dios.

La decisión que tomó Lot de vivir en Sodoma le costó mucho más de lo que jamás hubiera imaginado. El relato bíblico de su vida es el de un hombre desdichado. Cuando los hombres de Sodoma amenazaron con usar la violencia física, los ángeles de Dios intervinieron. Metieron a Lot a la seguridad del interior de la casa y luego afligieron a los hombres con una ceguera milagrosa. Era evidente que la maldad de la ciudad era tan grande como grande era el clamor que había llegado hasta los oídos de Dios. Los ángeles también vieron claramente lo que debían hacer.

¹² Después dijeron los huéspedes a Lot:

—¿Tienes aquí alguno más? Saca de este lugar a tus yernos, hijos e hijas, y todo lo que tienes en la ciudad,

¹³ porque vamos a destruir este lugar, por cuanto el clamor contra la gente de esta ciudad ha subido de punto delante de Jehová. Por tanto, Jehová nos ha enviado a destruirla.

¹⁴ Entonces salió Lot y habló a sus yernos, los que habían de tomar sus hijas, y les dijo:

—¡Levantaos, salid de este lugar, porque Jehová va a destruir esta ciudad!

Pero sus yernos pensaron que bromeaba. ¹⁵ Y al rayar el alba los ángeles daban prisa a Lot, diciendo:

—Levántate, toma a tu mujer y a tus dos hijas que se hallan aquí, para que no perezcas en el castigo de la ciudad.

¹⁶ Como él se demoraba, los varones los asieron de la mano, a él, a su mujer y a sus dos hijas, según la misericordia de Jehová para con él; lo sacaron y lo pusieron fuera de la ciudad. ¹⁷ Cuando ya estaban fuera, le dijeron:

—Escapa por tu vida; no mires atrás ni te detengas en ningún lugar de esta llanura; escapa al monte, no sea que perezcas.

¹⁸ Pero Lot les dijo:

—No, yo os ruego, señores míos. ¹⁹ Vuestro siervo ha hallado gracia en vuestros ojos y habéis tenido mucha misericordia conmigo al salvarme la vida, pero no podré escapar al monte, no sea que me alcance el mal y muera.

²⁰ Cerca de aquí hay una pequeña ciudad, a la cual puedo huir. Dejadme ir allá (¿no es en verdad pequeña?) y salvaré mi vida.

²¹ Uno de ellos le respondió:

—También he escuchado tu súplica sobre esto, y no destruiré la ciudad de que has hablado. ²² Date prisa y escápate allá, porque nada podré hacer hasta que hayas llegado.

Por eso fue llamado Zoar el nombre de la ciudad.

No había ni diez creyentes en la ciudad de Sodoma, y Dios pudo haber cumplido el acuerdo con Abraham si en ese mismo

instante hubiera quemado la ciudad y sus habitantes por completo. Pero en su gracia, el Dios Salvador fue más allá de lo que había prometido. Envío a dos ángeles a liberar a la familia de Lot de la pesadilla del juicio que estaba a punto de caer sobre la impía ciudad. La conversación que Lot entabló con los ángeles demuestra hasta qué grado Sodoma lo había contaminado.

Cuando Lot apremió a sus futuros yernos que abandonaran Sodoma, ellos no lo tomaron en serio. La repentina preocupación de Lot por escapar del lugar malvado, les pareció que no era su forma de ser, y tomaron la advertencia como una broma. Los huéspedes de Lot le revelaron entonces su verdadera identidad como ángeles enviados por Dios para rescatarlo a él y a su familia. Y aun así, increíblemente Lot vaciló; no podía tomar una acción firme. Se había encariñado tanto con lo que Sodoma le había ofrecido que se mostraba renuente a abandonarla. Los ángeles se vieron obligados a tomar de la mano a él, a su esposa, y a sus hijas, así como si fueran niños, y los llevaron fuera de la ciudad sentenciada. Los ángeles realmente tuvieron que rescatar a Lot y su familia a la fuerza.

Cuando pasaron por la puerta de la ciudad, el ángel le dijo: “¡Deja esta tierra y huye a las montañas! ¡No mires atrás, o perecerás!” Aquí podemos ver de nuevo lo impertinente que puede ser la fe débil. En lugar de reconocer que por pura gracia había conservado su vida, Lot hizo otras peticiones. “Puesto que el desastre seguramente nos alcanzará antes que lleguemos a las montañas, ¿no podríamos escapar a Zoar, una de las ciudades más pequeñas de la planicie?” (El nombre Zoar significa “pequeña”.) Aun cuando la petición de Lot nos parezca irrazonable, los ángeles misericordiosamente le concedieron este deseo.

²³ El sol salía sobre la tierra cuando Lot llegó a Zoar.

²⁴ Entonces Jehová hizo llover desde los cielos azufre y fuego sobre Sodoma y sobre Gomorra; ²⁵ y destruyó las ciudades y toda aquella llanura, con todos los habitantes de aquellas ciudades y el fruto de la tierra. ²⁶ Entonces la mujer de Lot

miró atrás, a espaldas de él, y se volvió estatua de sal.

²⁷Subió Abraham por la mañana al lugar donde había estado delante de Jehová. ²⁸Miró hacia Sodoma y Gomorra, y hacia toda la tierra de aquella llanura, y vio que el humo subía de la tierra como el humo de un horno. ²⁹Así, cuando Dios destruyó las ciudades de la llanura, se acordó de Abraham, y sacó a Lot de en medio de la destrucción con que asoló las ciudades donde Lot estaba.

El momento preciso de la destrucción se señala. Lot y su familia estaban a punto de entrar a Zoar cuando de repente llovió azufre y fuego de los cielos sobre la ciudad que había sido su hogar.

No sabemos los medios que utilizó Dios para producir la tormenta de fuego que destruyó las cuatro ciudades de la llanura. Algunos han formulado teorías de que fue por medio de un terremoto o una actividad volcánica que quizás liberaron materiales altamente inflamables atrapados bajo la superficie terrestre, los que a su vez se encendieron, tal vez por los rayos. Cualquiera que haya sido el medio que Dios utilizó, el hecho es que fue un milagro del juicio divino. Cuando cayeron las primeras dos bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, hubo sobrevivientes. Cuando Sodoma y Gomorra fueron destruidas no hubo ninguno, excepto los cuatro miembros de la familia de Lot. Moisés nos dice que Jehová “destruyó” las ciudades de la llanura; la destrucción fue tan completa que quedaron como si las hubieran volteado al revés. Cuando a la mañana siguiente Abraham se levantó y miró hacia el sudeste, el panorama se parecía al de un enorme horno humeante. Muchos expertos piensan que hoy en día el mar Muerto cubre el lugar de la destrucción.

Es interesante notar el nombre divino tan especial que Moisés empleó para aquél que envió la destrucción: “*Jehová* hizo llover desde los cielos azufre y fuego sobre Sodoma y Gomorra”. El Dios de gracia intervino en el juicio cuando ellos rechazaron la gracia que les ofrecía. Es el Salvador que aún dice: “No os dejéis engañar;

de Dios nadie se mofa; pues todo lo que el hombre siembre, eso también segará.” La esposa de Lot conoció la verdad de estas palabras, tuvo la experiencia más amarga cuando despreció la advertencia divina y miró atrás hacia la ciudad que había sido su hogar y donde había dejado su corazón. Murió inmediatamente. Su cuerpo, embalsamado en sal, permaneció como un siniestro recordatorio del terrible precio que pagarán todos los que no puedan desprender sus corazones de los deleites y distracciones terrenales. ¡No es asombroso que veinte siglos después Jesús advirtiera a sus discípulos contra las inclinaciones mundanas, diciendo: “Acordaos de la mujer de Lot”! (Lucas 17:32).

³⁰ Pero Lot subió de Zoar y habitó en el monte, junto a sus dos hijas, porque tuvo miedo de quedarse en Zoar. Él y sus dos hijas habitaron en una cueva. ³¹ Entonces la mayor dijo a la menor:

—Nuestro padre es viejo y no queda hombre en la tierra que se una a nosotras, conforme a la costumbre de toda la tierra. ³² Ven, demos a beber vino a nuestro padre; durmamos con él, y conservaremos de nuestro padre descendencia.

³³ Dieron a beber vino a su padre aquella noche, y entró la mayor y durmió con su padre; pero él no sintió cuándo se acostó ella ni cuándo se levantó. ³⁴ Al día siguiente dijo la mayor a la menor:

—Yo dormí la noche pasada con mi padre; démosle a beber vino también esta noche, y entra tú y duerme con él, para que conservemos de nuestro padre descendencia.

³⁵ Dieron, pues, a beber vino a su padre también aquella noche, y se levantó la menor y durmió con él; pero él no echó de ver cuándo se acostó ella ni cuándo se levantó. ³⁶ Las dos hijas de Lot concibieron de su padre. ³⁷ La mayor dio a luz un hijo, y le puso por nombre Moab, el cual es padre de los actuales moabitas. ³⁸ La menor también dio a luz un hijo, y llamó su nombre Ben-ammi, el cual es padre de los actuales amonitas.

La narración de cómo fue liberado Lot del castigo que cayó sobre Sodoma y Gomorra termina con un detalle repugnante. La cultura impía e inmoral que había rodeado a la familia de Lot en Sodoma había repercutido no sólo en Lot y su esposa, sino también en sus dos hijas. Aun cuando los dos ángeles habían dejado seguro a Lot en Zoar, éste no se sintió seguro allí. ¿Temía acaso que un juicio tardío divino pudiera destruir esta quinta ciudad de la llanura? De todos modos, Lot se fue a vivir a las montañas con lo que quedaba de su familia en una de las cuevas que son comunes en el área del mar Muerto.

Apartados como estaban del mundo exterior, las dos hijas de Lot siguieron sus razonamientos y llevaron a cabo el pecado de incesto con su padre pensando que era la única manera de evitar la desgracia de quedar sin hijos. El padre no se libra de la culpa en este sórdido episodio, se dejó seducir por el vino y después por sus propias hijas, y no sólo una vez sino dos. El plan dio frutos, y nueve meses más tarde cada una dio a luz un hijo. Con toda desfachatez, las madres les pusieron nombres, sin considerar el pecado mediante el cual habían sido concebidos. Moab (“del padre”) y Ben-ammi (“hijo de mi pueblo”) llegaron a ser los antepasados de dos naciones moralmente degeneradas que fueron los enemigos más enconados de los descendientes de Abraham.

Después de este relato, no se escucha nada más acerca de Lot. No vuelve a aparecer en la historia del pueblo de Dios, excepto indirectamente, mediante los moabitas y los amonitas, vecinos de Israel hacia el este, al otro lado del Jordán. Los descendientes de Lot no sólo mostraron abierta hostilidad hacia los israelitas (Jueces 3:12-14; 1 Samuel 11:1,2), de hecho también los sedujeron a seguir falsas religiones (Números 25:1,2).

20 Del lugar donde estaba partió Abraham a la tierra del Neguev, acampó entre Cades y Shur, y habitó como forastero en Gerar. ² Allí Abraham decía de Sara, su mujer: «Es mi hermana».

Entonces Abimelec, rey de Gerar, envió por Sara y la tomó.

No se da ninguna razón por la que, después de vivir durante veinte años en un lugar, Abraham tuvo que irse a otro lugar. Abraham no era dueño de tierras, sino que era nómada. Lo que a continuación se narra es similar a 12:10-20. Aunque hay algunas similitudes entre el primer relato del engaño del patriarca en Egipto y el episodio de lo sucedido en Gerar, el lector notará, algunas diferencias. El argumento de que “no es razonable que Abraham repitiera el pecado que le acarreó tantos problemas” es poco convincente. Cada uno de nosotros puede tener cierta debilidad espiritual que Satanás ha explotado con éxito en más de una ocasión. El pecado nunca es razonable.

Este episodio en la vida de Abraham fue en particular funesto precisamente en ese tiempo, a causa de la primera promesa de Dios: “Dentro de un año Sara dará a luz al hijo que te he prometido”. En la víspera misma del cumplimiento de la promesa de Dios, Abraham puso en peligro la preciosa esperanza. Una vez más, la omnipotente misericordia de Dios apareció en el fondo tenebroso de la frágil humanidad pecaminosa.

“Abimelec, rey de Gerar, envió y por Sara y la tomó”, en otras palabras, la llevó a su harén. Tener como concubina a la hermana de un hombre rico habría aumentado el prestigio del rey. Detrás de la acción del rey vemos al príncipe del infierno, tratando de corromper la matriz de Sara. También vemos una vez más al enemigo acérrimo de Dios en su perpetua lucha contra el descendiente de la mujer.

³ Pero Dios vino a Abimelec en sueños, de noche, y le dijo: «Vas a morir a causa de la mujer que has tomado, la cual es casada y tiene marido».

⁴ Pero como Abimelec no se había llegado a ella, le respondió: «Señor, ¿matarás también al inocente? ⁵ ¿No me dijo él: “Mi hermana es”, y ella también dijo: “Es mi hermano”? Con sencillez de mi corazón y con limpieza de mis manos he hecho esto»/

⁶ Le dijo Dios en sueños: «Yo también sé que con integridad de tu corazón has hecho esto. Y también yo te detuve de pecar contra mí; por eso no permití que la tocaras. ⁷ Ahora, pues, devuelve la mujer a su marido, porque es profeta y orará por ti para que vivas. Pero si no la devuelves, debes saber que de cierto morirás tú, y todos los tuyos».

A pesar de que el rey había actuado de buena fe, Dios lo amenazó drásticamente porque su plan y su promesa estaban en juego. Si Dios no hubiera intervenido aquí, hasta este día existiría algo de duda sobre los antepasados de nuestro Señor. Sin embargo, Moisés le asegura al lector que Abimelec no había tenido relaciones íntimas con Sara. Recordamos algunos detalles parecidos en el período del nacimiento de nuestro Señor (Mateo 1:25; Lucas 1:34). El Espíritu Santo rodea la historia de nuestra redención con detalles íntimos.

Dios le habló al rey en un sueño milagroso, un sueño que permitió el intercambio de pensamientos, preguntas y respuestas. Abimelec manifestó su inocencia en cuanto a tomar la esposa de otro hombre, y Dios lo reconoció. Es lamentable que, a juzgar por las normas humanas, haya incrédulos que actúen con más responsabilidad que algunos que ostentan el nombre de cristianos. A causa de la deshonestidad de Abraham, Dios envió una providencial enfermedad que incapacitó a toda la casa real. La milagrosa conversación de Dios con Abimelec tenía un mensaje importante: “Devuelve la mujer a su marido, porque es profeta”. Aunque con su conducta no lo había demostrado, Abraham era amigo de Dios, un hombre a quien Jehová le había revelado su voluntad, que le habló al pueblo de parte de Dios, y que le habló a Dios a favor de la gente.

⁸ A la mañana siguiente se levantó Abimelec y llamó a todos sus siervos. Contó todas estas cosas a oídos de ellos, y los hombres sintieron mucho temor. ⁹ Después llamó Abimelec a Abraham y le dijo:

—¿Qué nos has hecho? ¿En qué pequé yo contra ti, que has atraído sobre mí y sobre mi reino tan gran pecado? Lo que no debiste hacer, has hecho conmigo.

¹⁰ Dijo también Abimelec a Abraham:

—¿Qué pensabas al hacer esto?

¹¹ Abraham respondió:

—Dije para mí: “Ciertamente no hay temor de Dios en este lugar, y me matarán por causa de mi mujer”. ¹² Pero ella a la verdad es también mi hermana, hija de mi padre aunque no hija de mi madre, y la tomé por mujer. ¹³ Cuando Dios me hizo salir errante de la casa de mi padre, yo le dije: “Te pido este favor: En todos los lugares adonde lleguemos, dirás de mí: ‘Es mi hermano’”.

No es agradable ver a Abraham ser humillado por alguien que, en cuanto a bendiciones espirituales, ocupaba un lugar muy inferior al suyo. Y sabemos que esta situación tampoco tomó a Abraham desprevenido. Tanto él como Sara, habían ensayado antes esta mentira. No había aprendido nada del incidente en Egipto (12:10-20), pues insistió en pensar que su sagacidad era una garantía más segura que la promesa de Dios.

¹⁴ Entonces Abimelec tomó ovejas y vacas, siervos y siervas, se los dio a Abraham y le devolvió a Sara, su mujer. ¹⁵ Y dijo Abimelec:

—Mi tierra está delante de ti; habita donde bien te parezca.

¹⁶ Y a Sara dijo:

—He dado mil monedas de plata a tu hermano; mira que él es para ti como un velo ante los ojos de todos los que están contigo, y así quedarás justificada.

¹⁷ Entonces Abraham oró a Dios, y Dios sanó a Abimelec, a su mujer y a sus siervas, las cuales tuvieron hijos, ¹⁸ porque Jehová, a causa de Sara, mujer de Abraham, había cerrado completamente toda matriz de la casa de Abimelec.

Dadas las circunstancias, la respuesta de Abimelec fue increíblemente generosa. En primer lugar, le devolvió a Sara. Además, le dio a Abraham un generoso regalo para quitar de Sara cualquier posible vergüenza, demostrándoles así la gran estima en que los tenía. Y finalmente le dio a Abraham, un residente temporal, el derecho de vivir y trabajar en su país. El Dios fiel del pacto cuidó una vez más a la madre del hijo del pacto.

21 Visitó Jehová a Sara, como había dicho, e hizo Jehová con Sara como le había prometido. ² Sara concibió y dio a Abraham un hijo en su vejez, en el plazo que Dios le había dicho. ³ Al hijo que le nació, y que dio a luz Sara, Abraham le puso por nombre Isaac. ⁴ Circuncidó Abraham a su hijo Isaac a los ocho días, como Dios le había mandado. ⁵ Tenía Abraham cien años cuando nació su hijo Isaac. ⁶ Entonces dijo Sara: «Dios me ha hecho reír, y cualquiera que lo oiga se reirá conmigo». ⁷ Y añadió: «¿Quién le hubiera dicho a Abraham que Sara había de amantar hijos? Pues le he dado un hijo en su vejez».

Dios cumple su promesa mediante el nacimiento de Isaac y el despedido de Ismael

Moisés describe con lujo de detalles el cumplimiento de la promesa que Dios les hizo a Abraham y a Sara. Al invertir en hebreo el orden de las palabras de la primera oración, Moisés pone el énfasis en que el Dios del pacto actuó con total *independencia* pero también con absoluta *constancia*. El hijo que esperaron por tanto tiempo, nació precisamente cuando Dios lo dijo, y recibió el nombre que Dios eligió. A los ocho días de nacido, Isaac fue circuncidado, la señal del pacto, el sello de la justicia que su gran descendiente iba a ganar, y que Isaac recibió por fe.

Sara no sólo expresó el gozo cuando tuvo a su hijo en brazos, sino que también mostró que su arrepentimiento era auténtico. Al recordar la primera risa de incredulidad en la promesa de Dios,

amorosamente vio a su pequeño hijo Isaac (cuyo nombre significa “risa”) y dijo: “Dios me ha hecho reír, y cualquiera que lo oiga, se reirá conmigo”.

⁸ El niño creció y fue destetado, y ofreció Abraham un gran banquete el día que fue destetado Isaac. ⁹ Pero Sara vio que el hijo de Agar, la egipcia, el cual ésta le había dado a luz a Abraham, se burlaba de su hijo Isaac. ¹⁰ Por eso dijo a Abraham: «Echa a esta sierva y a su hijo, porque el hijo de esta sierva no ha de heredar con Isaac, mi hijo». ¹¹ Estas palabras le parecieron muy graves a Abraham, por tratarse de su hijo. ¹² Entonces dijo Dios a Abraham: «No te preocupes por el muchacho ni por tu sierva. Escucha todo cuanto te diga Sara, porque en Isaac te será llamada descendencia. ¹³ También del hijo de la sierva haré una nación, porque es tu descendiente».

Tres o cuatro años después, el día de destetar a Isaac, Abraham hizo un banquete. Debía ser una ocasión feliz para honrar a Isaac como el principal heredero. Sin embargo, ocurrió algo que echó a perder aquel día feliz para Sara. Ella vio a Ismael, catorce años mayor que Isaac, burlándose de su pequeño hijo. No fue sólo la burla inocente de un hermano mayor que fastidia a su hermano menor. La epístola de San Pablo a los gálatas describe la acción de Ismael como una *persecución* contra el joven heredero de la promesa (Gálatas 4:29).

Sara se dio cuenta de eso y le dijo a su esposo que despidiera a Ismael y a su madre. Cuando Abraham titubeó, Dios le dijo claramente que la petición de Sara no nacía de celos infundados. Con el paso de los años, Sara se había dado cuenta de que Ismael no apreciaba la promesa del pacto de Dios, sino que se mofaba de ella. Por lo tanto, era una amenaza para la herencia de Isaac y no debía permanecer con Isaac en la misma casa.

Dios usó este desafortunado incidente como otro elemento para enseñarle a Abraham a distinguir entre su verdadera

descendencia espiritual y su descendencia según la carne. Para que la expulsión de su hijo mayor no fuera tan difícil para el padre, Dios le reafirmó la promesa de hacer de los descendientes de Ismael una gran nación, por causa de Abraham. Al mismo tiempo, Dios aseguró que mediante Isaac, y no Ismael, serían contados los verdaderos descendientes de Abraham. Mediante Isaac, no Ismael, todas las naciones de la tierra serían bendecidas.

Este suceso le proporcionó a Pablo los detalles para su conocida comparación en Gálatas 4:21-31. Allí el apóstol compara a Ismael, “nacido según la carne” y el resultado de la planeación humana, con Isaac, nacido “en virtud de la promesa”. No hay ni puede haber dos formas de ser salvos, una por el mérito humano y otra por la fe en la promesa de Dios. Los verdaderos herederos de Abraham lo son según la promesa.

¹⁴ Al día siguiente, Abraham se levantó muy de mañana, tomó pan y un odre de agua y se lo dio a Agar. Lo puso sobre su hombro, le entregó el muchacho y la despidió. Ella salió y anduvo errante por el desierto de Beerseba. ¹⁵ Cuando le faltó el agua del odre, puso al muchacho debajo de un arbusto, ¹⁶ se fue y se sentó enfrente, a distancia de un tiro de arco, porque decía: «No veré cuando el muchacho muera». Cuando ella se sentó enfrente, el muchacho alzó la voz y lloró.

¹⁷ Oyó Dios la voz del muchacho, y el ángel de Dios llamó a Agar desde el cielo y le dijo: «¿Qué tienes, Agar? No temas, porque Dios ha oído la voz del muchacho ahí donde está.

¹⁸ Levántate, toma al muchacho y tenlo de la mano, porque yo haré de él una gran nación».

¹⁹ Entonces Dios le abrió los ojos, y vio una fuente de agua. Fue Agar, llenó de agua el odre y dio de beber al muchacho.

²⁰ Dios asistió al muchacho, el cual creció, habitó en el desierto y fue tirador de arco. ²¹ Vivió en el desierto de Parán, y su madre tomó para él mujer de la tierra de Egipto.

Hay que admirar la inmediata obediencia de Abraham. Aunque comprendió que a su edad lo más probable sería que no volvería a ver a su primogénito, despidió a Ismael y a su madre a la mañana siguiente. Los abasteció de la comida y del agua que podían llevar y, con dolor en el corazón, los vio partir por las secas y calientes tierras sureñas de Canaán.

Claramente, para Agar también fue este un momento difícil. Cuando su limitada provisión de agua se acabó, pensó que tendría que ver a su hijo morir de sed en el desierto. Pero Dios escuchó el clamor del joven. Se nos dice que “el ángel de Dios llamó a Agar desde el cielo”. Cuando este mensajero divino prometió hacer de Ismael una gran nación, reconocemos de nuevo que el que habla es la segunda persona de la Santa Trinidad. Primero, le aseguró a la joven madre que su hijo no moriría en el desierto, y luego la condujo a una fuente de agua para satisfacer inmediatamente su sed.

Después de esta milagrosa liberación, Agar y su hijo se fueron al sur hacia Egipto. Ismael se convirtió en un hombre amante de la naturaleza y más tarde se estableció en la península de Sinaí. Agar le buscó una esposa egipcia. Moisés nos da más información acerca de los descendientes de Ismael en Génesis 25:12-18. Para nosotros la característica más notable de la línea de Ismael es que perdió todo parentesco espiritual con Abraham.

²² Aconteció en aquel mismo tiempo que Abimelec y Ficol, jefe de su ejército, le dijeron a Abraham:

—Dios está contigo en todo cuanto haces. ²³ Ahora, pues, júrame aquí, por Dios, que no nos harás mal a mí ni a mi hijo ni a mi nieto, sino que, conforme a la bondad que yo tuve contigo, harás tú conmigo y con la tierra en la que ahora habitas.

²⁴ Y respondió Abraham:

—Lo juro.

²⁵ Pero Abraham reconvino a Abimelec a causa de un pozo de agua que los siervos de Abimelec le habían quitado.

²⁶ **Abimelec respondió:**

—No sé quién haya hecho esto, ni tampoco tú me lo hiciste saber ni yo lo había oído hasta hoy.

²⁷ Entonces tomó Abraham ovejas y vacas y se las dio a Abimelec, e hicieron ambos un pacto. ²⁸ Pero Abraham puso aparte siete corderas del rebaño, ²⁹ por lo que Abimelec le preguntó:

—¿Qué significan esas siete corderas que has puesto aparte?

³⁰ Abraham respondió:

—Que estas siete corderas recibirás de mi mano, para que me sirvan de testimonio de que yo cavé este pozo.

³¹ Por esto llamó a aquel lugar Beerseba, porque allí juraron ambos.

³² Hicieron, pues, pacto en Beerseba. Luego se levantaron Abimelec y Ficol, jefe de su ejército, y volvieron a tierra de los filisteos. ³³ Plantó Abraham un tamarisco en Beerseba, e invocó allí el nombre de Jehová, Dios eterno. ³⁴ Y habitó Abraham muchos días en tierra de los filisteos.

No pudo pasar inadvertido para los vecinos de Abraham que éste gozaba del favor muy especial de Dios. No sólo se había convertido en un hombre rico, sino también influyente. Aquí vemos el raro espectáculo de Abimelec, un rey vecino, junto con el comandante de su ejército, acercándose a Abraham como iguales y expresando su interés en cultivar su amistad.

Aunque esto es poco usual, también es comprensible. Debió haber sido impresionante conocer a un hombre al que Dios apoyaba claramente en todo lo que hacía. Le dio una estupenda victoria sobre los ejércitos invasores, le dio abundantes víveres en una tierra de escasez, lo liberó de las consecuencias de su propia estupidez, y le concedió de manera milagrosa un hijo en su vejez.

El rey Abimelec le recordó a Abraham que en el pasado le había mostrado bondad y amistad. Le había permitido a Abraham, un extranjero, no sólo vivir en su tierra y andar libremente, sino

también cosechar, alimentar su ganado y cavar pozos de agua. Su petición nos parece razonable: “Júrame que mostrarás la misma bondad a mí, a mis hijos y a mis descendientes”. La alianza propuesta entre Abraham y Abimelec también debía incluir a sus descendientes. Abimelec gozaría de la seguridad de un pacto de no agresión, y Abraham seguiría gozando los derechos de ocupación de la tierra. Abraham estuvo dispuesto a formar una alianza y a confirmarla con un juramento.

Antes de proceder con la ratificación del pacto, el patriarca mencionó que un pozo de su propiedad había sido tomado por los siervos de Abimelec. Después de asegurarse el derecho exclusivo del uso del pozo, Abraham se unió a la ceremonia del pacto. Se mencionan dos hechos significativos por parte de Abraham después que el rey y su comandante se fueron. Aceptó su obligación hacia Jehová, primero plantando un árbol en memoria del acontecimiento, y luego adorando públicamente a “Jehová, Dios eterno”. A diferencia de los insignificantes y limitados dioses locales de los paganos que los rodeaban, el Dios de Abraham había prometido bendiciones para todos los pueblos de todos los tiempos.

Dios lleva a su culminación la preparación de la fe de Abraham

22 Aconteció después de estas cosas, que Dios probó a Abraham. Le dijo:

—Abraham.

Éste respondió:

—Aquí estoy.

² Y Dios le dijo:

—Toma ahora a tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, vete a tierra de Moriah y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré.

Para Abraham fue muy difícil despedir a Ismael, pero ahora se enfrentaba a una prueba mucho más dura de su fe. Esta prueba no era para beneficio *de Dios* (él sabía de antemano que Abraham

era temeroso de Dios), sino para el bien espiritual *de Abraham*. El amor de Abraham por Isaac, aunque correcto y bueno, pudo haber sido más fuerte que su amor a Dios. Jesús dijo una vez: “El que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí” (Mateo 10:37). Desde el punto de vista de Dios, Abraham necesitaba tener la oportunidad consciente de poner a Dios en primer lugar. Con esta prueba, Dios iba a llevar la preparación de la fe de Abraham a su culminación. Este sacrificio en particular que Dios le pidió a Abraham, se llama “holocausto”, un sacrificio de sangre que en el Antiguo Testamento simbolizaba la total dedicación de una persona a Dios.

Es importante recordar que el lector es el único que está informado de que esta era una prueba. Abraham no lo supo hasta más tarde. Dios no le dijo a Abraham: “Abraham, no te preocupes de lo que vaya a ocurrir, esto es sólo una prueba”. Dios había dicho que Isaac sería el portador de la promesa mesiánica, y ahora le decía que lo sacrificara. Y la solución al dilema no era decir: “Bueno, Dios realizó un milagro antes dándoles a Abraham y a Sara un hijo; bien podría repetir el milagro y darles otro”. Las palabras de Dios habían sido bastante claras al respecto: “Estableceré mi pacto *con Isaac*” (17:21). Lutero describe con exactitud el aprieto en que se encontraba Abraham: “A la razón humana debió haberle parecido como si la promesa de Dios iba a fracasar, o que este mandato provenía del diablo y no de Dios”. A Abraham le debió parecer que el mandato divino estaba destruyendo la promesa de Dios.

Y lo que complicaba todavía más la situación para Abraham era que el mandato parecía no sólo contradecir el amor de un padre hacia su hijo sino también acabar con su esperanza de ser salvo. Si Isaac era el único vínculo entre Abraham y el Salvador, ¿cómo podía cortar ese eslabón y esperar ser recto ante Dios? ¿Y cómo podía esperar vivir con Dios para siempre?

³ Abraham se levantó muy de mañana, ensilló su asno, tomó consigo a dos de sus siervos y a Isaac, su hijo. Después

cortó leña para el holocausto, se levantó y fue al lugar que Dios le había dicho. ⁴ Al tercer día alzó Abraham sus ojos y vio de lejos el lugar. ⁵ Entonces dijo Abraham a sus siervos: —Esperad aquí con el asno. Yo y el muchacho iremos hasta allá, adoraremos y volveremos a vosotros.

Después que Abraham pasó lo que inevitablemente hubiera sido toda una noche en vela, se levantó temprano, tal vez para no hablar con Sara acerca de la espantosa tarea que le esperaba. Cortó leña para el sacrificio y, con dos siervos e Isaac, se encaminó a la tierra de Moriah. Nos maravillamos de su obediencia absoluta y rápida. Dios no tuvo respuesta de Abraham, ni argumentos, ni siquiera una pregunta — sólo obediencia. Si “la tierra de Moriah” es el mismo lugar del monte donde después Salomón edificó el templo (2 Crónicas 3:1), a Abraham le esperaba un viaje de 80 kilómetros. Dios no quería que la obediencia del patriarca fuera una acción del momento. Tres días de viaje le darían tiempo suficiente para pensar. Y podemos estar seguros de que Satanás le dio una docena de razones por las que no debía sacrificar a su hijo.

Cuando llegó al lugar indicado, Abraham les ordenó a los siervos que esperaran, mientras que él e Isaac se adelantaban. Los siervos no serían testigos del sacrificio, porque no podían comprender. Las instrucciones que les dio Abraham a los siervos son significativas, por dos razones. “Yo y el muchacho... *adoraremos*”. Abraham describió correctamente el acto que iba a realizar como una adoración. Con esto declaró: “Jehová, tú tienes mi corazón”.

“Y volveremos a vosotros.” La traducción de la palabra hebrea “volveremos” es la forma enfática de un verbo que expresa la determinación del que habla. Se insinúa en esas palabras de Abraham que ya había llegado a la respuesta sobre la terrible pregunta que lo estaba torturando: “¿Cómo puede el Dios de misericordia, cortar la línea mesiánica?” La fe de Abraham respondió: “Si Dios me ordena matar a Isaac y yo le obedezco, entonces Dios traerá las cenizas de Isaac a la vida, y los dos descenderemos de esta montaña”.

⁶ Tomó Abraham la leña del holocausto y la puso sobre Isaac, su hijo; luego tomó en su mano el fuego y el cuchillo y se fueron los dos juntos. ⁷ Después dijo Isaac a Abraham, su padre:

—Padre mío.

Él respondió:

—Aquí estoy, hijo mío.

Isaac le dijo:

—Tenemos el fuego y la leña, pero ¿dónde está el cordero para el holocausto?

⁸ Abraham respondió:

—Dios proveerá el cordero para el holocausto, hijo mío.

E iban juntos.

Abraham guardaba silencio mientras él y su hijo, caminaban juntos hacia lugar del sacrificio. Fue Isaac quien rompió el silencio. “¿Padre mío, dónde está el cordero para el holocausto?” La pregunta debió haber cortado a Abraham como un cuchillo. Su respuesta fue una combinación de amor considerado, que le ahorró a Isaac los crueles detalles del sacrificio, y la fe confiada, fe que dejó a Dios el resultado.

⁹ Cuando llegaron al lugar que Dios le había dicho, edificó allí Abraham un altar, compuso la leña, ató a Isaac, su hijo, y lo puso en el altar sobre la leña. ¹⁰ Extendió luego Abraham su mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo.

¹¹ Entonces el ángel de Jehová lo llamó desde el cielo:

—¡Abraham, Abraham!

Él respondió:

—Aquí estoy.

¹² El ángel le dijo:

—No extiendas tu mano sobre el muchacho ni le hagas nada, pues ya sé que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste a tu hijo, tu único hijo.

¹³ Entonces alzó Abraham sus ojos y vio a sus espaldas un

carnero trabado por los cuernos en un zarzal; fue Abraham, tomó el carnero y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo. ¹⁴ Y llamó Abraham a aquel lugar «Jehová proveerá». Por tanto se dice hoy: «En el monte de Jehová será provisto».

El punto culminante del sacrificio se describe con todo detalle. Para obedecer los mandamientos de Dios, Abraham tuvo que pasar por alto todos los argumentos que su corazón y su razón le decían, y concentrarse totalmente en la promesa de Dios: “Estableceré mi pacto con Isaac” (17:21). La Epístola a los Hebreos nos ayuda a comprender la actitud de Abraham:

Por la fe, Abraham, cuando fue probado ofreció a Isaac: el que había recibido las promesas, ofrecía a su unigénito, habiéndosele dicho: «En Isaac te será llamada descendencia», porque pensaba que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también lo volvió a recibir. (Hebreos 11:17-19)

Si había conflicto entre el mandato de Dios y su promesa, la solución al conflicto era asunto de Dios. A Abraham le correspondía poner a Dios primero, y por tanto tomó el cuchillo.

Dios sabía que en el corazón de Abraham el sacrificio necesario ya se había hecho. Había sometido su voluntad y su sabiduría, y hasta a su propio hijo, en obediencia a la palabra de su Señor. Dios permitió a propósito, que la situación llegara a este punto, para demostrar que Abraham había hecho el sacrificio espiritual interno y, entonces, con dos palabras apremiantes: “¡Abraham, Abraham!”, le ordenó que no le hiciera daño a su hijo. Dios había llevado la capacitación espiritual del patriarca exitosamente hasta su culminación, y un mensajero de los cielos lo anunció.

El “ángel de Jehová” llamó a Abraham. ¿Quién es el ángel que habla? El hecho de que dice: “no *me* rehusaste tu hijo”, indica que el vocero era el mismo Hijo de Dios. Aquí hace otra aparición

antes de tomar nuestra carne y hueso en el vientre de la virgen.

“Ya sé que temes a Dios”, le dijo el ángel a Abraham. En todas partes de las Escrituras, el temor de Dios es el profundo sentimiento de reverencia, en presencia del gran Dios. Incluye el absoluto temor de hacer cualquier cosa que le desagrade, es como el respeto de un niño. En el caso de los incrédulos, sólo lo primero está presente. La conducta de Abraham en Moriah, demuestra que ambos sentimientos existían en su corazón.

Al proveer un carnero para el sacrificio en lugar de Isaac, Dios ilustró un principio que cada vez se hace más prominente a medida que se desarrolla el Antiguo Testamento: *el principio de la sustitución*. Cuando Dios creó el mundo, lo hizo ejerciendo su poder omnipotente. Cuando Dios redimió al mundo, lo hizo misericordiosamente dando un sustituto, a quien castigó en lugar del pecador.

Mientras Abraham bajaba con su hijo, quizás recordó lo que le dijo a Isaac cuando subían la montaña. “Hijo mío, Dios proveerá el cordero para el sacrificio”. Ahora, Abraham había experimentado que en efecto el Dios Salvador había provisto, y en testimonio de este hecho le puso a la montaña un nombre nuevo: “Jehová-Jireh” (“Jehová proveerá”).

¹⁵ Llamó el ángel de Jehová a Abraham por segunda vez desde el cielo, ¹⁶ y le dijo:

—Por mí mismo he jurado, dice Jehová, que por cuanto has hecho esto y no me has rehusado a tu hijo, tu único hijo, ¹⁷ de cierto te bendeciré y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar; tu descendencia se adueñará de las puertas de sus enemigos. ¹⁸ En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste a mi voz.

¹⁹ Regresó Abraham adonde estaban sus siervos, y juntos se levantaron y se fueron a Beerseba. Y habitó Abraham en Beerseba.

El ángel le habló a Abraham una vez más. Recompensó su fe, repitiendo y ampliando la promesa mesiánica. Los descendientes de Abraham, tan numerosos como la arena de la orilla del mar, iban a tomar posesión de las ciudades de sus enemigos, una referencia a la conquista de Canaán por los israelitas. Dios confirmó también la promesa con un juramento, jurando por sí mismo, dado que no hay autoridad mayor que él. Cuando Abraham bajó del Moriah, la confianza en la promesa de Dios se había intensificado, y el amor por su hijo se había purificado.

Dios permite que la vida de Abraham termine en la serena satisfacción de la fe

²⁰Después de estas cosas se anunció a Abraham: «Milca ha dado a luz hijos a tu hermano Nacor: ²¹Uz, el primogénito; Buz, su hermano; Kemuel, padre de Aram; ²²Quesed, Hazo, Pildas, Jidlaf y Betuel». ²³Betuel fue el padre de Rebeca. Estos son los ocho hijos que Milca dio a luz de Nacor, hermano de Abraham.

²⁴Y su concubina, que se llamaba Reúma, dio a luz también a Teba, a Gaham, a Tahas y a Maaca.

Los propósitos que Dios tenía para Abraham se habían cumplido. Dios había llamado a este hombre para irse lejos de su patria anterior, de sus parientes, de la casa de su padre. Le dio una promesa que, humanamente hablando, era increíble, pero le había enseñado a confiar por completo en esa promesa. Y luego Dios le permitió vivir para que viera el cumplimiento de la promesa. ¿Qué más podía ofrecerle la vida? Los capítulos finales del relato de Taré nos muestran que Dios le permitió a Abraham terminar su vida en medio de la fe satisfecha y serena, en primer lugar, cuando recibió noticias de Harán.

Había pasado medio siglo desde que Abraham había salido de Harán, ubicado a 800 kilómetros al norte, en lo que actualmente es Siria. Lo más probable es que durante ese tiempo Abraham no

hubiera tenido contacto con su único hermano sobreviviente, Nacor. Ahora le llegaron noticias de la familia de su hermano. Nacor tenía ocho hijos, uno de los cuales era Betuel. De los hijos de Betuel sólo se menciona el nombre de una de sus hijas, Rebeca. Aquí podemos ver por qué Dios hizo que Moisés incluyera una breve e incompleta genealogía en los registros sagrados. Durante varias generaciones Dios había estado obrando para darle una esposa a Isaac, el hijo de la promesa.

Abraham muestra la serena satisfacción de su fe al sepultar a Sara

23 Fueron ciento veintisiete los años de la vida de Sara; tantos fueron los años de la vida de Sara. ² Sara murió en Quiriat-arba (que es Hebrón), en la tierra de Canaán; y vino Abraham a hacer duelo por Sara y a llorarla.

El capítulo anterior de Génesis narró cómo expresó Abraham su fe bajo las circunstancias más extrañas y difíciles. Pero la fe se puede expresar en los acontecimientos de la vida cotidiana, así como en los extraordinarios. En este capítulo vemos que Abraham dio evidencia de su fe bajo circunstancias que no presentaban crisis extraordinarias.

Sara es la única mujer cuya edad al morir se menciona en las páginas de las Escrituras. Si a Abraham se le llama el padre de los creyentes, entonces Sara es la madre de los creyentes. Al llamado de Dios, ella también dejó una vida cómoda en Ur de los caldeos para pasar la última mitad de su vida como nómada, viviendo en una tienda en las inhóspitas tierras del sur de Canaán. Su matrimonio, que pudo haber durado un siglo, estuvo marcado por la especial bendición de Dios. Se quedó fielmente al lado de su esposo a medida que Dios lo llevó paso a paso, capacitándolo en el programa divino.

Sara, la mujer libre, es un retrato de la iglesia del Nuevo Testamento, cuyos hijos son hijos de la promesa, renacidos por el poder del Espíritu (Gálatas 4:24-31). Después de que Sara vio a

su hijo convertido en un hombre de treinta y siete años, Dios la llamó. Abraham no sólo derramó lágrimas de tristeza cuando murió su amada esposa, sino también hizo una expresión audible de su pena, según la costumbre de entonces.

³ Luego se levantó Abraham de delante de su muerta y habló a los hijos de Het, diciendo:

⁴—Extranjero y forastero soy entre vosotros; dadme en propiedad una sepultura entre vosotros para llevarme a mi muerta y sepultarla.

Ahora Abraham enfrentaba un problema. Por motivos que más adelante llegarán a ser evidentes, quería que Sara fuera sepultada en la tierra de Canaán. Sin embargo, era un forastero, un extranjero en esa tierra. Por lo tanto, fue a la puerta de la ciudad en Hebrón, a donde se había desplazado después de dejar Beerseba, y acudió a los padres de la ciudad. Nos sorprende saber que eran hititas, pertenecientes a la gente cananea que había llegado originalmente a lo que hoy es Turquía y habían emigrado al sur. La súplica de Abraham muestra que estaba consciente de que estaba pidiendo un favor, el derecho de comprar una porción de tierra en un país donde era extranjero.

⁵ Respondieron los hijos de Het a Abraham, diciendo:

⁶—Óyenos, señor nuestro. Tú eres un príncipe de Dios entre nosotros; sepulta a tu muerta en lo mejor de nuestros sepulcros, pues ninguno de nosotros te negará su sepulcro ni te impedirá que entierres a tu muerta.

⁷ Abraham se levantó, se inclinó ante el pueblo de aquella tierra, los hijos de Het, ⁸ y habló con ellos, diciendo:

—Si en verdad queréis que yo me lleve y sepulte a mi muerta, oídme e interceded por mí ante Efrón hijo de Zohar, ⁹ para que me dé la cueva de Macpela, que tiene al extremo de su heredad; que me la dé por su justo precio y así poseeré una sepultura en medio de vosotros.

Los funcionarios de Hebrón respondieron al pedido de

Abraham mucho mejor de lo que él hubiera esperado. Lo reconocieron como a alguien de alta posición, un hombre que gozaba de la bendición especial de Dios. No tenía por qué comprar una sepultura; podía escoger cualquier tumba que quisiera, y el propietario no se la negaría.

Sin embargo, Abraham no sólo estaba interesado en encontrar un lugar para su amada difunta. Él era el padre del pueblo del antiguo pacto de Dios, que un día iba a ser el dueño de esa tierra y ocuparla. Canaán era la tierra que los hijos de sus hijos iban a poseer un día. Por lo tanto, Abraham quiso que los restos de Sara, así como los suyos, reposaran en la tierra prometida como un testimonio silencioso de su fe en la promesa de Dios: “A tu descendencia daré esta tierra” (Génesis 12:7). Aun antes de que sus descendientes entraran en Canaán, durante los cuatro siglos en que iban a vivir como extranjeros en Egipto, la insistencia calmada de su antepasado de que lo sepultaran en la tierra prometida, les aseguraría que Canaán iba a ser su futuro hogar.

Abraham reconoció humildemente el cumplimiento de los hititas y su generoso ofrecimiento, e insistió en su petición: “Si como ustedes han dicho, me van a permitir que sepultar a mi muerta aquí, entonces les suplico que le hablen con Efrón por mi parte. Deseo comprar una sepultura que está al extremo de su propiedad, y pagaré su precio total en plata”. Para asegurarse de que su petición fuera concedida, les pidió a los representantes de la ciudad que intercedieran por él, en vez de tratar con el propietario personalmente. La parcela que había escogido era una cueva, inservible para el cultivo o el pastoreo. Y dijo claramente que no estaba pidiendo un regalo.

¹⁰ Como Efrón, el heteo, estaba entre los hijos de Het, respondió a Abraham en presencia de los hijos de Het y de todos los que entraban por la puerta de su ciudad:

¹¹—No, señor mío, óyeme: te doy la heredad y te doy también la cueva que está en ella. En presencia de los hijos de mi pueblo te la doy; sepulta a tu muerta.

¹² Entonces Abraham se inclinó delante del pueblo de la tierra ¹³ y respondió a Efrón en presencia del pueblo del lugar, diciendo:

—Antes, si te place, te ruego que me oigas. Yo pagaré el precio de la heredad; acéptalo y sepultaré en ella a mi muerta.

¹⁴ Respondió Efrón a Abraham:

¹⁵—Señor mío, escúchame: la tierra vale cuatrocientos siclos de plata, pero ¿qué es esto entre tú y yo? Entierra, pues, a tu muerta.

Efrón, el dueño de la tierra, estaba presente en la reunión y le respondió a Abraham. Sus palabras dan la clara impresión de que no estaba particularmente interesado en dar su propiedad sin que le dieran una compensación por ella. Aunque repitió el ofrecimiento de permitir que Abraham simplemente enterrara a Sara en su propiedad, se dio cuenta de que eso no era lo que Abraham quería. Su ofrecimiento sólo parece ser una formalidad de cortesía; tal vez sólo indicaba que estaba listo para empezar a negociar la venta con Abraham.

Hay algo más que nos llama la atención en la respuesta de Efrón. Abraham había pedido permiso para comprar sólo la *cueva* a la orilla de la propiedad. Efrón respondió con una oferta que abarcaba *todo el campo* junto con la cueva, algo que Abraham no había pedido. Por lo que sabemos de la ley hitita, los propietarios de un campo tenían ciertas obligaciones, tal vez algún servicio al rey. Se ha sugerido que Efrón tal vez quería descargar estas responsabilidades en otra persona, y vio en la petición de Abraham una oportunidad para hacer precisamente eso.

Como punto de partida para las negociaciones, Efrón sugirió que el valor de la tierra era de 400 siclos de plata. Cuando se compara con el valor de la tierra descubierto en los antiguos registros babilonios, el precio sugerido parece exorbitante. Eso nos hace pensar que Efrón esperaba una contraoferta de parte de Abraham, después de lo cual empezaría la verdadera negociación.

¹⁶ Entonces Abraham aceptó la oferta de Efrón y, en presencia de los hijos de Het, pesó a Efrón el dinero que éste le había pedido, cuatrocientos siclos de plata de buena ley entre mercaderes. ¹⁷ Así, pues, la heredad de Efrón que estaba en Macpela, al oriente de Mamre, la heredad, con la cueva que había en ella y con todos los árboles que había en la heredad y en todos sus contornos, ¹⁸ quedó como propiedad de Abraham, en presencia de los hijos de Het y de todos los que entraban por la puerta de la ciudad.

¹⁹ Después de esto, Abraham sepultó a Sara, su mujer, en la cueva de la heredad de Macpela, al oriente de Mamre (que es Hebrón), en la tierra de Canaán. ²⁰ Y la heredad, con la cueva que en ella había, quedó en manos de Abraham como una posesión para sepultura, recibida de los hijos de Het.

Efrón debió haberse llevado una sorpresa cuando Abraham, un experimentado hombre de negocios, aceptó su oferta inicial. Con los representantes de la ciudad como testigos, le pagó a Efrón el precio que le había sugerido. Como la acuñación de monedas no se apareció sino diez o doce siglos más tarde, es claro que Abraham pesó el precio de la compra, tal vez en barras de plata. La transacción fue debidamente registrada, y el campo de Macpela, incluyendo la cueva y todos los árboles que había en él, fue transferido a Abraham.

Abraham sepultó a Sara en la cueva de Macpela, y treinta y ocho años más tarde sus hijos lo llevaron allí para reposar junto con Sara. Los siguientes capítulos de Génesis mencionarán que la cueva fue también el lugar terrenal donde reposaron los restos de Isaac y Rebeca y de Jacob y Lea. Un escritor ha comentado: “Ningún otro lugar en la tierra santa tiene tanto polvo precioso como éste”.

Abraham, “el padre de los creyentes”, fue un hombre que tuvo fe en las promesas de Dios. No vivió para ver el cumplimiento de la mayoría de ellas. Nunca vio a su descendencia llegar a ser una nación poderosa o que tomara posesión de la tierra prometida.

Y por supuesto, no vivió para ver a su descendiente más grande, en el que mediante su vida perfecta y su muerte inocente todas las familias de la tierra serían bendecidas. No obstante, este capítulo pone énfasis en que Abraham creyó las promesas de Dios, aun cuando no fue testigo de su cumplimiento. Y aunque Abraham pudo haber regresado a Harán con sus parientes y encontrar una sepultura familiar para Sara, sus acciones declararon: “Harán ya no es mi hogar. El futuro de mi familia está en Canaán, porque así lo ha dicho Dios. Aquí es donde el gran plan de Dios se cumplirá, y aquí es donde yo estoy decidido a permanecer.”

En la misma forma, nuestra confianza en las promesas que Dios nos ha dado en Jesucristo, transformará los detalles comunes y rutinarios en oportunidades para testificar la fe que hay en nosotros.

Abraham muestra la serena satisfacción de la fe, al dar esposa a Isaac

24 Ya Abraham era viejo, bien avanzado en años; y Jehová había bendecido en todo a Abraham. ² Dijo Abraham a un criado suyo, el más viejo de su casa, quien gobernaba todo lo que él tenía:

— Pon ahora tu mano debajo de mi muslo ³ y júrame por Jehová, Dios de los cielos y Dios de la tierra, que no tomarás para mi hijo mujer de las hijas de los cananeos, entre los cuales yo habito, ⁴ sino que irás a mi tierra y a mi parentela a tomar mujer para mi hijo Isaac.

⁵ El criado le respondió:

— Quizá la mujer no quiera venir conmigo a esta tierra. ¿Debo, entonces, volver y llevar a tu hijo a la tierra de donde saliste?

⁶ Abraham le dijo:

— ¡Cuidado con llevar allá a mi hijo! ⁷ Jehová, Dios de los cielos, que me tomó de la casa de mi padre y de la tierra de mi parentela, y que me habló y me juró, diciendo: “A tu descendencia daré esta tierra”, él enviará su ángel delante de

ti, para que tú traigas de allá mujer para mi hijo. ⁸Pero si la mujer no quiere venir contigo, quedarás libre de mi juramento; solamente que no lleves allá a mi hijo.

⁹Entonces el criado puso su mano debajo del muslo de Abraham, su señor, y le juró sobre este negocio.

Habían pasado tres años desde la muerte de Sara. Abraham ahora tenía 140 años, y se dio cuenta de que había un asunto importante que debía atender antes de que su vida en esta tierra terminara. Isaac necesitaba una esposa que compartiera su fe en la promesa de Dios. El relato que tenemos de Génesis 24 es largo y detallado, sin comparación en las Escrituras.

Abraham llamó a su siervo principal y le confió la responsabilidad de buscar una esposa adecuada para Isaac. Le dio instrucciones de que viajara 800 kilómetros al norte, a Mesopotamia, a la ciudad de Harán, su antiguo hogar. Abraham no podía ocuparse de eso personalmente, porque Dios le había pedido que dejara Harán. Y aunque Isaac, con cuarenta años de edad, era bastante mayor para elegir su propia esposa, Abraham tampoco quería que dejara la tierra de Canaán. Damos por sentado que en este asunto Abraham actuó con total conocimiento y consentimiento de Isaac.

Abraham hizo que su siervo le jurara que iba a seguir sus instrucciones al pie de la letra. Para sellar el juramento, el siervo colocó su mano bajo el muslo de Abraham, el lugar del poder creativo. El juramento aparentemente estaba relacionado con los poderes de la reproducción e implicaría a los descendientes de Abraham en la línea mesiánica.

La razón de su preocupación se resumía en el solemne mandato: “Quiero que jures que no tomarás una esposa para mi hijo de las hijas de los cananeos”. Abraham tenía buenas razones para estar preocupado. La religión cananea era una combinación obscena de idolatría y adulterio, y una esposa cananea no tendría la misma fe que tenía el creyente Isaac. No podría nutrir y transmitir esa fe en el Salvador venidero a las generaciones futuras.

Y, además, Dios había prometido que a los cananeos les llegaría su condenación por su vergonzosa idolatría.

El siervo mostró la misma reverencia que su amo por Jehová, poniendo en claro su encargo: “¿Y qué haré si la mujer que encuentre para Isaac no está dispuesta a casarse con un hombre al que nunca ha visto? ¿Puedo entonces llevar a tu hijo Isaac para que le haga una visita?” Abraham tuvo fe en que no se presentarían problemas, y categóricamente se negó a ir en contra de la voluntad de Dios. Sabía que la misión a la que estaba enviando a su siervo contaba con la aprobación divina. Simplemente estaba aplicando a la situación del momento lo que Dios le había dicho. De la misma forma, usted y yo, sabemos que Dios está comprometido a hacer posible que hagamos lo que él nos ha pedido hacer.

¹⁰El criado tomó diez camellos de los de su señor, y se fue, no sin antes escoger toda clase de regalos de lo mejor que tenía su señor; se puso en camino y llegó a la ciudad de Nacor, en Mesopotamia. ¹¹Fuera de la ciudad hizo arrodillar a los camellos junto a un pozo de agua, a la hora de la tarde, la hora en que salen las muchachas a buscar agua. ¹²Y dijo: «Jehová, Dios de mi señor Abraham, haz, te ruego, que hoy tenga yo un buen encuentro, y ten misericordia de mi señor Abraham. ¹³Aquí estoy junto a la fuente de agua, cuando salen a buscar agua las hijas de los hombres de esta ciudad. ¹⁴Sea, pues, que la muchacha a quien yo diga: “Baja tu cántaro, te ruego, para que yo beba”, y ella responda: “Bebe, y también daré de beber a tus camellos”, que sea esta la que tú has destinado para tu siervo Isaac. En esto conoceré que has hecho misericordia con mi señor».

Abraham era un hombre rico, así que envió regalos con su siervo para la futura novia y su familia, regalos que reflejaban favorablemente la posición social del pretendiente.

El relato bíblico no dice mucho sobre el largo viaje a Mesopotamia, viaje que bien pudo haber tomado un mes. En cambio, el sagrado escritor dirige nuestra atención al siervo

mientras permanecía al lado del pozo de agua de la ciudad y pensaba en su misión. Ante él podía ver a las mujeres de la ciudad que venían a sacar agua para sus familias y rebaños. ¿Cómo podía saber cuál de ellas había escogido Dios para Isaac?

El siervo había aprendido mucho de su amo. Le habló a Dios, para quien estaba trabajando. “Te ruego, el tener hoy buen encuentro, y haz misericordia con mi señor Abraham”. El gran plan de Dios para salvar a los pecadores implicaba encontrar la esposa adecuada para Isaac. El siervo era muy consciente de ello y pidió la ayuda de Dios.

A continuación, el siervo pensó en algo que pudiera ayudarle a identificar a la mujer que Jehová había escogido. ¿Le parece esto como si aquel siervo le estuviera dando una orden a Dios? El siervo sabía que los hijos de Dios no deben suponer que Dios no los guiará. Por lo tanto, sugirió: “Si le pido a una joven agua y ella no sólo me la ofrece a mí sino que también ofrece sacar agua para mis diez camellos, que sea esta una señal de que ella es la que tú has destinado para tu siervo Isaac”.

¿Qué demostraría esta señal acerca de la joven? Por supuesto, demostraría amistad, hospitalidad y bondad. Indicaría un deseo de servir. Y desde luego, requería fuerza física hacer repetidos viajes al pozo a sacar agua suficiente para satisfacer la sed de diez camellos.

¹⁵ Aconteció que antes que él acabara de hablar, salió Rebeca con su cántaro sobre el hombro. Rebeca era hija de Betuel, hijo de Milca, mujer de Nacor, hermano de Abraham. ¹⁶ Esta muchacha era de aspecto muy hermoso y virgen, pues ningún hombre la había conocido; descendió a la fuente, llenó su cántaro, y se dispuso a regresar.

¹⁷ Entonces el criado corrió hacia ella y le dijo:

—Te ruego que me des a beber un poco de agua de tu cántaro.

¹⁸ Ella respondió:

—Bebe, señor mío.

Se dio prisa a bajar su cántaro, lo sostuvo entre las manos y le dio a beber. ¹⁹ Cuando acabó de darle de beber, dijo:

—También para tus camellos sacaré agua, hasta que acaben de beber.

²⁰ **Se dio prisa y vació su cántaro en la pila; luego corrió otra vez al pozo a sacar agua y sacó para todos sus camellos.**

²¹ **El hombre, maravillado, la contemplaba en silencio, pues quería saber si Jehová había prosperado su viaje, o no.**

Aun antes de que el criado terminara de orar, sus ojos se posaron en Rebeca. El criado no lo sabía, pero el lector está enterado de que era la nieta de Nacor, hermano de Abraham. Ella le dio al criado el agua que le había pedido, y luego ofreció sacar agua para sus camellos también. Si un camello puede beber como setenta y cinco litros de agua, su ofrecimiento pudo haberle costado una hora extra de trabajo en el pozo. El criado observaba sin decir una sola palabra. ¿Acaso Jehová había respondido sus oraciones tan pronto?

²² **Cuando los camellos acabaron de beber, le dio el hombre un pendiente de oro que pesaba medio siclo y dos brazaletes que pesaban diez, ²³ y le preguntó:**

—¿De quién eres hija? Te ruego que me digas si en casa de tu padre hay lugar donde podamos pasar la noche.

²⁴ **Ella respondió:**

—Soy hija de Betuel, hijo de Milca, el hijo que ella dio a Nacor.

²⁵ **Y añadió:**

—También hay en nuestra casa paja y mucho forraje, y lugar donde pasar la noche.

²⁶ **El hombre entonces se inclinó y adoró a Jehová, ²⁷ y dijo: «Bendito sea Jehová, Dios de mi amo Abraham, que no apartó de mi amo su misericordia y su verdad, y que me ha guiado en el camino a casa de los hermanos de mi amo».**

Para expresar su agradecimiento por la misericordia que Rebeca había mostrado, el criado tomó un pendiente de oro y brazaletes de oro que Abraham había enviado y se los ofreció como regalo. Los brazaletes solos pesaban 113 gramos; estos eran regalos dignos de un hombre rico.

El criado no podía esperar más tiempo para hacerle la importante pregunta. En el pozo, ella satisfizo los requisitos del criado, ¿pero qué tal los requisitos de Abraham?: “¿De quién eres hija?” Ella le dio la respuesta que había estado esperando, y al contestarle la segunda pregunta le aseguró que había lugar para hospedarlo en casa de su padre.

Ya no había duda que Jehová lo había guiado a escoger a esta joven, y el criado humildemente cayó de rodillas en agradecimiento. Alabó al Señor por tan maravillosa demostración de providencia divina como ningún ser humano ha presenciado jamás.

²⁸ La muchacha corrió e hizo saber estas cosas en casa de su madre. ²⁹ Rebeca tenía un hermano que se llamaba Labán, el cual corrió afuera hacia el hombre, a la fuente. ³⁰ Y cuando vio el pendiente y los brazaletes en las manos de su hermana, que decía: «Así me habló aquel hombre», fue adonde él estaba; lo encontró con los camellos, junto a la fuente, ³¹ y le dijo:

—Ven, bendito de Jehová, ¿por qué estás fuera? He preparado la casa, y el lugar para los camellos.

³² Entonces el hombre vino a la casa y Labán desató los camellos; les dio paja y forraje, y a él le dio agua para lavar sus pies, y los pies de los hombres que con él venían. ³³ Luego le pusieron delante qué comer; pero él dijo:

—No comeré hasta que haya dicho mi mensaje.

—Habla —dijo Labán.

Rebeca también debió haber estado asombrada y hasta confundida, por las cosas extraordinarias que le habían ocurrido en la fuente. Corrió a casa para contarlo a su familia. Cuando su

hermano Labán vio las joyas que ella llevaba puestas, corrió a la fuente a buscar al hombre y lo invitó a la casa. Unos capítulos más adelante de Génesis revelarán algunas características de Labán que no son nada nobles, pero aquí no tenemos motivos para sospechar de él. Los regalos que su hermana había recibido de un completo extraño eran suficientes como para impresionar a cualquiera y el hermano estaba interesado, lo cual es comprensible. Se ocupó de que los camellos fueran desensillados y les proporcionó comida y resguardo. Les dio a los extranjeros una buena acogida y los invitó a comer con la familia.

El devoto sirviente cortésmente se negó a comer hasta haber explicado el propósito de su misión especial.

³⁴ Y el hombre dijo:

—**Soy criado de Abraham. ³⁵ Jehová ha bendecido mucho a mi amo, y él se ha engrandecido; le ha dado ovejas y vacas, plata y oro, siervos y siervas, camellos y asnos. ³⁶ Sara, mujer de mi amo, dio a luz en su vejez un hijo a mi señor, quien le ha dado a él todo cuanto tiene. ³⁷ Mi amo me hizo jurar, diciendo: “No tomarás para mi hijo mujer de las hijas de los cananeos, en cuya tierra habito, ³⁸ sino que irás a la casa de mi padre, a mi parentela, y tomarás mujer para mi hijo”.**

³⁹ Yo dije: “Quizá la mujer no quiera seguirme”. ⁴⁰ Entonces él me respondió: “Jehová, en cuya presencia he andado, enviará contigo su ángel y prosperará tu camino; y tomarás para mi hijo mujer de mi familia y de la casa de mi padre.

⁴¹ Entonces quedarás libre de mi juramento, cuando hayas llegado a mi familia: si no te la dan, quedarás libre de mi juramento”.

⁴² »Llegué, pues, hoy a la fuente y dije: “Jehová, Dios de mi señor Abraham, si tú has de prosperar ahora el camino por el cual ando, ⁴³ permite que, mientras estoy junto a la fuente de agua, la muchacha que salga a buscar agua y a quien yo diga: ‘Dame de beber, te ruego, un poco de agua de tu cántaro’, ⁴⁴ y ella me responda: ‘Bebe tú, y también para tus

camellos sacaré agua’, sea esta la mujer que destinó Jehová para el hijo de mi señor”.⁴⁵ Antes que acabara de hablar en mi corazón, vi a Rebeca que salía con su cántaro sobre el hombro; descendió a la fuente, y sacó agua. Entonces le dije: “Te ruego que me des de beber”.⁴⁶ Ella, al punto, bajó su cántaro del hombro y dijo: “Bebe, y también a tus camellos daré de beber.” Yo bebí, y dio también de beber a mis camellos.⁴⁷ Entonces le pregunté: “¿De quién eres hija?” Ella respondió: “Soy hija de Betuel hijo de Nacor, el hijo que le dio Milca”. Le puse, pues, un pendiente en la nariz, y brazaletes en los brazos.⁴⁸ Luego me incliné, adoré a Jehová y bendije a Jehová, Dios de mi señor Abraham, que me había guiado por un camino recto para tomar la hija del hermano de mi señor para su hijo.⁴⁹ Ahora, pues, si estáis dispuestos a hacer misericordia y ser leales con mi señor, declarádmelo; y si no, declarádmelo también, y así sabré qué debo hacer.

El siervo narró la importante misión que su amo le había encomendado, y repitió los detalles de lo que le había ocurrido en la fuente. El lector conoce esos detalles, pero Rebeca y su familia también necesitaban conocerlos para tomar una decisión del agrado de Dios sobre el importante asunto que tenían ante ellos.

Hubo algunos puntos en la narración del sirviente que recibieron especial énfasis. Presentó el asunto de la riqueza de Abraham, e hizo hincapié en que a su muerte, Isaac la heredaría. Explicó que Isaac había nacido cuando Abraham era ya anciano. (Betuel, el padre de Rebeca, podría de otra forma haberse sorprendido por la posible diferencia de edad entre su sobrino Isaac y su hija Rebeca.) Lo que más sorprende en lo que el siervo habla con la familia de Rebeca es el uso del nombre del Dios del pacto del Antiguo Testamento. El patriarca no sólo estaba interesado en casar a su hijo, sino en encontrar una esposa apropiada para el heredero de la promesa del pacto de Dios.

Es interesante notar que el sirviente no pidió de inmediato que Rebeca fuera esposa de Isaac. Simplemente repitió los hechos

y dejó que hablaran por sí mismos. La mano guiadora del Salvador tenía que ser tan obvia para la familia de Rebeca como lo era para él.

⁵⁰ Entonces Labán y Betuel respondieron diciendo:

—De Jehová ha salido esto; no podemos hablarte ni mal ni bien. ⁵¹ Ahí está Rebeca, delante de ti: tómala y vete, y sea mujer del hijo de tu señor, como lo ha dicho Jehová.

⁵² Cuando el criado de Abraham oyó estas palabras, se inclinó a tierra ante Jehová. ⁵³ Después sacó el criado alhajas de plata, alhajas de oro y vestidos, y lo dio a Rebeca; también dio cosas preciosas a su hermano y a su madre.

⁵⁴ Luego comieron y bebieron, él y los hombres que venían con él, y pasaron allí la noche. Por la mañana, al levantarse, el criado dijo:

—Enviadme a mi señor.

⁵⁵ Pero el hermano y la madre de Rebeca respondieron:

—Espere la muchacha con nosotros al menos diez días, y después irá.

⁵⁶ Él les dijo:

—No me detengáis, ya que Jehová ha prosperado mi camino; despachadme para que regrese donde está mi señor.

⁵⁷ Ellos respondieron entonces:

—Llamemos a la muchacha y preguntémosle.

⁵⁸ Llamaron, pues, a Rebeca y le preguntaron:

—¿Irás tú con este hombre?

Ella respondió:

—Sí, iré.

La relación de la cadena de sucesos asombrosos que hizo el sirviente convenció a la familia de Rebeca. Era obvio para ellos que esta era la voluntad de Jehová, a la cual no se atrevían a oponerse. “Esto claramente salió de Jehová. No hay más que decir. Aquí está Rebeca; tómala y vete.” El uso del nombre del Dios del pacto muestra que eran creyentes y que estaban felices porque

Rebeca iba a estar en la familia del Salvador prometido. Sus palabras ponen todavía más en claro la razón por la cual Abraham quería que la esposa de su hijo fuera de ese origen.

La respuesta de la familia llevó al siervo a postrarse una vez más en adoración. Después, procedió a distribuir los regalos que había llevado. Algunos regalos eran para Rebeca, otros para sus padres y su hermano. La costumbre social de entonces requería que un novio les diera a sus futuros parientes políticos un regalo especial conocido como “el precio de la desposada”. Este regalo tenía varios propósitos. Daba evidencia de que el acuerdo matrimonial se hacía de buena fe, y sellaba el pacto entre las dos familias. Establecía el nivel social del novio. Ya que la novia debía dejar la casa de sus padres, el pago por ella reembolsaba a la familia la pérdida de un trabajador, y podía servir como una especie de pensión alimenticia en el caso de que el esposo la abandonara o se divorciara de su ella más tarde.

Ahora que se había ocupado de todos los preámbulos, el criado de Abraham estaba listo para disfrutar de la comida y de la cama. Sin embargo, a la mañana siguiente le pidió permiso a la familia para regresar a su señor. Al siervo anciano se le pudo haber disculpado si hubiera permanecido en Harán unos días para descansar él y sus animales después de viajar 800 kilómetros. Los miembros de la familia lo animaron a hacerlo, y es fácil comprender por qué. Antes de ese día ellos no habían visto jamás a este hombre y una vez que Rebeca dejara el hogar, lo más probable sería que no la volverían a ver. No obstante, el criado sabía que la demora sólo haría la partida más difícil.

Mandaron llamar a Rebeca y dejaron que ella decidiera. Su respuesta “Sí, iré” no se debe entender como si consintiera en ser la esposa de Isaac. El consentimiento de sus padres ya fue expresado en el versículo 51, y la aceptación de los regalos matrimoniales indicaba que estaban de acuerdo. Su respuesta “Sí, iré” anunciaba que estaba dispuesta a partir inmediatamente con el criado de Abraham.

⁵⁹ Entonces dejaron ir a su hermana Rebeca, a su nodriza y también al criado de Abraham y a sus hombres. ⁶⁰ Y bendijeron a Rebeca, diciendo:

**«Hermana nuestra,
sé madre de millares de millares,
y conquisten tus descendientes
la puerta de sus enemigos».**

⁶¹ Rebeca y sus doncellas se levantaron, montaron en los camellos y siguieron al hombre. Así, pues, el criado tomó a Rebeca y se fue.

La respuesta decidida de Rebeca permitió que el viaje de regreso a Canaán comenzara de una vez. Su nodriza Débora (Génesis 35:8), quien la había cuidado desde su infancia, fue también con ella, y también la acompañaron algunas otras doncellas. Es admirable la bendición de despedida que pronunciaron los miembros de la familia. Eran descendientes de Noé quienes sabían de las bendiciones que Dios les había prometido a Sem (Génesis 9:26) y a Abraham (Génesis 12:1-3; 22:17). Dios permitió que sus oraciones fueran concedidas. Rebeca llegó a ser el ancestro de numerosos descendientes, que después iban a conquistar y a ocupar las ciudades de Canaán.

⁶² Mientras tanto, Isaac había vuelto del pozo del «Viviente-que-me-ve», pues habitaba en el Neguev. ⁶³ Había salido Isaac a meditar al campo, a la hora de la tarde, y alzando sus ojos vio los camellos que venían. ⁶⁴ Rebeca también alzó sus ojos, vio a Isaac y descendió del camello, ⁶⁵ pues había preguntado al criado:

—¿Quién es ese hombre que viene por el campo hacia nosotros?

Y el criado había respondido:

—Éste es mi señor.

Tomó ella entonces el velo y se cubrió.

⁶⁶ El criado le contó a Isaac todo lo que había hecho.

⁶⁷ Luego Isaac la trajo a la tienda de su madre Sara, y tomó a Rebeca por mujer y la amó. Así se consoló Isaac de la muerte de su madre.

Como en el caso del largo viaje al norte, casi no se dice nada sobre el mes que tomó el viaje de regreso. Génesis 25:11 nos dice que Isaac estableció su propio campamento junto al pozo donde una vez Dios se le había aparecido a Agar (16:13,14). Vio la caravana de camellos que se aproximaba y se enteró de los detalles del cortejo a larga distancia por boca del criado fiel, quien recitó una vez más “todo lo que había hecho”. Para Isaac fue tan claro como lo había sido para la familia de Rebeca, que Dios había dirigido milagrosamente los acontecimientos hasta su feliz conclusión. Abraham e Isaac, habían actuado con responsabilidad, en beneficio del pacto de Dios. Los que hagan esto recibirán la guía de Dios y gozarán de sus bendiciones.

Aquí no se hace mención de Abraham. Tal vez sea la forma como el escritor indica que Isaac había llegado a ser el nuevo patriarca del clan, como Rebeca la nueva matriarca.

Abraham muestra su serena satisfacción de fe al despedirse del resto de sus hijos antes de morir

25 Abraham tomó otra mujer, cuyo nombre era Cetura, ²la cual le dio a luz a Zimram, Jocsán, Medán, Madián, Isbac y Súa. ³Jocsán engendró a Seba y a Dedán; e hijos de Dedán fueron Asurim, Letusim y Leumim. ⁴E hijos de Madián: Efa, Efer, Hanoc, Abida y Elda. Todos estos fueron hijos de Cetura.

Con esta sección llega a su fin el relato de Taré, así como también los datos bíblicos de la vida de Abraham. Moisés registra un segundo matrimonio de Abraham, quien vivió otros treinta y ocho años después de la muerte de Sara. A Lutero le pareció que Abraham (“padre de muchas naciones”) reconoció que sus dos hijos, Ismael e Isaac, no podrían proporcionar el origen para

“muchas naciones”. Según Lutero, “Abraham vio que debía procrear más hijos con el fin de cumplir la promesa de Génesis 17:4, y así en fe procedió a contraer nuevo matrimonio”. A pesar de que la relación de Abraham con Cetura se describe en 25:1 como un matrimonio, en 25:6 se le llama “concubina”, tal vez porque el sagrado escritor dudó en darle a Cetura un rango igual al de Sara, la madre de la simiente prometida.

Aunque es breve la lista de los descendientes de Abraham mediante Cetura, registra el hecho de que varias naciones iban a descender de esa unión. Los descendientes que se nombran aquí son los padres de las tribus árabes que dejaron el sur de Palestina y emigraron al este y al sudeste. De los seis hijos de Cetura, sólo Madián se menciona después en las páginas de la historia del Antiguo Testamento, y siempre con hostilidad hacia el pueblo del pacto, Israel.

Por desgracia, el solo hecho de que estas naciones fueran descendientes de Abraham no garantizaba que automáticamente compartieran su fe. Juan el Bautista les dijo a los líderes religiosos de su tiempo: “Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento, y no comencéis a decir dentro de vosotros mismos: ‘Tenemos por padre a Abraham’” (Lucas 3:8). Cada generación subsiguiente del pueblo de Dios necesita hacer suya la palabra de Dios y su promesa por medio de la fe, o dichas bendiciones se perderán por la incredulidad.

⁵ Abraham dejó a Isaac todo cuanto tenía. ⁶ A los hijos de sus concubinas les dio Abraham regalos; pero, cuando aún vivía, los separó de su hijo Isaac enviándolos hacia las tierras del oriente.

⁷ Los días que vivió Abraham fueron ciento setenta y cinco años. ⁸ Exhaló, pues, el espíritu, y murió Abraham en buena vejez, anciano y lleno de años; y fue reunido a su pueblo. ⁹ Lo sepultaron Isaac e Ismael, sus hijos, en la cueva de Macpela, en la heredad de Efrón hijo de Zohar, el heteo, que está enfrente de Mamre, ¹⁰ la heredad que compró Abraham de



Rebeca se encuentra con Isaac

los hijos de Het. Allí fueron sepultados Abraham y Sara, su mujer. ¹¹ Y sucedió, después de muerto Abraham, que Dios bendijo a Isaac, su hijo; y habitó Isaac junto al pozo del «Viviente-que-me-ve».

Desde mucho tiempo atrás, Abraham había comprendido con base en amargas experiencias que su hijo Ismael despreciaba la posición favorecida de Isaac en la familia. Para estar seguro de que no hubiera un malentendido después de su muerte, Abraham les dio regalos a cada uno de los hijos de las concubinas y los despachó. Con esta acción dejó dos cosas claras. Primero, les estaba dando la libertad, junto con suficiente dinero para un buen comienzo en su vida. Según los antiguos códigos legales de Mesopotamia que nos han llegado, los hijos de las concubinas eran ordinariamente considerados esclavos y no recibían herencia. Pero lo más importante era que Abraham estaba dejando en claro de una vez por todas que Isaac, y sólo él, era el portador del pacto, la futura cabeza del clan, el enlace entre Abraham y el Salvador.

El relato de Taré termina con un elaborado obituario de Abraham. Vivió treinta años menos que su padre Taré, pero su vida se describe como una “buena vejez”. Según Génesis 25:26, Abraham vio a sus dos nietos gemelos, Jacob y Esaú, llegar a la juventud. Vivió para ver satisfechos sus deseos y expectativas.

Es también digno de notar que aunque Abraham había despedido de su casa a los hijos de sus concubinas con regalos, aun así, Ismael participó con Isaac en la sepultura de Abraham. Como Dios lo había designado para un honor especial (17:20), a Ismael se le elevó por encima de los hijos de Cetura. Además, nos da gusto notar que aunque había una separación entre Isaac e Ismael, no había desavenencias entre ellos.

Según los deseos de Abraham, y como afirmación final de su fe en que Dios iba a cumplir su promesa de hacer de Canaán la tierra de su pueblo, Abraham fue sepultado en la cueva de Macpela.

El séptimo relato: Ismael (25:12-18)

El libro de Génesis narra el principio de la historia de la obra salvadora de Dios, la cual Moisés describe en diez relatos. Los primeros cinco de los relatos describen la obra salvadora *en el mundo original*, desde el tiempo de la creación hasta el diluvio; el segundo grupo de cinco relatos describe la obra salvadora de Dios *entre los patriarcas*. El sexto relato, el de Taré, narra la manera en que Dios escogió a Abraham, el hijo de Taré, y cómo lo capacitó para ser el portador del pacto de la promesa.

Los dos relatos siguientes llevan el nombre de los hijos de Abraham y siguen la visión general de la obra de salvación que Dios llevó a cabo. En una circunstancia como ésta, en donde se describe un doble acontecimiento, Moisés por lo general trata primero la rama de la familia menos importante para llevar a cabo el pacto de Dios y luego dedica más atención a la rama principal de la familia.

El relato de Ismael es muy corto y consiste principalmente de nombres con los que no estamos familiarizados. Puesto que Ismael y sus descendientes quedaron fuera de la línea mesiánica, no desempeñaron un papel prominente en la historia del antiguo pueblo de Dios. Sin embargo, Ismael fue un hijo de Abraham a quien Dios le otorgó una promesa bondadosa.

¹² Estos son los descendientes de Ismael hijo de Abraham, que le dio a luz Agar, la egipcia, sierva de Sara. ¹³ Estos, pues, son los nombres de los hijos de Ismael, nombrados en el orden de su nacimiento: el primogénito de Ismael, Nebaiot; luego Cedar, Adbeel, Mibsam, ¹⁴ Misma, Duma, Massa, ¹⁵ Hadar, Tema, Jetur, Nafis y Cedema. ¹⁶ Estos son los hijos de Ismael y estos sus nombres, por sus villas y por sus campamentos; doce jefes por sus familias.

¹⁷ Los años de la vida de Ismael fueron ciento treinta y siete; exhaló el espíritu Ismael, murió y fue reunido a su pueblo. ¹⁸ Habitaron los ismaelitas desde Havila hasta Shur,

que está enfrente de Egipto, en la vía hacia Asiria; y murió en presencia de todos sus hermanos.

Dios explicó muy claramente que la bendición del pacto les fue hecha a Isaac y a sus descendientes. Cuando Abraham expresó el deseo de que su hijo mayor Ismael no fuera separado de la promesa de Dios y simplemente olvidado, Dios prometió que Ismael también sería bendecido. Por amor a Abraham, Dios prometió aumentar la familia de Ismael, para que llegara a ser una nación. Dios le había prometido: “Ismael... engendrará doce príncipes” (17:20).

El relato de Ismael es corto, pero es lo suficientemente largo como para registrar que Dios cumplió su promesa. Se enumeran los nombres de los doce gobernantes de las tribus por parte de la línea de Ismael, antepasados de muchos de los pueblos árabes. Las promesas de Dios no fallan, aun las que les dio a las personas fuera de la rama principal de la historia mesiánica.

Los descendientes de Ismael se establecieron en el área general de la península del Sinaí. Jehová le hizo a Agar esta advertencia acerca de su hijo: “Será hombre fiero, su mano se levantará contra todos, y la mano de todos contra él” (16:12). La historia de los descendientes árabes de Ismael ha demostrado la verdad de esta profecía.

El octavo relato: Isaac (25:19–35:29)

Después de que Moisés trató brevemente el tema secundario de Ismael, vuelve al asunto principal. El octavo relato es el de Isaac, y comienza un nuevo capítulo en la historia de la obra salvadora de Dios entre los patriarcas.

Nacimiento de los gemelos Esaú y Jacob

¹⁹ Estos son los descendientes de Isaac hijo de Abraham: Abraham engendró a Isaac. ²⁰ Isaac tenía cuarenta años cuando tomó por mujer a Rebeca, hija de Betuel, arameo de Padan-aram, hermana de Labán, arameo. ²¹ Isaac oró a Jehová por su mujer, Rebeca, que era estéril; lo aceptó Jehová, y Rebeca concibió. ²² Pero como los hijos luchaban dentro de ella, Rebeca pensó: «Si es así, ¿para qué vivo yo?» Y fue a consultar a Jehová; ²³ y Jehová le respondió:

**«Dos naciones hay en tu seno,
dos pueblos divididos desde tus entrañas.
Un pueblo será más fuerte que el otro pueblo,
y el mayor servirá al menor».**

²⁴ Cuando se cumplieron sus días para dar a luz, había gemelos en su vientre. ²⁵ El primero salió rubio; era todo velludo como una pelliza, y le pusieron por nombre Esaú. ²⁶ Después salió su hermano, trabada su mano al talón de Esaú, y le pusieron por nombre Jacob. Isaac tenía sesenta años de edad cuando ella los dio a luz.

Cuando escuchamos el relato del matrimonio de Isaac y Rebeca, oímos un poco del mismo lamento triste que en el matrimonio de Abraham y Sara una generación antes. Durante veinte años, Dios retuvo la bendición de darles hijos. Por haber crecido bajo la enseñanza de un padre y una madre devotos, Isaac había aprendido que Dios es el Creador de la vida humana, y no los padres. Dios usa a los hombres y a las mujeres para transmitir

el don de la vida de una generación a otra, pero él decide darlo o retenerlo. Durante esos veinte años de esterilidad, Isaac estuvo preocupado, no sólo por el deseo natural de tener hijos, sino porque sabía que en la presente generación él y Rebeca, eran el único vínculo con el Mesías prometido. Isaac por lo tanto le suplicó a Jehová, el Dios del pacto, para que quitara la esterilidad de Rebeca. Jehová escuchó sus plegarias, y Rebeca quedó embarazada.

En los meses siguientes, Rebeca se asombró del milagro que se movía dentro de ella. Pero al mismo tiempo le molestaba algo que ocurría en ella y estaba segura de que no era normal. Parecía estar sufriendo una serie de sacudidas y empujones (el verbo hebreo significa “aplstar”, “oprimir”). ¿Qué ocurría, y por qué?

Al igual que su esposo, Rebeca sabía a quién preguntar, y Jehová le dio una respuesta sorprendente. En primer lugar, supo que sería madre de gemelos, cada uno de los cuales sería el fundador de una nación. Además, se enteró de que habría conflicto, es decir, una rivalidad constante entre ellos, así como también entre sus descendientes, y que uno sería más fuerte que el otro. Por último, Rebeca se enteró de que, al contrario del orden normal, “el mayor servirá al menor”. En la sociedad de esa época, normalmente el primogénito tenía el lugar privilegiado en la familia. Después de la muerte del padre, él se convertía en el jefe del clan y recibía una doble porción de la herencia. Dios reveló a Rebeca que, en el caso de sus hijos gemelos, Dios había invertido el orden natural. El más joven de los gemelos iba a ser el más fuerte, el que iba a dominar. En los siglos venideros, sus descendientes constantemente prevalecerían sobre los descendientes del gemelo mayor. El hijo menor sería también el que continuaría la línea mesiánica.

Pablo se refiere a esto en la Epístola a los Romanos, para ilustrar que la elección de Dios es una elección de *gracia*. “No habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal (para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciera, no por las obras sino por el que llama) cuando Dios le dijo a Rebeca: «El

mayor servirá al menor»” (Romanos 9:11,12). El hecho de que Dios nos eligió desde la eternidad como sus hijos amados antes de que hiciéramos algo bueno o malo, antes de que hubiéramos nacido o llegado a la fe, se debe tan sólo a la gracia de Dios.

Cuando llegó el tiempo para que Rebeca diera a luz a sus bebotes, hubo algo inusual en cada uno de ellos. El primero estaba completamente cubierto con un vello rojizo; por eso lo llamaron Esaú, que quizá significa “velludo”; también lo llamaron Edom, que significa “rojo”. El gemelo menor vino al mundo con los brazos extendidos y con la mano trabada con el talón de Esaú. Su nombre (“el que agarra el talón”) perpetuó este recuerdo. Alguien que hubiera estado presente durante el nacimiento podría haber pensado que parecía como si el hermano menor quisiera evitar que el mayor naciera primero. Sus padres pudieron haber escogido ese nombre inocentemente, pero al desarrollarse la historia de la vida de Jacob, su nombre sugiere “alguien que suplanta a otro, que lo defrauda”. Sabemos que al menos en una ocasión el gemelo mayor interpretó el nombre Jacob de esa manera (27:36).

²⁷ Crecieron los niños. Esaú fue diestro en la caza, hombre del campo; pero Jacob era hombre tranquilo, que habitaba en tiendas. ²⁸ Y amó Isaac a Esaú, porque comía de su caza; pero Rebeca amaba a Jacob.

Mientras los gemelos iban creciendo, se empezaron a notar marcadas diferencias de temperamento entre ambos. Esaú se sentía muy a gusto viviendo al aire libre, disfrutando de la cacería. Su padre Isaac se sintió atraído por Esaú; tal vez vio en su hijo mayor rasgos de personalidad que él mismo no tenía.

Por otra parte, Jacob “era hombre tranquilo”; la emocionante y a veces peligrosa vida de un cazador no le interesaba. Como su padre y abuelo, él prefería la vida más segura de pastor, aunque fuera menos emocionante. Rebeca naturalmente se sintió atraída por el muchacho tranquilo que pasaba más tiempo cerca de la tienda. Suponemos que compartía con él la promesa que Jehová había hecho antes que nacieran los gemelos. Era desafortunado

que cada uno de los dos padres tuviera su favorito. Este hecho resultó ser campo fértil para que germinara la semilla de problemas futuros, problemas tan graves como tratar de interferir en la intención que Dios estableció para transmitir la bendición mesiánica mediante Jacob.

Esaú vende la primogenitura

²⁹ Guisó Jacob un potaje; y volviendo Esaú del campo, cansado, ³⁰ dijo a Jacob:

—Te ruego que me des a comer de ese guiso rojo, pues estoy muy cansado.

(Por eso fue llamado Edom.)

³¹ Jacob respondió:

—Véndeme en este día tu primogenitura.

³² Entonces dijo Esaú:

—Me estoy muriendo, ¿para qué, pues, me servirá la primogenitura?

³³ Dijo Jacob:

—Júramelo en este día.

Él se lo juró, y vendió a Jacob su primogenitura.

³⁴ Entonces Jacob dio a Esaú pan y del guisado de las lentejas; él comió y bebió, se levantó y se fue. Así menospreció Esaú la primogenitura.

Anteriormente, nos enteramos de que Jacob estaba muy conforme con que su hermano vagara por el campo, mientras él prefería estar cerca del hogar. Aquí lo encontramos preparando un guisado de lentejas. Bien pudo ser que él y su hermano mayor hubieran hablado de los privilegios que acompañaban al primogénito, y que Jacob hubiera percibido que Esaú no los valoraba mucho. A pesar de que Dios le había prometido esos privilegios al hermano menor, Esaú los consideraba suyos por derecho y al parecer su padre Isaac también pensaba así (27:29). Sin embargo, Jacob consideraba que esos privilegios le pertenecían a él por derecho, y esperó una oportunidad para obtenerlos.

La oportunidad se le presentó un día cuando Esaú regresaba de cacería, hambriento y exhausto. Olió y vio lo que Jacob estaba preparando y le pidió algo de comer. Una traducción literal de lo que dijo Esaú sería: “¡Déjame tragar algo de ese guisado rojo, de eso rojizo que está allí!”

Con excepción de la fruta prohibida, este plato de lentejas ha sido la comida más cara que jamás alguien haya comprado. Para comprar el guisado, Esaú vendió su primogenitura. Su actitud fue: “De cualquier manera, tarde o temprano voy a morir, porque la cacería es una ocupación peligrosa; entonces, ¿de qué me servirá una promesa que una vez se le hizo a mi abuelo?” Esaú despreció las preciosas promesas que Dios les había hecho a Abraham e Isaac, promesas acerca de una nación escogida que un día iba a poseer la tierra de Canaán y que era la línea mesiánica de la que iba a salir el Salvador del mundo.

Desafortunadamente, Esaú les transmitió su forma de pensar a sus descendientes, conocidos como los edomitas. Después fueron enemigos acérrimos del pueblo de Israel, y Dios tuvo que pronunciar un juicio sobre ellos.

La actitud de Esaú también es común en nuestros días. La mayoría de la gente dedica los mayores esfuerzos y el tiempo a satisfacer sus necesidades inmediatas: poner comida en la mesa y un techo sobre su cabeza, y tener listo el televisor a tiempo para ver el programa favorito de la noche. El resultado es que mucha gente tiene altos ingresos, pero lleva una vida muy pobre.

Aquí vemos en Jacob algo que no admiramos. Cuando el hermano está hambriento y le pide algo de comer, uno no le debe responder: “Te lo vendo”. También es difícil apreciar la falta de confianza de Jacob en la capacidad de Dios para cumplir la promesa que había anunciado antes de que él naciera. En vez de esperar a que Dios, a su debido tiempo, cambiara la costumbre social de esa época, que le otorgaba la primogenitura al hijo mayor, Jacob se impacientó y pensó que tal vez le podía ayudar a Dios a cumplir su promesa.

Pero vemos un rasgo que sí admiramos en Jacob: apreciaba los valores espirituales. Él sabía lo que valía la pena tener y se aseguró de obtenerlo. Aunque Esaú acordó venderle la primogenitura por un potaje de lentejas, Jacob comprendió que su hermano fácilmente podría cambiar de parecer una vez satisfecho su apetito, o después de pensarlo más detenidamente a la mañana siguiente. Así que le pidió a Esaú que hiciera un juramento, que invocara a Dios como testigo, y que le transfiriera el privilegio de la primogenitura a él.

Martín Lutero escribió una vez: “Guarda estas dos imágenes en tu mente, porque cada uno de nosotros es un Esaú o un Jacob”. Esaú permanece en las páginas de las Escrituras como el hombre bendecido abundantemente que despreció las bendiciones de Dios y las perdió. Las Escrituras advierten: “Mirad bien, para que ninguno deje de alcanzar la gracia de Dios... como Esaú, que por una sola comida vendió su primogenitura. Ya sabéis que aun después, deseando heredar la bendición, fue desechado, y no tuvo oportunidad para el arrepentimiento, aunque la procuró con lágrimas” (Hebreos 12:15-17).

La vida de Isaac en una sociedad hostil

26 En aquel tiempo hubo hambre en la tierra —además de la primera que hubo en los días de Abraham—, y se fue Isaac a Gerar, adonde estaba Abimelec, rey de los filisteos. ² Allí se le apareció Jehová, y le dijo: «No descendas a Egipto; habita en la tierra que yo te diré. ³ Habita como forastero en esta tierra. Yo estaré contigo y te bendeciré, porque a ti y a tu descendencia daré todas estas tierras y confirmaré el juramento que hice a Abraham, tu padre. ⁴ Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y daré a tu descendencia todas estas tierras, y todas las naciones de la tierra serán benditas en tu simiente, ⁵ por cuanto oyó Abraham mi voz y guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes». ⁶ Habitó, pues, Isaac en Gerar.

El octavo relato de Moisés lleva el nombre de Isaac. La imagen que nos da del segundo patriarca es bastante diferente de la de su padre Abraham y de la de su hijo Jacob. Abraham fue un hombre cuya fe lo guiaba a actuar con decisión. El carácter de Jacob con frecuencia se vio estropeado por engaños y deshonestidad, y por intentos de ayudar a Dios a llevar a cabo su plan. En cambio, la fe de Isaac se mostró en servicio humilde y en sumisión a las pruebas y dificultades, que Dios permitió acaecieran en su vida.

Como su padre Abraham, Isaac vivió en el Neguev, al sur de Canaán. Y al igual que su padre, cuando azotó la hambruna, Isaac decidió viajar a Egipto para aliviar su situación. La ruta que siguió lo llevó a través del territorio palestino, junto a la costa del Mediterráneo. Allí Dios se apareció a Isaac y cambió sus planes.

Dios le dijo a Isaac: “Quédate donde estás y te bendeciré”. Para hacer la obediencia más fácil, Dios le confirmó a Isaac el juramento que en un principio le había hecho a su padre Abraham. La tierra donde Isaac estaba viviendo, un día les iba a pertenecer a sus descendientes. Llegarían a ser tan numerosos como las estrellas, y a través de ellos todas las naciones de la tierra iban a ser bendecidas. Con las instrucciones de Dios y animado por sus promesas, Isaac cambió sus planes de viaje y permaneció en la tierra de los filisteos.

⁷Y cuando los hombres de aquel lugar le preguntaron acerca de su mujer, él respondió: «Es mi hermana», pues tuvo miedo de decir: «Es mi mujer», pensando que tal vez los hombres del lugar lo matarían por causa de Rebeca, pues ella era de hermoso aspecto.

⁸Sucedió después de muchos días de estar él allí, que Abimelec, rey de los filisteos, mirando por una ventana vio a Isaac que acariciaba a Rebeca, su mujer. ⁹Entonces llamó Abimelec a Isaac y le dijo:

—Ciertamente ella es tu mujer. ¿Por qué, pues, dijiste: “Es mi hermana”?

Isaac le respondió:

—**Porque me dije: “Quizá moriré por causa de ella”.**

¹⁰ **Pero Abimelec replicó:**

—**¿Por qué nos has hecho esto? Un poco más y habría dormido alguno del pueblo con tu mujer, y tú habrías traído el pecado sobre nosotros.**

¹¹ **Entonces Abimelec amenazó a todo el pueblo, diciendo:**

—**El que toque a este hombre o a su mujer, de cierto morirá.**

Fue en la tierra de los filisteos donde Satanás tentó a Isaac de la manera como había tentado en dos ocasiones anteriores a su padre Abraham una generación antes. Algunos eruditos críticos han afirmado que Génesis 26:1-11 es una versión duplicada del incidente que se narra en 12:10-20 y también en 20:1-18. En su opinión, hubo sólo una vez en la que el patriarca presentó a su esposa como su hermana, pero diferentes tradiciones literarias incorporaron esta narración en el texto de Génesis en tres lugares diferentes. Sin embargo, no hay bases textuales para su punto de vista. Aunque existen algunas semejanzas entre los tres relatos de la intención de engañar, existen más puntos de diferencia, y son significativos. Por ejemplo, a diferencia del primer relato, el rey aquí no llevó a la hermosa mujer a su harén, y el descubrimiento de que era la esposa del patriarca no fue por revelación divina, sino por observación personal del rey.

Una vez más, el temor a las consecuencias resultó ser la piedra de tropiezo para la fe de Isaac, así como lo fue para Abraham. Cuando los hombres de Gerar le preguntaron por Rebeca, Isaac declaró que era su hermana, esperando proteger su propia vida. Fue una intención patética de engañar, considerando que él y Rebeca tenían dos hijos. Los recipientes mediante los cuales transmitió Dios su promesa y más tarde la implementó, realmente fueron frágiles vasos de barro.

Otra vez Jehová tuvo que intervenir para proteger a Rebeca, aunque no en una forma tan patente como en el caso de Sara. Y

también otra vez el hombre de Dios tuvo que sufrir la humillación de que un pagano lo reprendiera. A pesar de que Isaac aquí puso en ridículo su fe y que su lamentable intención de engañar puso a su esposa y a su matrimonio en riesgo y a la obra de Dios en peligro, aun así Jehová preservó su pueblo y su plan.

¹² Sembró Isaac en aquella tierra, y cosechó aquel año el ciento por uno; y lo bendijo Jehová. ¹³ Se enriqueció y fue prosperado, y se engrandeció hasta hacerse muy poderoso.

¹⁴ Poseía hato de ovejas, hato de vacas y mucha servidumbre; y los filisteos le tuvieron envidia. ¹⁵ Todos los pozos que habían abierto los criados de su padre, Abraham, en sus días, los filisteos los habían cegado y llenado de tierra.

¹⁶ Entonces dijo Abimelec a Isaac:

—Apártate de nosotros, porque te has hecho mucho más poderoso que nosotros.

¹⁷ Isaac se fue de allí y acampó en el valle de Gerar, y allí habitó. ¹⁸ Volvió Isaac a abrir los pozos de agua que habían sido abiertos en los días de Abraham, su padre, y que los filisteos habían cegado después de la muerte de Abraham; y los llamó por los nombres que su padre los había llamado.

¹⁹ Pero cuando los siervos de Isaac cavaron en el valle y hallaron allí un pozo de aguas vivas, ²⁰ los pastores de Gerar riñeron con los pastores de Isaac, diciendo: «El agua es nuestra». Por eso, al pozo le puso por nombre «Esek», porque se habían peleado por él. ²¹ Después abrieron otro pozo y también riñeron por causa de él, y le puso por nombre «Sitna». ²² Se apartó de allí y abrió otro pozo, y ya no riñeron por él; le puso por nombre Rehobot, y dijo: «Ahora Jehová nos ha prosperado y fructificaremos en la tierra».

Aunque Isaac debió haberse sentido avergonzado cuando las noticias de su deshonestidad se difundieron por la región de Gerar, no se marchó de allí inmediatamente. Tal vez la hambruna continuó, y él tenía una familia grande y ganado numeroso que

alimentar. En esta situación, vemos de nuevo lo cierta que es la declaración del salmista: “No ha hecho [Jehová] con nosotros conforme a nuestras maldades no nos ha pagado conforme a nuestros pecados” (Salmo 103:10). La declaración de Moisés en el primer versículo de este pasaje: “lo bendijo Jehová...” explica todo el pasaje.

Aunque por lo general los nómadas no cultivaban la tierra, porque sus rebaños y ganados estaban en constante movimiento, Isaac cultivó en Gerar (tal vez en algún terreno de Abimelec que, en un gesto de buena voluntad, le permitió usar). Sus cosechas eran extraordinariamente abundantes, cien veces la semilla de grano que había sembrado, y mucho más impresionantes si las condiciones de la hambruna todavía prevalecían.

Para todos, incluido Isaac, era claro que todo esto se debía a algo más que a simples causas naturales. Al derramar sus bendiciones sobre Isaac, Dios le estaba diciendo algo. A lo mejor se esperaría que se usara el nombre creador de Dios para describir al que bendijo a Isaac con esa inesperada y abundante cosecha, pero en vez de ello se usa el nombre de “Jehová”. Él era el Dios del pacto, que le estaba cumpliendo la promesa a este hombre tan importante, recordándole de esta manera que Dios no necesitaba su deshonestidad, que él era perfectamente capaz de cumplir su promesa de bendecir a la familia de la promesa, sin las intrigas de Isaac.

Dios bendijo los campos y rebaños de Isaac. El hombre se enriquecía cada vez más (y recuerde que Isaac fue el principal heredero de un padre rico). Sus rebaños y ganado aumentaron tanto que provocaron la envidia de sus vecinos filisteos. Ellos eran los propietarios de la tierra, y ahí tenían a este extranjero, viviendo en ella sólo con su permiso, y estaba prosperando. Es comprensible que muchos de los problemas se centraran alrededor de los derechos del agua. Este líquido siempre ha sido un problema en Canaán, y seguramente en este relato lo fue también.

Los vecinos de Isaac mostraron su rencor en diversas formas. Taparon los pozos en los que bebía el ganado de Isaac, y cuando

eso no pudo detener su prosperidad, le pidieron que se marchara de allí.

Como residente extranjero que era, Isaac no tuvo otra alternativa que obedecer los deseos de los propietarios. Además, era un hombre de paz, y para evitar conflictos anduvo de una parte a otra. Cada vez que llegaba a un lugar, reabría algunos de los pozos que su padre había excavado. Isaac cavó un pozo nuevo y descubrió agua dulce en el gran valle de Gerar, pero los pastores locales lo reclamaron. Tal vez con algo de capricho, Isaac llamó a ese pozo “pozo de rencilla”. Isaac dejó que se quedaran con él, se fue a otro lugar y cavó otro pozo. Hubo también discusión sobre la propiedad de este otro, y fue llamado “pozo de oposición”. Como era un hombre pacífico, Isaac se trasladó todavía más lejos, cavó un pozo más, y con éste ya no hubo discusión. El nombre que Isaac le dio fue el de “lugar para todos”.

Pese a todas las mezquindades y provocaciones por las que había pasado, Isaac no mostró amargura. Sabía que casi no había posibilidad de encontrar agua en una tierra contigua al desierto de Sinaí. Para él, el hecho de que sus siervos hubieran encontrado agua cada vez que excavaron un pozo era evidencia de que Jehová, el Dios del pacto, estaba bendiciendo a los descendientes de Abraham tal como lo había prometido. “Jehová nos ha prosperado, y fructificaremos en la tierra.”

²³ De allí subió a Beerseba. ²⁴ Aquella noche se le apareció Jehová y le dijo:

**«Yo soy el Dios de tu padre Abraham.
No temas, porque yo estoy contigo.
Te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia
por amor de Abraham, mi siervo».**

²⁵ Entonces edificó allí un altar e invocó el nombre de Jehová. Plantó allí su tienda, y abrieron allí un pozo los siervos de Isaac.

²⁶ Abimelec vino desde Gerar adonde él estaba. Y con él

vinieron Ahuzat, amigo suyo, y Ficol, capitán de su ejército.

²⁷ Isaac les dijo:

—¿Por qué venís a mí, si me habéis aborrecido y me habéis echado de entre vosotros?

²⁸ Ellos respondieron:

—Hemos visto que Jehová está contigo, y dijimos: “Haya ahora juramento entre nosotros”. Haremos contigo este pacto: ²⁹ Tú no nos harás ningún mal, pues nosotros no te hemos tocado; solamente te hemos hecho bien y te dejamos partir en paz. Tú eres ahora bendito de Jehová.

³⁰ Entonces él les ofreció un banquete, y comieron y bebieron. ³¹ Se levantaron de madrugada y se hicieron mutuo juramento. Luego Isaac los despidió, y ellos se despidieron de él en paz.

³² Aquel mismo día sucedió que vinieron los criados de Isaac y le dieron la noticia del pozo que habían abierto, y le dijeron: «Hemos hallado agua». ³³ Isaac lo llamó «Seba»; por esta causa el nombre de aquella ciudad es Beerseba hasta este día.

³⁴ Cuando Esaú tenía cuarenta años, tomó por mujer a Judit, hija de Beeri, el heteo, y a Basemat, hija de Elón, el heteo; ³⁵ y fueron amargura de espíritu para Isaac y para Rebeca.

A estas alturas, los propietarios de la tierra del sur de Canaán tenían que ver claramente que la sorprendente prosperidad de Isaac se debía a algo más que a una combinación de duro trabajo y buena suerte. Incluso el rey tuvo que admitir ante Isaac: “Hemos visto que Jehová está contigo”. Una vez que comprendieron esto, se dieron cuenta de otra cosa: no sólo es *difícil* oponerse a Dios, es *inútil*. El rey se dio cuenta de que, como Isaac iba a seguir prosperando, más valía unirse a él que tratar de oponerse.

Una vez más, Isaac se trasladó con su extensa familia y con todas sus posesiones, esta vez a Beerseba, a la orilla del desierto. No se nos dice por qué se trasladó. ¿Sería que las viejas rencillas

con los pastores locales sobre los derechos de pastoreo y agua habían comenzado de nuevo?

Por lo que haya sido, aquí el Dios Salvador se le apareció a Isaac una segunda vez, para tranquilizarlo. “No temas”, le dijo a Isaac. Isaac sabía que la lucha con los propietarios de la tierra en Gerar había sido desagradable y podía tornarse peor. Ahora se le aseguraba que aunque iba a permanecer como extranjero en la tierra de la promesa, no estaba solo. Su Dios le había dicho: “Yo estoy contigo”.

Dios tenía algo más que decir. Le reafirmó la promesa que originalmente le había dado a Abraham, recordándole a Isaac que a pesar de su indignidad, él era el heredero de la promesa mesiánica. Dios prometió compensar a los descendientes de Abraham por la obediencia que él había demostrado al creer la palabra del Señor.

En respuesta a la seguridad que Jehová le daba, Isaac construyó un altar en Beerseba y proclamó el nombre del Señor en adoración pública. Había aprendido de su padre a dar toda la gloria a Dios, no sólo por las bendiciones individuales materiales y espirituales, sino también por revelar su sagrada verdad al pueblo escogido en cada generación.

Proverbios 16:7 nos dice: “Cuando los caminos del hombre son agradables a Jehová, aun a sus enemigos los pone en paz con él”. Un día, en Beerseba, Isaac experimentó la verdad de este proverbio cuando recibió la sorprendente visita del rey de Gerar, con dos de sus funcionarios. Isaac les dijo: “Hace poco me pidieron que abandonara su país. ¿Por qué ahora vienen a mí?” Ellos le respondieron: “No te molestamos, sino que siempre te tratamos bien”. Aun después de que Isaac los había engañado, ellos se mostraron corteses y le permitieron vivir en su tierra. Es cierto que habían tapado sus pozos y después le pidieron que se fuera, pero lo habían despedido en paz. Ahora querían una alianza amistosa, e Isaac estaba dispuesto a ello.

El capítulo termina con una nota desagradable que implica a Esaú, el hijo mayor de Isaac. Aunque era el favorito de su padre,

Esaú no correspondió a ese amor. Sin conocimiento de sus padres y contra la voluntad de ellos, se casó con dos mujeres heteas. Con esta acción mostró primero falta de respeto a los deseos de Dios respecto del matrimonio como la unión de por vida entre dos personas dedicadas la una a la otra. Y con esa acción Esaú mostró también falta de respeto a las promesas que Dios les había hecho a su abuelo y a su padre. Esaú tenía poco interés en formar parte de la nación del pacto, o en que sus descendientes compartieran las bendiciones prometidas. Las esposas heteas que escogió eran incrédulas. Ellas no podían enseñar a sus hijos a amar la palabra de Jehová y a aferrarse a sus promesas. En vez de esto, eran miembros de las tribus cananeas que iban a caer bajo el juicio de Dios.

27 Aconteció que cuando Isaac envejeció y sus ojos se oscurecieron quedando sin vista, llamó a Esaú, su hijo mayor, y le dijo:

—¡Hijo mío!

Él respondió:

—Aquí estoy.

²—Ya soy viejo —dijo Isaac— y no sé el día de mi muerte.

³Toma, pues, ahora tus armas, tu aljaba y tu arco, y sal al campo a cazarme algo. ⁴Hazme un guisado como a mí me gusta; tráemelo y comeré, para que yo te bendiga antes que muera.

Mientras Dios lleva adelante su grandioso y buen plan para la humanidad, con frecuencia tiene que luchar contra la necesidad y los intentos mal orientados de sus propios hijos. Este capítulo presenta un retrato de la familia de Isaac que no es halagador para ninguna de las cuatro personas implicadas.

Isaac era la cabeza de esta importante familia. Como esposo y padre, su primera responsabilidad era dirigir a su familia en el camino de Jehová. Isaac era ya un anciano decaído de salud; aquí parece estar reposando en su lecho de enfermo (27:31). La mala

vista que tenía y el decaimiento que sentía, pudieron advertirle que no tenía mucho tiempo más de vida. Sin embargo, antes de morir quería transmitir la primogenitura a su hijo predilecto. En la comida especial iba a anunciar: “Esaú me sucederá como cabeza de la familia y recibirá una doble porción de mi herencia”, que seguramente debió haber sido considerable. Por lo tanto, Isaac le pidió a Esaú que lo obedeciera una última vez, después de lo cual iba a recibir la bendición de la primogenitura.

No es fácil apreciar o defender la acción de Isaac; él sabía que Dios había designado a Jacob, no a Esaú, para ser el portador de la promesa. Tal vez Isaac se había convencido a sí mismo que aun dándole su bendición a Esaú, la intención original de Dios de alguna forma no sería alterada. Además, por ser Esaú su hijo favorito, Isaac pasó por alto los defectos de su carácter, que lo descalificaban para ser el vínculo del pacto. En la conclusión del capítulo anterior notamos que, al haberse casado con dos mujeres paganas, Esaú había mostrado una total indiferencia ante la promesa de Jehová. La intención que tenía aquí Isaac de revertir el decreto de Dios era pecaminosa.

Esaú compartió la culpa de este pecado. Seguramente sus padres le habían hablado acerca de la revelación especial que Dios les había dado antes de su nacimiento: “El mayor servirá al menor” (25:23). Además, de acuerdo al plan de su padre, Esaú quebrantó el juramento que le hizo a Jacob cuando le vendió su primogenitura.

⁵Rebeca estaba escuchando cuando Isaac hablaba a su hijo Esaú; y se fue Esaú al campo para buscar la caza que había de traer. ⁶Entonces Rebeca habló a su hijo Jacob, diciendo: —Mira, yo he oído a tu padre, que hablaba con tu hermano Esaú diciendo: ⁷“Tráeme caza y hazme un guisado, para que coma y te bendiga en presencia de Jehová antes que me muera”. ⁸Ahora, pues, hijo mío, obedece a mi voz en lo que te mando. ⁹Ve ahora al ganado y tráeme de allí dos buenos cabritos de las cabras, y haré con ellos un guisado

para tu padre, como a él le gusta. ¹⁰ Tú lo llevarás a tu padre, y él comerá, para que te bendiga antes de su muerte.

¹¹ Pero Jacob dijo a Rebeca, su madre:

—Mi hermano Esaú es hombre velloso, y yo lampiño.

¹² Quizá me palpará mi padre; me tendrá entonces por burlador y traeré sobre mí maldición y no bendición.

¹³ Su madre respondió:

—Hijo mío, sea sobre mí tu maldición; solamente obedece a mi voz: vé y tráemelos.

Los otros dos miembros de la familia tampoco se mostraron aquí como blancas palomas. Las confabulaciones de Rebeca y la mentira de Jacob, no glorificaban a Dios, y demostraban su falta de confianza en que él iba a cumplir sus promesas. Lutero, entre otros, ha dicho que no fue un error el hecho de que Jacob tomara lo que Dios le había prometido. Dios también puede anular los planes malvados de la gente pecadora, pero de ninguna manera los necesita ni los aprueba. Los cuatro miembros de la familia de Jacob estaban implicados en un proceder deshonesto, y cada uno iba a pagar un precio terrible por ello, como lo veremos más tarde.

Cuando Rebeca alcanzó a oír que Isaac explicaba su perverso plan de dar la bendición a su hijo predilecto, se desesperó. Sabía que cuando los patriarcas pronunciaban la bendición mesiánica lo hacían como voceros de Jehová, hablando por él, como si Dios mismo estuviera pronunciando la bendición. Temía que si no actuaba rápidamente, antes que Esaú regresara de cacería, Jacob iba a perder la bendición para siempre. Por una parte, Rebeca sabía que su esposo estaba evadiendo la voluntad expresa de Dios. Sin embargo, aun cuando en otras circunstancias su deseo de favorecer la voluntad de Dios hubiera sido loable, aquí se inclinó a la deshonestidad. En la reacción de Rebeca contra el plan de Isaac podemos oír a su naturaleza pecaminosa hablando. Su motivo no era la gloria de Dios sino el bienestar de su hijo favorito. Iba a usar sus habilidades culinarias para engañar a su esposo haciéndole creer que el guiso de cabritos que comía era de un animal salvaje,

y convenció a Jacob para que engañara a su padre casi ciego, con el fin de que le diera la codiciada bendición mientras creía que estaba bendiciendo a Esaú.

La respuesta de Jacob fue totalmente inapropiada para el heredero de la promesa mesiánica de Dios. En lugar de responder: “Madre, ¿me estás pidiendo que mienta?” Su respuesta fue: “¿Y qué tal si me atrapa en la mentira? ¡Sobre mí caería la maldición de mi padre en vez de su bendición!” La rápida respuesta de Rebeca: “Que la maldición caiga sobre mí. Haz lo que te digo”, satisfizo a Jacob.

¹⁴ Entonces él fue, los tomó y los trajo a su madre, y su madre hizo un guisado como a su padre le gustaba.

¹⁵ Después tomó Rebeca los vestidos de Esaú, su hijo mayor, los más preciosos que ella tenía en casa, y vistió a Jacob, su hijo menor. ¹⁶ Luego, con las pieles de los cabritos, cubrió sus manos y la parte de su cuello donde no tenía vello, ¹⁷ y puso el guisado y el pan que había preparado en manos de su hijo Jacob.

¹⁸ Entonces éste fue a su padre y dijo:

—Padre mío.

Isaac respondió:

—Aquí estoy, ¿quién eres tú, hijo mío?

¹⁹ —Yo soy Esaú tu primogénito —respondió Jacob—. He hecho como me dijiste. Levántate ahora, siéntate y come de mi caza, para que me bendigas.

²⁰ Entonces Isaac dijo a su hijo:

—¿Cómo es que la hallaste tan pronto, hijo mío?

Jacob respondió:

—Porque Jehová, tu Dios, hizo que la encontrara delante de mí.

²¹ Isaac dijo a Jacob:

—Acércate ahora y te palparé, hijo mío, para ver si eres o no mi hijo Esaú.

²² Se acercó Jacob a su padre Isaac, quien lo palpó, y dijo:

«La voz es la voz de Jacob, pero las manos, las de Esaú».

²³ Y no lo reconoció, porque sus manos eran vellosas como las manos de Esaú; y lo bendijo.

²⁴ Volvió a preguntar Isaac:

—¿Eres tú mi hijo Esaú?

Jacob respondió:

—Yo soy.

²⁵ Dijo entonces:

—Acércamela, y comeré de la caza de mi hijo, para que yo te bendiga.

Jacob se la acercó, e Isaac comió; le trajo también vino, y bebió.

La narración del engaño de Jacob se presenta con gran detalle. Para hacer más creíble su mentira, Jacob incluso se puso la ropa de Esaú, sabiendo que tendría el olor característico de su hermano mayor. Trató de imitar la voz de Esaú, de modo que el patriarca de edad avanzada se confundiera. Cuando Jacob dijo: “Yo soy Esaú”, no sólo estaba mintiendo descaradamente, estaba comportándose con una falta total de amor hacia su padre, a quien debía obediencia y respeto. Cuando su padre le preguntó por qué había regresado tan pronto de cazar, Jacob tuvo la osadía inclusive de implicar el nombre de Dios en el engaño. Eso es una blasfemia.

Pese a lo elaborado de la mentira representada, Isaac aún no estaba convencido. “Acércate ahora y te palparé, hijo mío.” Ante esto, Lutero comenta: “Si yo hubiera sido Jacob, habría arrojado el plato y habría salido corriendo de la escena como si mi cabeza estuviera en llamas”. Pero Jacob, con la ropa de Esaú puesta, y con la piel de los cabritos cubriendo sus brazos, se acercó y actuó la mentira que su madre había tramado.

²⁶ Y le dijo Isaac, su padre:

—Acércate ahora y bésame, hijo mío.

²⁷ Jacob se acercó y lo besó. Olió Isaac el olor de sus vestidos, y lo bendijo, diciendo:

**«Mira, el olor de mi hijo,
como el olor del campo que Jehová ha bendecido.
28 Dios, pues, te dé del rocío del cielo
y de los frutos de la tierra,
y abundancia de trigo y de mosto.
29 Sírvante pueblos
y las naciones se inclinen delante de ti.
Sé señor de tus hermanos
y ante ti se inclinen los hijos de tu madre.
Malditos sean los que te maldigan
y benditos los que te bendigan».**

Isaac, aún confuso pero reacio a sospechar que su propio hijo lo engañara, pronunció finalmente la bendición sobre Jacob. Debemos examinar cuidadosamente sus palabras. No dijo nada acerca de las bendiciones mesiánicas, sino que se limitó a hablar de la prosperidad material para el hijo que imaginó que era Esaú. “Dios, pues, te dé del rocío del cielo.” En el Neguev, una tierra de mínima precipitación, el rocío es una fuente importante de humedad, especialmente durante la larga estación de sequía. “Sé señor de tus hermanos y ante ti se inclinen los hijos de tu madre.” Esta era una declaración que Isaac no tenía por qué hacer. Isaac estaba tratando de desviar hacia Esaú una bendición que Dios había designado para Jacob.

El hecho de que Dios anulara la presuntuosa voluntad de Isaac y se encargara de que Jacob tuviera la bendición prometida, no eran una excusa para la traición de Rebeca y de Jacob. El pecado sigue siendo pecado, y tanto la madre como el hijo, vivieron para palpar el desagrado de Dios por el pecado que cometieron. El hecho de que Dios en otra ocasión usara para sus propios fines el cobarde acto de traición que Judas cometió contra el Salvador, usando ese acto para rescatar a toda la humanidad pecadora, tampoco exculpará a Judas en el día del juicio.

³⁰ Aconteció, luego que Isaac acabó de bendecir a Jacob, y apenas había salido Jacob de delante de su padre Isaac, que Esaú, su hermano, volvió de cazar. ³¹ E hizo él también un guisado, lo trajo a su padre y le dijo:

—Levántese mi padre y coma de la caza de su hijo, para que me bendiga.

³² Entonces Isaac, su padre, le dijo:

—¿Quién eres tú?

Y él le dijo:

—Yo soy tu hijo, Esaú, tu primogénito.

³³ Entonces se estremeció Isaac grandemente, y dijo:

—¿Quién es el que vino aquí, que trajo caza, y me dio y comí de todo antes que tú vinieras? Yo lo bendije, y será bendito.

³⁴ Cuando Esaú oyó las palabras de su padre, lanzó una muy grande y muy amarga exclamación, y le dijo:

—Bendíceme también a mí, padre mío.

³⁵ Éste le dijo:

—Vino tu hermano con engaño y tomó tu bendición.

³⁶ Esaú respondió:

—Bien llamaron su nombre Jacob, pues ya me ha suplantado dos veces: se apoderó de mi primogenitura y ahora ha tomado mi bendición.

Y añadió:

—¿No has guardado bendición para mí?

³⁷ Isaac respondió a Esaú, diciéndole:

—Yo lo he puesto por señor tuyo, y le he dado por siervos a todos sus hermanos; de trigo y de vino lo he provisto; ¿qué, pues, haré por ti ahora, hijo mío?

³⁸ Dijo entonces Esaú a su padre:

—¿No tienes más que una sola bendición, padre mío?

¡Bendíceme también a mí, padre mío!

Y alzó Esaú la voz, y lloró.

³⁹ Entonces Isaac, su padre, habló y le dijo:

**«Será tu morada lejos de la tierra fértil
y del rocío que cae de los cielos.
⁴⁰ De tu espada vivirás,
y a tu hermano servirás;
pero cuando te fortalezcas
sacudirás su yugo de tu cerviz».**

No es difícil comprender por qué Isaac se estremeció violentamente cuando Esaú regresó de cazar; es un terrible descubrimiento saber que la propia esposa y el propio hijo lo han engañado. ¿Pero sería posible que Isaac se estremeciera también al comprender que se había opuesto a Dios y había perdido? Isaac era muy consciente de que Dios lo había amonestado, y con razón. Reconoció humildemente que Jehová había intervenido y que no podía de ninguna manera cambiar sus designios. Con arrepentimiento, actuó y habló ahora con fe (Hebreos 11:20). Cuando Esaú pidió una bendición, Isaac le respondió: “¿Qué, pues, te haré por ti ahora, hijo mío?”

Isaac no le podía dar una bendición a Esaú; Dios lo había dicho con toda claridad. Sin embargo, el Espíritu de Dios le indicó a Isaac que le diera a su hijo mayor una predicción de lo que le esperaba a él y a sus descendientes. “Será tu morada lejos de la tierra fértil y del rocío que cae de los cielos”. Los descendientes de Esaú vivieron en las tierras al sur del mar Muerto, una tierra árida y rocosa, inadecuada para la agricultura. Tal vez sea digno de notar que las palabras de Isaac para sus hijos acerca del rocío contienen un juego de palabras, un retruécano. Las frases traducidas como “del rocío del cielo” (v.28) y “del rocío que cae de los cielos” (v.39) son idénticas en hebreo (aunque en español no lo parezcan). El escritor sagrado usó una forma de arte literario para marcar más el contraste entre las palabras que el padre le dijo a Jacob y las que le dijo a Esaú.

Si el futuro hogar de los descendientes de Esaú, los edomitas, no era adecuado para la agricultura, ¿qué futuro les deparaba? “De tu espada vivirás”, por medio de violencia constante, “y a tu

hermano servirás”. La verdad de esta profecía se demostró durante el reinado del rey Saúl (1 Samuel 14:47), y del rey David (2 Samuel 8:14). Los edomitas iban a ser una potencia de segunda categoría, aunque en ocasiones lograrían sacudirse temporalmente el yugo (2 Reyes 8:20-22; 21:8-10).

⁴¹ Aborreció Esaú a Jacob por la bendición con que su padre lo había bendecido, y dijo en su corazón: «Llegarán los días del luto por mi padre, y yo mataré a mi hermano Jacob».

⁴² Fueron dichas a Rebeca las palabras de Esaú, su hijo mayor; y ella envió a llamar a Jacob, su hijo menor, y le dijo: —Esaú, tu hermano, se consuela pensando en matarte.

⁴³ Ahora, pues, hijo mío, obedece a mi voz: levántate y huye a casa de mi hermano Labán, en Harán, ⁴⁴ y quédate con él algunos días, hasta que el enojo de tu hermano se mitigue,

⁴⁵ hasta que se aplaque la ira de tu hermano contra ti y olvide lo que le has hecho; entonces enviaré yo a que te traigan de allá. ¿Por qué seré privada de vosotros dos en un solo día?

⁴⁶ Luego dijo Rebeca a Isaac:

—Fastidio tengo de mi vida a causa de las hijas de Het. Si Jacob toma mujer de entre las hijas de Het, como éstas, de entre las hijas de esta tierra, ¿para qué quiero la vida?

Esaú se dio cuenta inmediatamente de que el futuro que su padre le había pronosticado era de lo más lúgubre. Cegado por la ira, no vio la mano de Dios que intervenía en lo que había ocurrido. Un pensamiento, y sólo uno, ocupaba su mente: “Mi hermano me ha engañado otra vez quitándome mi bendición, y voy a matarlo”.

Toda la desagradable transacción, que se describe detalladamente en este capítulo, se debe considerar como una pérdida total para Rebeca y para Jacob. Ellos realmente no ganaron nada, aparte de lo que Dios ya les había prometido. En cambio, perdieron mucho. Cuando Rebeca se enteró del propósito asesino de Esaú, hizo los planes para que Jacob huyera a casa de su

hermano en Harán, 800 kilómetros al norte por “algunos días”. El Señor del calendario alargó esos “algunos días” a veinte años, y para cuando su hijo favorito regresó a casa, Rebeca ya había muerto.

¿Y Jacob? Dios se encargó de que recibiera más que la bendición. Jacob tenía que inscribirse en la escuela disciplinaria de Dios. Aunque las bendiciones de la primogenitura le daban derecho a una doble porción de la herencia de un padre tan rico, dejó el hogar con sólo un bordón en la mano (Génesis 32:10). Cuando después hizo un recuento de su vida, dijo: “Pocos y malos han sido los días de los años de mi vida” (Génesis 47:9). Durante los siguientes veinte años Dios iba a estar purificando la fe de este patriarca, limpiándolo de la confianza en sí mismo, de su deshonestidad y falsedad.

Cuando Rebeca habló con su esposo acerca de enviar a Jacob con su familia, notamos que utilizó otra vez un sutil engaño. Su verdadero interés de enviarlo fuera del país era para salvar su vida, así como también la de Esaú. Rebeca comprendió que si Jacob se quedaba allí perdería a sus dos hijos. Si Esaú cumplía su amenaza y asesinaba a su hermano gemelo, los parientes y amigos de Jacob podían vengarse de él.

Pero Rebeca no le dijo el verdadero motivo a su esposo. En cambio, usó el descontento que les produjeron las esposas heteas de Esaú y trató de persuadir a Isaac a que encontrara una esposa para Jacob entre sus parientes en Mesopotamia, tal como había hecho Abraham una generación antes. Esta es la última declaración de Rebeca que tenemos en las Escrituras. Hasta aquí se habla de ella en la narración bíblica.

El programa de instrucción de Dios: De Jacob a Israel

28Entonces Isaac llamó a Jacob, lo bendijo y le mandó diciendo: «No tomes mujer de las hijas de Canaán.
² Levántate, ve a Padan-aram, a casa de Betuel, padre de tu madre, y toma allí mujer de las hijas de Labán, hermano de

tu madre. ³Que el Dios omnipotente te bendiga, te haga fructificar y te multiplique hasta llegar a ser multitud de pueblos; ⁴que te dé la bendición de Abraham, y a tu descendencia contigo, para que heredes la tierra en que habitas, la que Dios dio a Abraham».

⁵Así envió Isaac a Jacob, el cual fue a Padan-aram, a Labán hijo de Betuel, el arameo, hermano de Rebeca, madre de Jacob y de Esaú.

La casa de Isaac se hallaba en completo desorden. Madre e hijo se habían asociado para engañar al padre anciano, y el hijo mayor odiaba tanto a su hermano gemelo que hasta planeaba matarlo. Y aquí Dios intervino de nuevo. Él usa los planes mezquinos de las personas, para que su voluntad se cumpla. Y aquí tenemos una prueba de ello.

Si Isaac se hubiera amargado por la traición de su propio hijo, tal vez lo hubiéramos podido comprender; pero sus palabras demuestran que había aceptado humildemente la forma en que las cosas habían resultado y se había reconciliado con el hijo que lo había engañado. Cuando le habló a Jacob, no había amargura ni crítica en sus palabras.

Rebeca quería que Jacob se alejara de Canaán y se fuera por un corto tiempo con sus parientes hasta que las cosas en casa se calmaran. Dios utilizó el plan de Rebeca a favor del suyo. Jacob no iba a regresar al hogar hasta veinte años más tarde. Partió como Jacob, “el que se agarra al talón”, el que estaba determinado a adelantarse a otros, aun si tuviera que hacerlo de forma injusta. Regresó veinte años después como Israel, “el que lucha con Dios y vence”. ¿Cómo produjo Dios este cambio?

Jacob huye de Esaú

Parte del programa de instrucción de Dios para Jacob era ayudarlo, en primer lugar, a reprimir su naturaleza pecaminosa, su inclinación al engaño, a sacar ventaja de otros. Dios dejó que Jacob experimentara los resultados de la traición que había cometido

contra su padre. Jacob tenía que aprender por medio de la experiencia. Él, el muchacho hogareño, tuvo que dejar su hogar. Verse obligado a huir con una conciencia culpable para salvar la vida, no es una forma fácil de abandonar el hogar y la familia que lo crió. Dios nos dice: “El camino de los transgresores es duro” (Proverbios 13:15). Dios tenía que vigilar esos impulsos mezquinos y ayudar a Jacob a ahogar su naturaleza pecaminosa. Sin vigilancia, sus inclinaciones nada más obstaculizarían su crecimiento espiritual como hijo de Dios y heredero de la promesa.

Otro aspecto del programa de instrucción de Jacob fue enseñarle que podía confiar en las promesas de Dios. En vez de decirle a Jacob que su deshonestidad lo descalificaba como heredero de las promesas mesiánicas, Dios le permitió escucharlas de nuevo: primero por boca de su anciano padre, y luego directamente de Dios.

Cuando anteriormente Isaac le anunció las promesas a Jacob, lo hizo sin querer, pensando que se dirigía a Esaú. Ahora, por su propia voluntad lo bendijo. A sabiendas y de buena gana, le otorgó toda la bendición mesiánica al hijo que no había sido el elegido *de él*, sino el *de Dios*. “Por la fe bendijo Isaac a Jacob”, nos dice el apóstol (Hebreos 11:20).

“Que el Dios omnipotente... te dé la bendición de Abraham, y a tu descendencia contigo.” Los descendientes de Jacob llegarían a formar una gran nación y poseerían la tierra donde Jacob vivía ahora como un advenedizo. Mediante un gran descendiente, Jacob en verdad llegaría a ser “una multitud de pueblos”. En Cristo, todas las naciones iban a compartir las bendiciones originalmente prometidas a Abraham y ahora transmitidas a Jacob. Sin duda, esta promesa que Jehová le dio, a un indigno pecador, fortaleció la nueva vida de fe que luchaba para sobrevivir y crecer dentro del corazón de Jacob.

Y así, Jacob inició un camino de 800 kilómetros de viaje a la ciudad de Harán, en el país al norte de Canaán. En nuestros días se le conoce como Siria; en los tiempos del Antiguo Testamento se llamó Aram, hogar de los arameos y del idioma del mismo

nombre. Cuando Jacob partió, de ninguna manera podía haber estado orgulloso del hecho de que mediante el engaño había obtenido la promesa que quería. Estaba atemorizado, espantado por su culpabilidad, pero animado por la promesa que su padre acababa de repetirle.

⁶Vio Esaú cómo Isaac había bendecido a Jacob y lo había enviado a Padan-aram, para tomar allí mujer para sí; y que cuando lo bendijo le había mandado diciendo: «No tomarás mujer de las hijas de Canaán»;⁷ y que Jacob había obedecido a su padre y a su madre, y se había ido a Padan-aram. ⁸Vio asimismo Esaú que las hijas de Canaán no agradaban a Isaac, su padre; ⁹y se fue Esaú a Ismael, y tomó para sí por mujer, además de sus otras mujeres, a Mahalat, hija de Ismael hijo de Abraham, hermana de Nebaiot.

Antes de continuar con la narración del viaje de Jacob a donde sus parientes en Aram, Moisés presenta una nota sobre Esaú, que ilustra de nuevo su dureza espiritual. Aparentemente, hasta ese momento no había comprendido que sus padres no aceptaban a sus dos esposas cananeas. Ahora, se enteró de que a Jacob lo habían enviado a buscar una esposa apropiada entre los parientes de su madre. En un tardío intento por ganar la buena voluntad de su padre, Esaú tomó una tercera esposa, hija de Ismael, rama de la familia de Abraham que no sólo estaba fuera de la promesa, sino que en realidad estaba en contra de ella. Este acto de Esaú nos ayuda a comprender mejor por qué Dios no lo usó a él en su plan.

¹⁰Jacob, pues, salió de Beerseba y fue a Harán. ¹¹Llegó a un cierto lugar y durmió allí, porque ya el sol se había puesto. De las piedras de aquel paraje tomó una para su cabecera y se acostó en aquel lugar. ¹²Y tuvo un sueño: Vio una escalera que estaba apoyada en tierra, y su extremo tocaba en el cielo. Ángeles de Dios subían y descendían por ella. ¹³Jehová estaba en lo alto de ella y dijo: «Yo soy Jehová,

el Dios de Abraham, tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia. ¹⁴ Será tu descendencia como el polvo de la tierra, y te extenderás al occidente, al oriente, al norte y al sur; y todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente, ¹⁵ pues yo estoy contigo, te guardaré dondequiera que vayas y volveré a traerte a esta tierra, porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho».

Jacob ya había caminado varios días; había viajado 112 kilómetros, y al atardecer se encontraba exhausto y solo. Esa noche Dios tenía algo especial para él, y el texto hebreo hace resaltar el hecho en forma sorprendente. Moisés usa en tres ocasiones unas palabras que llaman la atención a algo totalmente inesperado. (Es la palabra traducida algunas veces como *¡he aquí!*) Podemos parafrasear así las palabras de Moisés: “Jacob soñaba... ¡y una escalera!... ¡y ángeles!... y, ¡he aquí Jehová mismo!”

Para estar seguro de que este solitario viajero no se desanimara, el Dios Salvador lo sorprendió con una visión de él mismo. Después de colocar una piedra a su cabecera, Jacob se durmió a la intemperie. Tuvo un sueño en el que vio una escalera que subía desde donde él estaba hasta el cielo. En la escalera, los ángeles ascendían, llevándole a Dios las necesidades y las peticiones de Jacob. Además vio ángeles que descendían, regresando con la ayuda y seguridad que Dios le daba. Es interesante notar que el Señor Jesús se refirió en una ocasión al sueño de Jacob, comparándose a sí mismo con la escalera que vio Jacob (Juan 1:51). Dios construyó en Jesucristo un puente por el cual él viene a nosotros y nosotros vamos a él.

El punto culminante del sueño de Jacob vino cuando Jehová apareció en lo alto de la escalera celestial y le repitió a Jacob las promesas que le dio originalmente a su abuelo Abraham. Las mismas promesas que, con base en engaños, Jacob había obtenido de su padre, ahora las escuchó de la boca de Dios. Aquí no hubo engaño. Jacob aprendió cuál era su lugar ante Dios. Dios lo

consideró como un hijo, débil y pecador, pero ¡reconciliado con él! Dios le prometió que sus descendientes iban a ser numerosos, que iban a heredar la tierra y que mediante su gran descendiente, todas las naciones de la tierra serán bendecidas. Y Dios le añadió una promesa más al solitario y temeroso viajero: “No te dejaré sino volveré a traerte a esta tierra”.

¹⁶ Cuando Jacob despertó de su sueño, dijo: «Ciertamente Jehová está en este lugar, y yo no lo sabía».¹⁷ Entonces tuvo miedo y exclamó: «¡Cuán terrible es este lugar! No es otra cosa que casa de Dios y puerta del cielo».

¹⁸ Se levantó Jacob de mañana, y tomando la piedra que había puesto de cabecera, la alzó por señal y derramó aceite encima de ella.¹⁹ Y a aquel lugar le puso por nombre Bet-el, aunque Luz era el nombre anterior de la ciudad.

²⁰ Allí hizo voto Jacob, diciendo: «Si va Dios conmigo y me guarda en este viaje en que estoy, si me da pan para comer y vestido para vestir²¹ y si vuelvo en paz a casa de mi padre, Jehová será mi Dios.²² Y esta piedra que he puesto por señal será casa de Dios; y de todo lo que me des, el diezmo apartaré para ti».

A la mañana siguiente, Jacob se despertó con emociones encontradas. Estaba agradecido por lo que Dios le había dicho, pero la emoción que lo dominaba era de sobrecogimiento. Aunque era un extranjero rodeado de paganos, había estado en la presencia misma del Señor. En ese extraño lugar Dios se comunicó con él, le habló y lo bendijo. Jacob le dio a ese lugar el nombre de Bet-el (palabra hebrea que significa “la casa de Dios”).

Para conmemorar la milagrosa visión que había tenido, Jacob tomó la piedra donde había reposado su cabeza y la erigió como una especie de monumento. La ungió con aceite para diferenciarla y marcó el preciado lugar donde Dios se le había aparecido. Jacob se propuso regresar un día y construir allí un altar (35:7).

La bondad inesperada que Dios le mostró en Bet-el produjo otra reacción en Jacob: hizo un voto. Su voto contiene la cláusula

“si...” (lo que los maestros del idioma llaman “prótasis”) y una cláusula “entonces” (la “apódosis”), pero el texto no muestra con claridad dónde se debe hacer la división entre prótasis y apódosis. Parece ser preferible una traducción diferente de la que adoptaron la Reina-Valera, la cual pondría la conclusión, es decir, la cláusula “entonces”, al principio del versículo 22. De esa forma, la declaración de Jacob se leería: “Si Dios va conmigo... y si Jehová será mi Dios, entonces esta piedra que he puesto por señal será casa de Dios”. No obstante, sin tomar en cuenta la traducción que escojamos no nos atrevemos a considerar las palabras de Jacob como si estuviera negociando con Dios (“Señor, *si* tu haces esto o aquello por mí, entonces serás mi Dios; de otra forma no”). El Dios Salvador había asegurado que él era su Dios, y que Jacob era un débil pero muy amado hijo. ¡Qué alegría saber que nuestra posición ante Dios la determina el inmerecido amor de él hacia nosotros, y no depende de nuestra conducta!

Labán engaña a Jacob

29 Siguió luego Jacob su camino y fue a la tierra de los orientales. ² Vio un pozo en el campo y tres rebaños de ovejas que yacían cerca de él, porque de aquel pozo abrevaban los ganados; y había una gran piedra sobre la boca del pozo. ³ Cuando se juntaban allí todos los rebaños, los pastores corrían la piedra de la boca del pozo y abrevaban las ovejas; luego volvían la piedra a su lugar sobre la boca del pozo. ⁴ Jacob les preguntó:

—Hermanos míos, ¿de dónde sois?

—De Harán somos —respondieron ellos.

⁵ —¿Conocéis a Labán hijo de Nacor? —volvió a preguntar.

—Sí, lo conocemos —respondieron.

⁶ —¿Está bien? —insistió Jacob.

—Muy bien —dijeron los pastores—. Mira, ahí viene su hija Raquel con las ovejas.

⁷ Él dijo:

—Es aún muy de día; no es tiempo todavía de recoger el ganado. Abrevad las ovejas e id a apacentarlas.

⁸ Ellos respondieron:

—No podemos, hasta que se junten todos los rebaños y se remueva la piedra de la boca del pozo. Entonces daremos de beber a las ovejas.

La Biblia no dice nada acerca de los largos y solitarios kilómetros del viaje que Jacob emprendió hasta el hogar de sus parientes. Si viajó a pie, el viaje probablemente le tomó casi un mes. A pesar de todo, después de su experiencia en Bet-el había gozo en su corazón. El Dios Salvador se le había aparecido milagrosamente y le había prometido protegerlo y darle lo necesario.

Ahora su largo viaje a Harán estaba a punto de terminar. “La tierra de los orientales” aquí se refiere al territorio al norte y al este de Damasco, en la actual Siria. Harán siempre tuvo un significado especial para Jacob porque fue la tierra donde su madre Rebeca pasó la niñez; fue la tierra donde habían vivido su bisabuelo Taré y su abuelo Abraham. Y ahora Harán iba a ser importante para Jacob por otra razón. En cierta forma eso nos recuerda cuando Dios guió al siervo de Abraham a buscar una esposa para Isaac (Génesis 24), y ahora Dios dirigió a Jacob a los parientes que andaba buscando. Aun más, lo dirigió a un pozo donde iba a encontrar la hermosa joven que sería su esposa.

Aunque el sol aún estaba en su cenit, algunos pastores dirigían sus rebaños a un pozo que estaba tapado con una gran piedra, lo bastante pesada como para desanimar a cualquiera que pasara por allí a moverla. Aparentemente los pastores de Harán, de común acuerdo, esperaban hasta que todos los rebaños estuvieran reunidos para abrir el pozo. Cuando Jacob les preguntó acerca de Labán le dijeron: “Mira, ahí viene su hija Raquel con las ovejas”.

⁹ Mientras él aún hablaba con ellos, Raquel vino con el rebaño de su padre, porque ella era la pastora. ¹⁰ Y sucedió que cuando Jacob vio a Raquel, hija de Labán, hermano de su madre, y las ovejas de Labán, el hermano de su madre, se acercó Jacob y removió la piedra de la boca del pozo, y abrevó el rebaño de Labán, hermano de su madre. ¹¹ Luego Jacob besó a Raquel, alzó la voz y lloró. ¹² Jacob le contó a Raquel que él era hermano de su padre e hijo de Rebeca, y ella corrió a dar la noticia a su padre.

¹³ Cuando Labán oyó las noticias de Jacob, hijo de su hermana, corrió a recibirlo y lo abrazó, lo besó y lo trajo a su casa. Entonces él contó a Labán todas estas cosas. ¹⁴ Y Labán le dijo:

—Ciertamente eres hueso mío y carne mía.

Y estuvo con él durante un mes.

Cuando Jacob vio a Raquel, comprendió que el éxito tan rápido que había tenido en su misión no era simple coincidencia. Recordó que una generación antes, en un pozo en Harán, Dios había bendecido al siervo de Abraham en una misión semejante. Sin ayuda, quitó la piedra que cubría el pozo y sacó agua para el rebaño de Raquel. Después de que ella se enteró quién era el amable extranjero, corrió a la casa de sus padres para dar la noticia. El padre Labán se apresuró a ir al pozo para buscar al hijo de su hermana e invitarlo a casa. “Él contó a Labán todas estas cosas”, el motivo de su llegada a Harán, y el gozo de haberse encontrado con su hermosa prima.

¹⁵ Entonces dijo Labán a Jacob:

—¿Por ser tú mi hermano me vas a servir de balde? Dime cuál ha de ser tu salario.

¹⁶ Labán tenía dos hijas: el nombre de la mayor era Lea, y el nombre de la menor, Raquel. ¹⁷ Los ojos de Lea eran delicados, pero Raquel era de lindo semblante y hermoso parecer. ¹⁸ Jacob amó a Raquel, y dijo:

—Yo te serviré siete años por Raquel, tu hija menor.

¹⁹ Labán respondió:

—Mejor es dártela a ti que a otro hombre; quédate conmigo.

²⁰ Así sirvió Jacob siete años por Raquel; y le parecieron como pocos días, porque la amaba.

²¹ Un día dijo Jacob a Labán:

—Dame mi mujer, porque se ha cumplido el plazo para unirme a ella.

Hasta ahora la misión de Jacob en Harán había transcurrido sin problemas. Dios lo había llevado sin contratiempos a su destino y le había preparado una cálida bienvenida en casa de su tío. Sin embargo, las cosas iban a cambiar muy pronto. Iba a comenzar para Jacob una nueva sesión en el programa de capacitación en la escuela del Señor.

Jacob había estado en Harán tan sólo un mes, pero fue tiempo suficiente para que Labán reconociera la gran habilidad que tenía su sobrino como pastor; se dio cuenta de que era un hombre valioso y debía conservarlo. Cuando Labán le ofreció empleo a Jacob, dio la impresión de que se interesaba sólo el bienestar del joven: “¿Me vas a servir de balde? Dime cuál ha de ser tu salario”. ¿Qué podría ser más justo en este caso?

Sin embargo, en todas las negociaciones con Jacob, Labán se mostró no sólo ambicioso, sino dispuesto a aprovecharse de la otra persona. Había notado que el corazón de Jacob se inclinaba por la bella prima que había conocido en el pozo y astutamente se preguntó: “¿Podré sacar algún provecho del amor de Jacob por Raquel?” Cuando le permitió a Jacob que propusiera su salario, Labán reconoció que Jacob estaba negociando desde un punto débil. El único motivo por el que había ido a Harán era para buscar una esposa, y ya la había encontrado: la hija de Labán. Además, sabía que aunque Jacob era hijo de un hombre muy rico, no tenía dinero para ofrecer al futuro suegro como precio por la novia (vea el comentario en Génesis 24:53), así que tendría que ganárselo.

Jacob estaba en evidente desventaja en estas negociaciones salariales.

Aquí Moisés da información que el lector necesitará recordar para que pueda comprender lo que sigue. Se nos presentó a Lea, la hermana mayor de Raquel y también la menos atractiva. En una cultura donde los ojos brillantes y expresivos eran considerados una belleza en la mujer, los “delicados ojos” de Lea eran una desventaja, especialmente cuando se comparaban con los su hermana, una joven de lindo semblante y hermosa figura.

La respuesta de Jacob a la propuesta de Labán: “Dime cuál ha de ser tu salario”, suena extremadamente generosa. A cambio del privilegio de casarse con Raquel trabajaría por Labán siete años como precio por la novia. Labán sabía que Jacob no podía darse el lujo de poner los términos de su empleo demasiado bajos, ya que esto podría interpretarse como “no puedo pagar más” o “ella no vale tanto para mí”. Jacob también quería asegurarse de que su oferta no fuera rechazada. Al aceptar el precio ofrecido por la novia, Labán se iba a beneficiar siete años con el trabajo de Jacob ocupándose del ganado.

²² Entonces Labán juntó a todos los hombres de aquel lugar y ofreció un banquete. ²³ Pero sucedió que al llegar la noche tomó a su hija Lea y se la trajo; y Jacob se llegó a ella.

²⁴ Labán dio además su sierva Zilpa a su hija Lea por criada.

²⁵ Cuando llegó la mañana, Jacob vio que era Lea, y dijo a Labán:

—¿Qué es esto que me has hecho? ¿No te he servido por Raquel? ¿Por qué, pues, me has engañado?

²⁶ Labán respondió:

—No es costumbre en nuestro lugar que se dé la menor antes de la mayor. ²⁷ Cumple la semana de ésta, y se te dará también la otra por el servicio que me prestes otros siete años.

²⁸ Así lo hizo Jacob. Cumplió aquella semana y él le dio a su hija Raquel por mujer. ²⁹ Asimismo, Labán dio su sierva

Bilha a su hija Raquel por criada. ³⁰ Jacob se llegó también a Raquel, y la amó más que a Lea; y sirvió a Labán aún otros siete años.

Labán, como hombre codicioso que era, quería otros siete años de trabajo gratis de su nuevo yerno, y tramó una forma vil para conseguirlo. Jacob, “el que se aferra al talón”, que usualmente era el ventajoso ya fuera por las buenas o por las malas, encontró la horma de su zapato en Labán.

La noche en la que Jacob debía recibir a la novia, Labán le dio alevosamente a Lea en vez de Raquel. La pregunta es inevitable: “¿Cómo podía un hombre tan astuto como Jacob haber dejado que esto le pasara?” La respuesta que por lo general se da es que Lea era cómplice en el engaño, que estaba cubierta con un velo, y en la fragante oscuridad de la noche de bodas habló suavemente de modo que no pudiera reconocer su voz. Además, Jacob estaba totalmente desprevenido, pues no tenía motivo alguno para sospechar una mala jugada.

Sin embargo, la verdadera respuesta a la pregunta es más profunda. Dios permitió que esta desdicha entrara en la vida de Jacob. Dios se había disgustado con Jacob cuando engañó a su propio padre a fin de asegurarse la primogenitura. Dios reconoció en Jacob la disposición a sacrificar sus principios con tal de sacar alguna ganancia personal, y la confianza en su propia astucia para burlar al enemigo y sacar ventaja de él. El Padre amoroso también sabía que estas impurezas espirituales sólo impedirían los grandes planes que tenía para este hombre.

Por lo tanto, Dios tuvo que enseñarle a Jacob a no confiar en él mismo. En los próximos siete años Jacob iba a tener suficiente tiempo para preguntarse: “Te crees realmente muy astuto, ¿verdad? ¡Tan astuto como para casarte con una mujer que no querías!” También durante siete años Jacob reflexionó en la ironía de su situación. Lea, bajo la dirección de su padre, lo engañó, de la misma manera que él, por sugerencia de Rebeca, engañó a su propio padre.

Como parte del programa de instrucción de Jacob, Dios le estaba enseñando que la deshonestidad y la confianza en uno mismo le son repugnantes. Esto no quiere decir que Dios aún retenía el pecado de Jacob contra él. Como creyentes, sabemos que nuestros pecados han sido perdonados, y que el perdón de Dios es completo. La obra sustituta de Cristo en beneficio nuestro ha interceptado el juicio divino, y sabemos que estamos en paz con él. Jacob lo sabía también. Pero los resultados de los pecados que hemos cometido pueden permanecer para afligirnos, quedando como un recordatorio necesario de que si nos dejamos llevar por nuestra naturaleza pecadora sólo frustraremos la gracia de Dios. La corrección que hace Dios también nos recuerda que necesitamos la ayuda que el Señor nos ha prometido para reprimir nuestra malvada naturaleza, que se opone a su buena voluntad para con nosotros.

A la mañana siguiente, en respuesta al angustiado grito de Jacob: “¿Qué es lo que me has hecho?” Labán le dio una explicación un poco fría, que tenía todo el tono de un nuevo engaño. Si en Harán era inconcebible que un padre diera a su hija más joven en matrimonio antes de dar a la mayor, ¿por qué no se lo había dicho a Jacob cuando pidió a Raquel como esposa?

Nos maravillamos de la paciencia de Jacob. ¿Estaría ya surtiendo efecto la corrección de Dios? Lutero señala: “Yo no lo hubiera tolerado. Yo hubiera llevado a Labán a los tribunales para que se le obligara a darme la novia por la que trabajé bajo contrato”. Tal vez consciente de haberse aprovechado de su hermano y de su anciano padre, Jacob accedió sumiso a la terrible decepción que Dios había permitido que entrara en su vida. No quiso humillar a Lea pidiendo la anulación del matrimonio. En cambio, hizo lo que Labán le sugirió, cumplió la semana nupcial con ella y entonces se casó con Raquel. Por el resto de su vida tendría que vivir en una familia dividida al ser esposo de dos mujeres, amando a una de ellas más que a la otra.

³¹ Vio Jehová que Lea era menospreciada, y le dio hijos; en cambio Raquel era estéril. ³² Concibió Lea y dio a luz un hijo, y le puso por nombre Rubén, porque dijo: «Ha mirado Jehová mi aflicción: ahora me amará mi marido».

³³ Concibió otra vez y dio a luz un hijo, y dijo: «Por cuanto oyó Jehová que yo era menospreciada, me ha dado también éste». Y le puso por nombre Simeón.

³⁴ Concibió otra vez y dio a luz un hijo, y dijo: «Desde ahora se unirá mi marido conmigo, porque le he dado a luz tres hijos». Por tanto, le puso por nombre Leví.

³⁵ Concibió otra vez y dio a luz un hijo, y dijo: «Esta vez alabaré a Jehová»; por esto llamó su nombre Judá. Y dejó de dar a luz.

Jehová compensó a Lea con un hijo por el difícil papel que le había tocado como la menos amada de las esposas. Lea lo llamó Rubén. Explicó el nombre con un doble juego de palabras. La conjugación de las dos palabras hebreas significa “¡Mira! ¡Un hijo!” Ahora, la línea de su esposo iba a continuar al menos por otra generación. Sin embargo, Lea explicó que los componentes hebreos del nombre también sonaban a: “Él ha mirado mi aflicción”.

Con la bendición constante de Jehová, Lea dio a luz a varios hijos más. Los nombres que escogió para ellos hablan de su dolor al tener que conformarse con ocupar un segundo lugar en el corazón de su esposo. Al segundo hijo lo llamó Simeón (“uno que escucha”) porque “oyó Jehová que yo era menospreciada”. El nombre del tercer hijo, Leví (“atado”), expresó la esperanza de que su matrimonio pudiera ser la verdadera unión de dos corazones, una esperanza que nunca se hizo realidad. Cuando tuvo el cuarto hijo, lo llamó Judá (“alabanza”). Éste no sólo era un tierno deseo, sino que Lea estaba expresando su determinación: “¡Alabaré a Jehová!”

Es digno de mención el cuarto hijo de Lea por dos razones. El pueblo judío tomó su nombre de él, pero lo más importante es

que este cuarto hijo de la esposa menospreciada vino a ser el antepasado del rey David y de Jesucristo. Dios usó incluso un miserable caso de engaño para incluir a Lea en el linaje del Salvador.

¡Profundidad de las riquezas,
de la sabiduría y del conocimiento de Dios!
¡Cuán insondables son sus juicios,
e inescrutables sus caminos!
(Romanos 11:33)

La familia de Jacob

30 Al ver Raquel que no daba hijos a Jacob tuvo envidia de su hermana, y dijo a Jacob:

—Dame hijos, o si no, me muero.

² Jacob se enojó con Raquel y le dijo:

—¿Soy yo acaso Dios, que te ha negado el fruto de tu vientre?

³ Entonces ella le dijo:

—Aquí está mi sierva Bilha; llégate a ella, y que dé a luz sobre mis rodillas. Así yo también tendré hijos de ella.

⁴ Le dio a Bilha, su sierva, por mujer, y Jacob se llegó a ella.⁵ Bilha concibió y dio a luz un hijo a Jacob. ⁶ Dijo entonces Raquel: «Me juzgó Dios, pues ha oído mi voz y me ha dado un hijo». Por tanto, llamó su nombre Dan.

⁷ Concibió otra vez Bilha, la sierva de Raquel, y dio a luz un segundo hijo a Jacob.⁸ Y dijo Raquel: «En contienda de Dios he luchado con mi hermana y he vencido». Le puso por nombre Neftalí.

⁹ Al ver Lea que había dejado de dar a luz, tomó a su sierva Zilpa, y la dio a Jacob por mujer.¹⁰ Y Zilpa, sierva de Lea, dio a luz un hijo a Jacob.¹¹ Entonces dijo Lea: «Vino la ventura»; y le puso por nombre Gad.

¹² Luego Zilpa, la sierva de Lea, dio a luz otro hijo a Jacob.¹³ Y dijo Lea: «Para dicha mía, porque las mujeres me llamarán dichosa»; y le puso por nombre Aser.

Los cristianos de hoy se incomodan por el hecho de que en los tiempos del Antiguo Testamento algunos personajes del pueblo de Dios practicaban la poligamia sin que Dios los reprendiera por violar el mandato de su creación concerniente al matrimonio. ¿Cómo responder a esto?

Aquí se debe poner el énfasis en algunas verdades bíblicas. Verdad 1: Las Escrituras no tratan de ocultar los pecados del antiguo pueblo de Dios. Es claro que hicieron cosas que no debían. Verdad 2: Dios no aprueba todo lo que tolera. Génesis 30 señala los terribles problemas que resultaron del hecho de que Jacob tuviera más de una esposa. Se destruyó la amorosa relación entre las hermanas; las amigas más cercanas llegaron a ser las peores rivales. Verdad 3: Dios puede superar la malvada intención de las personas y cambiar sus obras impías para servir a los buenos propósitos de él. Dios realmente usó la relación matrimonial polígama de Jacob para engendrar los doce hijos que serían padres de las doce tribus de Israel.

Esta página de la Biblia demuestra que la poligamia pone en manifiesto lo peor de los cónyuges. Incapaz de enfrentar la verdad de que era estéril mientras que su hermana ya había dado a luz a cuatro varones, Raquel descargó su frustración en su marido. “¡Dame hijos, o si no, me muerdo!” con el corazón destrozado.

Raquel tuvo la misma impaciencia que mostró Sara cuando le dio su sirvienta Agar a Abraham, para que tuviera hijos de ella. Cuando Bilha tuvo un hijo de Jacob, Raquel lo llamó Dan, y explicó: “Me juzgó Dios, y también oyó mi voz, y me dio un hijo”. Hay cierta ironía en el hecho de que Raquel hiciera a un lado la voluntad divina al pedir que su esposo tuviera una relación sexual ilícita para luego alabar a Dios por bendecir con un hijo su desobediencia. Cuando Bilha tuvo su segundo hijo, Raquel lo llamó Neftalí (“mi lucha”), explicando: “He luchado con mi hermana y he ganado. ¡La fertilidad de mi hermana parece llegar a su fin, y la mía apenas comienza!” Lo que Dios había designado que fuera una relación cariñosa entre dos hermanas, había

degenerado en una lucha carnal entre dos rivales. Las Escrituras por supuesto no ocultan las maldades de la poligamia.

Las jactanciosas palabras de Raquel parece que encendieron el espíritu competitivo de Lea. No estaba dispuesta a quedarse atrás, así que le dio a Jacob su sirvienta Zilpa, y el hombre que había viajado a Harán en busca de una esposa que fuera temerosa de Dios, tenía ya cuatro. La relación resultó en dos hijos más. Lea llamó al primero Gad (“buena fortuna”), explicando: “¡Qué buena suerte! ¡Ahora mi hermana no me lleva la delantera después de todo!” El segundo hijo de Zilpa fue llamado Aser (“dicha”). Lea explicó: “¡Qué dichosa soy! ¡Por causa de mi fertilidad las mujeres me llamarán dichosa!”

No es placentero leer los indecentes detalles de la profana competencia entre las dos hermanas. Es bueno que recordemos que los mezquinos celos y las disputas familiares que Jacob tenía que soportar en su matrimonio eran parte del mecanismo que Jehová estaba usando para su instrucción, para que fuera consciente de las tendencias pecaminosas de su personalidad, para ayudarlo a reprimir su naturaleza pecadora, y moldearlo en la clase de hombre que Dios deseaba.

¹⁴ En el tiempo de la siega del trigo halló Rubén en el campo unas mandrágoras que trajo a Lea, su madre. Y dijo Raquel a Lea:

—Te ruego que me des de las mandrágoras de tu hijo.

¹⁵ Ella respondió:

—¿Te parece poco que hayas tomado mi marido, para que también quieras llevarte las mandrágoras de mi hijo?

Raquel dijo:

—Pues dormiré contigo esta noche a cambio de las mandrágoras de tu hijo.

¹⁶ A la tarde, cuando Jacob volvía del campo, salió Lea a su encuentro y le dijo:

—Llégate a mí, porque a la verdad te he alquilado por las mandrágoras de mi hijo.



Raquel y Lea

Y durmió con ella aquella noche.¹⁷ Dios oyó a Lea, que concibió y dio a luz el quinto hijo a Jacob.¹⁸ Y dijo Lea: «Dios me ha dado mi recompensa, por cuanto di mi sierva a mi marido»; por eso lo llamó Isacar.

¹⁹ Después concibió Lea otra vez, y dio a luz el sexto hijo a Jacob.²⁰ Y dijo Lea: «Dios me ha dado una buena dote; ahora vivirá conmigo mi marido, porque le he dado a luz seis hijos». Y le puso por nombre Zabulón.²¹ Por último dio a luz una hija, y le puso por nombre Dina.

Para entonces Rubén, el primogénito de Lea, era bastante grande para ir con los segadores al campo en el tiempo de la cosecha. Se nos dice que encontró algo semejante a unas manzanas pequeñas y las trajo a su madre. Ella las reconoció como mandrágoras, también conocidas como “manzanas del amor”; había la creencia de que curaban la esterilidad y promovían la fertilidad humana.

Cuando Raquel se enteró de eso, le pidió a su hermana algunas mandrágoras. Y como su sirvienta Bilha aparentemente había dejado de tener hijos, Raquel estaba interesada en cualquier medio que la ayudara a concebir. Enojada por lo que le había pedido, su hermana mayor le contestó: “¡Ya me has quitado a mi marido (aunque yo lo tuve primero), y ahora quieres quitarme todo lo que tengo!”

Cuando Jacob llegó a casa, después de estar en el campo de cosecha, se dio cuenta del desagradable intercambio y además que sus dos esposas ya le habían hecho planes para la noche. Dios bendijo otra vez esa unión sexual, y Lea tuvo un quinto hijo llamado Isacar (“recompensa”). Lea, que sabía que Jacob estaba destinado a ser el antepasado de una gran nación, explicó el nombre de su bebé: “Dios me ha dado mi recompensa, por cuanto le di mi sierva a mi marido”, para garantizar el cumplimiento de la promesa de Dios. El hecho de que ella dijera esto no significa que la opinión que expresó respecto de Dios fuera cierta.

Cuando Lea dio a luz a su sexto hijo, lo llamó Zabulón (“honor”). Con ese nombre expresó la esperanza de que ahora su esposo la tratara con el honor que había reservado para su amada Raquel. Dina es la única de las hijas de Jacob que se menciona aquí, aunque sabemos por Génesis 37:35 que hubo más. Tal vez Moisés menciona aquí a Dina con el fin de preparar al lector para los sucesos que se describen en el capítulo 34.

²²Y se acordó Dios de Raquel, y la oyó Dios, y le concedió hijos. ²³Y concibió, y dio a luz un hijo, y dijo: Dios ha quitado mi afrenta; ²⁴y llamó su nombre José, diciendo: Añádame Jehová otro hijo.

²² Pero se acordó Dios de Raquel, la oyó Dios y le concedió hijos. ²³ Concibió ella y dio a luz un hijo. Y exclamó: «Dios ha quitado mi afrenta»; ²⁴ y le puso por nombre José, diciendo: «Añádame Jehová otro hijo».

Ya había pasado bastante tiempo para que Raquel se diera cuenta de que las mandrágoras no habían surtido efecto. Las palabras “Y la oyó Dios, y le concedió hijos” indican que Raquel había orado al único que no necesita de pócimas para otorgar las bendiciones de la concepción y el nacimiento.

Ya hemos encontrado antes, en el libro de Génesis, la expresión: *se acordó Dios*. En 8:1 Moisés informa que Dios “se acordó de Noé” e hizo que bajaran las aguas del diluvio. Al usar este término, Moisés no está sugiriendo que Dios se había olvidado por un tiempo de Noé, o en este caso de Raquel. Su amor estuvo todo el tiempo con ellos. Pero ahora Dios hizo evidente su amoroso cuidado; Raquel concibió y tuvo un hijo. Aunque anteriormente se había mostrado impaciente y hasta arrogante, ahora le dio toda la gloria a Dios por haber apartado de ella la desgracia de no tener hijos. Le dio a su hijo el nombre José (“añádame Jehová”), con la oración: “¡Añádame Jehová otro hijo!” Algunos años más tarde la oración de Raquel recibió respuesta (35:16-20), pero a costa de su propia vida.

²⁵ Cuando Raquel dio a luz a José, Jacob dijo a Labán:

—Déjame ir a mi lugar, a mi tierra.²⁶ Dame a mis mujeres, por las cuales te he servido, y a mis hijos, y déjame ir; pues tú sabes los servicios que te he prestado.

²⁷ Labán le respondió:

—Halle yo ahora gracia en tus ojos, y quédate; he experimentado que Jehová me ha bendecido por tu causa.

²⁸ Y añadió:

—Señálame tu salario y yo te lo pagaré.

²⁹ Jacob respondió:

—Tú sabes cómo te he servido y cómo ha estado tu ganado conmigo,³⁰ porque poco tenías antes de mi venida, y ha crecido en gran número; Jehová te ha bendecido con mi llegada. Y ahora, ¿cuándo trabajaré también para mi propia casa?

³¹ Labán le preguntó entonces:

—¿Qué te daré?

Y respondió Jacob:

—No me des nada. Si haces esto por mí, volveré a apacentar tus ovejas.³² Hoy pasaré por entre tu rebaño y apartaré todas las ovejas manchadas y salpicadas de color y todas las ovejas de color oscuro, y las manchadas y salpicadas de color entre las cabras. Eso será mi salario,³³ y la garantía de mi honradez el día de mañana. Cuando vengas a ver lo que he ganado, toda la que no sea pintada ni manchada en las cabras, y de color oscuro entre las ovejas, se me habrá de tener por robada.

³⁴ Dijo entonces Labán:

—Bien, sea como tú dices.

³⁵ Pero Labán apartó aquel mismo día los machos cabríos manchados y rayados, todas las cabras manchadas y salpicadas de color, toda aquella que tenía en sí algo de blanco y todas las de color oscuro entre las ovejas, y las puso en manos de sus hijos.³⁶ Y puso tres días de camino entre él y Jacob. Mientras tanto, Jacob apacentaba las otras ovejas de Labán.

Jacob ya había completado los siete años de servicio que le debía a Labán en pago por Raquel; ahora estaba ansioso por regresar a Canaán, su hogar. No sólo esperaba con ansia dejar Harán, en donde había probado la amargura de la deshonestidad y la angustia, sino también anhelaba volver a sus padres y a la tierra de la promesa. Por lo tanto, le pidió permiso a su suegro para partir.

Labán sabía lo mucho que se había enriquecido durante los años que Jacob cuidó sus rebaños y respondió: “quédate”. Esa fue una petición egoísta, como puede verse por la respuesta que le dio Jacob: “¿Cuándo trabajaré también para mi propia casa?” Aunque Labán se había beneficiado de la habilidad de Jacob en la cría de ganado, su avaricia era evidente al no estar dispuesto a compartir los beneficios con Jacob. Y ahora estaba perdiendo a este hombre tan valioso. No es sorprendente que le ofreciera a Jacob un cheque en blanco. “¿Qué te daré, para que te quedes conmigo?”

La respuesta de Jacob parece haber cogido a Labán completamente desprevenido. Para apreciar eso, debemos saber que en el antiguo cercano oriente las ovejas normalmente eran de color blanco, y las cabras eran de color café oscuro o negro.

Era raro encontrar animales manchados, así como ovejas de color negro. Labán apenas podía creer la petición de Jacob, que pidió animales poco comunes, los “irregulares”. Y si acaso Labán llegara a encontrar animales de color normal en el rebaño de Jacob, podía considerarlos como robados de los suyos. Se pensaría que al hacer este ofrecimiento Jacob estaba dejando en las manos de Dios todo su futuro económico.

Labán debió haber pensado que la propuesta de su yerno era insensata, pero estuvo de acuerdo con ella de inmediato, ya que desde luego él ganaba con la oferta. Hubiéramos esperado que Labán no aceptara y en cambio le hiciera una contra oferta más favorable a Jacob. Pero su avaricia salió a relucir nuevamente, junto con su naturaleza desconfiada. Jacob había sugerido: “Déjame pasar hoy por todo tu rebaño y apartaré todos los animales de color poco común.” En lugar de ello, Labán lo hizo por sí mismo, apartó todos los animales manchados de color,

insinuando que no podía confiar en que Jacob lo hiciera honestamente. Y luego, por si fuera poco, puso a sus propios hijos a que cuidaran el rebaño de Jacob. Además, para colmo, como una muestra más de su desconfianza, puso tres días de camino entre el rebaño mayor (que estaba al cuidado de Jacob) y los animales manchados de Jacob. Eso garantizaría, primero, que no habría cruces entre los dos rebaños y, segundo, que la parte del rebaño de Jacob seguiría siendo pequeña.

³⁷ Tomó entonces Jacob varas verdes de álamo, de avellano y de castaño, y labró en ellas unas franjas blancas, descubriendo así lo blanco de las varas.³⁸ Puso las varas que había descortezado delante del ganado, en los canales de los abrevaderos adonde venían a beber agua las ovejas, las cuales procreaban cuando venían a beber. ³⁹ Así concebían las ovejas delante de las varas; y parían borregos listados, pintados y salpicados de diversos colores.⁴⁰ Apartaba Jacob los corderos, y ponía con su propio rebaño los listados y todo lo que era oscuro del ható de Labán. Y ponía su ható aparte, no con las ovejas de Labán.⁴¹ Y sucedía que cuantas veces se hallaban en celo las ovejas más fuertes, Jacob ponía las varas delante de ellas en los abrevaderos, para que concibieran a la vista de las varas.⁴² Pero cuando venían las ovejas más débiles, no las ponía; así, las más débiles eran para Labán y las más fuertes para Jacob.⁴³ Y se enriqueció Jacob muchísimo, y tuvo muchas ovejas, siervas y siervos, camellos y asnos.

Jacob se resintió por el poco cariño y la sospecha injustificada que su suegro le mostraba. Bajo la persistente provocación de Labán, salió a relucir la antigua tendencia que tenía Jacob para el engaño. Cedió a la tentación de tomar las cosas en sus manos; como su suegro se estaba aprovechado de él otra vez, Jacob decidió darle una cucharada de su propia medicina.

Para inducir a los animales de un solo color a tener crías manchadas, Jacob cortó unas ramas y les quitó la corteza para

exponer las rayas o manchas que estaban debajo de la corteza. Al tiempo del apareamiento ponía las ramas en el abrevadero. Si el truco tuvo una influencia prenatal en las ovejas y cabras y el resultado fue el nacimiento de un gran número de “irregulares”, no viene al caso. Si esta técnica es científicamente exacta o es sólo una superstición pueblerina aquí no importa. El asunto es que Jacob, “el que se traba al talón”, escuchó a su naturaleza pecaminosa que le decía: “¡La venganza es dulce!” Éste no era el nuevo hombre hablando en Jacob; el recurrir a engaños en los momentos del apareamiento no era una evidencia de una nueva vida de fe. Jacob aún no estaba listo para graduarse de la escuela de capacitación del Señor.

Creyendo que su estrategia había tenido éxito, Jacob añadió algunas sutilezas. Cuando nacían los animales manchados o rayados los separaba de las madres tan pronto como era posible, y los mezclaba con el resto del rebaño, para facilitar el apareamiento. Y comenzó a limitar el uso de sus varas; sólo las utilizó cuando los animales más fuertes se estaban apareando. Por medio del apareamiento selectivo, logró para sí mismo un rebaño de animales fuertes, dejando para el rebaño de Labán los más débiles.

En la visión que Dios le permitió ver a Jacob años atrás en Bet-el (28:15), le prometió que lo iba a bendecir, pero desde luego no necesitaba las intrigas de Jacob para ayudarlo a cumplir su promesa. Más adelante, Dios le va a aclarar a Jacob que las bendiciones no eran por causa de sus artimañas, sino a pesar de ellas (31:10-12).

Jacob huye de Labán

31 Jacob oía las palabras de los hijos de Labán, que decían: «Jacob ha tomado todo lo que era de nuestro padre, y de lo que era de nuestro padre ha adquirido toda esta riqueza». ²Miraba también Jacob el semblante de Labán, y veía que no era para con él como había sido antes. ³Entonces Jehová dijo a Jacob: «Vuélvete a la tierra de tus padres, a tu parentela, y yo estaré contigo».

Por seis años más, que suman veinte en total, continuó el estira y afloja entre Labán y Jacob. Jacob hizo todo lo posible para garantizar que naciera el mayor número de animales manchados. Labán, por otra parte, cambió el salario de Jacob repetidas veces. Sin embargo, pese a esa falta de honradez, Jehová siguió bendiciendo a Jacob, y su creciente prosperidad irritaba cada vez más a Labán y a sus hijos. No lo miraban como a un miembro de la familia, ni como a un hombre bendecido por Dios, sino como a un extraño que con deshonestidad se había apropiado de lo que ellos legítimamente consideraban su herencia.

Las noticias de estas malas inclinaciones llegaron a oídos de Jacob. Cada vez más se convencía de que había llegado el momento de partir.

Jehová, el Dios del pacto, cierta noche resolvió el asunto de Jacob en un sueño. Como portador de la promesa mesiánica, Jacob no pertenecía a Harán, sino a Canaán, el futuro hogar de sus descendientes. Jacob comprendió, por supuesto, que regresar a casa implicaba enfrentar a Esaú. ¿Aún estaría Esaú buscándolo para matarlo? La promesa de Dios hizo más fácil que Jacob obedeciera.

⁴Envió, pues, Jacob a llamar a Raquel y a Lea al campo donde estaban sus ovejas,⁵ y les dijo:

—Veo que vuestro padre ya no me mira como antes; pero el Dios de mi padre ha estado conmigo.⁶ Vosotras sabéis que con todas mis fuerzas he servido a vuestro padre;⁷ pero vuestro padre me ha engañado y me ha cambiado el salario diez veces, si bien Dios no le ha permitido que me hiciera daño. ⁸Si él decía: “Los pintados serán tu salario”, entonces todas las ovejas parían pintados; y si decía: “Los listados serán tu salario”, entonces todas las ovejas parían listados.

⁹Así quitó Dios el ganado de vuestro padre y me lo dio a mí.

¹⁰»Sucedió, cuando las ovejas estaban en celo, que alcé yo mis ojos y vi en sueños que los machos que cubrían a las hembras eran listados, pintados y abigarrados.¹¹ Y me dijo el

ángel de Dios en sueños: “Jacob”. Y yo respondí: “Aquí estoy”.¹² Entonces él dijo: “Alza ahora tus ojos, y verás que todos los machos que cubren a las hembras son listados, pintados y abigarrados, pues yo he visto todo lo que Labán te ha hecho.¹³ Yo soy el Dios de Bet-el, donde tú ungiste la piedra y donde me hiciste un voto. Levántate ahora y sal de esta tierra; vuélvete a la tierra donde naciste”.

La primera tarea de Jacob era convencer a sus esposas de que había llegado el tiempo de regresar a Canaán. Las llevó al campo para hablarles en privado. Les contó el servicio fiel y sacrificado que había le prestado al padre de ellas durante veinte años, sólo para ser recompensado con desconfianza, deshonestidad y mala voluntad. A fin de mantener la paz, Jacob había permitido una y otra vez que Labán cambiara los términos del salario acordado y los inclinara siempre a su favor. Pero no importaba con qué frecuencia cambiara Labán el trato, Jehová se encargó de que Jacob saliera ganando. “Y”, agregó Jacob, “si el aumento tan rápido de mis rebaños y ganado no fuera un indicio claro de que Jehová me ha bendecido, Dios mismo me lo ha dicho en un sueño extraño”.

Jacob identificó al que le habló en el sueño como “el ángel de Dios”, refiriéndose a Dios mismo (versículo 13). Hemos encontrado a este vocero varias veces antes en Génesis como, por ejemplo, cuando se le apareció a Agar (16:7-11) y a Abraham (22:11,14-16). El Hijo de Dios se apareció también ante Jacob en este momento crítico. Jacob tal vez pensó que descortezar varas con su cuchillo había contribuido a su éxito como pastor, pero el sueño le mostró que Dios estaba controlando hasta los detalles de la cría del ganado. En su sueño, Jacob vio los rebaños de Labán durante la época de reproducción. Aunque el ganado de Labán era el de un solo color, los únicos machos cabríos que se apareaban eran los de color irregular, lo cual significaba que todas las crías le pertenecían a Jacob. El sueño sirvió como un bondadoso recordatorio de que si Dios quería concederle a Jacob sus

bendiciones materiales, no necesitaba para nada su ayuda.

El sueño de Jacob terminó con una orden clara de Dios: “Levántate ahora y sal de esta tierra; vuélvete a la tierra donde naciste”. Para que Jacob obedeciera con más facilidad su mandato, Dios se identificó como “el Dios de Bet-el”. Veinte años antes, en Bet-el, Dios se había aparecido a Jacob con promesas preciosas:

- “Te daré a ti y a tus descendientes esta tierra.”
- “Tus descendientes serán tan numerosos como el polvo de la tierra.”
- “En ti serán benditas todas las naciones de la tierra.”
- “Estoy contigo, y volveré a traerte a este lugar.”

Ante este mandato directo de Dios, y en vista de sus promesas, Jacob sabía claramente cuál era su misión. Pero, ¿qué pensarían sus esposas acerca de dejar Harán e ir a vivir en Canaán?

¹⁴ Respondieron Raquel y Lea, y le dijeron:

—¿Tenemos acaso parte o heredad en la casa de nuestro padre?¹⁵ ¿No nos tiene ya por extrañas, pues que nos vendió y hasta se ha comido del todo lo que recibió por nosotras?¹⁶ Toda la riqueza que Dios le ha quitado a nuestro padre es nuestra y de nuestros hijos; ahora, pues, haz todo lo que Dios te ha dicho.

¹⁷ Se levantó, pues, Jacob y montó a sus hijos y a sus mujeres sobre los camellos; ¹⁸ y puso en camino todo su ganado y todo cuanto había adquirido (el ganado de la ganancia que había obtenido en Padan-aram), para volverse a Isaac, su padre, en la tierra de Canaán. ¹⁹ Como Labán había ido a trasquilar sus ovejas, Raquel hurtó los ídolos de su padre; ²⁰ y Jacob engañó a Labán, el arameo, no diciéndole que se iba. ²¹ Huyó, pues, con todo lo que tenía; se levantó, pasó el Éufrates y se dirigió a los montes de Galaad.

Jacob se ha de haber sorprendido con el consentimiento tan rápido de sus esposas para dejar su tierra natal. Además, ellas

habían notado un cambio en la actitud de su padre, no sólo hacia Jacob, sino hacia ellas también. “Ya no nos mira como hijas”, dijeron, “sino como extrañas”, como esclavas a quienes usa tan sólo para su propia conveniencia.

Otra acción de su padre por la que estaban resentidas era que “se [había] comido del todo lo que recibió por [ellas]”. De acuerdo a la ley de Mesopotamia, se suponía que un padre conservaría una parte del precio pagado por su hija al tiempo de casarse. Podía invertirlo, pero se suponía que se lo regresaría si en algún momento de su vida lo necesitaba, ya que el precio que se daba por la novia era su póliza de seguro. Como Labán se había apropiado de manera egoísta de lo que Jacob había pagado por Lea y por Raquel con catorce años de trabajo, ellas creían que lo que Jacob había conseguido de su suegro les pertenecía por derecho.

Una de las pequeñas ironías de la vida de altibajos de Jacob, es que veinte años antes había huido de Canaán para ir a Harán y ahora tenía que huir de Harán para ir a Canaán. Podía partir sin que lo notaran, porque Labán había puesto una gran distancia entre sus rebaños y los de Jacob (30:36). Jacob también planeó su partida para que coincidiera con la época de esquilar las ovejas de Labán, que era cuando había mucha actividad.

Un detalle en este episodio que desconcierta a los que estudian la Biblia es que Raquel robara los ídolos de la casa de su padre. Se han dado varios motivos para explicar el robo. Algunos han pensado que Raquel era una idólatra en secreto y quería la protección de las estatuillas. Algunos eruditos creen que el poseer estos ídolos tenía una importancia económica porque después de la muerte del padre, el hijo que los heredara sería el jefe del clan. Si acaso fuera así, podemos comprender por qué Labán estaba tan molesto pensando que Jacob tenía en su poder los dioses de su casa.

De todos modos, la larga caravana de Jacob, en la que iban sus esposas e hijos, siervos y sirvientas, ovejas, vacas, cabras, camellos y asnos, salieron hacia el sur de Harán. Tenemos alguna idea del tamaño de los rebaños y del ganado de Jacob al notar que

cuando se adelantó para encontrarse con Esaú (lo que se relata en el siguiente capítulo), Jacob le envió un regalo de 580 animales. La gran caravana cruzó el río Éufrates y avanzó lentamente hacia Canaán. Luego de una semana de viaje habían llegado a la tierra de Galaad, al este del mar de Galilea, dejando un rastro que no sería nada difícil que Labán siguiera.

²² Al tercer día le dijeron a Labán que Jacob había huido.²³ Entonces Labán tomó consigo a sus parientes, y fue tras Jacob. Siete días después lo alcanzó en los montes de Galaad.²⁴ Pero aquella noche vino Dios en sueños a Labán, el arameo, y le dijo: «Cuídate de no hablarle a Jacob descomedidamente».

²⁵ Alcanzó, pues, Labán a Jacob, que había fijado su tienda en el monte; y acampó Labán con sus parientes en los montes de Galaad.²⁶ Entonces dijo Labán a Jacob:

—¿Qué has hecho? ¿Por qué me has engañado y te has llevado a mis hijas como prisioneras de guerra? ²⁷ ¿Por qué te escondiste para huir, y me engañaste, y no me lo hiciste saber para que yo te despidiera con alegría y con cantares, con tamborín y arpa?²⁸ Pues ni aun me dejaste besar a mis hijos y a mis hijas. Esta vez has obrado locamente.²⁹ Poder hay en mi mano para haceros daño; pero el Dios de tu padre me habló anoche diciendo: “Cuídate de no hablarle a Jacob descomedidamente”.³⁰ Y ya que te ibas, pues añorabas la casa de tu padre, ¿por qué hurtaste mis dioses?

Labán inició el rastreo tres días más tarde, cuando se enteró de que Jacob había partido. La noche antes que alcanzara a Jacob, Labán tuvo un sueño en el que Dios le advirtió que no fuera a hacerle daño a su yerno. Es concebible que un hombre amargado y vengativo, junto con un pequeño equipo de hombres armados, pudieran simplemente tomar el ganado y obligar a Jacob y a toda su familia a regresar a Harán, esta vez como esclavos.

El saludo de Labán a su yerno fue: “¿Qué has hecho?” Respondiendo a su propia pregunta, acusó a Jacob de engañarlo,

de llevarse a sus hijas como prisioneras de guerra, y de robar los dioses de su casa. Hay hipocresía en sus palabras, cuando se describe a sí mismo como un padre dolido que había mantenido una relación tierna y amorosa con sus hijas. Pretendió tener sólo respeto y buena voluntad para con Jacob, aunque bien sabían los dos que no era así. Labán probablemente estuvo más cerca de decir la verdad cuando admitió que sólo el temor a la venganza de Dios lo había detenido de recurrir a la violencia.

³¹ Respondió Jacob a Labán:

—Porque tuve miedo, pues pensé que quizá me quitarías por fuerza tus hijas.³² Aquel en cuyo poder halles tus dioses, ¡que no viva! Reconoce delante de nuestros hermanos lo que yo tenga tuyo, y llévatelo.

Ciertamente Jacob no sabía que Raquel los había hurtado.

³³ Entró Labán en la tienda de Jacob, en la tienda de Lea y en la tienda de las dos siervas, y no los halló. Salió de la tienda de Lea y entró en la tienda de Raquel.³⁴ Pero Raquel tomó los ídolos y los puso en la montura de un camello, y se sentó sobre ellos. Labán rebuscó por toda la tienda y no los encontró.³⁵ Entonces ella dijo a su padre:

—No se enoje mi señor, si no me puedo levantar delante de ti, pues estoy con el período de las mujeres.

Como Labán siguió rebuscando sin hallar los ídolos,

³⁶ Jacob se enojó y riñó con Labán, diciéndole:

—¿Qué falta cometí? ¿Cuál es mi pecado, para que con tanto ardor hayas venido en mi persecución?³⁷ Al registrar todas mis cosas, ¿qué has hallado de todos los enseres de tu casa? Ponlo aquí delante de mis hermanos y de los tuyos, y juzguen entre nosotros.³⁸ Estos veinte años he estado contigo; tus ovejas y tus cabras nunca abortaron, ni yo comí carnero de tus ovejas.³⁹ Nunca te traje lo arrebatado por las fieras: yo pagaba el daño; lo hurtado, así de día como de noche, a mí me lo cobrabas.⁴⁰ De día me consumía el calor y de noche la helada, y el sueño huía de mis ojos.⁴¹ Así he estado veinte

años en tu casa: catorce años te serví por tus dos hijas y seis años por tu ganado, y has cambiado mi salario diez veces.⁴² Si el Dios de mi padre, Dios de Abraham y Terror de Isaac, no estuviera conmigo, de cierto me enviarías ahora con las manos vacías; pero Dios ha visto mi aflicción y el trabajo de mis manos, y anoche te reprendió.

Debió haber sido difícil que Jacob permaneciera imperturbable ante la retahíla de acusaciones que Labán pronunció contra él. Todos los que estaban allí presentes sabían muy bien que las acusaciones de Labán contra su yerno no eran ciertas, y Jacob no creyó necesario contestarle. Sin saber que Raquel había robado los dioses de la familia, invitó a Labán a que se cerciorara por él mismo de lo infundado de sus acusaciones. Y si encontraba sus dioses con algún miembro de su casa, esa persona moriría.

Raquel parece que heredó la astucia de su padre. Cuando Labán procedió a buscar en todas las tiendas y equipaje de Jacob, Raquel ocultó los dioses en la montura de los camellos y se las arregló para que su padre no buscara allí.

Entonces Jacob se enfureció. “¿Qué falta cometí? ¿Cuál es mi pecado para que salgas a perseguirme como si fuera un ladrón? Te serví fielmente por veinte años, y bien sabes que tu ganado recibió el mejor de los cuidados. Mientras llevaba a pastar a tus animales, nunca maté ninguno para comer.” (Algunas antiguas tablillas de arcilla descubiertas en el sitio donde se localizaba el antiguo Nuzi registran demandas que los propietarios de ganado entablaron contra sus pastores por sacrificar animales sin autorización). “Si uno de tus animales era despedazado por una fiera o robado, tú exigías que yo lo pagara. Vine a ti como un pobre empleado, y si el Dios de mis padres no me hubiera prosperado, seguiría siendo pobre. ¡Ése es el Dios que te habló anoche!”

⁴³ **Respondió Labán y dijo a Jacob:**

—Las hijas son hijas mías; los hijos, hijos míos son; las ovejas son mis ovejas, y todo lo que tú ves es mío: ¿qué les puedo yo hacer hoy a estas mis hijas, o a los hijos que ellas

han dado a luz?⁴⁴ Ven ahora, pues, y hagamos pacto tú y yo, y sirva por testimonio entre nosotros dos.

⁴⁵ Entonces Jacob tomó una piedra y la levantó por señal.

⁴⁶ Y dijo Jacob a sus hermanos:

—Recoged piedras.

Tomaron, pues, piedras e hicieron un montón, y comieron allí sobre aquel montón.⁴⁷ Labán lo llamó «Jegar Sahaduta»; y Jacob lo llamó «Galaad».

⁴⁸ Entonces Labán dijo:

—Este montón de piedras es testigo hoy entre nosotros dos.

Por eso fue llamado su nombre Galaad;⁴⁹ y también Mizpa, por cuanto dijo:

—Vigile Jehová entre tú y yo cuando nos apartemos el uno del otro.⁵⁰ Si maltratas a mis hijas o si tomas otras mujeres además de mis hijas, aunque nadie esté con nosotros, mira, Dios es testigo entre nosotros dos.

⁵¹ Dijo más Labán a Jacob:

—Mira este montón de piedras y esta señal que he erigido entre tú y yo.⁵² Testigo sea este montón de piedras y testigo sea esta señal, que ni yo pasaré de este montón de piedras para ir contra ti ni tú pasarás de este montón ni de esta señal para ir contra mí, para nada malo.⁵³ Que el Dios del padre de nuestros padres, el Dios de Abraham y el Dios de Nacor, juzgue entre nosotros.

Jacob juró por aquel a quien temía Isaac, su padre.⁵⁴ Luego Jacob inmoló víctimas en el monte, y llamó a sus hermanos a comer pan. Ellos comieron pan y durmieron aquella noche en el monte.

⁵⁵ Se levantó Labán de mañana y besó a sus hijos y a sus hijas; los bendijo, partió y se volvió a su lugar.

Labán debió haber sentido el arrebató de Jacob como una puñalada. No había forma de refutar las acusaciones de Jacob. Quiso salvar las apariencias ante sus parientes afirmando que el amor por sus hijas y sus nietos le impedía reclamar lo que

justamente le pertenecía. Y nuevamente su naturaleza desconfiada salió a relucir cuando le pidió a Jacob que hicieran un pacto, un contrato solemne, de que nunca iba a regresar para vengarse. Jacob estuvo completamente de acuerdo, y selló el pacto con un juramento.

Como un testimonio visible del acuerdo, se erigió una gran piedra de forma de pilar, y se pusieron piedras adicionales en un montón. Labán le dio al monumento un nombre en arameo, Jacob en hebreo. Los dos nombres significan lo mismo: “montón del testimonio”. A la columna de piedra también se le llamó Mizpa (“atalaya”).

Para Jacob, las piedras representaban un monumento a una separación pacífica. Labán le dio un significado siniestro: “Vigile Jehová entre tú y yo”. En otras palabras: “Que Jehová vigile a Jacob y le impida hacerme daño. Y Jacob, si maltratas a mis hijas, no estaré cerca para verlo, pero este monumento será un constante recordatorio de que *Dios* ve lo que haces.” Estas palabras fueron poco amables y llenas de desconfianza. Para poner énfasis en la solemnidad del contrato, Labán invocó al Dios de Nacor (su abuelo) y al Dios de Abraham (abuelo de Jacob). Esto se ha interpretado generalmente como prueba de que Labán era politeísta.

Y como Jacob estaba agradecido porque había concluido pacíficamente un capítulo desagradable de su vida, ofreció sacrificio a Dios. Por fin habían terminado la prolongada ausencia de casa y sus dolorosos veinte años de exilio en la casa de Labán.

Labán, también, regresó a su hogar. Por dos generaciones consecutivas, los parientes de Abraham en Harán habían proporcionado esposas para hombres portadores de la promesa del pacto. Pero dado que el resto de la familia de Labán estaba fuera de la línea mesiánica, de este punto en adelante, él desaparece de Génesis. A partir de aquí, la atención del lector se verá dirigida lejos de la tierra de Aram, hacia la tierra de la promesa, donde los descendientes de Jacob llegarían a formar una gran nación.

La crisis espiritual de Jacob

32 Jacob siguió su camino, y le salieron al encuentro unos ángeles de Dios. ² Dijo Jacob cuando los vio: «Campamento de Dios es éste», y llamó a aquel lugar Mahanaim.

Jacob ya había pasado veinte años en la escuela de instrucción del Señor. El maestro había trabajado persistente y determinadamente con su problemático estudiante. Trató con paciencia de purificar la fe de Jacob de las impurezas que la debilitaban, tales como engaños y confianza en sí mismo. Aunque durante todos esos años de instrucción divina, Jacob estuvo constantemente tentado a volver a su antigua forma de ser, este capítulo nos ofrece una evidencia convincente de que el programa de capacitación de Dios había tenido éxito.

Luego que Labán regresó a su hogar al norte de Canaán, Jacob y su gran caravana siguieron su viaje hacia el sur. Ahora los pensamientos de Jacob se dirigieron a su encuentro con Esaú, una confrontación que presagiaba ser mucho más peligrosa que la que había sostenido con Labán. ¿Lo recibiría Esaú con amor, o con intenciones asesinas y un puñal en la mano?

Veinte años atrás, cuando Jacob dejó su hogar por primera vez, Dios le permitió ver ángeles durante un sueño en Bet-el. En el sueño, Jacob los vio llevando sus oraciones a Dios y regresando con la ayuda de Dios. Ahora Jacob regresaba a su hogar, y Dios nuevamente le permitió ver ángeles, pero esta vez no fue en sueños. Jacob estaba bien despierto cuando “le salieron al encuentro unos ángeles de Dios”. Los ángeles son normalmente invisibles. No son de carne ni hueso ni sangre, pero en esta etapa crítica de la vida de Jacob Dios quería asegurarle que no se encaminaba solo hacia un futuro incierto. Por lo tanto, Dios permitió que Jacob viera dos campamentos de ángeles (a su izquierda y a su derecha, o adelante y atrás de él). Aunque invisible, “el ángel de Jehová acampa alrededor de los que lo temen, y los defiende” (Salmo 34:7).

³ Envió Jacob mensajeros por delante al encuentro de su hermano Esaú, a la tierra de Seir, campo de Edom.⁴ Y los mandó diciendo: «Diréis a mi señor Esaú: “Así dice tu siervo Jacob: ‘Con Labán he vivido, y con él he estado hasta ahora;⁵ tengo vacas, asnos, ovejas, siervos y siervas; y envío este mensaje a mi señor, para hallar gracia en tus ojos’”».

**⁶ Los mensajeros regresaron a Jacob, y le dijeron:
—Fuimos a ver a tu hermano Esaú; él también viene a recibirte, y cuatrocientos hombres vienen con él.**

Mientras permaneció en Harán, Jacob debió haberse enterado de que Esaú se había ido de la casa de su padre para establecerse en Edom que se encontraba al sur del mar Muerto, tal vez a unos ciento sesenta kilómetros de donde Jacob ahora acampaba. Esaú al parecer había reunido un grupo de familiares, amigos y seguidores, que más tarde conquistaron a los habitantes de Edom y se adueñaron de su tierra.

Jacob envió mensajeros para que le dieran este doble mensaje a su hermano gemelo: “Yo, tu hermano, vengo para reunirme contigo”; y “Yo, tu siervo, humildemente pido encontrar gracia en tus ojos”.

El referirse a todas sus pertenencias y ganado le daría a Esaú la seguridad de que el propósito de su regreso no era para reclamar la doble porción de las propiedades de su padre. Jacob no las necesitaba ni las quería.

Los mensajeros volvieron sin una respuesta de Esaú. Sin embargo, le dieron a Jacob el inquietante informe de que su hermano se encontraba en camino para encontrarlo, junto con 400 hombres. Entonces, aparentemente, Esaú aún guardaba rencor contra su hermano.

⁷ Jacob tuvo entonces gran temor y se angustió; distribuyó en dos campamentos el pueblo que tenía consigo, y las ovejas, las vacas y los camellos, ⁸ porque pensó: «Si viene Esaú contra un campamento y lo ataca, el otro campamento escapará».

⁹ Luego dijo Jacob: «Dios de mi padre Abraham y Dios de mi padre Isaac, Jehová, que me dijiste: “Vuélvete a tu tierra y a tu parentela, y yo te haré bien”,¹⁰; no merezco todas las misericordias y toda la verdad con que has tratado a tu siervo!; pues con mi cayado pasé este Jordán, y ahora he de atender a dos campamentos. ¹¹ Líbrame ahora de manos de mi hermano, de manos de Esaú, porque le temo; no venga acaso y me hiera a la madre junto con los hijos.¹² Y tú has dicho: “Yo te haré bien, y tu descendencia será como la arena del mar, que por ser tanta no se puede contar”».

Cuando Jacob escuchó las noticias que le habían traído sus mensajeros, pensó que iba a tener una confrontación con su hermano Esaú. De inmediato tomó precauciones para minimizar sus pérdidas en el caso de que el encuentro con su hermano se tornara sangriento. Dividió su gente, así como su ganado, en dos grupos. Si los hombres de Esaú atacaban un grupo, tal vez el otro podría escapar.

Y entonces tuvo una conversación con Dios. A lo largo de los últimos capítulos de Génesis hemos observado repetidamente actitudes y acciones en Jacob que no nos gustaría imitar. Sin embargo, no es así aquí; las palabras que le dirigió Jacob a Dios antes de reunirse con Esaú son un modelo de oración que puede enseñarnos mucho sobre cómo mejorar nuestra vida de oración.

En primer lugar, Jacob confesó que no era digno de que Dios contestara su oración. “No merezco todas las misericordias y que toda la verdad con que has tratado a tu siervo.” La palabra traducida como “misericordias” pone el énfasis en el amor del pacto de Dios, el favor que él muestra a las personas, no porque lo merezcan, sino porque en dicho pacto Dios se ha obligado a sí mismo a hacerlo. Esta vez, su humildad es muy diferente de la actitud que solía tener, cuando su lema parecía ser: “¡Tengo derecho a esto, y me aseguraré de obtenerlo!” Cuando, en su oración, Jacob habló de la “verdad” de Dios, no pudo dejar de compararla con la inconstancia que él a cambio le había mostrado

al Señor. Jacob comprendió muy bien que no tenía derecho a venir a irrumpir en el trono celestial y esperar que Dios lo escuchara.

Otra característica de la oración efectiva que podemos aprender de Jacob es admitir nuestra incapacidad para manejar nuestros propios asuntos, y declarar nuestra total dependencia de Dios. Veinte años antes, Jacob no hubiera estado listo para confesarlo. Al contrario, en esa época de su vida quizá hubiera dicho: “Tengo que pensar en la forma de engañar a Esaú. No debe ser tan difícil. Si ya lo hice una vez, lo puedo hacer de nuevo.” Pero no ocurrió así esta vez. En esta ocasión su oración fue: “Líbrame ahora de manos de mi hermano...”

Un tercer aspecto de la oración que agrada a Dios y que podemos aprender de Jacob es recordarle a Dios su promesa. Escuche la oración de Jacob: “Jehová, tú me has prometido: (1) ‘Yo te haré bien, y (2) tu descendencia será como la arena del mar’. Si Esaú viene aquí mañana y pone mi casa bajo espada, tu promesa fallará. Señor del pacto, guarda tu promesa.”

¡Qué maravillosa oración! Jacob no estaba amargado. (“Jehová, Esaú no es creyente, y es hasta hombre malo. Dale lo que se merece.”) Aquí no hay trazas de que Jacob quiera disculpar su pecado. (“Señor, yo sé que no debí haber engañado a mi padre, pero bajo las circunstancias, ¿verdad que entiendes por qué lo hice?”) En cambio, simplemente dijo: “¡Señor, tú lo prometiste!” Martín Lutero lo dijo bien: “El único lugar donde los hombres piadosos pueden permanecer en pie en tiempos de prueba, es en la palabra de Dios”.

¹³ Durmió allí aquella noche, y tomó de lo que le vino a la mano un regalo para su hermano Esaú:¹⁴ doscientas cabras y veinte machos cabríos, doscientas ovejas y veinte carneros, ¹⁵ treinta camellas paridas con sus crías, cuarenta vacas y diez novillos, veinte asnas y diez borricos.¹⁶ Lo entregó a sus siervos, cada manada por separado, y dijo a sus siervos:

—Pasad delante de mí y poned espacio entre manada y manada.

¹⁷ Mandó al primero, diciendo:

—Si mi hermano Esaú te encuentra y te pregunta: “¿De quién eres? ¿Y adónde vas? ¿Y para quién es esto que llevas delante de tí?”,¹⁸ entonces dirás: “Es un regalo que tu siervo Jacob envía a mi señor Esaú. También él viene detrás de nosotros”.

¹⁹ Mandó también al segundo, al tercero y a todos los que iban detrás de aquellas manadas, diciendo:

—Esto mismo diréis a Esaú, cuando lo halléis.²⁰ Y diréis también: “Tu siervo Jacob viene detrás de nosotros”.

Pues Jacob pensó: «Apaciguaré su ira con el regalo que va delante de mí, y después veré su rostro. Quizá así me acepte».²¹ Pasó, pues, el regalo delante de él, y él durmió aquella noche en el campamento.

Jacob no era un hombre fatalista (“lo que habrá de ser, será”), sino que sabía que Dios muchas veces utiliza medios humanos para cumplir su buena voluntad. Por lo tanto, Jacob hizo algo más, esperando que Dios lo usara para producir un cambio en la actitud de Esaú.

Juntó todo lo que pudo encontrar rápidamente del ganado para formar cinco rebaños, cada uno de ellos formado por cabras, ovejas, camellos (“el Cadillac del desierto”), vacas, y burros: un total de 580 animales. Designó algunos hombres para que guiaran el ganado de cada rebaño, y les mandó que ofrecieran los rebaños, uno a la vez, a Esaú, como regalo. El primer grupo de animales que vería Esaú sería un rebaño de 220 cabras, un regalo ya de por sí muy generoso. Poco después aparecería otro rebaño, y otro, y otro. Cada vez que Esaú preguntara acerca de los rebaños, se le diría: “Es un regalo que tu siervo Jacob envía a mi señor Esaú. También él viene detrás de nosotros”. Si cada uno de los cinco rebaños venía por separado, lo más probable es que el tamaño del regalo de Jacob le iba a causar más impresión a Esaú. Jacob también esperaba que esta táctica retrasara la llegada de Esaú y le diera más tiempo para calmar su ira.

²² Se levantó aquella noche, tomó a sus dos mujeres, a sus dos siervas y a sus once hijos, y pasó el vado de Jaboc.²³ Los tomó, pues, y les hizo pasar el arroyo a ellos y a todo lo que tenía. ²⁴ Así se quedó Jacob solo; y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba.²⁵ Cuando el hombre vio que no podía con él, tocó en el sitio del encaje de su muslo, y se descoyuntó el muslo de Jacob mientras con él luchaba.²⁶ Y dijo:

—Déjame, porque raya el alba.

Jacob le respondió:

—No te dejaré, si no me bendices.

²⁷ —¿Cuál es tu nombre? —le preguntó el hombre.

—Jacob —respondió él.

²⁸ Entonces el hombre dijo:

—Ya no te llamarás Jacob, sino Israel, porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido.

²⁹ —Declárame ahora tu nombre —le preguntó Jacob.

—¿Por qué me preguntas por mi nombre? —respondió el hombre.

Y lo bendijo allí mismo.

³⁰ Jacob llamó Peniel a aquel lugar, porque dijo: «Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma».

³¹ Ya había pasado de Peniel cuando salió el sol; y cojeaba a causa de su cadera.³² Por esto, hasta el día de hoy no comen los hijos de Israel del tendón que se contrajo, el cual está en el encaje del muslo, porque Jacob fue tocado en este sitio de su muslo, en el tendón que se contrajo.

Jacob y su caravana llegaron a Jaboc, un arroyo que desemboca en el Jordán desde el este, exactamente a mitad del camino entre el mar de Galilea y el mar Muerto. Después de llevar a su familia y a su ganado a través del Jaboc en la oscuridad de la noche, Jacob regresó cruzando el arroyo, aparentemente para pasar algún tiempo solo con el Señor en oración. Cuando empezó otra vez a desahogarse con Dios, repentinamente se percató de que en

la oscuridad alguien lo cogió y luchaba con él en el suelo. La misteriosa lucha continuó por horas hasta el alba.

En su comentario sobre este pasaje, Martín Lutero dijo: “Este texto es uno de los más oscuros del Antiguo Testamento”. Aunque hay algunas cosas de esta lucha que son difíciles de comprender y explicar, hay algunas verdades básicas que son muy claras.

Jacob estaba luchando con Dios en oración sincera. Esa lucha implicaba una *lucha espiritual* con Dios para obtener su bendición, pero también era una *lucha física*. El oponente de Jacob, que se menciona como “el varón”, más tarde se identifica como Dios.

¿Pero, por qué se le aparecería Dios a uno de sus hijos como un enemigo peleando contra él? Seguramente no fue para matar a Jacob. Si Dios hubiera pensado acabar con su vida, la lucha habría terminado en medio segundo. En el calor de la pelea, Jacob pudo haber estado tentado a pensar que Dios era su enemigo; y en ese caso no habría *querido* bendecirlo. Pero Dios había *prometido* hacerlo, y Jacob sabía que Dios no puede mentir.

La lucha continuó hasta que el oponente divino de Jacob, con sólo tocarle la cadera, se la dislocó por completo. Sin poder continuar la dolorosa lucha, Jacob se abrazó a su rival y no lo soltó. Su oponente dijo: “Déjame, porque raya el alba”. Él se alegró de escuchar la respuesta de Jacob: “No te dejaré, si no me bendices”. Dios no quería que Jacob (tampoco nosotros) fuera tímido con él. El Señor se deleita en dejarnos ganar victorias con base en la oración humilde del creyente. Jacob se aferró a Dios y a su promesa, y recibió la bendición que deseaba.

“¿Cuál es tu nombre?” le preguntó Jehová a Jacob, no porque lo hubiera olvidado, sino para recordarle que había sido “el que se aferra al talón”, alguien que se aprovechaba injustamente de su rival. El antiguo nombre ya no iba a identificar a este hombre, así que Dios le puso uno nuevo. “Ya no te llamarás Jacob, sino *Israel*, porque has luchado con Dios y con los hombres, y has vencido”. Los nombres bíblicos con frecuencia sirven de más que simples etiquetas para las personas. El nuevo nombre de Jacob describe la nueva naturaleza y el nuevo carácter que el Espíritu de Dios creó

con tanta paciencia y esmero en él. Ya nunca más iba a confiar en su propia astucia para vencer a sus adversarios. El que se aferra al talón había llegado a ser el persistente luchador que se aferró a la promesa de Dios y ganó legítimamente de él su bendición. Había aprendido a apoyarse en Dios.

Dios al parecer pensó que Jacob necesitaba algo que le recordara su victoria, como una advertencia para que no volviera a caer en la naturaleza del viejo “Jacob”. Y así, cuando Jacob salió de la escena de la lucha, iba cojeando. Todos los hijos de Dios debemos aprender que no tenemos poder en nosotros mismos para poder con Dios ni con el hombre. Nuestra única fuerza, como la de Jacob, viene cuando nos aferramos firmemente a las promesas de Dios.

Para Jacob, otro fruto bendito de la misteriosa lucha fue verse librado del terror que se había apoderado de su corazón cuando se enteró de que Esaú venía a buscarlo con 400 hombres. Ahora, con la promesa del Salvador resonando en sus oídos, estaba dispuesto a encontrarse con Esaú, preparado para cualquier sorpresa que pudiera traerle el nuevo día.

Todavía, en ocasiones, Dios se aparece a su pueblo como si fuera un enemigo. Todos hemos experimentado las oscuras horas en que no hemos podido ver la misericordia divina, sino solamente un rostro lleno de enojo. Jacob se aferró a Dios aun cuando parecía ser su enemigo, y ganó una bendición. Tendremos la misma experiencia cuando, con fe, aprendamos a decir: “Salvador mío, no te dejaré hasta que me bendigas”.

Encuentro con Esaú y regreso a Canaán

33 Alzó Jacob sus ojos y vio que venía Esaú con cuatrocientos hombres; entonces repartió él los niños entre Lea, Raquel y las dos siervas.² Puso las siervas y sus niños delante, luego a Lea y sus niños, y detrás a Raquel y a José.³ Y él pasó delante de ellos y se inclinó a tierra siete veces, hasta que llegó a su hermano.⁴ Pero Esaú corrió a su

encuentro y, echándose sobre su cuello, lo abrazó y besó; los dos lloraron.

Durante la memorable noche que Jacob pasó en el arroyo del Jaboc se había separado de sus familias y rebaños, enviándolos por delante. Ahora se reunió con ellos, y la caravana siguió su marcha hacia el sur. De pronto, una nube de polvo se levantó en el horizonte anunciando la llegada de un grupo de jinetes. Nadie tenía que decirle a Jacob quiénes eran.

Formó a sus hijos, los cuatro hijos de las siervas en frente, y luego Lea con sus siete hijos, y finalmente Raquel y su hijo José, tal vez en el orden planeado para presentarlos a Esaú. Había llegado el momento de la verdad. Jacob se adelantó para encontrar a su hermano, sin saber cómo lo recibiría.

No hay que hacer mucho esfuerzo para imaginarnos el drama de la escena. Una comparación con varios pasajes en Génesis (47:9; 41:46; 45:11; 29:27; 31:38) revela que Jacob y Esaú estaban en los noventa años cuando se volvieron a encontrar. Aquí estaban los dos gemelos canosos que por veinte años no se habían visto.

Cuando Jacob se adelantó hacia Esaú, se postró en el suelo, se levantó, caminó uno o dos pasos, y se inclinó de nuevo. Hizo esto *siete veces*. Aunque sabía que Dios había anunciado que el mayor serviría al menor, Jacob se refirió a sí mismo como su “siervo”, y a su hermano lo llamó “señor”, tratándolo con gran respeto. Si en años pasados Esaú había visto arrogancia en su hermano gemelo, ahora no vio ni un asomo de ello. Al ver que Jacob se inclinaba humildemente ante él, la amargura de Esaú se esfumó.

Y de pronto se despejó cualquier duda que Jacob pudo haber tenido sobre la manera cómo iba a ser recibido. Conmovido por la evidente humildad de Jacob, Esaú desmontó de su camello, corrió hacia su hermano abrazándolo, besándolo y llorando. ¡Sorprendente! Ya hemos notado los cambios en Jacob por el poder de la gracia de Dios; aquí vemos que la misma poderosa gracia divina también había producido cambios en Esaú. Aunque Jacob

había hecho todo lo posible para reconciliarse con su hermano, finalmente sólo es Dios quien puede obrar el cambio en los corazones. Utilizó las oraciones de Jacob, sus generosos regalos y su respetuosa actitud, pero sólo él puede ablandar el corazón más duro.

⁵ Después Esaú levantó sus ojos, vio a las mujeres y los niños y dijo:

—¿Quiénes son estos?

—Son los niños que Dios ha dado a tu siervo —dijo Jacob.

⁶ Luego vinieron las siervas y sus hijos, y se inclinaron.⁷ Vino Lea con sus hijos, y se inclinaron; y después llegaron José y Raquel, y también se inclinaron.⁸ Preguntó entonces Esaú:

—¿Qué te propones con todos estos grupos que he encontrado?

—Hallar gracia a los ojos de mi señor —respondió Jacob.

⁹ Dijo entonces Esaú:

—Suficiente tengo yo, hermano mío; sea para ti lo que es tuyo.

¹⁰ Jacob replicó:

—No, yo te ruego; si he hallado ahora gracia a tus ojos, acepta mi regalo, porque he visto tu rostro como si hubiera visto el rostro de Dios, pues que con tanta bondad me has recibido.¹¹ Acepta, te ruego, el regalo que te he traído, pues Dios me ha favorecido y todo lo que hay aquí es mío.

E insistió hasta que Esaú lo tomó.

Esaú vio más de doce niños con sus madres y, sorprendido, exclamó: “¿Quiénes son estos?” Mencionó a los cientos de animales que le había enviado como regalo y le preguntó: “¿Qué significa este gran número de animales?” La respuesta que recibió fue: “Por favor acéptalos como una muestra de gratitud porque he visto el amor de Dios reflejado en tu cara”. ¡Cuánto había cambiado Dios a Jacob en un período de veinte años! En vez de querer *despojar* a Esaú de una bendición, ahora Jacob casi estaba

obligando a Esaú a *aceptar* el regalo que le estaba ofreciendo. Esto es prueba palpable de la bendición de Jehová.

¹² Y dijo Esaú:

—Anda, vamos; yo iré delante de ti.

¹³ Jacob respondió:

—Mi señor sabe que los niños son tiernos, y que tengo ovejas y vacas paridas; si las fatigan, en un día morirán todas las ovejas.¹⁴ Pase ahora mi señor delante de su siervo, y yo me iré poco a poco al paso del ganado que va delante de mí y al paso de los niños, hasta que llegue a Seir, donde está mi señor.

¹⁵ Dijo Esaú:

—Dejaré ahora contigo parte de la gente que viene conmigo.

Jacob respondió:

—¿Para qué, si he hallado gracia a los ojos de mi señor?

Esaú había experimentado un cambio de corazón, y lo demostró no sólo con palabras sino también con hechos. Sabía que merodeaban bandas de ladrones que constituían una amenaza para una caravana tan grande y vulnerable como era la de Jacob. Por eso, le ofreció una escolta que los guiara a dondequiera que fueran.

Jacob rechazó la propuesta de su hermano, por varias razones, de las cuales sólo una se menciona aquí. “Mi grupo, con niños y ganado tierno, no puede viajar al ritmo del tuyo. Si los forzamos a avanzar por un solo día, podríamos perderlos”. Pero Jacob tenía otra razón para no aceptar la protección que Esaú le ofrecía: pocos días antes Dios le había abierto los ojos permitiéndole ver un ejército de ángeles que lo rodeaban (32:1). Aun cuando la escolta celestial era invisible, era toda la protección que necesitaba.

Tal vez para no herir los sentimientos de su hermano, Jacob no le mencionó la otra razón que tenía para no aceptar que lo acompañara a Canaán. Esaú había mostrado poco aprecio por el pacto mesiánico, dos de sus esposas eran cananeas paganas, la



Esau y Jacob se reconcilian

tercera era una ismaelita. Las tres estaban fuera de la familia de la promesa. Jacob quería que sus descendientes permanecieran separados de aquellos que despreciaban su herencia.

Y así partieron los hermanos, pero permanecieron unidos de corazón. Moisés nos dice más adelante (35:29) que cuando murió Isaac, Esaú y Jacob enterraron a su padre. Eso nos hace llegar a la conclusión de que la reconciliación de los hermanos no sólo fue auténtica, sino también permanente.

¹⁶ Así volvió Esaú aquel día por su camino a Seir.¹⁷ Y Jacob fue a Sucot; allí se edificó una casa e hizo cabañas para su ganado; por tanto, puso por nombre Sucot a aquel lugar.

¹⁸ Después Jacob, cuando regresaba de Padan-aram, llegó sano y salvo a la ciudad de Siquem, que está en la tierra de Canaán, y acampó delante de la ciudad.¹⁹ Compró a los hijos de Hamor, padre de Siquem, por cien monedas, la parte del campo donde había plantado su tienda,²⁰ erigió allí un altar y lo llamó «El-Elohe-Israel».

Esaú se despidió de su hermano y regresó a su hogar en la tierra de Edom, al sur del mar Muerto. Jacob se estableció temporalmente cerca de la orilla este del río Jordán, en el valle del Jordán conocido como el Arabá. Allí descansaron él y su familia del esfuerzo y la tensión del largo viaje desde Harán. Jacob construyó una vivienda para él y para su familia y refugios para su ganado cerca del sitio donde más tarde estuvo la ciudad de Sucot (“refugios”).

Resulta interesante que Jacob no se encaminara inmediatamente al oeste, cruzando el Jordán y al sur a Hebrón, donde estaba viviendo su padre (35:27). Después de permanecer en Sucot por algunos años, cruzó el Jordán y se estableció en Siquem, en el centro de Canaán. Además, dijo claramente que no quería vivir como extranjero, sino permanente como propietario. Por lo tanto, compró una propiedad y estableció su residencia legal en ese lugar. Fue el antepasado de una nación que iba a llevar su

nombre, el pueblo de Israel, que un día iba a poseer esa tierra como su patria. Así como Abraham había insistido en comprar una parcela para sepultar a Sara en la tierra prometida, también Jacob quiso erigir su tienda en la tierra de su propiedad. Sus descendientes sabrían que él creyó en la promesa que les hizo Dios, de que los israelitas un día iban a poseer ese lugar. Y al establecer su casa independiente de su padre Isaac, Jacob demostró que él era un patriarca por derecho.

La declaración “llegó sano y salvo a la ciudad de Siquem, que está en la tierra de Canaán” da un ejemplo de lo que se ha llamado evidencia interna de que Moisés es el autor de Génesis. Si, como algunos críticos de la Biblia afirman hoy en día, Génesis no fue escrito hasta mucho después de que Israel entró a la tierra prometida, la frase “en Canaán” es innecesaria. Después de la conquista israelita, ¿qué ciudadano tendría necesidad de que le informaran que una de sus ciudades más importantes, la primera capital de la nación, estaba ubicada en la tierra de Canaán?

Hay dos aspectos colaterales interesantes en la historia posterior de los israelitas acerca de lo que realmente pasó en la compra del terreno que aquí se registra. Algunos siglos más tarde, después que habían ocupado la tierra de Canaán, ellos sepultaron los restos momificados de José en Siquem, tal como José lo había pedido (50:25; Josué 24:32). Aquí se llevó a cabo una de las conversaciones más interesantes que el Señor Jesús tuvo con una mujer samaritana a la que había encontrado al lado de un pozo en Sicar (Siquem), la propiedad que Jacob había comprado (Juan 4:5).

Un capítulo memorable y muy significativo en la vida de Jacob había llegado a su fin. El patriarca creyó que esto merecía un reconocimiento especial. Por lo tanto, construyó un altar en Siquem, un lugar de adoración pública. Allí proclamó el nombre del Dios todopoderoso, el Dios de Israel, usando el nuevo nombre que Dios le había dado. Mediante el poder y la misericordia del Dios del pacto, veinte tumultuosos años de su vida llegaban a una victoriosa conclusión.

Tragedia en Siquem

34 Dina, la hija que Lea había dado a luz a Jacob, salió a ver a las hijas del país.² Y la vio Siquem hijo de Hamor, el heveo, príncipe de aquella tierra; la tomó, se acostó con ella y la deshonoró.³ Pero su alma se apegó a Dina, la hija de Lea; se enamoró de la joven y habló a su corazón.⁴ Entonces dijo Siquem a Hamor, su padre:
—Tómame por mujer a esta joven.

Nos gusta pensar que los últimos años de la vida de un creyente son tranquilos: rodeados del amor de una familia devota, viendo los frutos de la instrucción cristiana de los hijos. Sin embargo, los últimos años de la vida de Jacob están teñidos de una serie de tragedias familiares, la primera de las cuales se menciona en Génesis 34. En las manos de un Padre de misericordia, estas tragedias fueron otra vez una disciplina para Jacob, que le recordaron su viejo carácter como “el que se aferra al talón”, haciendo que orara a Dios para que lo cuidara de caer nuevamente en su vieja naturaleza pecaminosa.

Si calculamos que habían transcurrido unos diez años desde que Jacob había regresado de Harán, su hija Dina debió haber tenido cuando menos 16 años. Quizá recibió una invitación de sus amigas para reunirse con otras muchachas cananeas de su edad o para asistir a alguna fiesta de la región. Durante la visita, fue violada por el hijo del príncipe de los heveos, una tribu cananea. El padre, por cierto, fue el hombre a quien Jacob le había comprado la propiedad en la que estaba viviendo.

Su hijo Siquem, que había vivido en una cultura de libertinaje y perversión sexual, no era capaz de distinguir entre el amor y la lujuria. El verbo hebreo describe lo que hizo como un acto de violencia y de humillación a la otra persona. Siquem lo vio como una conquista, lo que podemos comprender si recordamos que era pagano. Dios es el único que puede enseñarnos que el amor es una emoción desinteresada que busca primeramente el bien del ser

amado. “De tal manera amó Dios al mundo que *ha dado...*” no “... *arrebatao*”.

⁵ Se enteró Jacob de que Siquem había deshonrado a Dina, su hija. Sus hijos estaban con su ganado en el campo, y llamó Jacob hasta que ellos regresaran.⁶ Mientras tanto, Hamor, el padre de Siquem, se dirigió a Jacob para hablar con él.

⁷ Los hijos de Jacob regresaron del campo cuando lo supieron; se entristecieron los hombres y se enojaron mucho, porque se había cometido una ofensa contra Israel al acostarse con la hija de Jacob, lo que no se debía haber hecho.

Tal vez la primera sospecha que tuvo Jacob de que algo había pasado fue cuando Dina no regresó a casa al atardecer. Parece que el joven Siquem, al tener el permiso de su padre de casarse con la joven, la llevó a su casa. Jacob guardó silencio sobre el asunto hasta que sus hijos regresaron de atender al ganado. ¿Decidió hacer esto debido a su edad (probablemente para entonces contaba con más de cien años) para discutir el asunto primero con los hermanos de Dina, antes de tomar una acción decisiva? Por supuesto, Jacob sabía que los demás hijos de Lea se sentirían especialmente responsables de defender a su hermana. ¿O estaba Jacob delegando poco a poco en sus hijos el liderazgo de la familia? ¿Habría actuado con más decisión si una hija de Raquel hubiera sido la atacada, en vez de una de las hijas de Lea? La conducta de Jacob nos deja con algunas preguntas sin respuesta.

La primera reacción de los hermanos cuando se enteraron de lo sucedido a su hermana nos parece digna de elogio. Se entristecieron al enterarse de lo sucedido, y después se enojaron. Hay que mencionar a su favor que reconocían a Jacob como un patriarca y a su familia como una familia muy especial de Dios. (En cambio, Esaú no le dio importancia al hecho cuando se unió en matrimonio con dos mujeres cananeas.) “Somos el pueblo del pacto”, parecían estar diciendo los hermanos. “Dios nos ha puesto

aparte como el pueblo de la promesa. El que Siquem haya violado a una de las mujeres de la familia del pacto muestra que no tiene respeto por la gran promesa de Dios.” Y tenían razón. Dios considera una afrenta personal el desprecio que se muestra a su pueblo.

⁸ Hamor habló con ellos, y les dijo:

—El alma de mi hijo Siquem se ha apegado a vuestra hija; os ruego que se la deis por mujer.⁹ Emparentad con nosotros, dadnos vuestras hijas y tomad vosotros las nuestras.¹⁰ Habitad con nosotros, porque la tierra estará delante de vosotros; morad y negociad en ella, y tomad en ella posesión.

¹¹ Siquem dijo también al padre y a los hermanos de Dina:

—Halle yo gracia en vuestros ojos y os daré lo que me pidáis.¹² Aumentad a mi cargo mucha dote y regalos, que yo os daré cuanto me pidáis; pero dadme la joven por mujer.

Cuando Hamor, el príncipe de la tribu, fue con su hijo a visitar a Jacob para tratar de arreglar el matrimonio, presintió la ira de los hermanos, por lo que hizo una oferta bastante generosa para apaciguarlos. Desde luego, sabía que estaba hablando con hombres extranjeros que no gozaban de los mismos derechos que los ciudadanos cananeos. Si Hamor hizo su propuesta con toda sinceridad (lo que dudamos, teniendo en cuenta el versículo 23), le estaba ofreciendo a la familia de Jacob los privilegios de los que los extranjeros normalmente no gozaban: los derechos para *establecerse* en la localidad, *contraer matrimonio* con cualquiera de las mujeres cananeas, el derecho de *adquirir propiedades*, y de *negociar*. Estas eran las grandes concesiones que el padre les estaba ofreciendo.

Aquí intervino en la conversación el supuesto novio: “Acerca del precio de la novia, pidan tanto como les parezca, y yo lo pagaré”. La disposición de Siquem de pagar cualquier precio que pusieran por su hermana surtió exactamente el efecto opuesto de lo esperado en los hermanos. Su oferta de pagar lo que pidieran

les reveló a los hermanos que estaba tratando a su hermana como a una prostituta (versículo 31).

¹³ Los hijos de Jacob respondieron a Siquem y a Hamor, su padre, con palabras engañosas, por cuanto había deshonrado a Dina, hermana de ellos. ¹⁴ Les dijeron:

—No podemos hacer esto de dar nuestra hermana a hombre incircunciso, porque entre nosotros es abominación.

¹⁵ Pero con esta condición os complaceremos: que os hagáis como nosotros, y se circuncide entre vosotros todo varón. ¹⁶ Entonces os daremos nuestras hijas, y tomaremos nosotros las vuestras; habitaremos con vosotros y seremos un pueblo. ¹⁷ Pero si no nos prestáis oído en lo de circuncidaros, tomaremos nuestra hija y nos iremos.

“Los hijos de Jacob respondieron... con palabras engañosas.” En realidad su obligación era la de ser honestos con la gente en cuya tierra eran huéspedes. Pretendieron estar considerando la propuesta matrimonial, cuando en realidad ya habían optado por la venganza. El mensaje que le dieron a Siquem fue: “Estamos dispuestos a dar a nuestra hermana en matrimonio, pero es en contra de nuestra religión darla a un hombre incircunciso”.

Al inmiscuir el asunto de la circuncisión en la conversación, los hermanos estaban tratando con frivolidad el sello del pacto especial que Dios le había dado a su pueblo unas generaciones antes. Así como el agua en el bautismo y el comer pan y tomar vino en la Santa Cena, el acto de la circuncisión no tenía valor especial en sí mismo. Dios le había dado la circuncisión a su pueblo como un sello de la justificación que viene por la fe. Para los siquemitas, recibir el sello del pacto en su cuerpo sin tener la fe en el Dios de Israel sería una burla tanto para la señal como para el pacto de Dios. Y los hijos de Jacob lo sabían. “Pero si no están de acuerdo en circuncidarse, iremos a su casa, traeremos a nuestra hermana (por la fuerza si es necesario), y dejaremos esta región, donde se nos ha humillado tanto.”

¹⁸ Parecieron bien sus palabras a Hamor y a Siquem hijo de Hamor.¹⁹ Y no tardó el joven en hacer aquello, porque la hija de Jacob le había agradado. Él mismo era el más distinguido en toda la casa de su padre.²⁰ Entonces Hamor y su hijo Siquem fueron a la puerta de su ciudad y hablaron a los hombres del lugar, diciéndoles:

²¹—Estos hombres son pacíficos con nosotros; que habiten, pues, en el país y comercien en él, porque la tierra es bastante ancha para ellos; nosotros tomaremos sus hijas por mujeres y les daremos las nuestras.²² Pero sólo con esta condición consentirán estos hombres en habitar con nosotros para que seamos un pueblo: que se circuncide todo varón entre nosotros, como ellos son circuncidados.²³ Su ganado, sus bienes y todas sus bestias serán nuestros; solamente convengamos con ellos, y habitarán con nosotros.

²⁴ Obedecieron a Hamor y a su hijo Siquem todos los que salían por la puerta de la ciudad, y circuncidaron a todo varón, a cuantos salían por la puerta de su ciudad.

Estar de acuerdo en seguir los requisitos religiosos de la familia de Dina no era realmente gran cosa para los paganos cananeos. Siquem se hizo la operación sin perder tiempo.

Padre e hijo, aparecieron luego a la puerta de la ciudad, el lugar oficial de reuniones donde se llevaban a cabo las transacciones de negocios de la ciudad, para tratar de persuadir a sus compatriotas a que aceptaran las exigencias de los hermanos de Dina. Para ello ofrecieron los siguientes argumentos:

- “Los miembros de la familia de Jacob son pacíficos con nosotros.”
- “La tierra es muy extensa. Hay lugar para sus familias.”
- “Son prósperos, y si convenimos con ellos, nos beneficiaremos. Su riqueza de gran cantidad de ganado y rebaños será nuestra. Someternos a sus formalidades religiosas es realmente un precio

muy pequeño comparado con lo que podemos ganar a cambio.”

Aquí se ve claramente que los hijos de Jacob no eran los únicos que estaban obrando fraudulentamente. Hamor y Siquem, no le estaban ofreciendo a la familia de Jacob los privilegios especiales que decían estar ofreciendo. En vez de ello, tenían la intención de engullir a la familia, incorporándolos a su sociedad cananea, y finalmente adueñarse de sus rebaños.

Los argumentos de ellos persuadieron a sus oyentes varones. Puesto que Hamor era un oficial de la tribu y a su hijo se le tenía en gran estima, los hombres de la ciudad consintieron en circuncidarse.

²⁵ Pero sucedió que al tercer día, cuando ellos sentían el mayor dolor, dos de los hijos de Jacob, Simeón y Leví, hermanos de Dina, tomaron cada uno su espada, fueron contra la ciudad, que estaba desprevenida, y mataron a todo varón.²⁶ A filo de espada mataron a Hamor y a su hijo Siquem, y tomando a Dina de casa de Siquem, se fueron.²⁷ Los hijos de Jacob pasaron sobre los muertos y saquearon la ciudad, por cuanto habían deshonrado a su hermana.²⁸ Tomaron sus ovejas, vacas y asnos, lo que había en la ciudad y en el campo,²⁹ y todos sus bienes; llevaron cautivos a todos sus niños y sus mujeres, y robaron todo lo que había en las casas.³⁰ Entonces dijo Jacob a Simeón y a Leví:

—Me habéis puesto en un grave aprieto al hacerme odioso a los habitantes de esta tierra, el cananeo y el ferezeo. Como tengo pocos hombres, se juntarán contra mí, me atacarán, y me destruirán a mí y a mi casa.

³¹ Pero ellos respondieron:

—¿Acaso tenía él que tratar a nuestra hermana como a una ramera?

Tres días más tarde la traición fue evidente para todos. Mientras los siquemitas se encontraban incapacitados, sin poder

defenderse, Simeón y Leví, dos de los hijos de Lea, hermanos directos de Dina, tomaron sus espadas y mataron a los hombres de Siquem.

Lo que había empezado como justa ira ante el ataque sexual a su hermana, degeneró en un baño de sangre. Y después que los sangrientos sucesos terminaron, parece que el resto de los hijos de Jacob también dieron rienda suelta a su naturaleza pecaminosa, saqueando a los muertos y tomando a las mujeres y niños como esclavos.

¡Qué ejemplo tan terrible puso el pueblo de Dios ante los cananeos! La venganza de los hermanos no honró en nada a Dios ni a su pacto, y bien pudo haber endurecido la incredulidad de los cananeos aun más.

En vista de esto, es difícil estar de acuerdo con la reacción de Jacob. Cuando reprendió a sus hijos (muy a la ligera), habló sólo de las consecuencias que ahora su familia podría esperar por parte de otras tribus cananeas. Lo que Jacob debió haber hecho fue aplicar *todo el peso de la ley de Dios* sobre sus sanguinarios, crueles y ambiciosos hijos, pero no lo hizo.

A fin de ser imparciales, se deben agregar dos cosas. Cuando más tarde Jacob se encontró en el lecho de muerte y les habló a sus doce hijos por última vez, expresó su horror a Simeón y a Leví por la depravación de sus actos, y les hizo saber cuáles serían las consecuencias (49:5-7). Y no debe olvidarse que Moisés, el hombre mediante el cual el Espíritu Santo describe esta narración, fue uno de los descendientes de Leví. De ninguna manera vaciló en describir el pecado de su antepasado con toda su depravación y maldad.

En este capítulo y en el siguiente, el lector notará la falta de espiritualidad entre los hijos de Jacob, una insensibilidad que no presagiaba nada bueno para el futuro. Cuando las personas que se llaman a sí mismas el pueblo de Dios no actúan como la sal de Dios y la levadura de Dios, ¿qué puede esperarse de la sociedad en la que viven?

Génesis 34 parece extraordinariamente moderno. Como Jacob, usted y yo no vivimos en un mundo placentero y hermoso, sino en un mundo desordenado, un mundo en constante rebelión contra Dios. Tenemos prueba de ello en el mundo que nos rodea. No obstante, lo más desalentador es ver pruebas de esa rebelión entre aquellos que afirman ser miembros de la familia de Dios. En un mundo como éste, en un mundo que es poco consciente del pecado, la iglesia de Dios debe reprender el pecado, y reafirmar que abusar de la gracia divina es traer la condenación de Dios.

Pero eso no es todo; este mundo no sólo es el campo de juego de Satanás, sino también es el taller de nuestro Dios. En su Hijo Jesucristo enfrentó el problema del pecado. Además, mediante el mensaje de su *ley*, Dios está obrando incesantemente para refrenar el poder malvado dentro de nosotros que se esfuerza por dominar nuestro corazón y nuestra vida. Y mediante el *mensaje de su amor*, nos asegura que aun cuando caemos, por obstinación o por debilidad, él puede superar y dominar la maldad, forzándola a servir a sus buenos propósitos. Dios será glorificado, ya sea en juicio o en misericordia.

Renovación del pacto en Bet-el

35 Dijo Dios a Jacob: «Levántate, sube a Bet-el y quédate allí; y haz allí un altar al Dios que se te apareció cuando huías de tu hermano Esaú». ² Entonces Jacob dijo a su familia y a todos los que con él estaban:

—Quitad los dioses ajenos que hay entre vosotros, limpiaos y mudad vuestros vestidos. ³ Levantémonos y subamos a Bet-el, pues allí haré un altar al Dios que me respondió en el día de mi angustia y que ha estado conmigo en el camino que he andado.

⁴ Ellos entregaron a Jacob todos los dioses ajenos que tenían en su poder y los zarcillos que llevaban en sus orejas, y Jacob los escondió debajo de una encina que había junto a Siquem. ⁵ Cuando salieron, el terror de Dios cayó sobre las

ciudades de sus alrededores, y no persiguieron a los hijos de Jacob.

Pensaríamos que después de pasar veinte años de tensión y trauma en Harán, Jacob se hubiera dirigido directamente hacia Bet-el después de su encuentro con Esaú. Bet-el era el lugar especial donde Jehová se le había aparecido cuando huía de Esaú, y donde Dios le había asegurado: “Te protegeré y te bendeciré”. En esa ocasión, Jacob había quedado tan impresionado por la bondad divina que hizo un voto: “Jehová, si tú me traes de vuelta a esta tierra, te construiré un altar aquí en Bet-el”.

¿Pero qué había pasado desde entonces? No es difícil ver que Jacob le estaba dando largas al asunto. Después de despedirse de Esaú, pasó un tiempo en Sucot, al este del Jordán, tiempo suficiente para construir una vivienda allí. Después de un tiempo, cruzó el Jordán rumbo a Siquem, compró tierra y vivió allí. En Siquem fue donde ocurrió la tragedia descrita en el capítulo anterior. A juzgar por la edad de los hijos de Jacob, parece que pasó alrededor de diez años en Sucot y Siquem.

¿Por qué había permanecido en los alrededores de Siquem? Por supuesto, Jacob sabía que su testimonio al verdadero Dios se había visto entorpecido por las acciones de sus hijos. Ahora su servicio a Dios en ese lugar se vio severamente limitado. ¿Por qué no volvió antes a Bet-el para cumplir su voto?

No lo sabemos. No es probable que se hubiera olvidado de su voto. Es difícil examinar los hechos como la Biblia los registra y no notar en Jacob indicios de un decaimiento espiritual.

Tal vez comprendió que para cumplir su voto en Bet-el era necesaria una reforma religiosa completa de toda su casa. Tal vez la demora de Jacob se debió a una consideración equivocada hacia sus esposas, que aparentemente habían llevado ídolos paganos desde Harán (31:19). Las mujeres siquemitas, que se habían unido a la casa de Jacob (34:29), pudieron haber llevado también objetos de idolatría con ellas.

Cualquiera que haya sido la razón, Dios finalmente tuvo que aparecerse a Jacob para recordarle el voto que había hecho. “Levántate, sube a Bet-el... y haz allí un altar a Dios”. No sólo era que Dios estaba insistiendo en el cumplimiento del voto que le debía. Treinta años antes, cuando Jacob huía para salvar su vida y Jehová se le apareció para consolarlo, Jacob estuvo muy consciente de la gran misericordia del Señor y prometió recordarlo. Sin embargo, desde su regreso a Canaán, el recuerdo de la gracia de Dios había comenzado a borrarse. Jacob no la apreciaba como era debido. Dios no quería que el recuerdo de su amor y sus promesas a los descendientes de Abraham se perdiera en las generaciones venideras. Esperaba algo mejor del patriarca, de quien iba a adoptar el nombre la nación prometida.

En el llamado que Dios le hizo, Jacob escuchó una llamada al arrepentimiento. De ninguna manera podía regresar a Bet-el y establecer un altar al verdadero Dios mientras que al mismo tiempo toleraba la adoración a dioses falsos en su propio hogar. Por lo tanto dio la orden: “¡Quitad los dioses ajenos!”

Aquellos que los tenían se los llevaron a él, junto con los pendientes que tal vez usaban para prácticas supersticiosas. Jacob se deshizo de ellos para siempre. Hay muchas cosas que Dios soporta en el corazón humano, pero ocupar el segundo lugar no es una de ellas. Lo ha dicho muy claramente: “¡Yo, Jehová, este es mi nombre. A ningún otro daré mi gloria, ni a los ídolos mi alabanza” (Isaías 42:8).

La distancia entre Siquem y Bet-el es tan sólo de treinta y dos kilómetros, pero había que pasar por tierras cananeas. Como las noticias de la matanza en Siquem (34:25) se habían difundido, y los cananeos excedían en número a los hombres de Jacob, les agradaría bastante poder vengarse por los asesinatos de sus amigos siquemitas. Dios, por lo tanto, protegió milagrosamente a Jacob. “El terror de Dios cayó sobre las ciudades de sus alrededores, y no persiguieron a los hijos de Jacob.”

⁶ Llegó Jacob a Luz, es decir, a Bet-el, que está en tierra de Canaán, él y todo el pueblo que con él estaba.⁷ Edificó allí un altar y llamó al lugar «El-bet-el», porque allí se le había aparecido Dios cuando huía de su hermano.⁸ Entonces murió Débora, nodriza de Rebeca, y fue sepultada al pie de Bet-el, debajo de una encina, la cual fue llamada «Alón-bacut».

⁹ Se le apareció otra vez Dios a Jacob a su regreso de Padan-aram, y lo bendijo.¹⁰ Le dijo Dios:

**«Tu nombre es Jacob;
pero ya no te llamarás Jacob,
sino que tu nombre será Israel».**

Y lo llamó Israel.¹¹ También le dijo Dios:

**«Yo soy el Dios omnipotente:
crece y multiplícate;
una nación y un conjunto de naciones saldrán de ti,
y reyes saldrán de tus entrañas.**

**¹² La tierra que he dado a Abraham y a Isaac
te la daré a ti,
y a tu descendencia después de ti».**

¹³ Y se fue Dios de su lado, del lugar desde el cual había hablado con él.¹⁴ Jacob erigió entonces una señal en el lugar donde había hablado con él, una señal de piedra; derramó sobre ella una libación y echó sobre ella aceite. ¹⁵ Y Jacob llamó Bet-el a aquel lugar donde Dios le había hablado.

Al llegar a Bet-el, Jacob cumplió su voto. Encontró la piedra sobre la que había reposado su cabeza la noche solemne en que Jehová se le había aparecido, y que había erigido como monumento a la mañana siguiente. Ahora esa piedra vino a ser la piedra central en el altar que Jacob construyó para Dios, en reconocimiento público a las grandes cosas que Dios había hecho por él y su familia, y que las seguiría haciendo.

Se agrega aquí la nota de que Débora, la nodriza de Rebeca, murió y fue sepultada en Bet-el. Por esto pensamos que su ama

Rebeca debió de haber muerto antes, tal vez mientras Jacob estaba en Harán, después de lo cual Débora al parecer siguió viviendo con la familia de Jacob. Martín Lutero hizo este interesante comentario sobre Débora: “Me imagino que fue una mujer sabia y piadosa, a quien los hijos de la familia veían como una abuela. Debió haber sido de gran utilidad para Jacob, incluso dándole consejos en tiempos de peligro o desastre.”

Como había hecho treinta años antes, Dios le apareció otra vez a Jacob en Bet-el, por dos razones importantes. Dios creyó necesario, antes que nada, confirmar el cambio de nombre de Jacob (“el que se traba al talón”) por Israel (“el que luchó con Dios y ganó”). El nuevo nombre de Jacob había sido, por decirlo así, enlodado durante los horribles acontecimientos en Siquem. Al no reprender severamente a sus hijos, y al permitir la idolatría que se practicaba en su casa, el patriarca había vuelto a su vieja naturaleza de Jacob. Escuchó a Dios que le decía: “Ya no te llamarás Jacob”. Esta no era su verdadera naturaleza. Al restituir y ratificar su nuevo nombre, Dios estaba reafirmando la relación de pacto que el patriarca tenía con él. Con eso realmente estaba anunciando: “Te he perdonado”.

Dios tenía un anuncio más para dar en Bet-el, y el anuncio no era sólo para Jacob. Él restableció la promesa que había hecho treinta años antes a un solitario y temeroso fugitivo. Tal vez mientras la casa de Jacob, incluyendo los doce hombres que iban a ser las cabezas de las tribus de Israel, se unían al patriarca en adoración ante el nuevo altar, escucharon la voz del Dios del pacto anunciando: “Una nación y un conjunto de naciones saldrán de ti... La tierra que he dado a Abraham y a Isaac te la daré a ti, y a tu descendencia después de ti”. Dios trata siempre con su pueblo no principalmente en términos de mandatos y demandas, sino en términos de promesa.

Además de construir el altar en Bet-el, Jacob levantó un monumento de piedra para marcar el lugar donde, en dos ocasiones, Dios había entrado en su vida y le había hablado. Derramó vino sobre el monumento como ofrenda de gratitud, y al

ungirlo con aceite consagró el lugar como un santuario permanente, formalmente dedicado al Dios que allí se le había aparecido. Así como Jehová había ratificado el cambio de nombre de Jacob para restablecer su gran promesa, también Jacob ahora se sintió obligado a proclamar de nuevo: “¡Éste es realmente Bet-el (“casa de Dios”), donde Dios se ha aparecido con toda su gracia salvadora!” (El término *El-bet-el* en versículo 7 significa “Dios de Bet-el”).

¹⁶ Partieron de Bet-el, y cuando aún faltaba como media legua para llegar a Efrata, Raquel dio a luz, pero tuvo un mal parto.¹⁷ Aconteció que, como había trabajado en el parto, la partera le dijo: «No temas, porque también tendrás este hijo».¹⁸ Ella, al salirse el alma —pues murió—, le puso por nombre Benoni; pero su padre lo llamó Benjamín.

¹⁹ Así murió Raquel, y fue sepultada en el camino de Efrata, la cual es Belén.²⁰ Levantó Jacob un pilar sobre su sepultura, y esta es la señal de la sepultura de Raquel hasta hoy.

²¹ Israel salió de allí y plantó su tienda más allá de Migdal-edar.²² Aconteció que, cuando habitaba Israel en aquella tierra, Rubén fue y durmió con Bilha, la concubina de su padre; de esto se enteró Israel.

Los asuntos de Jacob en Bet-el habían terminado. Ahora que Dios había fortalecido sus pensamientos y definido sus prioridades, había aun una cosa más en la mente de Jacob: dirigirse al sur hacia Hebrón para ver a su padre Isaac. Y así él y su familia se pusieron en camino a lo largo de las colinas centrales de Canaán.

A medida que se dirigían al sur fuera de Jerusalén hacia Belén, comenzó el parto de Raquel que fue difícil y doloroso. Para animar a la que iba a ser madre, la partera la consoló: “No temas, porque también tendrás este hijo”. Sin embargo, Raquel sabía que no viviría para gozar de su nuevo hijo, y lo llamó Benoni (“hijo de mi aflicción” o “el hijo que me costará la vida”). Jacob, después

de la muerte de Raquel, no quiso que el nombre del más joven de sus hijos le recordara las tristes circunstancias de su nacimiento y le cambió el nombre a Benjamín (“hijo de mi mano derecha”). Jacob sepultó a Raquel junto al camino por el que viajaban. El pilar que levantó para marcar su tumba aún permanecía en pie en los tiempos de Moisés. Hoy los viajeros que van de Jerusalén a Belén aún pueden ver el tradicional sitio de Kever Rahel (“La tumba de Raquel”).

Pero a Jacob le esperaba una pena, una más dolorosa que la muerte de Raquel. Rubén, su primogénito, durmió con Bilha, concubina de su padre y sirvienta de Raquel, que recién había muerto. La muerte de los seres queridos es algo que, desde la caída, sabemos que nos espera, pero la conducta de Rubén fue algo totalmente inesperado. Además de indicar que desdeñaba la piadosa instrucción de su progenitor, y también insultaba a su padre con esta acción (lo que en realidad es una forma de incesto), con su acción Rubén suponía que él, el mayor de los hijos, esperaba tomar el liderazgo de la familia a la muerte de su progenitor.

Cuando estas noticias llegaron a oídos de Jacob, no le dijo nada a Rubén. Ya le diría algo más tarde, y serían noticias terribles para un hombre que esperaba ocupar el lugar de su padre como patriarca. Cuando en su lecho de muerte Jacob profetizó el futuro de sus hijos, le informó a Rubén que con su acto vergonzoso e irrespetuoso había perdido sus derechos a la primogenitura (49:4). La línea mesiánica pasaría entonces a Judá, el cuarto hijo (49:10). La doble porción que normalmente recibía el primogénito sería para José (1 Crónicas 5:1).

Los hijos de Israel fueron doce.²³ Hijos de Lea: Rubén, primogénito de Jacob, Simeón, Leví, Judá, Isacar y Zabulón.²⁴ Hijos de Raquel: José y Benjamín.²⁵ Hijos de Bilha, sierva de Raquel: Dan y Neftalí.²⁶ Hijos de Zilpa, sierva de Lea: Gad y Aser. Estos fueron los hijos de Jacob, que le nacieron en Padan-aram.

²⁷ Fue Jacob junto a Isaac, su padre, a Mamre, a la ciudad de Arba, que es Hebrón, donde habitaron Abraham e Isaac.²⁸ Los días de Isaac fueron ciento ochenta años.

²⁹ Exhaló Isaac el espíritu; murió y fue reunido a su pueblo, viejo y lleno de días. Lo sepultaron sus hijos Esaú y Jacob.

Cuando Jacob se fue de su hogar para huir a Harán, estuvo solo. Todos sus bienes consistían en un bordón para pastorear. ¡Pero qué diferencia habían hecho treinta años! Moisés enumera lo que la bendición de Dios había hecho de este solitario viajero.

Con el nacimiento de Benjamín, la lista de las doce cabezas de las tribus estaba completa. Los descendientes de esta docena de hombres fueron las tribus que más tarde iban a formar la nación prometida de Israel.

Por ahora Jacob se estableció en Hebrón y pasó con su padre alrededor de doce años. Isaac murió a la edad de 180 años; fue el más longevo de los tres patriarcas. Ya hemos dicho que Esaú estuvo presente en el funeral de su padre. Sin duda, Jacob le notificó a su hermano en Edom, cuando notó que se acercaba el fin de la vida del patriarca.

Los dos hijos sepultaron a su padre Isaac en la tumba de Macpela, en Hebrón (49:31), la tumba que Abraham había comprado. Allí Abraham había sepultado a Sara; allí Isaac e Ismael habían sepultado a Abraham; también allí Isaac había sepultado a Rebeca. Ahora su propio cuerpo yacía en el mismo lugar, como un testimonio para las futuras generaciones de Israel: “Creo en la promesa de Dios de que mis descendientes un día heredarán esta tierra. Quiero que mi último lugar terrenal para descansar sea en la tierra que sé que mis descendientes ocuparán.”

Y así llega a su fin la octava de las diez mini historias de Moisés, el relato de Isaac. Aunque no fue un personaje tan dominante en la historia del Antiguo Testamento como su padre Abraham, Isaac expresó su fe sometiéndose a muchas pruebas. Ahora, el hijo que le iba a suceder había regresado al hogar después de años de andar errante. El propósito que Dios tenía para Isaac se había cumplido.

El noveno relato: Esaú (36:1-43)

Un vistazo rápido a Génesis 36 es más que suficiente para hacer que algunos lectores de la Biblia deseen pasarlo por alto y continuar con el capítulo 37. A primera vista parece que tan sólo se habla de los descendientes de Esaú, haciendo su lectura tan interesante como leer un directorio telefónico.

Con el fin de apreciar este capítulo, hay que tener presente el papel que Moisés le asignó dentro de su bosquejo de diez partes del libro de Génesis. Es el noveno de los diez relatos que describen el principio de la historia de la obra salvadora de Dios. El décimo y último relato, con el que finaliza el libro, es el relato de Jacob. Pero antes de seguir el hilo de la narración, el autor sagrado cubre el relato de Esaú que no es tan importante. Moisés narra cómo este hijo de Isaac, a pesar de no continuar la línea mesiánica, vino a ser una nación, tal como Dios le había prometido antes de que Esaú hubiera nacido. Esta fue una bendición de Dios muy especial, y el capítulo 36 nos dice en qué consistió esa bendición.

36 Estos son los descendientes de Esaú, o sea Edom: ²Esaú tomó sus mujeres de las hijas de Canaán: a Ada, hija de Elón, el heteo; a Aholibama, hija de Aná hijo de Zibeón, el heveo;³ y a Basemat, hija de Ismael, hermana de Nebaiot.⁴ A Esaú, Ada le dio a luz a Elifaz; Basemat le dio a luz a Reuel;⁵ y Aholibama le dio a luz a Jeús, a Jaalam y a Coré. Estos son los hijos que le nacieron a Esaú en la tierra de Canaán.

⁶Esaú tomó sus mujeres, sus hijos, sus hijas y todas las personas de su casa; sus ganados, todas sus bestias y todo cuanto había adquirido en la tierra de Canaán, y se fue a otra tierra, separándose de su hermano Jacob,⁷ porque los bienes de ambos eran tantos que no podían habitar juntos, ni la tierra en donde habitaban los podía sostener a causa de sus ganados.⁸ Por eso Esaú, o sea Edom, habitó en los montes de Seir.

En el funeral de su padre Isaac, Esaú y Jacob se vieron quizá por última vez. Esaú supo por su padre que los descendientes de Jacob iban a heredar la tierra de Canaán. Por lo tanto, durante el tiempo que Jacob estuvo en Harán, Esaú llevó sus ganados a las colinas del sur del mar Muerto. Uno de los factores que contribuyó en esta decisión fue que, por la bendición de Dios, Esaú se había enriquecido en gran manera. Encontrar pastos para sus ganados se convirtió en un grave problema, y dado que la tierra en la que había estado viviendo estaba destinada a los descendientes de su hermano, Esaú se fue del lugar.

Antes de despedir a Esaú de las Sagradas Escrituras, Moisés nos hace ver que la profecía que Dios les hizo a Isaac y a Rebeca, respecto de sus dos hijos, se cumplió. Antes de que los gemelos hubieran nacido, Dios había profetizado que los descendientes de Esaú se convertirían en una nación independiente. Los primeros ocho versículos del capítulo 36 enumeran los nombres de las esposas e hijos de Esaú, y nos informan del lugar donde se estableció. La segunda y más extensa sección del capítulo (que comienza con el versículo 9) describe el desarrollo de este grupo familiar en una nación, incluyendo a los líderes de la tribu y los reyes.

El problema que enfrenta el lector es que los nombres que se mencionan aquí no siempre concuerdan con los nombres correspondientes que se registran en otras partes de Génesis (26:34 y 28:9). Es posible que algunas de las personas que aquí se mencionan tuvieran más de un nombre (así como a Esaú se le conoce también como Edom). Otra posibilidad es que dos personas tuvieran el mismo nombre.

Esaú introdujo sangre cananea en el linaje de Abraham, al casarse con dos mujeres heteas. Al tomar como tercera esposa a una ismaelita, Esaú introdujo otro elemento ajeno en su linaje. La narración del capítulo 36 sugiere que los descendientes de Esaú continuaron con esa costumbre cuando la familia se fue a vivir en el terreno montañoso, al sur del mar Muerto. El resultado fue que el linaje de Esaú vino a ser el dominante en la región.

⁹ Estos son los descendientes de Esaú, padre de Edom, en los montes de Seir,¹⁰ y estos son los nombres de sus hijos: Elifaz, hijo de Ada, mujer de Esaú; Reuel, hijo de Basemat, mujer de Esaú. ¹¹ Los hijos de Elifaz fueron Temán, Omar, Zefo, Gatam y Cenaz. ¹² Timna fue concubina de Elifaz hijo de Esaú, y ella le dio a luz a Amalec; estos son los hijos de Ada, mujer de Esaú. ¹³ Los hijos de Reuel fueron Nahat, Zera, Sama y Miza; estos son los hijos de Basemat, mujer de Esaú. ¹⁴ Y estos fueron los hijos que dio a luz Aholibama, mujer de Esaú, hija de Aná hijo de Zibeón: Jeús, Jaalam y Coré, hijos de Esaú.

¹⁵ Estos son los jefes de entre los hijos de Esaú: Hijos de Elifaz, primogénito de Esaú: los jefes Temán, Omar, Zefo, Cenaz,¹⁶ Coré, Gatam y Amalec. Estos son los jefes de Elifaz, en la tierra de Edom. Estos fueron los hijos de Ada.¹⁷ Estos son los hijos de Reuel hijo de Esaú: los jefes Nahat, Zera, Sama y Miza. Estos son los jefes de la línea de Reuel en la tierra de Edom; son los que proceden de Basemat, mujer de Esaú. ¹⁸ Estos son los hijos de Aholibama, mujer de Esaú: los jefes Jeús, Jaalam y Coré; y estos fueron los jefes que salieron de Aholibama, mujer de Esaú, hija de Aná. ¹⁹ Todos ellos fueron los hijos de Esaú, o sea Edom; y fueron sus jefes.

Se nos informa que cinco de los hijos de Esaú y diez de sus nietos fueron jefes de la tribu. La familia estaba creciendo en poder y tamaño, y estaba lista para el siguiente cambio.

²⁰ Estos son los hijos de Seir, el horeo, habitantes de aquella tierra: Lotán, Sobal, Zibeón, Aná,²¹ Disón, Ezer y Disán. Estos son los jefes de los horeos, hijos de Seir, en la tierra de Edom.²² Los hijos de Lotán fueron Hori y Hemam. Timna fue hermana de Lotán.²³ Los hijos de Sobal fueron Alván, Manahat, Ebal, Sefo y Onam; ²⁴ y los de Zibeón fueron Aja y Aná. Este Aná es el que descubrió manantiales en el desierto, cuando apacentaba los asnos de Zibeón, su padre.²⁵ Los hijos

de Aná fueron Disón y Aholibama, hija de Aná.²⁶ Estos fueron los hijos de Disón: Hemdán, Esbán, Itrán y Querán;²⁷ y estos los hijos de Ezer: Bilhán, Zaaván y Acán.²⁸ Estos fueron los hijos de Disán: Uz y Arán;²⁹ y estos los jefes de los horeos: los jefes Lotán, Sobal, Zibeón, Aná,³⁰ Disón, Ezer y Disán; estos fueron los jefes de los horeos, por sus mandos en la tierra de Seir.

³¹ Estos fueron los reyes que reinaron en la tierra de Edom antes que tuvieran rey los hijos de Israel:³² Bela hijo de Beor, reinó en Edom, y el nombre de su ciudad fue Dinaba.³³ Murió Bela y reinó en su lugar Jobab hijo de Zera, de Bosra.³⁴ Murió Jobab y en su lugar reinó Husam, de tierra de Temán.³⁵ Murió Husam y reinó en su lugar Hadad hijo de Bedad, el que derrotó a Madián en el campo de Moab; y el nombre de su ciudad fue Avit.³⁶ Murió Hadad y en su lugar reinó Samla, de Masreca.³⁷ Murió Samla y reinó en su lugar Saúl, de Rehobot, que está junto al Éufrates.³⁸ Murió Saúl y en lugar suyo reinó Baal-hanán hijo de Acbor.³⁹ Murió Baal-hanán hijo de Acbor y reinó Hadar en lugar suyo; el nombre de su ciudad fue Pau, y el nombre de su mujer, Mehetabel, hija de Matred, hija de Mezaab.

⁴⁰ Estos, pues, son los nombres de los jefes de Esaú por sus familias, por sus lugares y sus nombres: Timna, Alva, Jetet,⁴¹ Aholibama, Ela, Pinón,⁴² Cenaz, Temán, Mibzar,⁴³ Magdiel e Iram. Estos fueron los jefes de Edom, según los lugares que ocupan en la tierra de su posesión. Edom es el mismo Esaú, padre de los edomitas.

Moisés nos presenta el segundo grupo más grande que tomó parte en la formación del pueblo conocido como los edomitas. Seir, el horeo, fue uno de los primeros habitantes del territorio al sur del mar Muerto, él le había dado su nombre a la prominente región montañosa del país. Seir tuvo siete hijos, y todos fueron jefes horeos.

¿Qué pasó cuando la familia de Esaú se trasladó al territorio ocupado por Seir, el horeo? Deuteronomio 2:12 nos dice: “También en Seir habitaron antes los horeos, a los cuales fueron expulsados los hijos de Esaú, que los arrojaron de su presencia y se establecieron en su lugar”. Los jefes de la tribu descendientes de Esaú tomaron el lugar de los jefes horeos, a quienes habían derrotado, y tomaron el control de Edom. Si este proceso ya había comenzado durante la vida de Esaú, no nos sorprende que pudiera reunir fácilmente los 400 hombres con los que vino a recibir a su hermano Jacob (32:6).

Moisés nos informa que Edom tenía reyes “antes que tuvieran rey los hijos de Israel” (versículo 31). Años después, cuando los israelitas habían sido librados de la esclavitud egipcia y se estaban acercando a su nuevo hogar por el sur, le pidieron al rey edomita permiso de pasar por sus tierras. El rey les impidió el paso y salió a enfrentarlos con un ejército grande y poderoso (Números 20:14-21). Ocho reyes edomitas se mencionan en los versículos 31-39. Aunque no sabemos con exactitud la relación que tenían con Esaú, sabemos que deben ser sus descendientes, ya que el último versículo de este capítulo llama a Esaú “padre de los edomitas”.

Y con esto, Esaú desaparece de los registros sagrados de Moisés. De ahora en adelante, el escritor sólo se interesa en narrar el desarrollo de la rama de la familia de Abraham que llevaba la promesa. De aquí en adelante se menciona a los edomitas sólo cuando tienen contacto directo con los israelitas.

“Edom es el mismo Esaú, padre de los edomitas”, jefe de una nación, exactamente como Dios había profetizado, pero una nación que despreció, al igual que Esaú, la herencia espiritual que había recibido de Abraham e Isaac. A través de su historia, la nación edomita fue enemiga del pueblo del pacto.

El décimo relato: Jacob (37:1–50:26)

El último y más largo de los diez relatos de Moisés, presenta la historia subsecuente de Jacob y su familia. Aunque los capítulos anteriores han dado mucha información acerca de Jacob, la mayoría trata sobre asuntos personales y familiares. En esta última de las diez mini historias, el énfasis se pone en la formación de Israel como nación, tal como Dios lo había prometido a Abraham, Isaac y Jacob.

Hay un segundo énfasis en este décimo y último relato. Dios le había profetizado a Abraham que sus descendientes serían extranjeros y esclavos en una tierra ajena. El instrumento que Dios utilizó para llevar a cabo este especial segmento de su promesa fue José, hijo de Jacob. En el maravilloso manejo que Dios hizo de la historia, el mismo país en el que José llegó a la madurez, pasó tiempo encarcelado y más tarde fue ascendido a un puesto de honor, llegó a ser el lugar donde la familia de Jacob creció hasta convertirse en una nación, soportó amarga esclavitud, y luego fue rescatada por un milagro de Dios. Los últimos catorce capítulos de Génesis nos preparan para el éxodo, narrando cómo los doce hijos de Jacob llegaron a formar una familia de setenta almas que, bajo la extraordinaria guía de Dios, viajaron a Egipto. Allí esperaron el siguiente paso en el cumplimiento de la promesa que Dios tenía para ellos.

De hijo predilecto a esclavo extranjero

37 Jacob habitó en la tierra donde había vivido su padre, en la tierra de Canaán.² Esta es la historia de la familia de Jacob: José tenía diecisiete años y apacentaba las ovejas con sus hermanos; el joven estaba con los hijos de Bilha y con los hijos de Zilpa, mujeres de su padre; e informaba José a su padre de la mala fama de ellos.

³ Israel amaba a José más que a todos sus hijos, porque lo había tenido en su vejez; y le hizo una túnica de diversos

colores.⁴ Al ver sus hermanos que su padre lo amaba más que a todos ellos, lo aborrecían y no podían hablarle pacíficamente.

Realmente 37:1 es el último versículo del relato anterior, el de Esaú. A diferencia de Esaú, cuyos descendientes vivieron en Edom y gradualmente se posesionaron del país (Génesis 36), Jacob continuó viviendo como residente temporal en la tierra de Canaán, tal como su padre lo había hecho antes que él.

José, hijo de Raquel, la querida esposa de Jacob, era el favorito de su padre. Al iniciar aquí Moisés su narración, José contaba con diecisiete años y trabajaba como pastor junto con sus hermanos, especialmente con los que eran más o menos de su edad.

La impresión que tenemos de José, en este capítulo y en los siguientes, es de un joven con excepcionales habilidades y talentos. José sabía que su padre lo amaba, y él correspondía también a ese amor. Nos impresiona además que José fuera un hombre de altos valores morales. Si veía a sus hermanos comportándose en una forma que no honraba a su padre, José comprendía que tenía que decirles algo, y también decirlo a su padre. Es comprensible que este rasgo no lo hiciera muy apreciado entre sus hermanos.

Un hecho que complicaba la relación de José con sus hermanos, era el trato preferente que Jacob le daba. Y aquí el padre Jacob tiene algo de culpa por la fricción que con su actitud creó en la familia. Debió haber sido consciente de que, como representante de Dios en su hogar, no tenía por qué hacer diferencias amando a un hijo más que a otros. Jacob debió haber recordado su propia juventud, cómo su propio padre Isaac había amado más a uno de los hermanos gemelos y cómo la envidia y el odio habían desgarrado a la familia. La rica vestimenta que le dio a José lo distinguió entre sus hermanos como alguien especial. Más tarde, Jacob iba a pagar muy caro ese favoritismo.

⁵ Tuvo José un sueño y lo contó a sus hermanos, y ellos llegaron a aborrecerlo más todavía.⁶ Él les dijo:

—Oíd ahora este sueño que he tenido:⁷ estábamos atando manojos en medio del campo, y mi manojito se levantaba y se quedaba derecho, y vuestros manojos estaban alrededor y se inclinaban ante el mío.

⁸ Entonces le respondieron sus hermanos:

—¿Reinarás tú sobre nosotros, o dominarás sobre nosotros?

Y lo aborrecieron aún más a causa de sus sueños y sus palabras.

⁹ Después tuvo otro sueño y lo contó a sus hermanos. Les dijo:

—He tenido otro sueño. Soñé que el sol, la luna y once estrellas se inclinaban hacia mí.

¹⁰ Y lo contó a su padre y a sus hermanos; su padre le reprendió, y le dijo:

—¿Qué sueño es éste que tuviste? ¿Acaso vendremos yo, tu madre y tus hermanos a postrarnos en tierra ante ti?

¹¹ Sus hermanos le tenían envidia, pero su padre meditaba en esto.

Dios tenía planes especiales para José, y desde temprana edad se lo hizo saber mediante ciertos sueños. Aunque la gente piensa que por lo general los sueños se originan en el subconsciente de las personas, la Biblia enseña que con frecuencia Dios habló a través de sueños, como lo hizo con José. Esa no fue la primera vez que Dios lo hizo en los tiempos de la Biblia, ni tampoco iba a ser la última. Mediante un sueño, Dios alertó al faraón egipcio respecto de los años de abundancia y de hambruna. Siglos más tarde, Dios les advirtió a los magos del oriente que no regresaran al malvado rey Herodes.

Los sueños que Jehová le dio al joven José le revelaron algo de lo que el futuro le deparaba. Algunas veces los sueños que el Señor le dio a la gente incluyeron una *comunicación verbal*. En

este relato, el sueño consistió sólo de *símbolos*: los manojos de los hermanos rodeaban el manajo de José y se inclinaban ante él. Sin decir una sola palabra, Dios estaba permitiendo que José supiera que él lo estaba escogiendo para ocupar una posición especial de liderazgo. El propósito de Dios al revelarle por adelantado sus designios a José no era para darle algo de qué jactarse. Dios sabía los días y los años difíciles que le esperaban al joven, y el que José supiera por adelantado, mediante los sueños, cómo se desarrollarían las cosas, le daría confianza. La iba a necesitar.

Los hermanos de José carecían de madurez espiritual y de amor fraternal para comprender la especial revelación divina que José compartió con ellos. Lo aborrecieron por el trato preferente que recibía, y después de escuchar sus sueños, lo odiaron aun más.

En vista de la reacción de los hermanos, tal vez se podría criticar a José por haber contado el segundo sueño. Sin embargo, debió haberse sentido abrumado por lo que Dios le dijo la segunda vez, y debía decirles lo que Dios tenía reservado para la familia. Parece ser que José no se percataba de que sus sueños irritaban a sus hermanos. Debió haber comprendido que escuchar otra vez cómo Dios planeaba engrandecerlo sólo avivaba la llama de los celos y el odio. Mientras tanto, leemos que el padre Jacob “meditaba en esto”. Aunque no comprendía el significado de los sueños, comprendió que Dios le estaba transmitiendo importantes verdades a su querido hijo.

¹² Un día, sus hermanos fueron a apacentar las ovejas de su padre en Siquem. ¹³ Entonces Israel dijo a José:

—Tus hermanos apacientan las ovejas en Siquem. Ven, y te enviaré a ellos.

—Aquí estoy —respondió él.

¹⁴ —Ve ahora, mira cómo están tus hermanos y cómo están las ovejas, y tráeme la noticia —dijo Israel.

Lo envió, pues, desde el valle del Hebrón, y José llegó a Siquem.¹⁵ Lo halló un hombre, andando él errante por el campo; y aquel hombre le preguntó:

—¿Qué buscas?

¹⁶—Busco a mis hermanos; te ruego que me muestres dónde están apacentando —respondió José.

¹⁷—Ya se han ido de aquí; pero yo les oí decir: “Vamos a Dotán” —dijo el hombre.

Entonces José fue tras sus hermanos y los halló en Dotán.

La tierra de pastoreo era escasa en el antiguo Canaán, especialmente cuando se prolongaba el verano caluroso y seco. Y como los hermanos no encontraban pastos adecuados para sus rebaños en los alrededores de su hogar al sur, se encaminaron cada vez más hacia el norte. Nos sorprende saber que realmente viajaron hasta Siquem, ochenta kilómetros al norte de su hogar en Hebrón. Tal vez el hecho de que su padre poseyera tierras allí los animó a ir a Siquem.

Jacob temía por el bienestar de sus hijos y de sus rebaños. No olvidaba que precisamente en Siquem sus hijos lo habían hecho abominable ante los vecinos cananeos (34:30). Jacob también sabía que no era el único que recordaba el episodio. El recuerdo de la traición y la crueldad con que sus hijos habían tratado al pueblo de Siquem podía aún estar fresco en la memoria de los habitantes de la región.

Por lo tanto, podemos comprender por qué Jacob envió a José a que visitara a sus hermanos para ver si les iba bien. Cuando José llegó a Siquem, se enteró de que sus hermanos habían llevado los rebaños aún otros veinticinco kilómetros más al norte, a Dotán, una ciudad ubicada en una de las antiguas rutas comerciales entre Mesopotamia y Egipto.

¹⁸ **Cuando ellos lo vieron de lejos, antes que llegara cerca de ellos conspiraron contra él para matarlo.** ¹⁹ **Se dijeron el uno al otro:**

—¡Ahí viene el soñador!²⁰ Ahora pues, venid, matémoslo y echémoslo en una cisterna, y diremos: “Alguna mala bestia lo devoró”. Veremos entonces qué será de sus sueños.

²¹ Cuando Rubén oyó esto, lo libró de sus manos. Dijo:

—No lo matemos.

²² Y añadió:

—No derramáis sangre; echadlo en esta cisterna que está en el desierto, pero no le pongáis las manos encima.

Quiso librarlo así de sus manos y hacerlo volver a su padre.

El apóstol Santiago nos advierte: “Cada uno es tentado, cuando de su propia pasión es atraído y seducido. Entonces la pasión, después que ha concebido, da a luz el pecado.” (Santiago 1:14,15). Había deseos malvados en el corazón de los hermanos hacia José, sentimientos de envidia, ira y odio. Con el tiempo, esos malos pensamientos dieron lugar a acciones malvadas. Cuando los hermanos vieron venir a José, conspiraron para matarlo.

Es difícil comprender la intensidad del odio de los hermanos de José. La conspiración estaba dirigida no sólo contra alguien de su propia sangre. Acuérdense de que él y ellos formaron parte de la familia de la promesa. No habían crecido como salvajes, ni paganos; habían escuchado las promesas que Dios le había hecho a su bisabuelo Abraham. Sabían que en la presente generación ellos eran la familia, la única sobre la tierra, de cuyos descendientes nacería el Salvador del mundo. En la actitud de los hermanos podemos ver el horrible poder del pecado; el odio los había cegado hasta el punto de no reconocer lo que hacían.

²³ Sucedió, pues, que cuando llegó José junto a sus hermanos, ellos quitaron a José su túnica —la túnica de colores que llevaba puesta—,²⁴ lo agarraron y lo echaron en la cisterna; pero la cisterna estaba vacía, no había en ella agua.²⁵ Luego se sentaron a comer. En esto, al alzar la vista, vieron una compañía de ismaelitas que venía de Galaad, con camellos cargados de aromas, bálsamo y mirra, que llevaban a Egipto.²⁶ Entonces Judá dijo a sus hermanos:

—¿Qué vamos a ganar con matar a nuestro hermano y

ocultar su muerte?²⁷ Venid y vendámoslo a los ismaelitas; pero no le pongamos las manos encima, porque es nuestro hermano, nuestra propia carne.

Y sus hermanos convinieron con él.

²⁸ Cuando pasaban los mercaderes madianitas, sacaron ellos a José de la cisterna, lo trajeron arriba y lo vendieron a los ismaelitas por veinte piezas de plata. Y estos se llevaron a José a Egipto.

“La pasión, después que ha concebido, da a luz el pecado” (Santiago 1:15). Ahora, a 104 kilómetros de distancia de la mirada de un padre que lo amaba en gran manera, los hermanos podían, de una vez por todas, saldar cuentas con su odiado hermano. Rubén logró desviar sus intenciones asesinas sugiriendo que lo echaran en una cisterna. Las cisternas por lo general se usaban en el antiguo Canaán para guardar el agua de la lluvia que caía. Con el fin de minimizar la pérdida del agua por evaporación las hacían en forma de campana, con una abertura no mayor que los hombros de un hombre. Los granjeros y pastores vaciaban gradualmente las cisternas durante los meses de sequía en el verano. Rubén pudo haber tenido la intención de regresar más tarde para rescatar a José, pero los hermanos parecían estar muy dispuestos a dejar que muriera en el pozo. ¿Y entonces qué pasaría con todos sus extravagantes sueños y planes de grandeza? Mientras tanto los hermanos, indiferentes y tranquilos, se sentaron a comer, sordos a los ruegos de su hermano de que no lo dejaran morir (42:21).

Rubén trató de impedir un pecado sugiriendo otro diferente. Ahora Judá trató de hacer lo mismo. Una caravana de camellos descendía por el camino que conducía al sur, hacia Egipto. Era una caravana que venía de Galaad, al este del Jordán, que traía especias y resinas muy apreciadas por los egipcios con propósitos medicinales, así como también para embalsamar. Judá no quería que mataran a José, pero sabía que sus hermanos no le permitirían que lo dejara en libertad. Tal vez podían llegar a un acuerdo vendiéndolo como esclavo. Así ya no tendrían que presenciar más

tratos preferentes ni escuchar sus sueños. Además, tendrían veinte piezas de plata extra en el bolsillo. ¡Qué devastador es llegar a un arreglo con el pecado! Optar por lo que parece ser un pecado menor en vez del que parece mayor, es una tentación del diablo.

Algunos críticos de la Biblia han discutido mucho acerca de un supuesto error en los nombres de los mercaderes que compraron a José. En el versículo 27 se les llama ismaelitas, y en el siguiente versículo se les llama madianitas. Algunos han usado la diferencia de nombres para sostener que el tema de este capítulo vino de diferentes fuentes escritas, y que no todas las fuentes originales tenían la versión exacta. Por otra parte, otros han sugerido que tal vez los ismaelitas eran los de la caravana, mientras que los madianitas que se nombran aquí eran los mercaderes mismos. Quienes hayan sido, no tardaron en darse cuenta de que los pastores estaban ansiosos por vender a un joven de diecisiete años, así que lo compraron por veinte piezas de plata, menos del precio que usualmente se pagaba por un esclavo (Éxodo 21:32).

²⁹ Después Rubén volvió a la cisterna y, al no hallar dentro a José, rasgó sus vestidos.³⁰ Luego volvió a sus hermanos y dijo:

—El joven no aparece; y yo, ¿adónde iré yo?

³¹ Entonces tomaron ellos la túnica de José, degollaron un cabrito del rebaño y tiñeron la túnica con la sangre.³² Enviaron la túnica de colores a su padre, con este mensaje: «Esto hemos hallado; reconoce ahora si es o no la túnica de tu hijo».

³³ Cuando él la reconoció, dijo: «Es la túnica de mi hijo; alguna mala bestia lo devoró; José ha sido despedazado».³⁴ Entonces Jacob rasgó sus vestidos, se puso ropa áspera sobre su cintura y guardó luto por su hijo durante muchos días.³⁵ Se levantaron todos sus hijos y todas sus hijas para consolarlo, pero él no quiso recibir consuelo, diciendo: «¡Descenderé enlutado junto a mi hijo hasta el seol!» Y lo lloró su padre.

³⁶ En Egipto, los madianitas lo vendieron a Potifar, oficial del faraón y capitán de la guardia.

¿Dónde se encontraba Rubén durante la transacción? No se nos dice, pero le produjo un sobresalto cuando descubrió que José no estaba en la cisterna. Aparentemente creía que su principal responsabilidad era cuidarlo, ya que era el hermano mayor. Preguntó: “¿Adónde iré yo?”

Los hermanos tenían la respuesta. Mataron un cabrito, tomaron la odiada túnica de José de brillantes colores, la tiñeron con la sangre del animal, y se dirigieron hacia la casa, ensayando la historia que le dirían a su padre. Cuando días más tarde llegaron a casa, su padre, al ver la sangre seca sobre la vestimenta que le era familiar, sacó su propia conclusión, sin ayuda de sus hijos.

Tal vez los hijos de Jacob trataron de defenderse diciendo: “Realmente no dijimos a nuestro padre que José había muerto. Le preguntamos tan sólo si era o no la túnica de su hijo.” Pero la mentira no comienza en la boca, nace en un corazón deshonesto, un corazón que recibe el amor que Dios derrama sobre él, pero se niega a amar a otros.

Los hermanos no habían previsto la reacción de su padre. Rasgó su ropa y se vistió con tela áspera de silicio. La persona que hacía eso no mostraba interés por su apariencia externa ni por su bienestar personal, su único deseo era expresar la tristeza que agobiaba su corazón. “No traten de consolarme”, les dijo a sus hijos. “El luto que tengo en mi corazón estará conmigo hasta que me reúna con mi hijo en la tumba.” Los hermanos no habían contado con esto.

Con un arte literario consumado, el sagrado escritor interrumpe aquí la narración acerca del padre de José y sus hermanos. Nos permite compartir la desgarradora pena del padre y los inútiles intentos de la familia por consolarlo. Ahora el escritor deja el tema; no se mencionará otra vez por veinte años. Los lectores pueden imaginar la tristeza que invadió el corazón de Jacob todos esos años, y la culpa que pesaba como el plomo en

las conciencias de los hermanos. Pensaron que se habían salido con la suya; ahora su conciencia no los dejaba en paz. Esos 20 años fueron muy difíciles para todos: para Jacob, para los hermanos, y para José. Sólo Dios podía hacer que la luz brillara en medio de esas tinieblas, y los siguientes capítulos nos van a decir cómo lo hizo. Pero por el momento, la pena de esa familia era opresora y agobiadora.

Mientras tanto, al considerar que la suerte de un esclavo en los tiempos antiguos no era nada envidiable, de cierto el joven de diecisiete años debió haber sentido un profundo dolor cuando lo llevaban a Egipto. No era un esclavo, se repetía a sí mismo, sino el hijo de un hombre rico. Además, era miembro de la familia que había recibido las promesas de Dios. ¡En qué forma tan extraña trata el Dios del pacto a los que confían en él!

Aunque ni el padre, ni los hermanos, ni el joven de diecisiete años eran conscientes de ello, Dios acababa de dar el primer paso en su magnífico plan para proteger en Egipto a la familia escogida. Dios se encargó de que a José lo pusieran en la casa de un alto oficial de Faraón, el hombre encargado de la guardia personal del rey.

Relajamiento moral de Judá

38 Aconteció en aquel tiempo que Judá se apartó de sus hermanos, y se fue a casa de un adulamita que se llamaba Hira. ² Allí conoció Judá a la hija de un cananeo, el cual se llamaba Súa; la tomó y se llegó a ella. ³ Ella concibió y dio a luz un hijo, al que llamó Er. ⁴ Concibió otra vez y dio a luz un hijo, al que llamó Onán. ⁵ Volvió a concebir y dio a luz un hijo, al que llamó Sela. Ella se hallaba en Quezib cuando lo dio a luz.

Génesis 38 es un intervalo que el sagrado escritor insertó aquí antes de continuar con la narración de José en Egipto. Con eso proporciona alguna información poco halagadora acerca de uno de los hermanos de José, el cual, aunque nos parezca extraño,

desempeñó un importante papel en el plan a largo plazo que Dios tenía para el futuro.

Este capítulo no es una lectura agradable, porque nos muestra una vez más la gran insensibilidad de los hijos de Jacob en cuanto a los asuntos espirituales. Rubén cometió incesto, Simeón y Leví planearon la sanguinaria venganza contra los siquemitas por haber deshonrado a su hermana, y la mayoría de los hermanos estuvieron implicados en la venta de José como esclavo. En el presente capítulo, nos enteramos de que Judá tomó a una mujer cananea como esposa, a pesar de que seguramente sabía que no debía hacerlo. Sabía que sus antepasados habían hecho hasta lo imposible por hallar esposas para sus hijos que fueran temerosas de Dios. Los cananeos no adoraban al verdadero Dios; y de seguro que la esposa cananea de Judá, no podría enseñarles a sus hijos a amar al Dios del pacto y a confiar en sus promesas. Además, los cananeos estaban bajo la maldición de Dios por causa de su religión nacional, una obscena mezcla de idolatría y adulterio, e iban a ser expulsados de su tierra natal.

No es difícil imaginar que después de que los hermanos vendieron a José como esclavo, las condiciones de vida en el hogar de Jacob no eran nada agradables. Los hermanos notaban a diario la pena de su padre. Sin duda, escucharon varias veces la frase de Rubén: “Se lo dije”. Tenían que cuidarse constantemente de lo que decían, para no revelar sin querer el preocupante secreto.

Por cualquier razón, Judá decidió irse de la casa de su padre y formar su propio hogar. Se trasladó a Adulam, a unos quince kilómetros al oeste de la casa de Jacob en Hebrón. Allí conoció y se casó con una mujer cananea, que le dio tres hijos. Si las cosas se hubieran dejado en manos de Judá, la rama de la familia de Jacob que más tarde iba a portar la promesa mesiánica hubiera sido cananea.

⁶Después Judá tomó para su primogénito Er a una mujer llamada Tamar.⁷ Pero Er, el primogénito de Judá, fue malo ante los ojos de Jehová, y Jehová le quitó la vida.⁸ Entonces

Judá dijo a Onán:

—**Llégate a la mujer de tu hermano, despóstate con ella y levanta descendencia a tu hermano.**

⁹ Sabiendo Onán que la descendencia no sería suya, cuando se llegaba a la mujer de su hermano vertía en tierra, para no dar descendencia a su hermano. ¹⁰ Como desagradó a Jehová lo que hacía, a él también le quitó la vida.

Cuando su hijo mayor Er llegó a la edad de casarse, Judá le escogió una esposa llamada Tamar. Como ella venía de la misma región, usualmente se da por sentado que era cananea, lo mismo que la esposa de Judá. El matrimonio de Tamar con Er fue corto porque Jehová le puso fin a la vida de Er por causa de su maldad. La vida, después de todo, es un don de Dios, que se nos ha confiado. Si abusamos de ella, Dios tiene todo el derecho de quitarnos su regalo. “El temor de Jehová aumenta los días, mas los años de los malvados serán acortados” (Proverbios 10:27).

Con el fin de que el linaje de Er no se extinguiera en Israel, Judá le mandó a su segundo hijo, Onán, que tomara a la viuda como esposa y le diera descendencia a su hermano. Esta es la primera referencia bíblica al llamado “casamiento por levirato”, aunque la costumbre se ha encontrado en varias culturas antiguas. Esta manera de casar a la viuda sin hijos con el pariente más próximo, la estableció definitivamente Jehová en el monte de Sinaí, donde llegó a ser parte de la sagrada constitución que gobernaba la vida del pueblo de Dios, para perpetuar el nombre del esposo fallecido. El primogénito nacido de un casamiento por levirato podía vivir con su padre y su madre, pero en el árbol genealógico sería inscrito como hijo del esposo fallecido. Cuando Moisés se despidió de Israel dijo claramente que esta costumbre no se debía considerar como un mandato absoluto de Dios, sino como un acto de amor hacia el hermano fallecido (Deuteronomio 25:5-10).

A Onán no le gustó la situación en la que se encontraba. Tal y como estaban las cosas, él era el primogénito heredero de Judá,

y como tal estaba destinado a recibir una doble parte de la herencia de su padre. Sin embargo, si procreaba un hijo para el primer esposo de Tamar, su doble parte de la herencia iría a parar al hijo, el descendiente legal de Er. A Onán eso le pareció irónico: el hijo realmente sería su carne y hueso, pero no llevaría su nombre, y un día le haría perder una considerable parte de la herencia de Judá. Por lo tanto, Onán se negó a consumir el acto sexual con Tamar. Estaba dispuesto a gozar del placer físico pero no quería las responsabilidades que eso implicaba. Dios desaprobó su malvada actitud y le quitó la vida.

¹¹ Entonces Judá dijo a su nuera Tamar:

—Permanece viuda en casa de tu padre, hasta que crezca mi hijo Sela.

(Esto dijo pues pensaba: «No sea que muera él también, como sus hermanos».)

Tamar se fue y se quedó en casa de su padre.

¹² Pasaron muchos días y murió la hija de Súa, la mujer de Judá. Cuando Judá se consoló, subió a Timnat (donde estaban los trasquiladores de sus ovejas) junto a su amigo Hira, el adulamita.¹³ Y avisaron a Tamar, diciéndole: «Tu suegro sube a Timnat a trasquilar sus ovejas».¹⁴ Entonces se quitó ella los vestidos de su viudez, se cubrió con un velo para no ser reconocida y se puso a la entrada de Enaim, junto al camino de Timnat, pues veía que Sela había crecido y que ella no le era dada por mujer.

¹⁵ Cuando Judá la vio, la tuvo por una ramera, pues ella había cubierto su rostro.¹⁶ Entonces se apartó del camino para acercarse a ella y, sin saber que era su nuera, le dijo:

—Déjame ahora llegarme a ti.

—¿Qué me darás por llegarte a mí? —dijo ella.

¹⁷ —Te enviaré un cabrito de mi rebaño —respondió él.

—Dame una prenda, hasta que lo envíes —dijo ella.

¹⁸ —¿Qué prenda te daré? —preguntó Judá.

Ella respondió:

—**Tu sello, tu cordón y el bastón que tienes en tu mano.**

Judá se los dio, se llegó a ella y ella concibió de él.¹⁹ Luego se levantó y se fue; se quitó el velo que la cubría y se vistió las ropas de su viudez.

El padre Judá había perdido a dos de sus tres hijos e injustamente consideró responsable a Tamar. En su opinión, ella era de “mala suerte”, y no estaba dispuesto a darle a Selá, su hijo más joven. En cambio, le dijo a Tamar: “Regresa a la casa de tu padre y quédate viuda hasta que Selá haya alcanzado la edad para casarse”. Judá dijo eso con la intención de engañarla; nunca había pensado seriamente cumplir su promesa y arriesgar la vida del único hijo que le sobrevivía.

Cuando Selá alcanzó la edad de casarse y no se lo dieron a ella, Tamar comprendió que su suegro la había engañado. También se dio cuenta de algo más: puesto que el siguiente pariente de su esposo muerto tenía derecho de tenerla como esposa antes que cualquier otro, era muy probable que ya no se casaría de nuevo, y permanecería viuda sin hijos. No le gustó la idea y la consideró injusta, así que decidió tomar la justicia por su mano. Sedujo a su suegro con el fin de tener un hijo de él.

El sagrado escritor no nos dice, y no viene al caso especular, qué impulsó a Tamar a hacer lo que hizo. ¿Acaso quiso humillar a Judá por haberla engañado? ¿Fue simplemente el gran deseo de evitar la desgracia de no tener hijos? ¿Estaba decidida a ser una de las madres en Judá, y parte de la familia que había recibido las promesas de Dios? Aunque no sabemos cuáles fueron sus motivos, su estrategia fue obvia. Trataría de atrapar a su suegro, lo seduciría para que durmiera con ella, y saldría embarazada de él. En nuestra opinión, sus oportunidades eran remotas, pero la estrategia dio resultado.

Judá, ahora viudo, había ido a esquilarse sus ovejas a Timnat. Y Tamar, como sabía que esquilarse ovejas era un tiempo de alegría, algunas veces acompañado de bulliciosas celebraciones, se quitó las prendas de viuda y se vistió provocativamente para llamar la

atención de un hombre solitario. Tuvo el cuidado de cubrirse con un velo para que su suegro no la reconociera y se sentó a las puertas de Enaim, por donde iba a pasar Judá.

Parece una posibilidad remota, pero su intuición resultó ser correcta. Judá se fijó en ella, el disfraz y la conducta de su nuera lo engañaron, y le hizo proposiciones deshonestas, le ofreció como pago un cabrito de su rebaño. Cuando ella le pidió alguna garantía de que realmente le iba a enviar el animal, él le dio su bordón y su sello, junto con el cordón que le colgaba al cuello. El sello era un pequeño cilindro de barro, hecho por encargo, que se ponía alrededor del cuello con un cordón. Cuando ese sello se rodaba como un rodillo en miniatura sobre una tablilla de barro húmeda, dejaba grabado el diseño especial que identificaba al dueño. Herodoto, el historiador griego, nos dice que los babilonios de cierto nivel social no podían ser vistos sin dicho sello. Tamar le pidió esos objetos en particular como garantía, no porque tuvieran gran valor, sino porque presentaban una prueba definitiva de identidad. Luego de pasar la noche con Judá, regresó a la casa de su padre y se puso otra vez los vestidos de su viudez.

²⁰ Judá envió el cabrito del rebaño por medio de su amigo, el adulamita, para que éste rescatara la prenda de la mujer; pero no la halló.²¹ Entonces preguntó a los hombres de aquel lugar, diciendo:

—¿Dónde está la ramera que había en Enaim, junto al camino?

—No ha estado aquí ramera alguna —dijeron ellos.

²² Entonces él se volvió a Judá y le dijo:

—No la he hallado. Además, los hombres del lugar me dijeron: “Aquí no ha estado ninguna ramera”.

²³ Judá respondió:

—Pues que se quede con todo, para que no seamos objetos de burla. Yo le he enviado este cabrito, pero tú no la hallaste.

²⁴ Sucedió que al cabo de unos tres meses fue dado aviso a Judá, diciendo:

—Tamar, tu nuera, ha fornicado, y ciertamente está encinta a causa de las fornicaciones.

Entonces dijo Judá:

—¡Sacadla y quemadla!

²⁵ Pero ella, cuando la sacaban, envió a decir a su suegro: «Del dueño de estas cosas estoy encinta». También dijo: «Mira ahora de quién son estas cosas: el sello, el cordón y el bastón». ²⁶ Cuando Judá los reconoció, dijo: «Más justa es ella que yo, por cuanto no la he dado a mi hijo Sela». Y nunca más la conoció.

Naturalmente Judá quería que la mujer le regresara sus prendas: el bordón, y especialmente el sello. Envío el pago acordado mediante un amigo, que les preguntó a los hombres de la ciudad dónde estaba la prostituta del santuario, la joven que vendía sus favores sexuales como expresión de su consagración a Astarot, esposa-hermana de Baal el dios cananeo de la fertilidad. Por supuesto el amigo no la pudo encontrar.

Tres meses más tarde, Judá se enteró de que su nuera viuda estaba esperando un hijo. Ahora añadía el pecado de la hipocresía a la falta de integridad. Anunció que, como jefe de la familia, le correspondía encargarse de que se castigara a una adúltera en la familia, como es debido y en público. (¿Puede escuchar el aire de superioridad moral del suegro: "... no sólo es la viuda de dos de mis hijos, sino la prometida de mi tercer hijo"?).

Las pretensiones de superioridad moral habían cegado a Judá hasta el punto de que no le permitían ver que él era igualmente culpable. Y cuando la mujer acusada le entregó el sello y el bordón, identificándolo así como el padre del bebé que esperaba, en vez de incluirse a sí mismo en algún castigo, Judá sólo pudo balbucear: "Más justa es ella que yo".

La fuerte condenación que hace Jesús de pretensiones de superioridad moral nos advierte que este pecado todavía amenaza a los hijos de Dios: "¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo? ...

¡Hipócrita!” (Mateo 7:3-5).

Las últimas palabras del versículo 26 parecen implicar que Judá llevó a Tamar a vivir a su hogar, ya que se había casado entre su familia y tendría un hijo de él.

Se debe mencionar, para ser justo con Judá, que esta trágica caída en el pecado, que se describe gráficamente en este capítulo, parece haber marcado un momento crucial en su vida. Judá se menciona tres veces más en la relación de Génesis, y en cada caso su conducta contrasta marcadamente con el comportamiento que mostró aquí. Aunque rompió con su familia cuando se casó con una mujer cananea y se apartó de su padre y de sus hermanos, en el capítulo 42 sin embargo, lo encontramos viajando con sus hermanos hacia Egipto a comprar grano para la familia. En 43:1-5 y 46:28 Judá parece haber estado unido especialmente a su padre, y haber sido un líder entre sus hermanos. Y cuando en Egipto suplicó ante José que no retuviera a Benjamín prisionero (44:14-34) sus palabras no sólo fueron elocuentes y apasionadas, sino también dieron evidencia de su verdadero arrepentimiento y de su madurez espiritual. Esto también es confirmado por el hecho de que Jehová escogió a Judá para ser el portador de la promesa mesiánica (49:10).

²⁷ Aconteció que, al tiempo de dar a luz, había gemelos en su seno.²⁸ Y sucedió durante el parto que uno de ellos sacó la mano, y la partera tomó y ató a su mano un hilo de grana, diciendo: «Este salió primero». ²⁹ Pero volviendo él a meter la mano, salió su hermano; y ella dijo: «¡Cómo te has abierto paso!» Por eso lo llamó Fares.³⁰ Después salió su hermano, el que tenía en su mano el hilo de grana, y lo llamó Zara.

Seis meses más tarde Tamar dio a luz a hijos gemelos. Cuando uno de los gemelos sacó una mano, la partera inmediatamente le ató un hilo rojo a la muñeca para identificarlo, ya que el primogénito recibía muchos privilegios. Pero cuando éste retiró la mano, el gemelo que parecía que iba a ser el menor se

adelantó, naciendo primero, y se convirtió en el primogénito. Sin embargo, Dios hizo prominente al segundo en otro aspecto.

Cuando comparamos el versículo 29 con Mateo 1:1-3, vemos que Dios realmente usó una unión incestuosa para darnos uno de los antepasados del Salvador. Según Génesis 49:12, Fares y su hermano gemelo Zara fueron incluidos en la lista de los miembros de la familia de Jacob que fueron a vivir a Egipto donde llegaron a formar una gran nación. De la línea de Fares iba a nacer el gran rey David (Rut 4:18-21; 1 Crónicas 2:5-15), así como también el más grande descendiente del rey David. A medida que se leen los espeluznantes detalles que se narran en este capítulo de la Biblia, nos preguntamos: “¿Acaso no había actividades más sanas que Moisés pudo haber mencionado de los hijos de Jacob? ¿Por qué éstas?” Se sugieren varias razones.

Desde luego, Génesis 38 le ayuda a comprender que el árbol genealógico no lo salva a usted. Los hijos de Jacob eran bisnietos de Abraham, pero estuvieron en constante peligro de perder su alto llamamiento, de contaminarse con los pecados de Canaán y de perder las bendiciones mesiánicas. Sólo la gracia de aquél que los llamó, los salvó. Este capítulo nos ayuda a comprender mejor por qué Dios concluyó que la permanencia en Egipto, lejos del contacto constante (y matrimonios mixtos) con los cananeos, era necesaria para la familia de Jacob.

Este capítulo presenta una bella imagen del condescendiente amor del Salvador, que no vaciló en incluir a pecadores como Judá y Tamar, en la genealogía de su familia. Así como nadie debe jactarse de sus pretensiones de superioridad moral, nadie debe desesperarse por causa de sus pecados.

Y el capítulo ofrece una preciosa seguridad para quienes no somos judíos. El hecho de que Dios escogió a los descendientes de Abraham no significa que él no estaba interesado en los gentiles. Estamos de acuerdo con Martín Lutero cuando dice: “Los gentiles también pueden ser madres, hermanos, padres y hermanas de nuestro Señor Jesús”.

José es falsamente acusado y sentenciado a prisión

39Llevado, pues, José a Egipto, Potifar, un egipcio oficial del faraón, capitán de la guardia, lo compró de los ismaelitas que lo habían llevado allá.² Pero Jehová estaba con José, quien llegó a ser un hombre próspero, y vivía en la casa del egipcio, su amo.³ Vio su amo que Jehová estaba con él, que Jehová lo hacía prosperar en todas sus empresas.⁴ Así halló José gracia a sus ojos, y lo servía; lo hizo mayordomo de su casa y entregó en su poder todo lo que tenía.⁵ Desde el momento en que le dio el encargo de su casa y de todo lo que tenía, Jehová bendijo la casa del egipcio a causa de José, y la bendición de Jehová estaba sobre todo lo que tenía, tanto en la casa como en el campo.⁶ Él mismo dejó todo lo que tenía en manos de José, y con él no se preocupaba de cosa alguna sino del pan que comía.

José era de hermoso semblante y bella presencia.

Después del intervalo que relató algunos de los vergonzosos acontecimientos en la familia de Judá, Moisés sigue otra vez el hilo de la historia de José. Es el hilo que seguirán los doce capítulos restantes de Génesis. Lo que le ocurrió a José en Egipto, es de gran importancia para la familia de Jacob, la familia de la promesa.

Existía un comercio muy activo de esclavos en el antiguo mundo del mediterráneo, y sin querer, José había ido a parar allí. En ese mundo, al esclavo se le consideraba poco más que un objeto de propiedad. Sin embargo, ante Dios, José era mucho más que eso. En primer lugar, era un hijo amado y, en segundo lugar, un valioso y escogido instrumento mediante el cual iba a bendecir a su pueblo.

Con el fin de llevar a cabo esto, Dios se encargó de que un oficial de la guardia real egipcia comprara a José. La edad de José (diecisiete años), su cuerpo musculoso y su buena apariencia tal vez fue lo que primero llamó la atención de Potifar. Pero no le

tomó mucho tiempo comprender que ese día había hecho una muy buena compra en el mercado de esclavos. Su nuevo esclavo no sólo era fuerte, sino inteligente. Tenía buena disposición para sus labores; sin dar muestras de amargura por el rumbo que había tomado su vida, sólo obedecía a su amo. El Espíritu de Dios había creado en José una actitud de resignación y de confianza en el pacto divino, aunque por el momento lo estaba dirigiendo por un camino desconcertante y difícil.

Este mismo Dios del pacto, el Dios de fidelidad absoluta, prosperó el trabajo de José en la casa de Potifar. ¡Qué seguridad debió haber sido para ese solitario adolescente en una tierra extraña! La mano de Jehová, derramando sus bendiciones, se hizo patente cada vez que Potifar le dio a José un ascenso tras otro.

Se le permitió vivir en la casa del amo, en vez de en las habitaciones de los esclavos. Llegó a ser el asistente personal de Potifar, quien sólo pudo llegar a la conclusión de que el Dios de José (cualquiera que fuera) le debía estar sonriendo. José recibió un ascenso más cuando su amo lo puso al frente de toda la casa, incluyendo la supervisión de los otros esclavos. Finalmente, Potifar lo nombró mayordomo de todo lo que tenía.

Hay un solo detalle de la administración de la casa que Potifar se reservó para sí, y no se nos dice exactamente por qué. Potifar parece haber sido un hombre religioso, que observaba lo prescrito por los rituales egipcios acerca de la preparación de los alimentos y las comidas. Potifar prefería supervisar por sí mismo la preparación de los alimentos, en vez de dejar que lo hiciera su esclavo extranjero.

Puesto que tenemos el beneficio de conocer el desarrollo de la historia, podemos ver la mano de Dios en la vida de José aun con mayor claridad de lo que podía ver Potifar. José no sólo estaba desarrollando paciencia y aumentando su confianza, sino que los años empleados como administrador de una gran casa fue la manera como Dios desarrolló y afinó en él las habilidades administrativas. Dios muy pronto iba a encontrar un buen uso para ellas.

⁷ y aconteció después de esto, que la mujer de su amo puso sus ojos en José, y le dijo:

—Duerme conmigo.

⁸ Pero él no quiso, y dijo a la mujer de su amo:

—Mi señor no se preocupa conmigo de lo que hay en casa, y ha puesto en mis manos todo lo que tiene.⁹ No hay otro mayor que yo en esta casa, y ninguna cosa me ha reservado sino a ti, por cuanto tú eres su mujer. ¿Cómo, pues, haría yo este gran mal, y pecaría contra Dios?

¹⁰ Hablaba ella a José cada día, pero él no la escuchaba para acostarse al lado de ella, para estar con ella.

Calculamos que José pudo haber pasado diez años en la casa de Potifar cuando tuvo otro serio problema. Por lo general le había ido muy bien, y parecía que el futuro le deparaba una vida cómoda al servicio de Potifar. Pero esto no era lo que el Dios del pacto tenía en mente. Jehová tenía planes más grandes y mejores para José, y poco a poco comenzaron a tomar forma, pero otra vez de manera dolorosa para él.

La señora de la casa comenzó a mostrar un inmoral interés por el joven esclavo, y la atracción que sentía por él representaba una tentación mucho mayor para José que el odio que sus hermanos le habían tenido. Entre más atractiva y placentera parezca una tentación, es mucho más difícil de resistir.

Cuando su ama se le insinuó, José no aceptó. En primer lugar, aceptar su invitación sería violar la confianza que su amo había depositado en él. Pero, lo que era aun más importante, dar paso a la seducción sería un pecado contra Dios. La palabra traducida como *pecado* significa “no dar en el blanco”. Como nuestro Creador, Dios es también nuestro Amo, que ha determinado la forma en que quiere que vivan sus criaturas. *Él* pone la meta en nuestra vida, no *nosotros*. Y Dios no nos ha puesto la meta de: “¡Diversión, diversión, y más diversión!” Las únicas metas legítimas para esta vida son: (1) darle a Dios toda la gloria y (2) el bienestar de nuestro prójimo. Sustituir el placer físico por las metas

de Dios, es no dar en el blanco de lo señalado por él, y José estaba temeroso de eso.

“¿Cómo haría yo este grande mal?” preguntó José. Dijo esto por dos razones: primero, porque sentía un temor reverente hacia Dios; la aprobación divina significaba más para él que unos cuantos momentos de placer junto a la esposa de otro hombre. José realmente estaba temeroso de hacer algo que desagradara a Dios. Y, en segundo lugar, amaba a Dios, el Dios que había elegido a su familia para ser la cuna del Salvador. Más de treinta siglos después, Martín Lutero describió el doble motivo que llevó a José a negarse a cometer adulterio con la esposa de Potifar: “Debemos *temer* y *amar* a Dios de modo que llevemos una vida pura y decente, en palabras y obras”.

Los altos principios morales de José lo hicieron aun más deseable ante los ojos de la señora de la casa. Día tras día lo invitaba a acostarse con ella, y día tras día José rechazaba sus invitaciones.

¹¹ Pero aconteció un día, cuando entró él en casa a hacer su oficio, que no había nadie de los de casa allí.¹² Entonces ella lo asió por la ropa, diciendo:

—Duerme conmigo.

Pero él, dejando su ropa en las manos de ella, huyó y salió.

¹³ Cuando ella vio que le había dejado la ropa en sus manos y había huido fuera,¹⁴ llamó a los de casa, y les dijo:

—Mirad, nos ha traído un hebreo para que hiciera burla de nosotros. Ha venido a mí para dormir conmigo, y yo di grandes voces.¹⁵ Al ver que yo alzaba la voz y gritaba, dejó junto a mí su ropa, y salió huyendo.

¹⁶ Puso ella junto a sí la ropa de José, hasta que llegó su señor a la casa. ¹⁷ Entonces le repitió las mismas palabras, diciendo:

—El siervo hebreo que nos trajiste, vino a mí para deshonrarme.¹⁸ Y cuando yo alcé mi voz y grité, él dejó su ropa junto a mí y huyó fuera.

Llegó el día en el que la esposa de Potifar se cansó de ser rechazada. Lo asió por la ropa y le ordenó: “¡Duerme conmigo!” José no tuvo otra opción que huir de la casa, dejando en manos de la mujer el manto que colgaba de sus hombros. José había perdido su manto, pero tenía la conciencia tranquila. Los siguientes capítulos de esta narración demostrarán el hecho de que si el Salvador lo desea, nos compensará por lo que en lealtad a él renunciamos. Años más tarde, el gobernador de Egipto vistió a José con ropas de lino finísimo (41:42).

Con la misma pasión con que intentó seducir a José, ahora la esposa de Potifar trató de vengarse de él. Con el manto de él en las manos, como prueba circunstancial, lo acusó ante los miembros de su casa y ante su esposo, de haber tratado de atacarla.

¹⁹ Al oír el amo de José las palabras de su mujer, que decía: «Así me ha tratado tu siervo», se encendió su furor.²⁰ Tomó su amo a José y lo puso en la cárcel, donde estaban los presos del rey; y allí lo mantuvo.²¹ Pero Jehová estaba con José y extendió a él su misericordia, pues hizo que se ganara el favor del jefe de la cárcel.²² El jefe de la cárcel puso en manos de José el cuidado de todos los presos que había en aquella prisión; todo lo que se hacía allí, él lo hacía. ²³ No necesitaba atender el jefe de la cárcel cosa alguna de las que estaban al cuidado de José, porque Jehová estaba con José, y lo que él hacía, Jehová lo prosperaba.

Potifar se puso furioso cuando escuchó las acusaciones de su esposa contra José, y no se nos dice específicamente por qué estaba tan enojado. Hay motivos para creer que Potifar sospechaba que ella no estaba diciendo la verdad, y ahora esto le iba a costar la pérdida de su competente y responsable administrador de negocios. En el mundo antiguo, el esclavo que hiciera proposiciones indecorosas a la esposa del amo pagaba por lo general con la vida. Sin embargo, José fue sentenciado a prisión.

Potifar no podía humillar públicamente a su esposa ignorando las acusaciones; el encarcelamiento del esclavo acusado pudo

haber sido la forma de guardar las apariencias. Tal vez porque se hallaba muy perturbado por lo ocurrido, José no se fijó en que no lo habían puesto en el pabellón de los condenados a muerte, y tampoco dejaron que se pudriera en un calabozo. Lo encarcelaron donde confinaban a los prisioneros del rey, aparentemente a los acusados de crímenes políticos. Lo que parece un detalle menor, más tarde iba a desempeñar un papel mayor para sacar a José de la prisión y para colocarlo en la posición de segunda autoridad, teniendo sólo al rey como superior.

El fiel amor de Dios siguió a José hasta la prisión, y esto se hizo evidente muy pronto. Dios lo hizo agradable a los ojos del guardia del lugar, a quien Potifar quizá le aconsejó que usara en la prisión las extraordinarias aptitudes de José. En realidad, José estuvo a cargo de todos los prisioneros. En vez de ser sentenciado a estar incomunicado, José tuvo acceso a todos los prisioneros, dos de los cuales iban a ser, en el plan de Dios, su boleto de salida de la prisión.

Puesto que ya conocemos el desenlace de esta historia, podemos ver con más claridad que a José, el amor seguro y firme de Dios, lo estaba guiando a través de esos tormentosos años de su vida. Quizá esta es una verdad bíblica que Génesis 39 puede enseñarnos, especialmente cuando nuestra vida, como la de José, toma un rumbo inesperado y desagradable. Permanecer fieles en la tentación, permanecer confiados en las abrumadoras tragedias personales, debe convencernos de que el Salvador tiene un buen plan para nosotros y que él se ha obligado a cumplir sus promesas. Los últimos capítulos de Génesis, así como la historia del Calvario, nos aseguran que Dios tiene ese plan y está determinado a cumplirlo.

José el intérprete de sueños

40 Aconteció después de estas cosas, que el copero y el panadero del rey de Egipto delinquieron contra su señor, el rey de Egipto.² Y se enojó el faraón contra sus dos

oficiales, el jefe de los coperos y el jefe de los panaderos,³ y los puso en prisión en la casa del capitán de la guardia, en la cárcel donde José estaba preso.⁴ El capitán de la guardia encargó de ellos a José, para que los sirviera; y estuvieron durante un tiempo en la prisión.

⁵ Sucedió que ambos, el copero y el panadero del rey de Egipto, que estaban arrestados en la prisión, tuvieron un sueño en la misma noche, cada uno su propio sueño, cada uno con su propio significado.⁶ Vino a ellos José por la mañana y vio que estaban tristes.⁷ Entonces preguntó a aquellos oficiales del faraón que estaban con él en la prisión de la casa de su señor:

—¿Por qué tienen hoy mal aspecto vuestros semblantes?

⁸ Ellos le dijeron:

—Hemos tenido un sueño y no hay quien lo interprete.

José les dijo:

—¿No son de Dios las interpretaciones? Contádmelo ahora.

Con el paso del tiempo, dos nuevos prisioneros fueron puestos al cuidado de José: el copero y el panadero del rey de Egipto. Como los antiguos reyes vivían en constante peligro de ser asesinados, se convirtió en una práctica común para el rey seleccionar a dos de sus sirvientes más confiables para asegurarse de que nadie en la cocina envenenara su comida o su bebida. Ahora, por causa de alguna ofensa, real o imaginaria, estos dos funcionarios de la corte cayeron en desgracia y, por órdenes del rey, fueron encarcelados. El capitán de la guardia (según 39:1, pudo haber sido Potifar, el antiguo amo de José) recordó el destacado servicio que José le había prestado y le asignó la supervisión de los dos importantes prisioneros.

Una mañana, cuando José hacía sus rondas en la prisión, notó que los dos prisioneros especiales estaban preocupados por algo. Cuando les preguntó, supo que los dos habían tenido sueños la noche anterior. Ambos estaban convencidos de que Dios les estaba

diciendo algo por ese medio, pero no sabían qué. Los reyes antiguos comúnmente tenían sabios cuyo trabajo era interpretar los sueños y aconsejar al rey de acuerdo con eso, pero los prisioneros no gozaban de ese privilegio.

José les dijo: “Como fue Dios quien les dio los sueños, sólo él puede dar la interpretación”. Y cuando les dijo: “Contádmelo ahora”, vemos que José estaba admitiendo la posibilidad de que Dios, que es el único que sabe el significado de los sueños que envía, pudiera capacitarlo para interpretarlos.

⁹ Entonces el jefe de los coperos contó su sueño a José, y le dijo:

—Yo soñaba que veía una vid delante de mí¹⁰ y en la vid, tres sarmientos; y ella echaba brotes, florecía y maduraban sus racimos de uvas.¹¹ Y que la copa del faraón estaba en mi mano, y tomando yo las uvas las exprimía en la copa del faraón, y ponía la copa en la mano del faraón.

¹² José le dijo:

—Esta es su interpretación: los tres sarmientos son tres días.¹³ Al cabo de tres días levantará el faraón tu cabeza, te restituirá a tu puesto y darás la copa al faraón en su mano, como solías hacer cuando eras su copero.¹⁴ Acuérdate, pues, de mí cuando te vaya bien; te ruego que tengas misericordia y hagas mención de mí al faraón, y que me saques de esta casa,¹⁵ porque fui raptado de la tierra de los hebreos y nada he hecho aquí para que me pusieran en la cárcel.

El copero fue el primero en contar su sueño: frente a él estaba una vid con tres ramas, que daban capullos, florecían y producían uvas. Exprimió las uvas en la copa del faraón y se la ofreció al rey. José interpretó el sueño, diciendo: “Al cabo de tres días *levantará el faraón tu cabeza*”. El sagrado escritor usa la misma expresión hebrea tres veces (versículos 13, 19 y 20) en un juego de palabras, un retruécano. Cuando José le dijo al copero que el faraón “iba a levantar su cabeza”, quiso decir que el rey lo iba a reivindicar y lo

iba a regresar a su puesto anterior.

A las buenas noticias José agregó esta súplica: “Cuando salgas de prisión, acuérdate del que te dio estas buenas noticias. Por favor menciona mi nombre al faraón.” Para reforzar su petición, José mencionó que en dos ocasiones había sido víctima de la injusticia. Sin mencionar los nombres de sus hermanos ni el de la esposa de Potifar, hizo hincapié en que no había hecho nada para merecer que lo sacaran a la fuerza de su tierra natal y más tarde lo pusieran en prisión.

¹⁶Viendo el jefe de los panaderos que aquella interpretación había sido para bien, dijo a José:

—También yo soñé que veía tres canastillos blancos sobre mi cabeza.¹⁷ En el canastillo más alto había toda clase de manjares de pastelería para el faraón, y las aves los comían del canastillo de sobre mi cabeza.

¹⁸Entonces respondió José, y dijo:

—Esta es su interpretación: Los tres canastillos son tres días.¹⁹ Al cabo de tres días quitará el faraón tu cabeza de sobre ti. Te hará colgar en la horca, y las aves comerán la carne que te cubre.

La interpretación favorable que José le dio al copero animó al panadero a compartir los detalles de su sueño. Percibió que los dos sueños eran tan similares que pensó que tendrían el mismo desenlace feliz, pero se iba a decepcionar.

En su sueño, el panadero real le estaba llevando al faraón tres canastillas de exquisito pan sobre su cabeza, pero las aves comían el contenido de la canastilla más alta. La forma en que terminabas los dos sueños selló la sentencia del panadero.

José interpretó: “Al cabo de tres días *quitará el faraón tu cabeza de sobre ti*. Te hará colgar en la horca.” En el hebreo, se usa aquí la misma expresión que en el versículo 13, pero en un sentido drásticamente diferente. En tres días el panadero iba a morir. Iba a ser decapitado y su cuerpo iba a colgar de un árbol

donde los buitres lo iban a devorar. José se armó de valor para informar a tan prominente prisionero la terrible condena que le esperaba en tan poco tiempo, pero José tan sólo estaba anunciando la verdad que Dios le había revelado.

²⁰ Al tercer día, que era el día del cumpleaños del faraón, el rey ofreció un banquete a todos sus sirvientes; y alzó la cabeza del jefe de los coperos y la cabeza del jefe de los panaderos en presencia de sus servidores.²¹ Hizo volver a su oficio al jefe de los coperos, y volvió éste a poner la copa en la mano del faraón.²² Pero hizo ahorcar al jefe de los panaderos, como José lo había interpretado. ²³ Sin embargo, el jefe de los coperos no se acordó de José, sino que lo olvidó.

Tres días más tarde hubo una fiesta en honor del cumpleaños del faraón. Lo que ocurrió en esta fiesta demostró que era correcta la interpretación que dio José. Parece que el cumpleaños del rey era una ocasión en la que el gobernante podía dejar libres a ciertos prisioneros políticos. Aparentemente la ofensa del copero fue perdonada, pero no así la del panadero. Sin embargo, después que fue liberado de prisión, el copero no se acordó de la súplica de José. Después de todo, ¿qué era un esclavo hebreo comparado con un funcionario de la corte real?

José debió haberse deprimido cuando al pasar los días y los meses no escuchaba nada del copero real. Quizá llegó a pensar: “Se ha esfumado la última esperanza de obtener mi libertad”.

José no podía comprender que Dios estaba tras el olvido del copero. Si ese hombre hubiera hablado a favor de José y el rey lo hubiera perdonado, podría haber sido puesto en libertad y habría reanudado su vida diaria en Egipto como un perfecto desconocido. Quizá hasta podría haber regresado a Canaán. Pero para cuando José saliera de prisión, e iba a hacerlo, Dios quería que tomara un camino nuevo y especial que iba a beneficiar directamente al pueblo de Dios y ayudaría a traer el cumplimiento de las promesas de Dios.

El encuentro con el copero marcó el punto crucial en la carrera de José. En ese momento, su humillación había alcanzado el punto más bajo; de aquí en adelante las cosas iban a mejorar, aunque él no lo sabía. “Dios es su propio intérprete, y él mismo lo aclarará.”

El dramático ascenso de José al poder

41 Aconteció, pasados dos años, que el faraón tuvo un sueño. Le parecía que estaba junto al río,² y que del río subían siete vacas hermosas a la vista, muy gordas, y que pacían en el prado.³ Tras ellas subían del río otras siete vacas de feo aspecto y enjutas de carne, que se pararon cerca de las vacas hermosas a la orilla del río;⁴ y las vacas de feo aspecto y enjutas de carne devoraban a las siete vacas hermosas y muy gordas.

El faraón se despertó,⁵ pero se durmió de nuevo, y soñó la segunda vez: Siete espigas llenas y hermosas crecían de una sola caña,⁶ y después de ellas salían otras siete espigas menudas y quemadas por el viento del este;⁷ y las siete espigas menudas devoraban a las siete espigas gruesas y llenas.

El faraón se despertó y vio que era un sueño.

José pasó otros dos años en la prisión, tal vez los años más tristes de su vida. Ya había pasado trece años en Egipto, una buena parte de la vida de cualquier persona. Y ahora que José comprendía que el copero del rey se había olvidado de él, debió haberse preguntado si algún día llegaría a ser libre de nuevo. Pero ya había llegado la hora señalada por Dios. Cuando llegó la liberación de José, llegó súbita e inesperadamente.

Una vez más, Dios habló por medio de un sueño, esta vez al faraón. El lugar del sueño no era extraño: el faraón estaba de pie a la orilla del Nilo, el río que trae vida a un país en el que el noventa y cinco por ciento de su territorio es desierto. Pero lo que

ocurría en el sueño era muy poco usual: siete vacas gordas y hermosas subían del río y pacían a la orilla. Luego en el sueño, el faraón vio otras siete vacas, enjutas de carnes y de feo aspecto, que también subían del río, pero en vez de pacer junto a la orilla, se comían a las vacas gordas.

El rey sabía que las vacas son animales vegetarianos, no carnívoros. Además, después de que las vacas flacas se comían a las vacas gordas, quedaban tan flacas como antes. El sueño era tan extraño y perturbador, que interrumpió el descanso del faraón.

Cuando logró reconciliar el sueño, volvió a tener un sueño, similar al primero pero aun más extraño. Siete hermosas espigas crecían de un tallo; después de ellas, brotaban siete espigas delgadas y devoraban a las espigas de buen tamaño. Las espigas marchitas se comían a las otras espigas gruesas y llenas. ¡Qué raro! Y, al igual que en el primer sueño, las buenas espigas vinieron primero, sólo para ser destruidas por las malas. De nuevo, el sueño fue tan vívido y su mensaje tan extraño que perturbó el sueño del rey.

⁸Sucedió que por la mañana estaba agitado su espíritu, y envió llamar a todos los magos de Egipto y a todos sus sabios. Les contó sus sueños, pero no había quien se los pudiera interpretar al faraón.⁹ Entonces el jefe de los coperos dijo al faraón:

—Me acuerdo hoy de mis faltas.¹⁰ Cuando el faraón se enojó contra sus siervos, nos echó a la prisión de la casa del capitán de la guardia a mí y al jefe de los panaderos.¹¹ Él y yo tuvimos un sueño en la misma noche, y cada sueño tenía su propio significado.¹² Estaba allí con nosotros un joven hebreo, siervo del capitán de la guardia. Se lo contamos, y él nos interpretó nuestros sueños y declaró a cada uno conforme a su sueño.¹³ Y aconteció que como él nos los interpretó, así ocurrió: yo fui restablecido en mi puesto y el otro fue colgado.

A la mañana siguiente el rey aún estaba inquieto por lo que había soñado. Creía que los dioses algunas veces le hablan a la gente en sueños. ¿Estaban sus dioses tratando de decirle algo? Además, ambos sueños terminaban con una nota de tragedia.

¿Por qué siete vacas flacas devoraron a las gordas? ¿Y por qué siete espigas de trigo sanas fueron devoradas por siete espigas menudas? ¿Eran estos sueños malas noticias para la tierra de Egipto? El faraón tenía que saberlo. Los sueños parecían indicar que iban a venir problemas para los rebaños y las cosechas de Egipto, el sustento vital de su existencia como nación.

El rey reunió a sus hombres expertos en las artes mágicas y a los más sabios de Egipto, y les preguntó el significado del sueño. Estos hombres eran sacerdotes del rango más alto especializados en adivinar la voluntad de los dioses y trasmitirla a los hombres. Sin embargo, los expertos permanecieron mudos ante el rey. Podían leer sus fórmulas mágicas para deducir interpretaciones, y hacer todos los ritos de su profesión, pero no sabían absolutamente nada de Jehová, el soberano de las naciones, que le había hablado al faraón en sueños.

Fue entonces cuando habló el copero del faraón. Recordó que en prisión él y el panadero habían conocido a un joven hebreo que había interpretado sus sueños. Aunque ambos sueños eran muy similares, cada uno tenía diferente final. El hebreo había interpretado los sueños, y los acontecimientos se habían desarrollado exactamente como los había predicho.

¹⁴ Entonces el faraón envió a llamar a José; lo sacaron apresuradamente de la cárcel, se afeitó, mudó sus vestidos y vino ante el faraón.¹⁵ El faraón dijo a José:

—Yo he tenido un sueño, y no hay quien lo interprete; pero he oído decir de ti que oyes sueños para interpretarlos.

¹⁶ Respondió José al faraón:

—No está en mí; Dios será el que dé respuesta propicia al faraón.

¹⁷ Entonces el faraón dijo a José:

—En mi sueño me parecía que estaba a la orilla del río,¹⁸ y que del río subían siete vacas de gruesas carnes y hermosa apariencia, que pacían en el prado.¹⁹ Y que otras siete vacas subían después de ellas, flacas y de muy feo aspecto; tan extenuadas, que no he visto otras semejantes en fealdad en toda la tierra de Egipto.²⁰ Las vacas flacas y feas devoraban a las siete primeras vacas gordas;²¹ pero, aunque las tenían en sus entrañas, no se conocía que hubieran entrado, pues la apariencia de las flacas seguía tan mala como al principio. Entonces me desperté.

²²»Luego, de nuevo en sueños, vi que siete espigas crecían en una misma caña, llenas y hermosas.²³ Y que otras siete espigas, menudas, marchitas y quemadas por el viento solano, crecían después de ellas;²⁴ y las espigas menudas devoraban a las siete espigas hermosas. Esto lo he contado a los magos, pero no hay quien me lo interprete.

José fue llamado inmediatamente para que se presentara ante el faraón. Desde el momento en que comenzó la conversación entre el rey y el prisionero, se puede percibir que el equilibrio del poder había cambiado. En su propia nación el rey era considerado como un dios, pero por supuesto aquí no tenía el control de la situación. Había sido el blanco de un sueño que lo molestaba.

Tampoco sus consejeros sacerdotales ni los magos le podían ayudar. A pesar de sus murmullos y actos piadosos, fueron incapaces de decirle a su rey lo que necesitaba saber.

¿Quién estaba al mando de la situación que se desarrollaba en el palacio real? Escúchelo en la conversación: “He oído decir de ti, que oyes sueños para interpretarlos”. José contestó: “No está en mí; Dios será el que dé respuesta propicia a Faraón”.

El Señor de las naciones estaba enviando un mensaje a un rey pagano.

²⁵Entonces respondió José al faraón:

—El sueño del faraón es uno y el mismo. Dios ha mostrado

al faraón lo que va a hacer.²⁶ Las siete vacas hermosas siete años son, y las espigas hermosas son siete años: el sueño es uno y el mismo.²⁷ También las siete vacas flacas y feas que subían tras ellas son siete años, y las siete espigas menudas y quemadas por el viento solano siete años serán de hambre.²⁸ Esto es lo que respondo al faraón. Lo que Dios va a hacer, lo ha mostrado al faraón.²⁹ Vienen siete años de gran abundancia en toda la tierra de Egipto.³⁰ Tras ellos seguirán siete años de hambre: toda la abundancia será olvidada en la tierra de Egipto, y el hambre consumirá la tierra.³¹ Y aquella abundancia no se echará de ver, a causa del hambre que la seguirá, la cual será gravísima.³² Y que el faraón haya tenido el sueño dos veces significa que la cosa es firme de parte de Dios, y que Dios se apresura a hacerla.

El rey había examinado los detalles de este doble sueño, y ahora le tocaba a José. Dios le había dado una grandiosa oportunidad para dar testimonio de la verdad a un hombre que no la conocía. Debido a que sus propios dioses y sus hombres más sabios no lo habían podido ayudar, el rey estaba dispuesto a escuchar lo que José tenía que decir, y José aprovechó esta oportunidad al máximo.

Apenas había salido de prisión e ido al palacio, el sujeto de las primeras dos oraciones que pronunció era Dios. “Dios ha mostrado al faraón lo que va a hacer”. El nombre hebreo para *Dios* en esta frase tiene el artículo definido, lo que generalmente significa que es “el único verdadero Dios”.

“El sueño es uno y el mismo. El único verdadero Dios, soberano Señor de las naciones, le ha enviado un mensaje acerca de lo que va a hacer en su país. Vienen siete años de gran abundancia, y tras ellos seguirán siete años de hambre. De la manera como en sus sueños lo flaco y horrible devoró a lo saludable y fuerte, así los siete años de hambre van a consumir las reservas de grano guardadas durante los años de abundancia.

“La cosa es firme de parte de Dios (el único verdadero Dios), y él se apresura a hacerlo.” Aquí hay un testimonio más de que Dios estaba al mando, regulando las aguas del Nilo y controlando la agricultura de Egipto para sus propósitos. El que Dios le haya hablado al faraón *dos veces* indicaba que pronto iba a comenzar el trascurso completo de los catorce años.

³³»Por tanto, es necesario que el faraón se provea de un hombre prudente y sabio, y que lo ponga sobre la tierra de Egipto.³⁴ Haga esto el faraón: ponga gobernadores sobre el país, que recojan la quinta parte de las cosechas de Egipto en los siete años de la abundancia.³⁵ Junten toda la provisión de estos buenos años que vienen, recojan el trigo bajo la mano del faraón para mantenimiento de las ciudades y guárdenlo.³⁶ Y esté aquella provisión en depósito para el país, para los siete años de hambre que habrá en la tierra de Egipto; y el país no perecerá de hambre.

³⁷El asunto pareció bien al faraón y a sus siervos,³⁸ y dijo el faraón a sus siervos:

—¿Acaso hallaremos a otro hombre como éste, en quien esté el espíritu de Dios?

³⁹Y dijo el faraón a José:

—Después de haberte dado a conocer Dios todo esto, no hay entendido ni sabio como tú.⁴⁰ Tú estarás sobre mi casa y por tu palabra se gobernará todo mi pueblo; solamente en el trono seré yo mayor que tú.

José no se limitó simplemente a interpretar el sueño del rey, también le dio consejo. Sugirió algunas medidas que el faraón debía poner en práctica de inmediato, para prepararse para la hambruna; ahora quedaban tan sólo siete años. El mismo Espíritu de Dios que le había dado a José la clave para descifrar el misterio de los sueños del faraón, sugirió un método para hacer frente a la emergencia por la que iba a pasar que Egipto.

“Ya que ahora estamos en el primer año de abundancia, sería bueno encontrar al hombre apropiado y ponerlo a cargo de las provisiones en Egipto. Tomar el veinte por ciento de cada cosecha de cada agricultor durante cada uno de los siguientes siete años y almacenarlo, de modo que haya una adecuada provisión para complementar las malas cosechas de los siete años malos que vendrán.” Un veinte por ciento de impuesto seguramente no era un impuesto pesado en los años de prosperidad. José había calculado que esto acumularía una reserva adecuada de víveres para atender las demandas de Egipto y sus vecinos, durante los años de escasez.

El rey estaba muy impresionado por las palabras de José. La interpretación de los dos sueños era lógica y clara, y la sugerencia de actuar de inmediato parecía realista. Lo que es más, el rey comprendió que las palabras de José no sólo tenían sentido común; también tenían sabiduría sobrenatural.

“Ya encontré al hombre que dices debería buscar. Tú estarás a cargo.” ¿Es poco realista que un monarca absoluto como el faraón ascendiera a un esclavo, y además extranjero, a la segunda posición de importancia en el reino? El mismo faraón contestó la pregunta: “¿Acaso hallaremos a otro hombre como éste, en quien esté el Espíritu de Dios?”

⁴¹ Dijo además el faraón a José:

—Yo te he puesto sobre toda la tierra de Egipto.

⁴² Entonces el faraón se quitó el anillo de su mano y lo puso en la mano de José; lo hizo vestir de ropas de lino finísimo y puso un collar de oro en su cuello.⁴³ Lo hizo subir en su segundo carro, y pregonaban delante de él: «¡Doblad la rodilla!» Así quedó José sobre toda la tierra de Egipto.

⁴⁴ Luego dijo el faraón a José:

—Yo soy el faraón; pero sin ti nadie alzaré su mano ni su pie en toda la tierra de Egipto.

⁴⁵ El faraón puso a José el nombre de Zafnat-panea, y le dio por mujer a Asenat, hija de Potifera, sacerdote de On. Así quedó José al frente de toda la tierra de Egipto.

Ahora se le permitió a José gozar no sólo del título, sino también de los beneficios que acompañaban su alto cargo: finas ropas de lino, un collar de oro y hasta el anillo con el sello personal del rey que lo autorizaba a dar órdenes en su nombre. Puesto que el desconocido extranjero iba a hacer algunos cambios drásticos en la economía de Egipto, el rey pensó que era mejor presentarlo formalmente, en un desfile por las calles de la capital.

El faraón tomó una medida más para asegurarse de que la gente de Egipto cooperara voluntariamente con José. Le dio una nueva identidad como ciudadano egipcio; ya no sería llamado “el siervo hebreo” (39:17). José tendría un nuevo nombre y esposa egipcios, la hija del sacerdote de On. Como la ciudad de On, conocida como Heliópolis, era el centro de adoración de Ra, el dios sol, el suegro de José pudo muy bien haber sido el sumo sacerdote. Se nos dice que los faraones también escogían a sus esposas de esta familia. Ahora, además de ocupar un puesto prominente en Egipto, José contaba con una posición social importante. Se le consideraba de la misma clase que la sacerdotal, la clase social más alta de Egipto.

Algunos se han preguntado si todo esto pudo haber creado conflictos en José. No se nos indica, y no debemos suponer que, por tener un rango igual al de los sacerdotes, José tenía que tomar parte en la adoración al dios sol. Los deberes que el faraón le asignó fueron políticos y económicos, no religiosos.

⁴⁶ Era José de edad de treinta años cuando fue presentado delante del faraón, el rey de Egipto; y salió José de delante del faraón y recorrió toda la tierra de Egipto.⁴⁷ En aquellos siete años de abundancia la tierra produjo en gran cantidad.

⁴⁸ Y él recogió todo el alimento de los siete años de abundancia que hubo en la tierra de Egipto, y almacenó alimento en las ciudades, poniendo en cada ciudad el alimento de los campos de alrededor.⁴⁹ Recogió José trigo como si fuera arena del mar; tanto que no se podía contar, porque era incalculable.



José recorre toda la tierra de Egipto

⁵⁰ Antes que llegara el primer año de hambre, le nacieron a José dos hijos, los cuales le dio a luz Asenat, hija de Potifera, sacerdote de On. ⁵¹ Llamó José al primogénito Manasés, porque dijo: «Dios me hizo olvidar todos mis sufrimientos, y a toda la casa de mi padre». ⁵² Al segundo lo llamó Efraín, porque dijo: «Dios me hizo fructificar en la tierra de mi aflicción».

⁵³ Se cumplieron así los siete años de abundancia que hubo en la tierra de Egipto, ⁵⁴ y comenzaron a llegar los siete años de hambre, como José había predicho. Hubo hambre en todos los países, pero en toda la tierra de Egipto había pan. ⁵⁵ Cuando se sintió el hambre en toda la tierra de Egipto, el pueblo clamó por pan al faraón. Y dijo el faraón a todos los egipcios: «Id a José, y haced lo que él os diga».

⁵⁶ Cuando el hambre se extendió por todo el país, abrió José todos los graneros donde estaba el trigo, y lo vendía a los egipcios, porque había crecido el hambre en la tierra de Egipto. ⁵⁷ Y de todos los países venían a Egipto para comprar grano a José, porque por toda la tierra había crecido el hambre.

En este importante punto de la narración, Moisés nos da una idea de la edad con que contaba José durante los sucesos que está narrando. “Era José de edad de treinta años cuando fue presentado delante del faraón.” Como ya sabemos que José tenía diecisiete años cuando sus hermanos lo vendieron (37:2), nos damos cuenta de que ya habían pasado trece años de su vida fuera del hogar y de la familia. Y como sabemos el número de los años de las cosechas buenas y malas, podemos usar este número treinta como base para calcular la edad que tenía cuando se reunió con sus hermanos (45:6).

Pero por ahora tenía trabajo por hacer. Viajó por toda la tierra de Egipto para inspeccionar las instalaciones de los graneros existentes y planear los nuevos que se iba a necesitar. Bajo su supervisión se almacenaron enormes cantidades de grano durante

los años de abundancia. Los sitios de almacenamiento estaban ubicados en las ciudades, tal vez para simplificar la distribución de alimentos a la población durante la sequía que iba a venir.

Antes de pasar a describir esos años, Moisés nos da alguna información sobre la familia de José. Dios bendijo a José y a su esposa con dos hijos, y José eligió nombres sorprendentes para sus hijos; el primogénito fue Manasés (“me hizo olvidar”). En vez de permitir que la amargura contra sus hermanos o contra la esposa de Potifar invadiera su corazón, José dejó que Dios borrara el dolor de aquellas heridas. Se concentró en el hecho de que Dios lo había liberado de la esclavitud y de la prisión y lo había preparado para servir a su Señor en una forma muy especial.

El otro hijo recibió el nombre de Efraín (“doblemente fructífero”). El nombre refleja el gozo de José por este segundo regalo de Dios. José no lo sabía en ese tiempo, pero como su padre Jacob le iba a dar el derecho de la primogenitura, sus dos hijos iban a ser líderes de tribus de la futura nación de Israel.

José ocupó un puesto poderoso y privilegiado en la antigua nación que era la potencia mundial de su época, pero no consideró a Egipto su hogar. Lo sabemos por una observación que hizo cuando le dio a su hijo el nombre de Efraín: “Dios me hizo fructificar en la *tierra de mi aflicción*”. Obviamente, Egipto era el lugar donde Dios quería que estuviera en ese tiempo, y José estaba contento de vivir allí. Pero su corazón estaba en Canaán. Esa era la tierra de la promesa, y José no lo había olvidado.

Ahora habían terminado los años buenos, los años de cosechas abundantes, y comenzaron los años de escasez y hambre. Cuando el pueblo egipcio acudió a su rey para pedir ayuda, el rey los envió a José. José comprendió que los granos almacenados durante los años de abundancia tenían que guardarse con cuidado para que la nación pudiera sobrevivir durante los siete años de hambre, así que no regresó simplemente el grano a la gente que en un principio lo había cosechado, sino que se lo vendió, como hizo con los pueblos de otras naciones que fueron al país a comprar

alimento. Ese fue el medio que Dios usó para hacer emigrar a la familia de Jacob a Egipto.

Génesis 41 es un capítulo recargado, largo y lleno de detalles. Pero no vamos a permitir que tantos detalles distraigan nuestra atención de la preciosa verdad. Nuestro Salvador tiene en sus manos el destino de toda la gente. Él dirige su curso de modo que hasta los impíos, aunque no lo reconozcan, tienen que contribuir para la gloria de Dios y para el bienestar de la familia de los creyentes. Dios prevaleció sobre los designios malvados de los hermanos de José, y ahora tenía el control del destino de la nación egipcia con el fin de llevar adelante los buenos planes que tenía para su pueblo escogido.

La reunión de José con sus hermanos

42Viendo Jacob que en Egipto había alimentos, dijo a sus hijos: «¿Por qué os estáis ahí mirando?² Yo he oído que hay víveres en Egipto; descended allá y comprad de allí para nosotros, para que podamos vivir y no muramos».

³Descendieron los diez hermanos de José a comprar trigo en Egipto.⁴ Pero Jacob no envió a Benjamín, hermano de José, con sus hermanos, porque dijo: «No sea que le acontezca algún desastre».⁵ Fueron, pues, los hijos de Israel entre los que iban a comprar, porque había hambre en la tierra de Canaán.

El pecado es un gran destructor; hecho que con frecuencia se pierde de vista en una época en que la mayoría de las personas adoptan una cómoda conciencia al respecto. Durante veinte años, los hermanos de José habían vivido sabiendo que habían pecado contra Dios, contra su padre y contra su hermano. Con el transcurso de los años, habían tratado de mitigar el recuerdo de su pecado, tal vez racionalizando sus actos (“lo hecho, hecho está; ya no podemos traer a José a casa”); o tal vez ocupándose con el trabajo diario. Al observador casual le parecería que el crimen que cometieron contra su hermano era algo del pasado.

Pero el pecado no es tan fácil de deshacer. El pecado es destructor; destruyó la relación entre José y sus hermanos, así como la felicidad del padre y de los hijos. Y lo peor de todo, destruyó la relación paternal entre ellos y Dios. Con el paso de los años quizás *ellos* trataron de olvidar, pero *Dios* no olvidó. Los siguientes cuatro capítulos de Génesis dan un detallado relato de los esfuerzos persistentes y exitosos, para que los hermanos se arrepintieran y se reconciliaran con José y con Dios.

Tal vez el padre Jacob se enteró mediante sus amigos, de que a los extranjeros se les permitía comprar comida en Egipto. Las reservas de alimentos de la familia debieron ser escasas, porque Jacob les pidió a sus hijos mayores que fueran a Egipto en busca de alimento, “para que podamos vivir, y no muramos” de hambre.

Jacob no permitió que Benjamín acompañara a sus hermanos. El segundo hijo de Raquel era ahora el favorito de Jacob, y el anciano padre dijo: “No sea que le acontezca algún desastre”. Tal vez Jacob se dijo a sí mismo: “Hace veinte años envié a José a un viaje a Siquem para visitar a sus hermanos, y cuánto lo he lamentado desde entonces”. Había sido un viaje de sólo ochenta kilómetros, de unos cuantos días, y resultó desastroso. Un viaje a Egipto representaba más de cuatrocientos ochenta kilómetros; iba a durar varias semanas. Era demasiado peligroso como para que Jacob dejara ir a Benjamín.

Desde Hebrón la mejor ruta hacia el sur había sido a lo largo de la vía Maris, el camino del mar, que iba a lo largo de la costa del Mediterráneo hasta Egipto. “Los hijos de Israel”, portadores del pacto, se unieron a otros de Canaán que emprendían el mismo viaje y por la misma razón, ya que Dios había permitido que el hambre se dispersara hacia otras áreas del Mediterráneo oriental. El principal interés de los hermanos al hacer este viaje era conseguir comida para la familia. Sin embargo, Dios tenía otros intereses. Estos hijos del pacto se habían vuelto indiferentes a las bendiciones que acompañaban al hecho de ser miembros de esa familia especial. Para que no fueran a perder estas bendiciones por

completo, Dios tenía que obrar en sus corazones, y José iba a ser su instrumento.

⁶ José era el señor de la tierra, quien le vendía trigo a todo el mundo. Cuando llegaron los hermanos de José, se inclinaron a él rostro en tierra.⁷ José reconoció a sus hermanos en cuanto los vio; pero hizo como que no los conocía, y hablándoles ásperamente les dijo:

—¿De dónde habéis venido?

Ellos respondieron:

—De la tierra de Canaán, para comprar alimentos.

⁸ Reconoció, pues, José a sus hermanos, pero ellos no lo reconocieron.⁹ Entonces se acordó José de los sueños que había tenido acerca de ellos, y les dijo:

—Espías sois; para ver las regiones indefensas del país habéis venido.

Tal vez José sabía que con el tiempo sus hermanos tendrían que ir a Egipto para abastecerse de alimentos. Como José era “gobernador de toda la tierra”, no podía estar presente en cada transacción que se hacía en la venta de granos. Y posiblemente les había pedido a sus vendedores que le notificaran la presencia de cualquier comprador procedente de Hebrón, en Canaán. Cuando al fin aparecieron los hermanos, podemos imaginar al administrador pidiéndoles que esperaran en tanto le notificaba a José. De cualquier manera que haya sido, José estuvo presente para tratar personalmente con sus diez hermanos.

Con la acostumbrada muestra de respeto de los orientales, los hermanos se inclinaron con el rostro hacia el suelo, frente al funcionario egipcio. Los pensamientos de José rápidamente retrocedieron a los sueños que tuvo (cuando los manojos de sus hermanos se inclinaban ante el suyo, y el sol, la luna, y once estrellas, se inclinaban ante él, 37:5-9). José reconoció que Dios acababa de cumplir esos sueños ante sus propios ojos.

Sin embargo, también comprendió que Dios todavía tenía

más trabajo que hacer en ellos. Sus conciencias necesitaban una sacudida. Antes de que pudiera darse a conocer a sus hermanos y consolarlos con su perdón y buena voluntad, tenía que saber si estaban sinceramente arrepentidos. Para José lo importante no era saber qué sentían hacia él, sino cómo estaban con Dios.

José por lo tanto “hizo como que no los conocía, y les habló ásperamente”. Así tenía que ser. Antes de que el cirujano pueda quitar el cáncer que amenaza la vida del paciente, debe hacer cortes profundos; tiene que herir al paciente. Lo que más hubiera querido José hacer era abrazar a sus hermanos, pero esto interferiría con los planes que Dios tenía para ellos.

Los hermanos no lo reconocieron, y es de esperarse. José era la última persona con la que esperaban encontrarse. Hay que recordar también que ya habían pasado más de veinte años desde la última vez que lo habían visto, un joven temeroso de diecisiete años, sin su túnica, muerto de miedo al ser conducido a la esclavitud. Lo que ahora veían era un funcionario egipcio de treinta y siete años que aparentemente desconfiaba de sus motivos. El hecho de que José se comunicara con ellos a través de un intérprete en un idioma que no comprendían intensificaba la falsa impresión.

“¡Espías sois!”, exclamó de pronto José. Los hermanos no podían creer lo que escuchaban. “¿Por qué tantos de ustedes vinieron a comprar comida para una sola familia?”, les dijo José. Históricamente el mayor peligro de invasión para Egipto había provenido del norte, dirección de donde habían venido los hermanos. “Para ver las regiones indefensas del país habéis venido.” La extensión de la hambruna pudo haber alertado a los líderes militares egipcios a transportar algunas de sus defensas de las áreas más remotas, tal vez de la franja del desierto de Sinaí, y situarlas más cerca de los sitios de almacenamiento de comida.

Pudo haber cierta ironía en la acusación que hacía José. Dos décadas antes sus hermanos lo habían considerado un espía enviado por su padre para ver lo que estaban haciendo y llevarle el informe; ahora ellos eran los acusados. La acusación era

injustificada, lo cual mortificó a los hermanos. Muy pronto iban a tener suficiente tiempo, tres días, para reflexionar sobre la forma injusta en que trataron una vez a José.

¹⁰—No, señor nuestro —respondieron ellos—, sino que tus siervos han venido a comprar alimentos.¹¹ Todos nosotros somos hijos del mismo padre y somos hombres honrados; tus siervos nunca fueron espías.

¹² Pero José les dijo:

—No; para ver las regiones indefensas del país habéis venido.

¹³—Tus siervos somos doce hermanos —respondieron ellos—, hijos de un hombre en la tierra de Canaán. El menor está hoy con nuestro padre y el otro ha desaparecido.

¹⁴ Y José les dijo:

—Eso es lo que os he dicho al afirmar que sois espías.¹⁵ En esto seréis probados: ¡Por vida del faraón, que no saldréis de aquí hasta que vuestro hermano menor venga!¹⁶ Enviad a uno de vosotros para que traiga a vuestro hermano, y vosotros quedad presos. Vuestras palabras serán probadas, si hay verdad en vosotros; y si no, ¡por la vida del faraón, que sois espías!

¹⁷ Entonces los puso juntos en la cárcel por tres días.

Los hermanos siguieron defendiendo su inocencia, pero la única respuesta que tuvieron del inflexible egipcio fue: “¡No les creo!” En una ocasión, ellos se habían negado a escuchar la triste súplica de un hermano menor; ahora alguien superior a ellos no escuchaba sus súplicas.

Al repetir la acusación y ofrecerles repetidas oportunidades para defenderse, José esperaba obtener mayor información de su padre y de su hermano Benjamín. “Tus siervos somos doce hermanos, hijos de un hombre en la tierra de Canaán. El menor está hoy con nuestro padre.” *¡Así que el padre estaba aún con vida! ¡Y también Benjamín!* “...y el otro ha desaparecido.” Por lo

visto sus conciencias no les habían permitido olvidar. ¿Pero habían confesado su acción como un pecado contra Dios y contra el hombre? ¿Guardaban aún resentimiento contra los hijos de Raquel, la esposa favorita de Jacob?

José planeó una prueba muy sencilla. Iba a enviar a uno de los hermanos a casa para que llevara a Benjamín a Egipto. Y para asegurarse de que regresaría, los otros hermanos iban a permanecer encarcelados. Si Benjamín no iba, José sabría que eran espías. Y añadiendo una nota de realismo a su decisión, para enfatizar la gravedad de la situación, José puso al resto de los hermanos en prisión por tres días. Los sorprendidos hermanos iban a tener tiempo para recordar el terrible trato que le habían dado a su hermano. Se preguntaron, tal como José se había preguntado, qué les iría a pasar. Éste fue un trato severo, el escarmiento de Dios, para que reconocieran su culpa ante Dios y se arrepintieran.

¹⁸ Al tercer día les dijo José:

—Haced esto y vivid: Yo temo a Dios.¹⁹ Si sois hombres honrados, uno de vuestros hermanos se quedará en la cárcel, mientras los demás vais a llevar el alimento para remediar el hambre de vuestra familia. ²⁰ Pero traeréis a vuestro hermano menor; así serán verificadas vuestras palabras y no moriréis.

Ellos lo hicieron así,²¹ pero se decían el uno al otro:

—Verdaderamente hemos pecado contra nuestro hermano, pues vimos la angustia de su alma cuando nos rogaba y no lo escuchamos; por eso ha venido sobre nosotros esta angustia.

²² Entonces Rubén les respondió, diciendo:

—¿No os hablé yo y dije: “No pequéis contra el joven”? Pero no me escuchasteis; por eso ahora se nos demanda su sangre.

²³ Ellos no sabían que José los entendía, porque éste tenía un intérprete para hablar con ellos. ²⁴ Entonces se apartó José de su lado, y lloró; cuando volvió a ellos, les habló y, tomando de entre ellos a Simeón, lo apresó en su presencia.

Tres días después los hermanos salieron de prisión y, esperando lo peor, los llevaron de nuevo ante el gobernador egipcio. José confesó: “Yo temo a Dios”. En otras palabras les estaba diciendo: “Ustedes no están tratando con un tirano. No los condenaré solamente por sospechas de culpa. Además, he reducido el castigo que les impuse hace tres días. En vez de encarcelarlos a todos, y dejar ir a uno, sólo uno de ustedes se quedará en prisión, mientras que los demás pueden ir a casa a traer a su hermano”.

“Pero traeréis a vuestro hermano menor; así serán verificadas vuestras palabras y no moriréis.” La implicación era muy clara: “Si ustedes no desean hacer esto, el caso está cerrado. Los trataremos como lo hacemos con los espías en este país”. Aun cuando José sabía que su orden le causaría dolor a su padre Jacob, tenía que saber cómo se portaban con Benjamín.

Después de pasar tres días en prisión, y al escuchar de una posible sentencia de muerte, los hermanos revelaron sus secretos íntimos uno al otro, sin imaginar que el inflexible egipcio comprendía cada palabra que decían. “Verdaderamente hemos pecado contra nuestro hermano. Estamos sufriendo las consecuencias de nuestra culpa.” Sus conciencias, durante largo tiempo adormecidas, por fin comenzaban a despertar.

José debió haberse sentido feliz de reconocer que el intento de ayudar a sus hermanos a confrontar su pecado comenzaba a dar frutos. La declaración de Rubén: “Ahora se nos demanda su sangre”, demuestra que él sabía que su actual miseria venía de Dios, quien los señalaba como responsables por un crimen que ante sus ojos era igual al asesinato.

Cuando José escuchó esto, tuvo que abandonar el lugar donde se encontraban todos reunidos. Abrumado por sus emociones, lloró. Una vez que se calmó, regresó y escogió a Simeón. Simeón había sido uno de los cabecillas de la agresión contra los siquemitas (34:25). ¿Había también ideado el complot contra su hermano adolescente? En presencia de sus hermanos José había confinado a Simeón a prisión, para asegurarse de que los hermanos regresaran con Benjamín.

²⁵ Después mandó José que llenaran sus sacos de trigo y devolvieran el dinero a cada uno de ellos, poniéndolo en su saco, y que les dieran comida para el camino; así se hizo con ellos.²⁶ Entonces pusieron ellos su trigo sobre sus asnos y se fueron de allí.

²⁷ Pero al abrir uno de ellos el saco para dar de comer a su asno en el mesón, vio el dinero que estaba en la boca de su costal.²⁸ Y dijo a sus hermanos:

—¡Me han devuelto mi dinero; aquí está, en mi saco!

Entonces se les sobresaltó el corazón, y espantados se dijeron el uno al otro:

—¿Qué es esto que Dios nos ha hecho?

Entonces José emitió dos órdenes extrañas a sus vendedores. Después que los sacos de los hermanos estuvieran llenos de grano, el pago de cada uno sería colocado en sus sacos. Y, en segundo lugar, se les debía dar provisiones para el largo viaje de regreso. José no quería que abrieran los sacos y encontraran el dinero hasta que ya hubieran avanzado un buen trecho del camino. Parece ser que la intención de regresarles el dinero era la de confundir a los hermanos, y corroborar su convicción: “Aquí están sucediendo cosas fuera de lo normal”. La acción de José parecía querer decirle al padre que el egipcio con quien estaban tratando sus hijos después de todo sentía compasión por la familia.

Los hermanos han de haber partido de Egipto con un sentimiento de alivio. Al anoecer se detuvieron en uno de los mesones situados en la vía Maris. Uno de ellos abrió su saco para dar de comer a su asno y encontró ¡su dinero! Todo lo que los hermanos hicieron fue mirarse unos a otros perplejos, y preguntar “¿Qué es esto que nos ha hecho Dios?”

El nombre que usaron para “Dios” fue el apropiado. Él es el *Todopoderoso*, quien como nuestro Creador también es nuestro Señor, a quien le desagrada que sus criaturas traten de burlarse de él. Con sus preguntas los hermanos no sólo estaban reconociendo la existencia de Dios, sino también estaban admitiendo que él era

el autor de todas las cosas que les estaban ocurriendo. Nos daremos cuenta después que estaban tan temerosos que el resto de ellos ni se atrevió a abrir sus sacos por miedo a lo que pudieran encontrar.

²⁹ Cuando llegaron junto a Jacob, su padre, en tierra de Canaán, le contaron todo lo que les había acontecido, diciendo:

³⁰—Aquel hombre, el señor de la tierra, nos habló ásperamente y nos trató como a espías de la tierra.³¹ Pero nosotros le dijimos: “Somos hombres honrados, nunca fuimos espías.³² Somos doce hermanos, hijos de nuestro padre; uno ha desaparecido y el menor está hoy con nuestro padre en la tierra de Canaán.”³³ Entonces aquel hombre, el señor de la tierra, nos dijo: “En esto conoceré que sois hombres honrados: dejad conmigo a uno de vuestros hermanos, tomad para remediar el hambre de vuestras familias y andad,³⁴ traedme a vuestro hermano menor; así sabré que no sois espías, sino hombres honrados; entonces os entregaré a vuestro hermano y comerciaréis libremente por el país”.

Fue un grupo de personas con rostros sobrios el que tal vez diez días más tarde llegó a Hebrón y le contó a Jacob las increíbles experiencias que habían tenido en Egipto. Y fue un desconsolado padre el que se enteró de que Simeón no había regresado con el grupo y ahora el gobernador de Egipto exigía que Benjamín los acompañara la próxima vez que fueran a ese país.

Notamos que algo falta en el informe que los hermanos le dieron a su padre. Aunque entre ellos mismos habían admitido su culpa (versículos 21 y 22), y también reconocieron la mano de Dios en su situación (versículo 28), no estaban listos para confesarle su pecado a su padre (versículo 32).

³⁵ Aconteció que cuando vaciaban ellos sus sacos, vieron que en el saco de cada uno estaba la bolsita con su dinero; y tanto ellos como su padre, al ver las bolsitas con el dinero,

tuvieron temor.

³⁶ **Entonces su padre Jacob les dijo:**

—Me habéis privado de mis hijos: José no aparece, Simeón tampoco y ahora os llevaréis a Benjamín. Estas cosas acabarán conmigo.

³⁷ **Rubén respondió a su padre:**

—Quítales la vida a mis dos hijos, si no te lo devuelvo. Confíamelo a mí y yo te lo devolveré.

³⁸ **Pero Jacob replicó:**

—No descenderá mi hijo con vosotros, pues su hermano ha muerto y él ha quedado solo; si le acontece algún desastre en el camino por donde vais, haréis descender mis canas con dolor al seol.

Cuando los hombres estaban vaciando los sacos de grano, cada uno encontró en ellos el dinero de su compra. Ahora tenían más razones para temer el retorno a Egipto. Si llevaban a Benjamín con ellos, el gobernador egipcio sabría que no eran espías, pero ahora podía levantarles un nuevo cargo, el de ladrones, y entonces estarían nuevamente a su merced. El dinero de la compra que sostenían en sus manos les trajo tan poca satisfacción como las veinte piezas de plata que habían recibido por la venta de su hermano. El pecado es devastador.

Jacob estaba muy consternado por el informe que sus hijos le llevaron. Por sus palabras podemos ver una vez más el gran amor que sentía por Raquel y sus dos hijos. Aunque habían transcurrido veinte años desde que José le había sido arrebatado, Jacob aún sentía profundamente su pérdida. Esa herida no había cicatrizado, su vida no había sido la misma desde entonces. Y, además, si ahora le quitaban a Benjamín, no podría soportarlo. Moriría de pena.

No nos asombra el ofrecimiento que Rubén le hizo a su padre. Al parecer creyó que, como era el mayor, debía ser el primero en tratar de persuadir a Jacob para que permitiera que Benjamín los acompañara en el próximo viaje a Egipto. Jacob simplemente pasó

por alto el ofrecimiento. ¿Podía el irrazonable asesinato de dos de sus nietos compensar el dolor de un padre por la pérdida de su hijo favorito?

La forma en que Dios trató a los diez hermanos es todavía la misma que aplica hoy a sus hijos extraviados. La maldición que se anunció en la ley de Dios aún atemoriza a la gente, produciendo dolor por el pecado, que es el primer paso necesario para el verdadero arrepentimiento. Las duras palabras que los hermanos escucharon de José, la acusación de ser espías, los tres días en prisión, los largos meses de encarcelamiento de Simeón: estas no eran pruebas de la ira divina contra ellos, sino de la determinación de Dios para convencerlos de que el camino que habían escogido los estaba llevando a una segura destrucción. José no estaba jugando a ser Dios con sus hermanos, sino que era el mensajero del Señor que transmitía el duro mensaje de la santa ley de Dios. Cuando llegara a ser claro que los hermanos estaban escuchando este mensaje preliminar y que la ley de Dios había hecho su primer trabajo, entonces Dios les permitiría, otra vez mediante José, escuchar otro mensaje. El abrazo de José les aseguraría que tenían su perdón, y el perdón de Dios también. El verdadero arrepentimiento, entonces, es primeramente sentir el terror de la ira de Dios por el pecado, y, en segundo lugar, confiar en su ofrecimiento del perdón total, todo por el amor del Mesías, Jesucristo.

Los hermanos de José visitan Egipto por segunda vez

El siguiente capítulo menciona la segunda visita que los hijos de Jacob hicieron a Egipto para comprar comida. El lector casual de Génesis puede ver aquí sólo la consecuencia inevitable de la prolongada hambruna. Sin embargo, el lector perceptivo verá la mano de Dios obrando nuevamente. Había algunos asuntos pendientes relacionados con el bienestar eterno de estos hermanos.

43 El hambre era grande en la tierra;² y aconteció que cuando acabaron de consumir el trigo que trajeron de Egipto, les dijo su padre:

—Volved y comprad para nosotros un poco de alimento.

³ Respondió Judá:

—Aquel hombre nos advirtió con ánimo resuelto: “No veréis mi rostro si no traéis a vuestro hermano con vosotros.”⁴ Si envías a nuestro hermano con nosotros, descenderemos y te compraremos alimento.⁵ Pero si no lo envías, no descenderemos, porque aquel hombre nos dijo: “No veréis mi rostro si no traéis a vuestro hermano con vosotros”.

⁶ Dijo entonces Israel:

—¿Por qué me hicisteis tanto mal, declarando a ese hombre que teníais otro hermano?

⁷ Ellos respondieron:

—Aquel hombre nos preguntó expresamente por nosotros y por nuestra familia, diciendo: “¿Vive aún vuestro padre? ¿Tenéis otro hermano?” Y le declaramos conforme a estas palabras. ¿Acaso podíamos saber que él nos diría: “Haced venir a vuestro hermano”?

La mala cosecha del año anterior había llevado hambre a la gente de Canaán. Después de ajustarse el cinturón lo más que pudieron, los hermanos sacaron dinero de sus reservas y salieron del país en busca de alimentos. Sería útil recordar que en el antiguo Canaán no había enormes graneros que guardaran toneladas de grano para el consumo futuro. El promedio de los residentes del antiguo Canaán vivía “al día”, usando lo que se recogía de la cosecha para satisfacer las necesidades del mismo año. Pero cuando al primer año de malas cosechas le siguió otro igual, la gente de Canaán supo que enfrentaba una crisis.

Jacob había pospuesto pedir a sus hijos que fueran por segunda vez a Egipto en busca de alimento, porque sabía los términos que el gobernador egipcio había establecido, los cuales

Judá describe aquí dos veces: “No verán mi rostro otra vez si no traen a su hermano con ustedes”. Jacob estaba renuente a cumplir con esos términos, pero sabía que no le quedaba otra opción.

“¿Por qué le dijeron que tenían un hermano menor?” preguntó Jacob, con voz quebrantada. “¿Ustedes sabían que no me hubiera gustado que el egipcio lo supiera! ¿Por qué me han acarreado este problema?”

“No dimos esa información voluntariamente”, respondieron los hermanos. “El hombre hizo toda clase de preguntas personales acerca de nuestro padre, y si teníamos otro hermano. Todo lo que hicimos fue responder a sus preguntas con la verdad. ¿Cómo podíamos saber que diría: ‘Haced venir a vuestro hermano’?”

⁸ Entonces Judá dijo a su padre Israel:

—Envía al joven conmigo; nos levantaremos e iremos enseguida, a fin de que vivamos y no muramos, ni nosotros, ni tú, ni nuestros niños.⁹ Yo te respondo por él; a mí me pedirás cuenta. Si no te lo traigo de vuelta y no lo pongo delante de ti, seré ante ti el culpable para siempre.¹⁰ Si no nos hubiéramos demorado, ciertamente hubiéramos ya ido y vuelto dos veces.

A fin de terminar de una vez por todas con una discusión que no llevaba a ninguna parte, Judá tomó la palabra. Tal vez se sintió especialmente responsable por el dolor de su padre, porque veinte años atrás había sugerido vender a José como esclavo (37:26). En las palabras de Judá no detectamos nada de la bravuconería que Rubén había expresado antes (42:37). Judá, que tenía dos hijos, le rogó a su padre: “Deja al muchacho bajo mi cuidado; si algo le pasa, seré yo el responsable. Si no te lo regreso sano y salvo, puedes culparme por el resto de mi vida.” Sus palabras denotan valentía.

También hay una definitiva nota de realismo. “No podemos seguir como estamos. Moriremos sin comida, y ésta sólo se puede conseguir en Egipto. Ya hemos esperado demasiado tiempo. En el

tiempo que hemos desperdiciado ya hubiéramos hecho dos viajes a Egipto.”

¹¹Entonces su padre Israel les respondió:

—Pues que así es, hacedlo; tomad de lo mejor de la tierra en vuestros sacos y llevad a aquel hombre un regalo, un poco de bálsamo, un poco de miel, aromas y mirra, nueces y almendras.¹² Tomad también en vuestras manos doble cantidad de dinero, y llevad así en vuestras manos el dinero devuelto en las bocas de vuestros costales; quizá fue equivocación.¹³ Asimismo, tomad a vuestro hermano, levantaos y volved a aquel hombre.¹⁴ Que el Dios omnipotente haga que ese hombre tenga misericordia de vosotros, y os suelte al otro hermano vuestro y a este Benjamín. Y si he de ser privado de mis hijos, que lo sea.

Notamos en esta parte que cuando el padre responde, Moisés lo llama con el nuevo nombre que Dios le había dado: “*Israel* les respondió... ‘Tomad a vuestro hermano’”. *Israel* respondió — Israel, el hombre que había luchado en oración con Dios y había ganado su bendición. En la crisis presente una vez más había luchado con Dios y había descubierto el curso que Jehová quería que siguiera.

El patriarca anciano, ahora de 130 años, no dio el permiso con un sentimiento de desesperanza, sino *se sometió con fe*. Esto no quiere decir que sabía que Benjamín pronto se reuniría con la familia; no tenía forma de saberlo. Sin embargo, el patriarca sabía que Dios lo sabía, y él estaba conforme en dejar el asunto en manos de Jehová. En otras palabras, su oración fue: “¡Jehová, hágase tu voluntad!” Y no había más qué decir.

Había otros asuntos menores que arreglar. “Lleven un regalo para el gobernador como muestra de nuestra buena voluntad.” Algunos de los regalos que Israel mencionó eran importados, traídos por las caravanas de camellos que regularmente cruzaban por Canaán. Algunos de los regalos: miel, nueces y almendras,

eran exquisiteces que se producían en Canaán y quizá se vieron menos afectados por la hambruna. E Israel añadió: “Y para demostrar al egipcio que no teníamos ninguna intención de estafarlo, lleven en sus manos doble cantidad de dinero, además lo suficiente para pagar la primera compra de grano”.

¹⁵ Entonces tomaron aquellos hombres el regalo, y tomaron en sus manos el doble del dinero, así como a Benjamín, y se levantaron, descendieron a Egipto y se presentaron delante de José. ¹⁶ José vio con ellos a Benjamín, y dijo al mayordomo de su casa:

—Lleva a casa a esos hombres, y degüella una res y prepárala, pues estos hombres comerán conmigo al mediodía.

¹⁷ Hizo el hombre como José había dicho, y llevó a los hombres a casa de José. ¹⁸ Entonces aquellos hombres tuvieron temor, porque los llevaban a casa de José. Se decían:

—Por el dinero que fue devuelto en nuestros costales la primera vez, nos han traído aquí; para tendernos lazo, atacarnos y tomarnos por siervos a nosotros y a nuestros asnos.

¹⁹ Se acercaron, pues, al mayordomo de la casa de José, y le hablaron a la entrada de la casa. ²⁰ Le dijeron:

—¡Ay, señor nuestro! Nosotros, en realidad de verdad, descendimos al principio a comprar alimentos. ²¹ Y aconteció que cuando llegamos al mesón y abrimos nuestros costales, vimos que el dinero de cada uno estaba en la boca de su costal, nuestro dinero en su justo peso; y lo hemos vuelto a traer con nosotros. ²² Hemos traído también en nuestras manos otro dinero para comprar alimentos. Nosotros no sabemos quién haya puesto nuestro dinero en nuestros costales.

²³ Él les respondió:

—Paz a vosotros, no temáis. Vuestro Dios y el Dios de

vuestro padre os puso ese tesoro en vuestros costales; yo recibí vuestro dinero.

Y les sacó a Simeón.

No se dice nada sobre el tedioso viaje de cuatrocientos ochenta kilómetros a Egipto. El escritor nos conduce directamente a la escena del fin del viaje. José estaba feliz de ver a sus hermanos de regreso con su hermano menor. No se habían aprovechado de la oportunidad, una vez que se encontraban lejos de la mirada de su padre, de descargar su resentimiento contra Benjamín, como lo habían hecho con él veinte años atrás. Aparentemente sin informar a sus hermanos, José dio la orden de que los llevaran a cenar a su casa. Quería que se sintieran cómodos antes de comprobar si estaban celosos de Benjamín.

Cuando recordaron el duro trato que recibieron la primera vez que visitaron Egipto, los hermanos se sintieron temerosos. ¿Qué había tras la invitación a cenar? ¿Era una trampa? ¿Quería el egipcio verlos en privado, lejos del mercado público, para acusarlos de robo y sentenciarlos a la esclavitud? Estaban sumamente preocupados, esperaban lo peor.

Por lo tanto, antes de entrar a la casa de José se acercaron al mayordomo de la residencia y le ofrecieron el dinero que les había sido devuelto en sus sacos. Para su sorpresa y perplejidad, el mayordomo (a quien José debió haberle dado instrucciones) dijo: “Ustedes no me deben nada. Mis libros muestran que recibí su pago. El dinero que ustedes dicen haber encontrado en sus sacos debe haber sido un regalo especial de Dios.” Y antes de que pudieran contestar, les puso a Simeón enfrente.

²⁴ Luego llevó aquel varón a los hombres a casa de José; les dio agua y lavaron sus pies, y dio de comer a sus asnos.²⁵ Ellos prepararon el regalo mientras venía José a mediodía, pues oyeron que habrían de comer allí.

²⁶ Al entrar José en casa, ellos le trajeron el regalo que habían traído consigo, y se inclinaron ante él hasta tocar la

tierra.²⁷ Entonces les preguntó José cómo estaban, y les dijo:
—¿Vuestro padre, el anciano que dijisteis, lo pasa bien?
¿Vive todavía?

²⁸ Ellos respondieron:

—Tu siervo, nuestro padre, está bien; aún vive.
Y se inclinaron e hicieron reverencia.

²⁹ Alzó José sus ojos y vio a su hermano Benjamín, hijo de su madre, y dijo:

—¿Es éste vuestro hermano menor, de quien me hablasteis?

Y añadió:

—Dios tenga misericordia de ti, hijo mío.

³⁰ Entonces José se apresuró, porque se conmovieron sus entrañas a causa de su hermano, y buscó dónde llorar; entró en su habitación y lloró allí.

Cuando José llegó a la hora de la comida del mediodía, los hermanos presentaron los regalos que le habían traído. Los hermanos se postraron a los pies de José, cumpliéndose una vez más los sueños de José (37:6-9).

Como los hermanos aún esperaban lo peor, no sabían qué pensar de la cordialidad que su anfitrión les mostraba: la amistosa bienvenida, las preguntas acerca de su padre, el cariño que expresó hacia Benjamín y la bendición especial que pronunció sobre él (“¡Dios tenga misericordia de ti, hijo mío!”).

Como en este momento José aún no les podía decir quién era sino tenía que contener sus emociones, abandonó el cuarto y fue a la intimidad de su cámara donde nadie pudiera verlo llorar. Eran lágrimas, antes que nada, de gozo al ver al hijo de su madre, pero lágrimas también de gratitud a Dios por obrar lo que seguramente parecía un cambio en el corazón de sus hermanos.

³¹ Cuando pudo contener el llanto, lavó su rostro, salió y dijo: «Servid la comida».

³² Sirvieron para él aparte, y separadamente para ellos, y

aparte para los egipcios que con él comían, porque los egipcios no pueden comer pan con los hebreos, lo cual es abominación para los egipcios.³³ Y se sentaron delante de él, el mayor conforme a su primogenitura, y el menor conforme a su menor edad; y estaban aquellos hombres atónitos mirándose el uno al otro.³⁴ José tomó viandas de delante de sí para ellos; pero la porción de Benjamín era cinco veces mayor que la de cualquiera de los demás. Y bebieron y se alegraron con él.

Después de secar sus lágrimas, José regresó al salón donde estaban reunidos para la comida, que se sirvió con el debido protocolo. Como primer ministro del faraón, José se sentaba separado de los demás en una mesa, así mismo sus invitados egipcios y también los hermanos en una mesa aparte. Por medio de la historia sabemos que los egipcios no comían carne de ciertos animales que consumían comúnmente otras personas. Por razones religiosas, por consiguiente, no podían sentarse a la misma mesa con los extranjeros. Por otra parte, José no podía arriesgarse a ofender a sus invitados egipcios despreciando imprudentemente sus costumbres.

Los hermanos se sorprendieron al notar que fueron colocados “el mayor conforme a su primogenitura, y el menor conforme a su menor edad”. (“¿Cómo sabía quién era el mayor? No había forma de saber sus edades sin ayuda sobrenatural de alguna clase.”) Todo lo que estaba pasando les preocupaba.

Se ha mencionado específicamente que José hizo los arreglos para que sus hermanos se sentaran “delante de él”, para poder observar su conducta. Aunque ellos no se daban cuenta, José los estaba poniendo a prueba para ver si había celos entre ellos. Cuando vieran que Benjamín recibía una porción mucho más grande que la de ellos, ¿envidiarían el trato preferencial que estaba recibiendo? José no pudo detectar ninguna señal de esto.

Seguramente los hermanos cayeron en la cuenta de que algo más estaba pasando ese día en la casa de José, de lo que parecía a

primera vista. Primero, se les había regresado su dinero, luego el orden para sentarse a la mesa. En la casa de su padre, Benjamín había recibido constantemente un trato preferencial, y ahora observaban lo mismo en la casa del egipcio. Lutero señaló que José trató a sus hermanos de tal manera que desvió su atención de lo visible, y la puso en el poder de Dios. Los hermanos comprendieron que Dios había estado interviniendo en sus vidas.

Conforme seguían comiendo y bebiendo, los hermanos se sintieron cada vez más relajados. La cortesía y la amabilidad de su anfitrión les habían ayudado a hacer a un lado los temores con que habían entrado a la casa. Si hubieran sabido lo que les esperaba a la mañana siguiente, tal vez no habrían gozado tanto la comida.

Prueba final del arrepentimiento de los hermanos

Los hermanos de José tenían que pasar una prueba más, e iba a ser la más difícil y dolorosa. Veinte años atrás los hermanos se habían resentido por el trato preferencial que había recibido el hijo predilecto de la esposa favorita. No obstante, en la cena de la noche anterior los hermanos no habían mostrado celos por ello. Pero veinte años atrás habían sido duros e insensibles con el hijo favorito cuando el peligro lo amenazó. También se habían mostrado despreocupados e insensibles en cuanto a los sentimientos de su padre en ese asunto.

¿Habían cambiado en este aspecto también? José necesitaba saberlo, y planeó una prueba final. Los pondría en una situación donde ellos podrían regresar a su padre pero Benjamín debía permanecer en Egipto. ¿Cómo iban a reaccionar? ¿Pensarían de nuevo sólo en ellos mismos, como lo habían hecho la última vez que estuvieron ante una situación semejante?

44 Mandó José al mayordomo de su casa, diciendo:

—Llena de alimento los costales de estos hombres, de todo cuanto puedan llevar, y pon el dinero de cada uno en la boca

de su costal.² También pondrás mi copa, la copa de plata, en la boca del costal del menor, con el dinero de su trigo.

El mayordomo hizo como había dicho José.

Los hermanos sin duda se felicitaron porque todo había salido bien en su segunda visita a Egipto. Lo que no sabían era que José había dado la orden de colocar su copa de plata en el saco de Benjamín, junto con el dinero que habían traído para el pago del trigo.

³ Al amanecer, los hombres fueron despedidos con sus asnos.⁴ Ya ellos habían salido de la ciudad, pero todavía no se habían alejado, cuando José dijo a su mayordomo:

—Levántate y sigue a esos hombres. Cuando los alcances, diles: “¿Por qué habéis pagado mal por bien? ¿Por qué habéis robado mi copa de plata?⁵ ¿No es esta en la que bebe mi señor, y la que usa para adivinar? ¿Habéis hecho mal al hacer esto!”

⁶ Cuando él los alcanzó, les dijo estas palabras.

A la mañana siguiente, cuando amanecía, los hermanos iniciaron el viaje de regreso a casa. Apenas habían salido de la ciudad cuando escucharon ruidos de cascos tras ellos. Voltearon y vieron al mayordomo, el mismo hombre que el día anterior les había dado una cordial bienvenida a la cena que José les había ofrecido. ¿Por qué venía ahora tras ellos?

“¡Ayer mi señor mostró su bondad invitándolos a su mesa, y hoy devuelven ustedes mal por bien! No sólo han robado una de sus posesiones personales, sino que la copa que han robado es la copa sagrada que usa para obtener información de los dioses.”

⁷ Y ellos le respondieron:

—¿Por qué dice nuestro señor tales cosas? Nunca tal hagan tus siervos. ⁸ Si el dinero que hallamos en la boca de nuestros costales te lo volvimos a traer desde la tierra de Canaán, ¿cómo íbamos a hurtar de casa de tu señor plata ni

oro?⁹ Aquel de tus siervos a quien se le encuentre la copa, que muera, y aun nosotros seremos siervos de mi señor.

¹⁰ Entonces el mayordomo dijo:

—También ahora sea conforme a vuestras palabras: aquel a quien se le encuentre será mi siervo; los demás quedaréis sin culpa.

Los hermanos no podían creer lo que oían. Esas acusaciones eran absurdas, y no hicieron más que tartamudear: “¿Por qué nos acusas de deshonestidad? Ayer te demostramos lo contrario al devolverte el dinero que encontramos en nuestros sacos”.

“Busca en nuestros sacos.” Hablaron con absoluta certeza porque estaban seguros de que ninguno de ellos había robado nada. “Si encuentras la copa en nuestro poder, el hombre en cuyo saco la encuentres, morirá, y todos nosotros seremos esclavos de tu señor”.

El mayordomo contestó: “Sea conforme a vuestras palabras. Abran sus sacos, veremos si la copa perdida se encuentra aquí.”

¹¹ Ellos entonces se dieron prisa, bajó cada uno su costal a tierra y cada cual abrió el suyo. ¹² El mayordomo buscó, comenzando por el mayor y terminando por el menor; y la copa fue hallada en el costal de Benjamín. ¹³ Entonces ellos rasgaron sus vestidos, cargó cada uno su asno y volvieron a la ciudad.

¹⁴ Entró Judá con sus hermanos a casa de José, que aún estaba allí, y se postraron en tierra delante de él. ¹⁵ Y les dijo José:

—¿Qué acción es esta que habéis hecho? ¿No sabéis que un hombre como yo sabe adivinar?

¹⁶ Entonces dijo Judá:

—¿Qué diremos a mi señor? ¿Qué hablaremos o con qué nos justificaremos? Dios ha hallado la maldad de tus siervos. Nosotros somos siervos de mi señor, nosotros y también aquel en cuyo poder se halló la copa.

¹⁷ **José respondió:**

—Nunca haga yo tal cosa. El hombre en cuyo poder se halló la copa, ése será mi siervo; vosotros id en paz junto a vuestro padre.

Los hermanos desataron los sacos que estaban sobre los asnos y los pusieron en el suelo. Bajo la atenta mirada del mayordomo, cada uno procedió a vaciar su saco. Para su sorpresa, en la boca de cada saco encontraron su dinero. El mayordomo introdujo sus manos en el grano de cada saco. Para evitar cualquier sospecha de que sabía dónde encontrar la copa, intencionalmente comenzó buscando en el saco de Rubén, el mayor de los hermanos. La tensión aumentaba a medida que revisaba cada uno de los diez sacos, y la copa no se encontraba. ¡Sólo faltaba ver un saco! Los hermanos estaban absolutamente confiados de que la búsqueda en el último saco, el de Benjamín, demostraría sin lugar a dudas que la acusación de hurto había sido un error.

“La copa fue hallada en el costal de Benjamín.” ¡Eso no podía ser posible! Pero allí estaba la prueba. Conmocionados y apesadumbrados los hermanos se rasgaron las ropas, tal como su padre lo había hecho hacía veinte años cuando vio la túnica de José ensangrentada. Con el corazón afligido y las manos temblorosas, volvieron a atar los costales y los colocaron sobre sus asnos.

El mayordomo había dicho: “Aquel a quien se le encuentre será mi siervo; los demás quedaréis sin culpa”. Esto significaba que diez de los hermanos podían regresar a casa, a sus esposas y sus familias, si así lo querían. Sin embargo, ninguno de ellos aceptó el ofrecimiento. En ese momento no pensaban en su seguridad personal, sino en su hermano menor y en su anciano padre. En medio de un gran silencio, anonadados, todos regresaron a la ciudad e imaginaron la confrontación que les esperaba.

“Entró Judá con sus hermanos a casa de José, que aún estaba allí”; pues sabía que sus hermanos regresarían pronto. De todos ellos, Judá es el único que se menciona, debido a que él era quien

había garantizado el regreso de Benjamín y estaba decidido a cumplir su promesa.

Cuando los hermanos vieron a José se postraron en tierra con profunda humillación. Mientras estaban postrados, no se atrevían a levantar los ojos para ver el rostro de su acusador cuando José los reprendió: “¿No sabéis que un hombre como yo sabe adivinar?” El lector notará que el texto no dice que José, un hijo de Dios, practicaba la hechicería. Dios nos prohíbe estrictamente usar las artes mágicas para obtener información que no desea revelarnos. Pero si la prueba que José estaba haciendo pasar a sus hermanos para comprobar su arrepentimiento iba a ser válida, era importante que ellos siguieran creyendo que estaban tratando con un desconocido, un egipcio.

La respuesta que le dio Judá a José es digna de mención: “¿Qué diremos a mi señor? ... Dios ha hallado la maldad de tus siervos.” Judá no se estaba declarando culpable del cargo de hurto ya que él estaba seguro que Benjamín no había robado la copa. Pero más allá de la acusación de José, Judá escuchó otra voz acusándolo a él y sus hermanos de pecados pasados. Dios había descubierto la culpa que habían tratado de esconder por tantos años. Todos los hermanos estaban implicados; por lo tanto todos merecían compartir la sentencia de Benjamín. Todos estaban dispuestos a sujetarse al juicio de Dios y ser esclavos de por vida. Para asegurarse de que Judá no estuviera hablando precipitadamente y sin pensar, José repitió su declaración de que los diez hermanos mayores podían volver a su padre y a sus familias.

Ahora los hermanos enfrentaron la última y más difícil parte de la prueba. Las palabras de José hicieron eco en sus oídos: “Los demás pueden irse a casa”. La respuesta a su ofrecimiento iba a revelar la actitud de sus corazones. Veinte años atrás no lo hubieran pensado dos veces y hubieran dicho: “¡Que se quede Benjamín, no importa que se pudra en el calabozo, mientras nosotros podamos salir sin problemas!” Y podemos imaginarlos regresando a casa, diciendo a su padre: “Tu hijo predilecto, a quien siempre

preferiste antes que a nosotros, está encarcelado en Egipto. Llegó tan bajo como cualquier vulgar ladrón, fue sorprendido, y ahora está pagando por ello.” José esperaba ansiosamente lo que iba a decir Judá.

18 Entonces Judá se acercó a él y le dijo:

—¡Ay, señor mío!, te ruego que permitas a tu siervo decir una palabra a oídos de mi señor, y no se encienda tu enojo contra tu siervo, pues tú eres como el faraón.¹⁹ Mi señor preguntó a sus siervos: “¿Tenéis padre o hermano?”²⁰ Y nosotros respondimos a mi señor: “Sí, tenemos un padre anciano y un hermano joven, pequeño aún, que le nació en su vejez; un hermano suyo murió, y sólo él quedó de los hijos de su madre, y su padre lo ama”.²¹ Tú dijiste a tus siervos: “Traédmelo, pues quiero verlo”.²² Y nosotros dijimos a mi señor: “El joven no puede dejar a su padre, porque si lo deja, su padre morirá”.²³ Y dijiste a tus siervos: “Si vuestro hermano menor no viene con vosotros, no veréis más mi rostro”.

²⁴»Aconteció, pues, que cuando llegamos a mi padre, tu siervo, le contamos las palabras de mi señor.²⁵ Y dijo nuestro padre: “Volved a comprarnos un poco de alimento”.²⁶ Pero nosotros respondimos: “No podemos ir. Si nuestro hermano va con nosotros, iremos, porque no podremos presentarnos ante aquel hombre, si no está con nosotros nuestro hermano menor”.²⁷ Entonces tu siervo, mi padre, nos dijo: “Vosotros sabéis que dos hijos me dio a luz mi mujer;²⁸ uno de ellos se fue de mi lado, y pienso de cierto que fue despedazado. Hasta ahora no lo he vuelto a ver.²⁹ Si ahora os lleváis también a éste y le acontece algún desastre, haréis que con dolor descendan mis canas al seol”.

³⁰»Ahora, pues, cuando vuelva yo a tu siervo, mi padre, si el joven no va conmigo, como su vida está ligada a la vida de él,³¹ sucederá que cuando no vea al joven, morirá; y tus siervos harán que con dolor descendan al seol las canas de

nuestro padre, tu siervo.³² Como tu siervo salió fiador del joven ante mi padre, diciendo: “Si no te lo traigo de vuelta, entonces yo seré culpable ante mi padre para siempre”,³³ por eso te ruego que se quede ahora tu siervo en lugar del joven como siervo de mi señor, y que el joven vaya con sus hermanos,³⁴ pues ¿cómo volveré yo a mi padre sin el joven? No podré, por no ver el mal que sobrevendrá a mi padre.

Judá entonces se puso de pie ante José y habló. Otra vez notamos la ironía; el que una vez había sugerido vender a su hermano ahora se ofrecía a ser esclavo de por vida, a fin de rescatar a su hermano menor de un destino similar.

Judá habló respetuosa pero fervientemente, con palabras llenas de emoción. En su petición se refirió repetidas veces a su padre anciano y a la relación especial que tenía con el hijo en cuyo saco se encontró la copa de plata. El hermano mayor se refirió cariñosamente a su hermano menor como el “joven”, aunque tenía veintitantos años, probablemente ya casado y con hijos, (46:21). Judá, el hijo de Lea, sin ninguna amargura, habló del amor especial que Jacob sentía por Raquel y de cómo, después de su muerte, este amor se había transferido a sus dos hijos, uno de los cuales ahora estaba muerto.

Judá procedió a mencionar el estira y afloja que se había entablado entre el padre y los hijos cuando regresaron de su último viaje de Egipto y anunciaron que Benjamín tenía que acompañarlos la próxima vez. Durante toda la petición de Judá podemos apreciar el profundo amor hacia su padre anciano, cuya vida permanecía unida a la de Benjamín, y el cual moriría si este hijo ahora no regresaba.

Judá terminó con esta sencilla pero elocuente petición: “Ya que me comprometí a garantizar la seguridad de mi hermano, debes permitir que yo tome el castigo de mi hermano. ¡Hazme tu esclavo de por vida, pero déjalo ir a casa con su padre! ¡Por favor, no me envíes a casa sin él, obligándome a ser testigo de la miseria y muerte de mi padre!”

Al comentar sobre esta maravillosa plegaria, Martín Lutero escribió: “Me gustaría saber orar a Dios tan bien como oró Judá ante José”. En capítulos anteriores de Génesis, Moisés narró algunos detalles de la vida de este hombre que son todo menos ejemplar. Génesis 44 muestra a un Judá totalmente diferente del que conocimos anteriormente, el retrato de un hombre transformado por el Espíritu de Dios. Podemos comprender por qué Judá fue el hombre que Dios cuidadosamente capacitó para la posición de llevar el linaje de Jesucristo, el León de la tribu de Judá (Apocalipsis 5:5). La prueba que José les había puesto a sus hermanos llegaba a su fin. Ahora vendría su respuesta.

Revelación y reconciliación asombrosas

45 No podía ya José contenerse delante de todos los que estaban a su lado, y clamó: «¡Haced salir de mi presencia a todos!» Así no quedó nadie con él cuando José se dio a conocer a sus hermanos.

² Entonces se echó a llorar a gritos; lo oyeron los egipcios, y lo oyó también la casa del faraón.³ Y dijo José a sus hermanos:

—Yo soy José. ¿Vive aún mi padre?

Sus hermanos no pudieron responderle, porque estaban turbados delante de él.

Después de escuchar la conmovedora petición de Judá, a José sólo le quedaba hacer una cosa. El corazón y las palabras de Judá se habían desbordado con una preocupación llena de amor hacia su padre y con un amor abnegado hacia su hermano Benjamín. Por fin José supo que sus hermanos habían cambiado.

La tierna escena que estaba a punto de ocurrir en ese lugar era demasiado privada para que la presenciaran personas extrañas. El discreto recordatorio que José les hizo a sus hermanos de lo que una vez habían hecho con él era solamente para sus oídos; nadie más en Egipto necesitaba enterarse de todos los detalles. Por lo tanto, José sacó del recinto a todos, menos a sus hermanos para

decirles quién era.

En presencia de sus hermanos José no pudo contenerse más y lloró. Los hermanos no podían creer lo que oían y veían. La severidad, la inflexibilidad y lo extraño habían desaparecido de la voz de José cuando se dirigió a ellos en hebreo, y no mediante un intérprete. “¡Yo soy José!” Ahora que había visto un cambio en el corazón de los hermanos podía quitarse la máscara que había adoptado, la máscara del extranjero inflexible que parecía no hacer otra cosa que causarles problemas.

Cuando lo oyeron decir “¡Yo soy José!” sintieron gran temor. El pecado es un gran destructor que causa gran tensión. Hasta que José les aseguró que las barreras entre ellos ya no existían, tuvieron paz. Antes de atreverse a hablar, José tuvo que repetir cuatro veces que Dios había usado para un buen fin el mal que habían cometido. Anteriormente José les había pedido a sus hermanos noticias de su padre y supo que Jacob aún estaba con vida. Pero necesitaba escucharlo de nuevo.

⁴ Pero José les dijo:

—Acercaos ahora a mí.

Ellos se acercaron, y él les dijo:

—Yo soy José, vuestro hermano, el que vendisteis a los egipcios. ⁵ Ahora, pues, no os entristezcáis ni os pese haberme vendido acá, porque para salvar vidas me envió Dios delante de vosotros. ⁶ Pues ya ha habido dos años de hambre en medio de la tierra, y aún quedan cinco años en los cuales no habrá arada ni siega. ⁷ Dios me envió delante de vosotros para que podáis sobrevivir sobre la tierra, para daros vida por medio de una gran liberación. ⁸ Así, pues, no me enviasteis acá vosotros, sino Dios, que me ha puesto por padre del faraón, por señor de toda su casa y por gobernador en toda la tierra de Egipto.

“Acercaos ahora a mí.” Podemos comprender fácilmente la distancia que los hermanos habían guardado. Ahora José les mostró no sólo con palabras, sino con hechos que no sentía

resentimiento alguno hacia ellos. No había tristeza ni ira en su corazón; tampoco debería haberlo en los corazones de ellos, ahora que Dios los había reunido.

Por las maravillosas cosas que habían ocurrido en los últimos meses, José se había dado cuenta de lo que Dios, el Señor de las naciones, había obrado para conseguirlas. Usando materiales de construcción tan improbables tales como el odio y la maldad de los hermanos veinte años atrás, Dios había construido un plan para salvar vidas, las vidas de la importante familia que aún vivía en la región de Canaán ahora azotada por el hambre. “Me envió *Dios* delante de vosotros”.

“Para que podáis sobrevivir sobre la tierra.” José y sus hermanos y las familias de ellos habían escapado de la hambruna a fin de llegar a ser una gran nación. Aquí está la clave de toda la narración. Cierta vez los hermanos habían vendido a José a los egipcios con odio y desprecio. No obstante, Dios había vencido sus malas intenciones. Su amor, firme y seguro, había usado las acciones de los hermanos para preservar un remanente, un precioso puñado de su pueblo, en medio de una crisis que aun ahora los amenazaba.

⁹ Daos prisa, id a mi padre y decidle: “Así dice tu hijo José: Dios me ha puesto por señor de todo Egipto; ven a mí, no te detengas.¹⁰ Habitarás en la tierra de Gosén, y estarás cerca de mí, tú, tus hijos y los hijos de tus hijos, tus ganados y tus vacas, y todo lo que tienes.¹¹ Allí te alimentaré, pues aún quedan cinco años de hambre, para que no perezcas de pobreza tú, tu casa y todo lo que tienes”.¹² Vuestros ojos ven, y también los ojos de mi hermano Benjamín, que mi boca os habla.¹³ Haréis, pues, saber a mi padre toda mi gloria en Egipto, y todo lo que habéis visto. ¡Daos prisa, y traed a mi padre acá!

¹⁴ José se echó sobre el cuello de su hermano Benjamín y lloró; también Benjamín lloró sobre su cuello.¹⁵ Luego besó a

todos sus hermanos y lloró sobre ellos. Después de esto, sus hermanos hablaron con él.

No había tiempo que perder. Durante cinco años más el hambre en Canaán sólo iba a empeorar y a causar mayores problemas a sus familias. Sin embargo, la mayor preocupación de José era su padre anciano. “Nuestro padre está esperándolos con ansia.” Los sufrimientos que Jacob había experimentado durante los últimos veinte años eran más que suficientes. Para remediar esto, José les dio a sus hermanos una difícil tarea: “Díganle a mi padre: ‘¡Tu hijo José vive y está bien, y quiere que vayas a Egipto!’ ¡Tráiganlo pronto! Pueden vivir en la región de Gosén.” Aunque no se sabe con certeza dónde estaba ubicada esta ciudad, se cree que Gosén se encontraba en el delta oriental del Nilo, en las cercanías de lo que hoy es el canal de Suez.

Las palabras siguieron saliendo de la boca de José, porque podía ver que sus hermanos no podían creer que su hermano perdido por tanto tiempo no sólo estaba vivo sino que era su *amigo*. No era el hombre poderoso que al fin se vengaría, sino un hermano cariñoso que sólo quería devolver la felicidad y la paz que había estado ausente en la familia de Jacob. “Ustedes pueden ver que realmente soy yo quien habla, y ya no mediante un intérprete.”

Ahora José dejó que sus brazos hablaran por él; abrazó cariñosamente a cada uno de los hermanos, hasta que finalmente recuperaron el habla. Las lágrimas brotaron libremente, y las tensiones desaparecieron. Por fin podían hablar en libertad, y tenían mucho que decirle. Ahora podían confesar que sus malvados actos contra él y contra su padre habían azotado por veinte años sus vidas personales y familiares como una plaga, y qué felices se sentían finalmente de poder quitarse ese peso de encima. Sin duda, los hermanos le agradecieron el duro pero saludable trato que les había dado.

¹⁶ Se oyó la noticia en la casa del faraón, y se decía: «Los hermanos de José han venido». Esto agradó a los ojos del faraón y de sus siervos.¹⁷ Y dijo el faraón a José:

—Di a tus hermanos: “Haced esto: cargad vuestras bestias y marchaos; volved a la tierra de Canaán,¹⁸ tomad a vuestro padre y a vuestras familias y venid a mí, porque yo os daré lo bueno de la tierra de Egipto y comeréis de la abundancia de la tierra”.¹⁹ Y tú manda: “Haced esto: tomaos de la tierra de Egipto carros para vuestros niños y vuestras mujeres, tomad a vuestro padre y venid. ²⁰Y no os preocupéis por vuestros enseres, porque la riqueza de la tierra de Egipto será vuestra”.

Las noticias de que habían llegado los hermanos de José se difundieron por toda la capital y llegaron a palacio. Habían transcurrido nueve de los catorce años del proyecto de emergencia para conservación de alimentos, y el rey estaba impresionado con la sabiduría y la fidelidad de José. En gratitud hacia él por haber salvado al país del desastre, el faraón le extendió una invitación a la familia de José para que saliera de Canaán y fuera a vivir a Egipto.

El faraón extendió la invitación en forma de mandato: “Y tú manda...” (La raíz del verbo “mandar” es la misma que se usa en *los Diez Mandamientos* en el Antiguo Testamento). El faraón le estaba dando una orden a José: “¡Trae acá a tu familia!” Dios había guiado al faraón para que llegara a la misma conclusión a la que José había llegado con sus hermanos. Trasladar a la familia de Jacob a Egipto había sido el plan de Dios desde mucho tiempo atrás, y ahora todo encajaba perfectamente. El faraón incluso añadió que no se preocuparan si tenían que dejar algunas de sus posesiones atrás; podían reemplazarlas cuando llegaran a Egipto.

²¹ Así lo hicieron los hijos de Israel; y José les dio carros conforme a la orden del faraón y les suministró víveres para el camino.²² A cada uno de ellos le dio un vestido nuevo, y a Benjamín le dio trescientas piezas de plata y cinco vestidos

nuevos.²³ A su padre le envió esto: diez asnos cargados de lo mejor de Egipto y diez asnas cargadas de trigo, pan y comida; esto para el viaje de su padre.²⁴ Luego despidió a sus hermanos, y cuando se iban, les dijo:

—No riñáis por el camino.

Como una muestra más de su buena voluntad, José le dio a cada uno de sus hermanos un regalo para llevar. Una vez ellos lo habían vendido como esclavo despojándolo de su rica y adornada túnica; ahora él les daba ropas nuevas. Una vez más le dio a Benjamín un generoso regalo.

José no quería que nada estropeará el regreso de los hermanos a casa, pero sabía que dar las noticias a su padre no sería nada fácil. Tendrían que admitir ante Jacob que lo habían engañado durante veinte años, que José no había muerto por el ataque de alguna bestia salvaje, sino que por causa de la crueldad de sus hermanos José ahora estaba en Egipto. Durante el largo camino de regreso, a medida que planeaban cómo darle las noticias a su padre, José no quería que ninguno discutiera y dijera: “Vender a nuestro hermano no fue *mi* idea. *Ustedes* son más culpables que yo.” Podrían surgir tensiones, y los ánimos podrían encenderse durante el viaje de regreso, por lo que José les advirtió: “No riñáis por el camino”.

²⁵ Subieron, pues, de Egipto, y llegaron a la tierra de Canaán, junto a su padre Jacob.²⁶ Y le dieron las nuevas, diciendo: «¡José aún vive, y es señor en toda la tierra de Egipto!» Pero el corazón de Jacob desfalleció porque no les creía. ²⁷ Entonces ellos le repitieron todas las palabras que José les había hablado; y viendo Jacob los carros que José enviaba para llevarlo, su espíritu revivió. ²⁸ Y dijo Israel:

—¡Con esto me basta! ¡José, mi hijo, vive todavía! Iré y lo veré antes de morir.

El anciano padre había estado esperando con ansiedad el regreso de sus hijos. Estaba contento de verlos, agradecido

especialmente de ver que Benjamín se encontraba entre ellos. Pero no estaba preparado para oír las noticias que sus hijos le traían del hermano mayor de Benjamín: “¡José aún vive!”

Al principio las noticias aturdieron a Jacob. Después de haber creído una mentira por casi un cuarto de siglo, escuchar la verdad sobre José fue una sacudida emocional para el patriarca. No fue fácil comprender, mucho menos creer, lo que sus hijos le decían.

Los hijos pacientemente repitieron todas las palabras que José les había pedido que le dijeran a su padre, y poco a poco comenzó a aceptar la verdad. Jacob vio los costosos regalos, y los carros egipcios que José había enviado para transportar a la familia a su hogar temporal de forma que pudieran sobrevivir la hambruna. Y finalmente Jacob se convenció: “Lo que mis hijos me han dicho es cierto”. Y entonces tuvo sólo un deseo: “¡Iré y veré a José antes de morir!”

Un nuevo hogar para la familia de Jacob

46 Salió Israel con todo lo que tenía. Cuando llegó a Beerseba ofreció sacrificios al Dios de su padre Isaac.² Y habló Dios a Israel en visiones de noche, y dijo:

—Jacob, Jacob.

Él respondió:

—Aquí estoy.

³ Entonces Dios dijo:

—Yo soy Dios, el Dios de tu padre; no temas descender a Egipto, porque allí haré de ti una gran nación.⁴ Yo descenderé contigo a Egipto, y yo también te haré volver; y la mano de José cerrará tus ojos.

⁵ Jacob salió de Beerseba; y subieron los hijos de Israel a su padre Jacob, a sus niños y a sus mujeres en los carros que el faraón había enviado para llevarlo.⁶ También tomaron sus ganados y los bienes que habían adquirido en la tierra de Canaán, y fueron a Egipto Jacob y toda su descendencia consigo: ⁷ sus hijos y los hijos de sus hijos; y sus hijas y las

hijas de sus hijos. A toda su descendencia llevó consigo a Egipto.

Israel, el patriarca, líder del pueblo del pacto, se dirigió a Egipto con toda su familia. Ha de haber sido una procesión impresionante: carros en los que iban gentes y posesiones, y los rebaños y el ganado al lado de la larga fila de carros. Después de casi un día de camino, la caravana se detuvo en Beerseba, en la frontera sur de Canaán, el lugar donde Abraham había pasado casi un siglo de su vida. Aquí se detuvo la caravana. Jacob comprendió que se encontraba de nuevo en una coyuntura significativa de su vida. Una vez que dejaron atrás Beerseba, se encontraron fuera de la tierra que Dios les había prometido. ¿Hacía bien él, el portador de la promesa, en dejar la tierra prometida?

Jacob veía claramente la mano de Dios en lo que le había ocurrido a José, y la invitación a ir a Egipto sin duda era una solución divina al problema de la hambruna. Pero Jacob sabía de los problemas que había pasado su abuelo Abraham cuando viajó a Egipto (12:10-20). Tal vez recordó también que cuando su padre Isaac se propuso viajar a Egipto para escapar del hambre, Dios se lo prohibió (26:1,2).

Por lo tanto, Jacob se detuvo en la frontera. Ofreció sacrificios, tal vez sobre el mismo altar que su padre había construido (26:25), y consultó al Señor en oración. No estaba dispuesto a dejar la tierra prometida sin la dirección específica de Dios.

Dios, el Todopoderoso, el único que controla la naturaleza y que guía la vida y la historia de las personas y las naciones, contestó las oraciones del patriarca hablándole en una visión de noche. Dios no sólo le dio permiso de salir, sino también prometió bendecir a la familia en Egipto.

- “Haré de ti una gran nación.” En Egipto, lo que en ese momento era una familia, se iba a convertir en una gran nación.
- “Yo descenderé contigo a Egipto” para protegerte.

El Dios de Jacob no era una deidad local cuyo poder llegaba sólo hasta la frontera del país.

- “Te haré volver” a la tierra prometida.

Jacob no viviría para ver el cumplimiento de esta última promesa. Iba a morir en Egipto, y su querido hijo iba a estar con él a la hora de su muerte, para realizar un último acto de amor. Lo llevarían a la tierra prometida en un ataúd. Pero 400 años más tarde sus descendientes iban a salir de Egipto e iban a ocupar la tierra de Canaán como su patria.

Tranquilo por la visión que Dios le dio, Jacob podía, sin temor alguno, ordenar a la caravana que continuara la marcha. Después de un viaje que quizá les tomó varias semanas, llegaron a Egipto.

⁸ Estos son los nombres de los hijos de Israel que entraron en Egipto, Jacob y sus hijos:

Rubén, primogénito de Jacob. ⁹ Y los hijos de Rubén: Hanoc, Falú, Hezrón y Carmi.

¹⁰ Los hijos de Simeón: Jemuel, Jamín, Ohad, Jaquín, Zohar y Saúl, hijo de la cananea.

¹¹ Los hijos de Leví: Gersón, Coat y Merari.

¹² Los hijos de Judá: Er, Onán, Sela, Fares y Zara; pero Er y Onán murieron en la tierra de Canaán. Y los hijos de Fares fueron Hezrón y Hamul.

¹³ Los hijos de Isacar: Tola, Fúa, Job y Simrón.

¹⁴ Los hijos de Zabulón: Sered, Elón y Jahleel.

¹⁵ Estos fueron los hijos de Lea, los que dio a luz a Jacob en Padan-aram, y además su hija Dina; treinta y tres las personas todas de sus hijos e hijas.

¹⁶ Los hijos de Gad: Zifión, Hagui, Ezbón, Suni, Eri, Arodi y Areli.

¹⁷ Los hijos de Aser: Imna, Isúa, Isúi, Bería y Sera, hermana de ellos. Los hijos de Bería: Heber y Malquiel.

¹⁸ Estos fueron los hijos de Zilpa, la esclava que Labán regaló a su hija Lea, le dio a luz a Jacob; en total dieciséis

personas.

¹⁹ Los hijos de Raquel, mujer de Jacob: José y Benjamín.

²⁰ A José le nacieron en la tierra de Egipto Manasés y Efraín, los que le dio a luz Asenat, hija de Potifera, sacerdote de On.

²¹ Los hijos de Benjamín fueron Bela, Bequer, Asbel, Gera, Naamán, Ehi, Ros, Mupim, Hupim y Ard.

²² Estos fueron los hijos de Raquel, que nacieron a Jacob; en total catorce personas.

²³ Los hijos de Dan: Husim.

²⁴ Los hijos de Neftalí: Jahzeel, Guni, Jezer y Silem.

²⁵ Estos fueron los hijos que Bilha, la que dio Labán a Raquel, su hija, dio a luz de Jacob; en total siete personas.

En ese momento, cuando la familia de Jacob estaba a punto de convertirse en una nación, Moisés nos da una lista de las familias que formaban la gran casa de Jacob. Menciona primero a seis de los hijos de Lea y sus hijos (versículos 9-15), luego los dos hijos de Zilpa, la sirvienta de Lea, y sus hijos (versículos 16-18). Después sigue la lista de los dos hijos de Raquel y sus hijos (versículos 19-22), y finalmente los dos hijos de su sirvienta Bilhá y sus hijos (versículo 23-25).

La lista que tenemos en estos versículos no es la lista completa de todos los que viajaron con la caravana de Jacob a Egipto. Algunas de las personas que se nombran aquí ya estaban en Egipto (versículo 19), algunos aún no habían nacido (compare 42:32 con 46:9), y otros más ya habían muerto (compare 38:7-10 con 46:12).

Por lo tanto, la afirmación del versículo 8: “Estos son los nombres de los hijos de Israel que entraron en Egipto” debe entenderse como cuando se describe un árbol genealógico. Moisés enumera primero los antepasados de las doce tribus de Israel, y luego los descendientes de ellos que fundaron familias separadas en cada una de las tribus. Por esta razón puede ser que, sólo con dos excepciones, los nombres de las hijas no fueron incluidos.

Aquí, entonces, estaba la estructura básica de la familia de la cual saldrían las doce tribus de Israel, las que en Egipto crecieron hasta formar la nación de Israel.

²⁶Todas las personas que llegaron con Jacob a Egipto, nacidas de él, sin contar las mujeres de los hijos de Jacob, todas ellas fueron sesenta y seis.²⁷ Y los hijos de José, que le nacieron en Egipto, dos personas. Todas las personas de la casa de Jacob que entraron en Egipto fueron setenta.

Aquí se nos dan dos sumas diferentes. En la suma de sesenta y seis (versículo 26) sólo están incluidos los descendientes de Jacob; no contaron a las esposas de sus hijos.

La suma de setenta (versículo 27) al parecer incluye al patriarca mismo y a José y sus dos hijos, quienes ya estaban en Egipto. En Hechos 7:14, Esteban menciona un total de setenta y cinco personas. Probablemente pudo haber redondeado la cifra, o pudo haber incluido a los cinco nietos de Jacob que nacieron en Egipto (Números 26:28-37).

Algunos han tomado el número setenta (versículo 27) como simbólico. Si siete es con frecuencia el número del pacto entre Jehová y la familia de Jacob y diez simboliza lo completo (Génesis 31:7 y 41), entonces siete veces diez puede simbolizar el hecho de que la familia de Jacob, con la cual Dios había hecho un pacto, ahora estaba completa.

²⁸Envió Jacob a Judá delante de sí a José, para que lo viniera a ver en Gosén; y llegaron a la tierra de Gosén.²⁹ José unció su carro y fue a recibir a Israel, su padre, en Gosén. Al verlo, se echó sobre su cuello, y sobre su cuello lloró largamente.³⁰ Entonces Israel dijo a José:

—Muera yo ahora, ya que he visto tu rostro y sé que aún vives.

³¹Luego José dijo a sus hermanos y a la casa de su padre:

—Subiré y lo haré saber al faraón; le diré: “Mis hermanos y la casa de mi padre, que estaban en la tierra de Canaán,

han venido a mí.³² Los hombres son pastores de ovejas, hombres ganaderos; han traído sus ovejas, sus vacas y todo lo que tenían”.³³ Y cuando el faraón os llame y os pregunte: “¿Cuál es vuestro oficio?”,³⁴ entonces diréis: “Hombres de ganadería hemos sido nosotros tus siervos, desde nuestra juventud hasta ahora, nosotros y nuestros padres”. Así podréis habitar en la tierra de Gosén, porque para los egipcios es abominación todo pastor de ovejas.

En muy pocas palabras Moisés describe la emotiva escena: el patriarca y su hijo favorito se encontraron por primera vez después de veintidós años de separación forzada. José era un muchacho de diecisiete años cuando Jacob lo mandó que fuera a ver a sus hermanos. Ahora era un hombre maduro de treinta y nueve años, segundo en poder en el gobierno egipcio.

Cuando el anciano padre contempló el amor en los ojos de su querido hijo vio la prueba del amor de Dios hacia él, y confesó que estaba listo para morir. Sin la seguridad del perdón divino, la muerte para los pecadores del Antiguo Testamento era, como lo es para los pecadores de hoy, algo que temer. Sin embargo, con la seguridad de estar en paz con Dios, los santos del Antiguo Testamento podían declarar que estaban listos para morir. Y con esta seguridad, Jacob también podía verdaderamente apreciar las demás bendiciones que Dios había derramado en él, tal como la reunión con su hijo perdido por tanto tiempo.

Ahora se tenía que encontrar un lugar donde pudiera vivir la familia. Antes de presentar a sus hermanos al faraón, José los aconsejó. Cuando el faraón les preguntara cuál era su ocupación ellos debían responder: “sólo hemos sido pastores”, dando a entender que en Egipto les gustaría seguir con esa ocupación. Ese hecho podría ser suficiente para que el faraón eligiera un lugar donde vivieran, lejos de las áreas densamente pobladas del valle del Nilo. Ya que “para los egipcios es abominación todo pastor de ovejas”, el faraón no hubiera deseado que la presencia de los israelitas fuera una constante molestia para su propio pueblo.

Algunas inscripciones egipcias antiguas expresan desprecio hacia quienes se dedicaban a la cría de ganado. Parece que ese país, con su avanzada cultura, consideraba a los pastores como la clase más baja. José no quería que Egipto fuera un crisol para los hijos de Israel. Debían permanecer separados y no adoptar la forma de vida egipcia. Por lo tanto, José quería que su familia viviera en Gosén, un área apartada de la turbulenta vida egipcia. Su ocupación de pastores serviría para que así fuera.

Dios podría haber estado pensando en el futuro cuando seleccionó Gosén como el hogar temporal de su pueblo. Cuatro siglos más tarde esta región que ahora es Suez iba a ser el punto de partida más conveniente para cuando los israelitas escaparan de la tiranía egipcia.

Y así, la familia con la que Dios había establecido su pacto fue a Egipto. La causa principal que los llevó fue el hambre, pero, como se ha dicho antes, el Dios que controla la historia tenía otras razones más grandes:

- Durante el período crítico de los 400 años, mientras Israel crecía como nación, Dios quería separarlos de la influencia religiosa y moral de los cananeos. Dios escogió a Egipto, no a Canaán, para ser la cuna de su nación escogida.
- En ese hogar temporal, las profundas diferencias religiosas y culturales desanimarían el matrimonio entre israelitas y egipcios y sería más fácil que Israel mantuviera su fe en el verdadero Dios.
- La avanzada cultura egipcia (derecho, artes, ciencias) le daría a Israel mucho material para establecer más tarde su propia nación y gobierno (Hechos 7:22).

Con la llegada de Israel a Egipto, había terminado una gran fase del programa de Dios para salvar un mundo de pecadores.

Librados de la hambruna

47 Fue José y lo hizo saber al faraón. Le dijo:

—Mi padre y mis hermanos, con sus ovejas, sus vacas y todo lo que tienen, han venido de la tierra de Canaán y están en la tierra de Gosén.

² Escogió a cinco de sus hermanos y los presentó delante del faraón.

³ Entonces el faraón dijo a sus hermanos:

—¿Cuál es vuestro oficio?

Ellos respondieron al faraón:

—Pastores de ovejas son tus siervos, así nosotros como nuestros padres.

⁴ Dijeron además al faraón:

—Para habitar en esta tierra hemos venido, porque no hay pasto para las ovejas de tus siervos, pues el hambre es grave en la tierra de Canaán; por tanto, te rogamos ahora que permitas que habiten tus siervos en la tierra de Gosén.

⁵ Entonces el faraón dijo a José:

—Tu padre y tus hermanos han venido a ti.⁶ Delante de ti está la tierra de Egipto. En lo mejor de la tierra haz habitar a tu padre y a tus hermanos; que habiten en la tierra de Gosén, y si sabes que hay entre ellos hombres capaces, ponlos por mayores de mi ganado.

Luego de asegurarse de que su familia estuviera temporalmente establecida, José fue al palacio para ratificar los acuerdos. José escogió a cinco de sus hermanos, y los presentó al faraón, diciendo: “Mi padre y mis hermanos están en Gosén con sus ovejas y vacas. Se encuentran a la espera de más instrucciones sobre dónde quieres que se establezcan”.

Hablando mediante un intérprete, el rey les preguntó: “¿Cuál es vuestro oficio?” Ellos respondieron tal y como José les había ordenado: “Somos pastores, así como lo fueron nuestros

antepasados”. Esta era la respuesta honesta que José esperaba que persuadiera al faraón de buscarles una región lejos de la población egipcia. El hecho de que los hermanos aún se atrevieran a sugerir: “Estaríamos muy felices de quedarnos donde estamos en Gosén” nos hace pensar que José pudo habérselo sugerido al faraón antes.

Los hermanos dijeron claramente que sólo deseaban ser residentes temporales. No había forma de que supieran que el Señor del calendario iba a alargar su estancia temporal de media docena de años, sólo hasta que la hambruna hubiera pasado, a un período de más de 400 años.

Los hermanos se alegraron cuando le oyeron decir al faraón: “Muy bien, permanezcan en Gosén”. Al dar su consentimiento, el faraón mostró que tenía a José en gran estima. Le proporcionó tierra y comida a la familia de Jacob, y hasta les permitió establecerse en un área estratégica para la defensa de Egipto.

⁷ José introdujo también a Jacob, su padre, y lo presentó delante del faraón. Jacob bendijo al faraón,⁸ y el faraón preguntó a Jacob:

—¿Cuántos años tienes?

⁹ Jacob respondió al faraón:

—Los años de mi peregrinación son ciento treinta. Pocos y malos han sido los años de mi vida, y no han llegado a los años de la vida de mis padres en los días de su peregrinación.

¹⁰ Jacob bendijo al faraón y salió de su presencia.¹¹ Así José hizo habitar a su padre y a sus hermanos, y les dio posesión en la tierra de Egipto, en lo mejor de la tierra, en la tierra de Ramesés, como mandó el faraón. ¹² Y alimentaba José con pan a su padre, a sus hermanos y a toda la casa de su padre, según el número de los hijos.

Por invitación del monarca egipcio, Jacob fue recibido en audiencia privada. La visita comenzó con una bendición de Jacob y terminó también con una bendición. Como el patriarca había recibido la bendición mesiánica, sus palabras significaban más que

buenos deseos. Realmente confirió la bendición de Dios para el rey y para su país, ya que ambos habían sido instrumentos escogidos por Dios para bendecir al pueblo del pacto. También tenemos prueba de la bendición divina en el hecho de que el rey y su país prosperaron en poder y riquezas bajo la sabia administración de José.

En respuesta a la pregunta del faraón: “¿Cuántos son los días de los años de tu vida?”, el patriarca respondió: “Los años de mi peregrinación son ciento treinta. Pocos y malos han sido.” Aunque 130 años no nos parecen “pocos”, Jacob presentía que no iba a vivir hasta la edad que vivieron su abuelo Abraham y su padre Isaac, quienes habían alcanzado la edad de 175 y 180 años, respectivamente.

Y sus años habían sido “malos”, es decir, difíciles. Cuando era joven, tuvo que dejar el hogar para huir de la ira de su hermano gemelo. Su suegro lo había engañado durante veinte años. Había visto a su propia familia desgarrada por la inmoralidad, los asesinatos y las envidias. Y ahora, cuando podía esperar que sus últimos años transcurrieran rodeado de la comodidad familiar, el hambre lo había obligado a abandonar el hogar y a emigrar a una tierra extraña. Los años habían causado estragos en Jacob. La vida para él realmente había sido difícil.

¿Nos suena esto familiar? La vida para el pueblo de Dios con frecuencia es difícil; en ella se forja el carácter mediante pruebas de fe y se moldea a la gente para que cada vez más llegue a parecerse a lo que originalmente Dios tenía en mente cuando diseñó la raza humana.

José había vivido durante diecisiete años en la casa paterna, antes de ser vendido como esclavo. Ahora Dios le concedió la oportunidad de darle un hogar para su padre durante ese mismo período (47:28). Y al darles comida a sus hermanos, de acuerdo a las necesidades de cada familia, devolvió José el mal con el bien.

¹³ No había pan en toda la tierra, y el hambre era muy grave, por lo que desfallecían de hambre la tierra de Egipto y la tierra de Canaán.¹⁴ Recogió entonces José todo el dinero que la tierra de Egipto y la tierra de Canaán le habían pagado por los alimentos que de él compraban; y metió José el dinero en casa del faraón.¹⁵ Cuando se acabó el dinero de la tierra de Egipto y de la tierra de Canaán, vino todo Egipto a José, diciendo:

—Danos pan; ¿por qué moriremos delante de ti, por haberse acabado el dinero?

¹⁶ José respondió:

—Si se ha acabado el dinero, entregad vuestros ganados, y yo os daré trigo por vuestros ganados.

¹⁷ Trajeron ellos sus ganados a José, y José les dio alimentos a cambio de caballos, ovejas, vacas y asnos; los abasteció de pan aquel año a cambio de todos sus ganados.

Fue un milagro muy especial de Dios que la familia de Jacob viera satisfechas todas sus necesidades cuando los demás habitantes de Egipto pasaban severos apuros económicos. Habían comprado grano, mientras les alcanzó el dinero. Cuando se les acabó, José declaró que aceptaría su ganado como pago por el alimento.

Al aceptar sus animales como pago, José facilitaba que la gente sobreviviera otro año de hambre. Por supuesto, José podía haberles regalado la comida después de haber visto que su dinero se había acabado. Sin embargo, con los años de hambre que aún quedaban, las reservas de alimento de la nación no hubieran durado mucho. José también comprendió que un subsidio completo del gobierno podía fácilmente socavar la moral de la nación.

¹⁸ Acabado aquel año, vinieron a él el segundo año, y le dijeron:

—No ocultamos a nuestro señor que el dinero ciertamente se ha acabado, y también el ganado es ya de nuestro señor.

Nada ha quedado delante de nuestro señor, sino nuestros cuerpos y nuestra tierra.¹⁹ ¿Por qué moriremos delante de tus ojos, así nosotros como nuestra tierra? Cómpranos a nosotros y a nuestra tierra por pan, y nosotros y nuestra tierra seremos siervos del faraón; danos semilla para que vivamos y no muramos, y que no sea asolada la tierra.

²⁰Entonces compró José para el faraón toda la tierra de Egipto, pues los egipcios vendieron cada uno sus tierras, porque se agravó el hambre que pesaba sobre ellos. La tierra pasó así a ser del faraón.²¹ Y al pueblo lo hizo pasar a las ciudades, desde un extremo al otro del territorio de Egipto.

²²Solamente la tierra de los sacerdotes no compró, por cuanto los sacerdotes recibían trigo del faraón y comían del trigo que el faraón les daba; por eso no vendieron su tierra.

²³Luego José dijo al pueblo:

—Os he comprado hoy, a vosotros y a vuestra tierra, para el faraón; aquí tenéis semilla para sembrar la tierra.²⁴ De los frutos daréis la quinta parte al faraón; las otras cuatro partes serán vuestras, para sembrar las tierras y para vuestra manutención, y también de los que están en vuestras casas, para que coman vuestros niños.

²⁵Ellos respondieron:

—La vida nos has dado. Hallemos gracia a los ojos de nuestro señor, y seamos siervos del faraón.

²⁶Entonces José puso por ley hasta hoy sobre la tierra de Egipto que se diera al faraón la quinta parte de las cosechas. Tan sólo la tierra de los sacerdotes no pasó a ser del faraón.

Al año siguiente, lo único que la gente podía ofrecer para conseguir comida era su tierra y su persona. “Cómpranos a nosotros y a nuestra tierra por pan, y nosotros y nuestra tierra seremos siervos del faraón.” Moisés especifica que José compró la tierra *para el faraón*; él no se benefició con estas transacciones. José resistió la tentación de echar mano a las enormes riquezas que estaban entrando al erario de la nación.

Más de un escritor ha dicho que la acción de José fue “la esclavización de los campesinos egipcios”, y “una prueba vergonzosa de la crueldad de José”, pero es bueno recordar que *la gente* fue quien le sugirió: “Cómpranos a nosotros y a nuestra tierra” (versículo 19). José aceptó, aunque originalmente esa no había sido su idea.

La gente podía seguir viviendo en sus parcelas, ahora de propiedad del estado, que se las rentaba, con el derecho de conservar para sí el ochenta por ciento de las escasas cosechas que recogieran durante la hambruna. Pedir a un tenedor de la tierra que pagara el veinte por ciento al propietario no parece una exigencia exorbitante. La gente de Egipto no consideró despiadado a José. Comprendían sus motivos y le agradecían que los administrara durante una crisis que bien pudo haber sido una catástrofe nacional.

²⁷ Así habitó Israel en la tierra de Egipto, en la tierra de Gosén; tomaron posesión de ella, se aumentaron y se multiplicaron en gran manera.²⁸ Jacob vivió en la tierra de Egipto diecisiete años, y fueron los días de Jacob, los años de su vida, ciento cuarenta y siete años.

²⁹ Cuando los días de Israel tocaban a su fin, llamó a José, su hijo, y le dijo:

—Si he hallado ahora gracia a tus ojos, te ruego que pongas tu mano debajo de mi muslo y que me trates con misericordia y lealtad. Te ruego que no me entierres en Egipto.³⁰ Cuando duerma con mis padres, me llevarás de Egipto y me sepultarás en el sepulcro de ellos.

—Haré como tú dices —respondió José.

³¹—Júramelo —dijo Israel.

Y José se lo juró. Entonces Israel se inclinó sobre la cabecera de la cama.

Mediante el sabio liderazgo de José, Dios guió los asuntos de Egipto para que la familia de Jacob no sólo sobreviviera sino

que además prosperara. “Se aumentaron y se multiplicaron en gran manera.”

Habían transcurrido diecisiete años desde que Jacob y su familia habían emigrado a Egipto. No se nos dice si Dios le informó a Jacob que su vida estaba llegando a su fin; lo más probable es que la vida difícil y las penas que sus hijos le causaron, habían hecho estragos en el patriarca y su salud comenzó a decaer. Sentía que las fuerzas lo abandonaban y comprendió que había llegado el tiempo de hacer algunos planes.

Lo primero era planear el lugar de su sepultura. Jacob pidió que lo sepultaran en la tumba familiar que Abraham había comprado en Hebrón, en la tierra de Canaán. La significativa petición del patriarca: “que pongas tu mano debajo de mi muslo” se ha explicado en relación con Génesis 24:2. A medida que se acercaba su muerte, Jacob comprendió que las promesas de Dios respecto a la posesión de Canaán eran ciertas. Se aferró a esas promesas y quiso ser sepultado en la tierra que sabía que sus descendientes iban a poseer algún día. El mismo sepelio de Jacob daría testimonio de su fe en las promesas de Dios.

Debe ponerse énfasis en que la fe de Jacob se aferró a *todas* las promesas de Dios, no sólo a la promesa de la tierra para sus descendientes, sino principalmente a la promesa de ese famoso descendiente por medio del cual todas las naciones del mundo iban a ser bendecidas. La promesa que hizo Dios del Salvador era el centro de todas las promesas que les dio a los patriarcas. Por eso, Dios consideró la fe de ellos en cualquier parte del conjunto de promesas como la fe salvadora (15:6).

Después de obtener que el hijo le jurara que lo iba a sepultar en la tierra prometida, “Israel se inclinó sobre la cabecera de su cama”, es decir, que adoró a Dios. El fin de su vida terrenal era algo que el patriarca quería compartir con Dios, así como la preparación para entrar a una nueva vida en su presencia. La Epístola a los Hebreos nos da el siguiente comentario interesante acerca de la actitud del patriarca:

En la fe murieron todos estos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, creyéndolo y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. Los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria... Pero anhelaban una mejor, esto es, celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos.

(Hebreos 11:13,14,16)

Aparentemente, demasiado débil para postrarse en tierra, Jacob apoyó la cabeza sobre su bordón en alabanza y gratitud a Dios. Ahora había algunos asuntos importantes referentes a sus hijos que requerían su atención, y los siguientes dos capítulos tratan sobre estos asuntos.

Jacob adopta a Efraím y Manasés

El décimo y último relato de Génesis, el relato de Jacob, se acerca rápidamente a su fin. En marcado contraste de la violencia, traición e inmoralidad con la que se inició este relato, termina con dos escenas que están llenas de ternura y belleza. Tenemos la primera de ellas en el capítulo 48.

48 Sucedió después de estas cosas que dijeron a José:

—Tu padre está enfermo.

Entonces él tomó consigo a sus dos hijos, Manasés y Efraím.² Y se le hizo saber a Jacob, diciendo:

—Aquí está tu hijo José, que viene a ti.

Haciendo un esfuerzo, Israel se sentó sobre la cama

Jacob pudo haber sospechado que esta era su última enfermedad y envió un mensajero para que le avisara a José. El hecho de que José llevara a sus dos hijos con él nos hace pensar que el patriarca tal vez había hablado con anterioridad de la

intención que tenía de adoptar a dos de sus nietos como sus propios hijos. Es poco probable que el importante convenio que aquí se menciona fuera una idea improvisada de Jacob.

El hecho de que José llevara a sus dos hijos para que Jacob los adoptara como coherederos dice algo acerca de lo que José pensaba en cuanto al sentido de valores. Sus hijos probablemente podrían haber esperado puestos de honor e influencia en el gobierno egipcio. Sin embargo, José renunció a ellos, prefiriendo que sus hijos pensarán en su futuro en relación con el pueblo de Dios.

Con las pocas fuerzas que le quedaban, el anciano patriarca se incorporó cuando sus hijos y nietos se aproximaron a su lecho. Quería llevar a cabo la importante ceremonia que se iba a desarrollar con la dignidad que ésta ameritaba.

³ y dijo a José:

—El Dios omnipotente se me apareció en Luz, en la tierra de Canaán, me bendijo⁴ y me dijo: “Yo te haré crecer, te multiplicaré y te pondré por stirpe de naciones; y daré esta tierra a tu descendencia después de ti por heredad perpetua”.⁵ Ahora bien, tus dos hijos, Efraín y Manasés, que te nacieron en la tierra de Egipto antes de venir a reunirme contigo a la tierra de Egipto, son míos; al igual que Rubén y Simeón, serán míos.⁶ Los que después de ellos has engendrado, serán tuyos; por el nombre de sus hermanos serán llamados en sus heredades.⁷ Cuando yo venía de Padan-aram se me murió Raquel en la tierra de Canaán, en el camino, como media legua antes de llegar a Efrata; y la sepulté allí, en el camino de Efrata, que es Belén.

Cuando Jacob comenzó a hablar, recordó algunas historias familiares. Años atrás, cuando huía de su hermano, el Dios todopoderoso se le había aparecido en Luz (mejor conocida como Bet-el). En ese tiempo Dios había prometido hacer del solitario fugitivo una gran nación, que un día iba a poseer la tierra, que en

ese tiempo estaba ocupada por ciertas tribus cananeas. Jacob usó un nombre adecuado para este Dios, Él Shaddai, el Dios de sorprendente poder, que puede obligar a la misma naturaleza a obedecerle.

Mediante un anciano débil y moribundo, Jehová, el Señor de las naciones, anunció algunos de sus planes futuros para la nación de Israel. Él, que avanza por la historia con juicio y misericordia, iba a despojar a los habitantes de Canaán a causa de su persistente maldad. Y en un acto de pura gracia le iba a dar la tierra de ellos a los descendientes de Jacob como patria.

Los dos hijos de José, tal vez de veinte años de edad, escucharon a su abuelo llamarlos por su nombre. Estos dos hijos, que nacieron antes de que Jacob emigrara a Egipto, iban a ser contados desde ahora como hijos de Jacob, de rango igual al de Rubén y Simeón, los hijos mayores de Jacob. Eso significaba que José ahora estaría representado entre las doce tribus de Israel no por una sola tribu que portara su nombre, sino que las tribus de Efraín y Manasés serían tribus por separado, cada una recibiría una porción de la tierra prometida. Por lo tanto, José recibiría la porción doble que por lo general se reservaba para el primogénito.

Los registros históricos de los primeros capítulos de 1 Crónicas establecen lo siguiente: “Sus derechos de primogenitura [de Rubén] fueron dados a los hijos de José” (1 Crónicas 5:1). Cualquier otro hijo que le naciera a José después de esto no debería ser considerado como tribu aparte, sino que recibiría su herencia mediante Efraím y Manasés.

No sabemos por qué Jacob mencionó a Raquel en la conversación. Tal vez el hecho de que sentía que la muerte estaba cerca le hizo recordar la muerte prematura de ella durante el traslado de su familia de Padán-aram a Canaán. O tal vez manifestar su última voluntad en cuanto a los dos nietos de Raquel lo llevó a pensar en ella. Raquel no había vivido para ver a su hijo ascender al puesto de gobernador de Egipto y salvador de su familia. Estaba ahora honrando el recuerdo de ella al poner a sus dos nietos a la par con Rubén y Simeón, primogénitos de Lea.

Ahora los antepasados de *tres* tribus de Israel (Efraím, Manasés, y Benjamín) se remontarían hasta Raquel, aunque ella sólo había tenido *dos* hijos.

⁸ Vio entonces Israel a los hijos de José, y dijo:

—¿Quiénes son estos?

**⁹—Son mis hijos, los que Dios me ha dado aquí —
respondió José a su padre.**

—Acércalos ahora a mí, y los bendeciré —dijo Israel.

¹⁰ Los ojos de Israel estaban tan debilitados por la vejez, que no podía ver. Los hizo, pues, acercarse a él, y él los besó y los abrazó.¹¹ Y dijo Israel a José:

—No pensaba yo ver más tu rostro, y Dios me ha dejado ver también a tu descendencia.

¹² Entonces José los sacó de entre sus rodillas y se inclinó a tierra. ¹³ Los tomó José a ambos, Efraín a su derecha, a la izquierda de Israel, y Manasés a su izquierda, a la derecha de Israel; y los acercó a él. ¹⁴ Israel extendió su mano derecha y la puso sobre la cabeza de Efraín, que era el menor, y su mano izquierda sobre la cabeza de Manasés, colocando así sus manos adrede, aunque Manasés era el primogénito.

José llevó a sus hijos al lecho de su padre y los colocó de forma que estuvieran directamente enfrente de su abuelo, cara a cara. Jacob abrazó a sus nietos y los besó, maravillándose de la gracia de Dios que estaba experimentando. Nunca había esperado ver a José otra vez, y ahora Dios le había permitido ver hasta a los hijos de él.

José se postró en tierra ante su padre, como una señal de respeto y para expresar su aprecio por el privilegio que el patriarca les había conferido a estos dos nietos, los cuales se inclinaron para recibir la bendición. José había dispuesto que Manasés, su hijo mayor, estuviera a mano derecha de Jacob, porque se pensaba que la mano derecha significaba compartir la bendición mayor del patriarca. Efraín, el hijo menor, estaba a la izquierda. José pensaba

que lo apropiado era que el hijo mayor recibiera la bendición más grande.

Pero cuando el patriarca pronunció la bendición cruzó sus brazos, colocando su mano derecha sobre la cabeza de Efraín, el hijo menor. Al cruzar sus brazos, Jacob intencional y proféticamente puso al hijo menor antes del mayor. Esta es la primera vez en la Biblia que encontramos la costumbre de imponer las manos para simbolizar que el Espíritu Santo estaba confiriendo un don especial sobre los dos jóvenes, un don que de otra forma jamás pudieron haber tenido.

¹⁵ Y bendijo a José, diciendo:

**«El Dios en cuya presencia
anduvieron mis padres Abraham e Isaac,
el Dios que me mantiene
desde que yo soy hasta este día,**

**¹⁶ el Ángel que me liberta de todo mal,
bendiga a estos jóvenes.**

**Sea perpetuado en ellos mi nombre
y el nombre de mis padres Abraham e Isaac,
y multiplíquense y crezcan en medio de la tierra».**

¹⁷ Al ver José que su padre ponía la mano derecha sobre la cabeza de Efraín, se sintió disgustado; y tomó la mano de su padre para cambiarla de la cabeza de Efraín a la cabeza de Manasés.¹⁸ Y dijo José a su padre:

—Así no, padre mío, porque éste es el primogénito; pon tu mano derecha sobre su cabeza.

¹⁹ Pero su padre no quiso hacerlo, y le respondió:

—Lo sé, hijo mío, lo sé; también él llegará a ser un pueblo, y será también grande; pero su hermano menor será más grande que él, y su descendencia formará multitud de naciones.

²⁰ Y los bendijo aquel día, diciendo:

—Que con vuestro nombre se bendiga en Israel, y se diga:

“Hágate Dios como a Efraín y como a Manasés”.

Y puso a Efraín antes de Manasés.

La frase, Jacob “bendijo a José”, se debe entender en el sentido de que José estaba recibiendo una bendición indirectamente, a través de sus hijos. En las palabras de bendición de Jacob es bueno notar que los recuerdos de sus primeros años de vida no fueron amargos, sino recuerdos de ternura y de la bondad de Dios. El “Ángel” de Dios, la segunda persona de la Santa Trinidad, le había aparecido a Jacob en forma humana, guiándolo, protegiéndolo, consolándolo y redimiéndolo de toda maldad.

Cuando José notó que su padre le estaba dando equivocadamente la bendición más grande al hijo menor, tomó la mano de su padre para interrumpirlo. No obstante, la acción de Jacob no fue por descuido. “Lo sé, hijo mío, lo sé.” El que Jacob cruzara sus brazos para dar una bendición especial al hijo menor no era una idea graciosa de un anciano ciego. Jacob era un patriarca, y al transmitir en ese momento la bendición del Señor lo hacía con discernimiento profético. Dios le había dicho que bendijera al menor sobre el mayor. Siglos más tarde, después de la división del reino, Efraín asumió el liderazgo de las tribus del norte. Después de la tribu de Judá, Efraín fue la tribu más poderosa de Israel. De hecho, llegó a ser tan dominante que los profetas del Antiguo Testamento con frecuencia se refieren a las diez tribus del norte como “Efraín”.

“Y [Jacob] puso a Efraín antes de Manasés.” En esta bendición patriarcal, Dios cambió el orden natural, tal como lo había hecho en el caso de Isaac y los dos hijos gemelos de Rebeca antes de que nacieran (25:23). En el futuro, cuando los israelitas querían pronunciar una bendición sobre alguien, usaban la expresión proverbial: “¡Que Dios te haga como a Efraín y Manasés!”

²¹ **Luego dijo Israel a José:**

—Yo muero; pero Dios estará con vosotros y os hará volver

a la tierra de vuestros padres.²² A ti te he dado una parte más que a tus hermanos, la cual tomé al amorreo con mi espada y con mi arco.

Jacob terminó la bendición recordándole que el hogar permanente de los hijos de Israel iba a ser Canaán, no Egipto. En esa forma, Dios iba a usar incluso la impiedad de los cananeos para su gloria, aunque ellos lo ignoraban totalmente. Cuando su pecado llegara al colmo, Dios iba a intervenir con un juicio condenatorio, usando su pecado como la oportunidad para cumplir la promesa que le hizo a Abraham: “Tu descendencia heredará esta tierra”.

Finalmente, Jacob tenía un regalo especial para José: “A ti te he dado una parte más que a tus hermanos, la cual tomé al amorreo”. Esas palabras no son fáciles de explicar; hay dos posibilidades.

La primera forma interpreta el verbo “tomé” en un sentido histórico. En un suceso que no se menciona en las Escrituras, Jacob había conquistado una porción especial de tierra de los habitantes originales de Canaán.

Sin embargo, algunos eruditos ven en la palabra hebrea traducida como “tomé” un ejemplo del así llamado “perfecto profético”, en donde una acción futura se ve como si ya se hubiera realizado. Según este punto de vista Jacob, en la posteridad, tomaría la tierra de los amorreos.

¡Qué bello cuadro nos presenta este capítulo del hijo creyente de Dios al acercarse al fin de sus días! En vez de estar lleno de amargura recordando su vida pasada, Jacob prefirió dirigir su atención a la gracia de Dios. Jacob no sólo había recibido mucho más de lo que merecía, sino que sabía que realmente había recibido lo opuesto a lo que merecía:

- La bendición de Dios en vez de su condenación;
- La promesa de Dios en vez de su maldición;
- La constante guía de Dios en vez de su castigo.

Es una bendición vivir como hijo de Dios, pero es una bendición mucho más grande el morir como tal.

Jacob bendice a sus hijos

Jacob ahora tenía 147 años, y estos fueron los años que Dios le concedió. Por lo tanto, reunió a sus doce hijos cerca de su lecho de muerte y dijo algunas palabras que son al mismo tiempo bendición y predicción. Lo que les iba a ocurrir a las doce tribus de Israel en el futuro, para bien o para mal, no sería resultado de la casualidad. Jacob era consciente de que estaba hablando proféticamente, inspirado por el Espíritu de Dios. Cada hijo escuchó lo que el patriarca les dijo a todos los demás. Estas últimas palabras de Jacob a sus hijos también llegaron a formar parte de las escrituras del Antiguo Testamento, para que las generaciones venideras de las tribus conocieran también lo que su antepasado Jacob había predicho para ellos.

49 Llamó Jacob a sus hijos, y dijo:

—**Acercaos y os declararé lo que ha de aconteceros en los días venideros.**

²»**Acercaos y oíd, hijos de Jacob; escuchad a vuestro padre Israel.**

Moisés nos presenta las palabras de Jacob en la forma de la poesía hebrea (reconocible principalmente por su paralelismo). Esa forma literaria poco usual haría más fácil, en los años futuros, que los descendientes de Jacob recordaran sus palabras. Un problema que aquí enfrenta el comentarista es que el vocabulario que se usa en la poesía es muchas veces inusual, algunas veces hasta raro. Además, muchas de las palabras que usó Jacob tienen más de un significado. Algunas veces la estructura paralela de los versículos da una pista de cómo traducir las palabras que se desconocen. Sin embargo, en algunos lugares esta interpretación tendrá que ser provisional.

Jacob se dirigió primero a los seis hijos de Lea, según sus edades. Luego se dirigió a cuatro de los hijos de las sirvientas, y finalmente a los dos hijos de Raquel.

**³ Rubén, tú eres mi primogénito,
mi fortaleza y el principio de mi vigor;
el primero en dignidad,
el primero en poder.**

**⁴ Impetuoso como las aguas, ya no serás el primero,
por cuanto subiste al lecho de tu padre;
entonces te envileciste, al subir a mi lecho.**

El anciano padre se dirigió primero a Rubén, su hijo mayor. Lo describe como “impetuoso como las aguas”, es decir, que en el que no se puede confiar, que sigue el camino de menor resistencia, tal como las aguas. Aunque Rubén era el primogénito, su inestabilidad moral lo hizo indigno de recibir la primogenitura. Perdió el derecho a su posición como líder (35:22), y su tribu nunca le dio un líder prominente a Israel ni juez, ni rey, ni profeta. A la tribu de Rubén casi no se le menciona en la historia del pueblo de Israel.

**⁵»Simeón y Leví son hermanos;
armas de maldad son sus armas.**

**⁶ En su consejo no entre mi alma,
ni mi espíritu se junte en su compañía,
porque en su furor mataron hombres
y en su temeridad desjarretaron toros.**

**⁷ Maldito sea su furor, que fue fiero,
y su ira, que fue dura.
Yo los apartaré en Jacob,
los esparciré en Israel.**

Simeón y Leví eran hermanos en más de un sentido. Antes que nada eran hermanos de sangre siendo hijos de Lea. Pero eran tal para cual, compañeros de maldad. A los descendientes de

Simeón y de Leví, se les advirtió contra la violencia ciega, como la que estos dos hermanos habían mostrado en la matanza de Siquem (Génesis 34). Las palabras de Jacob, “en su temeridad desjarretaron toros”, se refieren a una costumbre común en las contiendas militares en la antigüedad, que consistía en que cuando el enemigo era derrotado en batalla y se capturaba su ganado pero no se podía llevar como botín de guerra, les cortaban a los animales los tendones de las patas traseras, inutilizándolos así para la guerra o para el trabajo en el campo del enemigo. Así, los caballos nunca irían a la batalla; los bueyes nunca volverían a arar. Jacob maldijo esa costumbre.

Las palabras finales del padre para estos dos hijos incluyeron una segunda maldición: “Yo los apartaré en Jacob, los esparciré en Israel”. Ninguna de estas dos tribus iba a obtener tierras en Canaán, sino que serían esparcidas por todo el país. Cuando más tarde la tierra prometida fue dividida entre las tribus, Simeón no recibió nada, sino que su heredad consistió en una docena y media de ciudades dentro de la heredad de Judá (Josué 19:1-8). Desde el primer censo (que se realizó poco después del éxodo de Egipto) hasta el segundo censo (que se llevó a cabo poco antes que Israel ocupara Canaán) el número de los guerreros de Simeón se redujo de 59,000 a 22,000, convirtiéndose en la tribu más pequeña. La tribu de Simeón gradualmente fue absorbida por la tribu de Judá.

Los descendientes de Leví con el tiempo trabajaron y enseñaron en el templo israelita, y fueron dispersados en cuarenta y ocho ciudades entre las doce tribus.

Hasta aquí las profecías de Jacob ofrecían a sus hijos muy pocas esperanzas. Sin embargo, esto cambiaría en la siguiente profecía, dicha a Judá.

**⁸»Judá, te alabarán tus hermanos;
tu mano estará sobre el cuello de tus enemigos;
los hijos de tu padre se inclinarán a ti.**

**⁹Cachorro de león, Judá;
de la presa subiste, hijo mío.**



Jacob y sus hijos

**Se encorvó, se echó como león,
como león viejo: ¿quién lo despertará?**

**¹⁰No será quitado el cetro de Judá
ni el bastón de mando de entre sus pies,
hasta que llegue Siloh;
a él se congregarán los pueblos.**

**¹¹Atando a la vid su pollino
y a la cepa el hijo de su asna,
lavó en el vino su vestido
y en la sangre de uvas su manto.**

**¹²Sus ojos son más rojos que el vino
y sus dientes más blancos que la leche.**

“Judá, te alabarán tus hermanos.” Las palabras de Jacob implican un juego de palabras, ya que el nombre hebreo de Judá significa “alabanza”. A este hijo lo iban a alabar sus hermanos, ya que Dios iba a hacer cosas maravillosas mediante él. La bendición del pacto, que Dios le había dado a Abraham, Isaac y Jacob, ahora la iba a tener Judá.

Judá también iba a asumir el liderazgo, el derecho que los otros tres hermanos habían perdido. A la tribu de Judá se le describe como un león joven, victorioso sobre sus enemigos. David iba a venir de esta tribu, e iba a establecer la dinastía que le iba a dar reyes al pueblo de Dios. El báculo real será sostenido por los descendientes de Judá, incluyendo al más grande Hijo de David, Jesucristo (Lucas 1:32,33).

Hay algo incierto en el texto hebreo de la frase traducida “hasta que llegue Siloh”. *Siloh* se entiende generalmente como “descanso” o “el que trae descanso”, un nombre para el Mesías que trae descanso a nuestras almas. La traducción de la NVI traduce: “hasta que llegue el verdadero rey” porque explica la palabra hebrea como una combinación de dos elementos: “aquel a quien [el cetro del rey] pertenece”. Sólo el Mesías merece gobernar como Rey; es el único que reconcilió el mundo de pecadores al Dios santo. Muchos de los descendientes de Judá que

se sentaron en el trono de Jerusalén no se interesaron en la esperanza mesiánica de Israel, y no merecieron ser reyes. Jesucristo, el gran descendiente de Judá, es el único a quien le pertenece el cetro real. Su reinado es universal y grandioso, “y él reinará por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 11:15). Cuando los pecadores ven y creen esto, se postran ante su Señor, felices de obedecerlo.

La tribu de Judá gozaría de prosperidad; su rico territorio les ofrecería a sus habitantes todo lo necesario para vivir. Normalmente no se ata un asno al tronco de una vid por temor a que lo desarraigue de un tirón. Sin embargo, los viñedos de Judá iban a ser tantos, que no se pensaría dos veces en usar una vid como poste para amarrar. Su cosecha iba a ser tan abundante que, si quisiera, podría lavar sus ropas en el vino. Sus ojos brillarían con el jugo de las uvas.

**¹³»Zabulón habitará en puertos de mar;
será puerto para las naves
y llegará hasta Sidón.**

Aunque el territorio de la tribu de Zabulón no estaba situado exactamente en la costa, estaba suficientemente cerca para enriquecerse del comercio marítimo, en particular mediante el puerto fenicio de Sidón, al norte.

**¹⁴»Isacar, asno fuerte
que se recuesta entre los apriscos.
¹⁵Al ver que el descanso era bueno
y la tierra deleitosa,
bajó su hombro para llevar carga,
y sirvió como un esclavo.**

Con el paso de los años, Jacob aparentemente notó que su hijo Isacar era perezoso y no tenía ambiciones. El patriarca previó que los descendientes de Isacar iban a seguir su ejemplo. En su hogar, en el bello y fértil valle de Esdraelón, estarían dispuestos a

trabajar duro a cambio de paz y comodidades. Las palabras de Jacob servirían como una advertencia para la tribu de Isacar.

**¹⁶»Dan juzgará a su pueblo
como una de las tribus de Israel.**

**¹⁷Será Dan serpiente junto al camino,
víbora junto a la senda,
que muerde los talones del caballo
y hace caer hacia atrás al jinete.**

¹⁸Tu salvación he esperado, oh Jehová.

Dos cosas se profetizan acerca de Dan. En los años venideros, su tribu daría líderes que aplicarían justicia. Y, como una serpiente junto al camino, sería un peligroso oponente en la batalla. Sansón, uno de los héroes nacionales de Israel, fue danita (Jueces 13-16).

Jacob ya había recorrido más de la mitad de la lista de sus hijos. Pudo ver el futuro cuando el Espíritu agudizó la mirada profética del patriarca. Repentinamente anheló ver el cumplimiento de las cosas que estaba profetizando. Con humilde fe interrumpió el torrente de profecías y expresó el deseo de su corazón: “¡Tu salvación he esperado, oh Jehová!” El patriarca deseaba este cumplimiento para él mismo, para sus hijos y para los hijos de sus hijos.

**¹⁹»A Gad, un ejército lo asaltará,
mas él acometerá al final.**

Las tres palabras hebreas que forman la primera mitad de esta profecía constituyen un notable juego de palabras que suenan a una advertencia. La tribu de Gad se establecería al este del Jordán. Lejos del centro de la nación, los gaditas estarían expuestos a los ataques sorpresivos de los moradores del desierto. Sería una tranquilidad para las futuras generaciones saber que no iban a ser un blanco fácil. Las palabras “mas él acometerá al fin” debió haberlos animado.

**²⁰»El pan de Aser será substancioso;
él dará deleites al rey.**

El territorio de la tribu de Aser estaba en el valle norte de Canaán. Esta tierra fértil producirá comida digna de la mesa real.

**²¹»Neftalí, cierva suelta
que da hermosos cervatillos.**

Una cierva librada del cautiverio, es algo bello y lleno de gracia de contemplar, cuando se deja libre en su hábitat. Las palabras de Jacob quizás señalan la habilidad de Neftalí para movilizarse libremente en la batalla. La palabra *cierva* en hebreo también puede significar “palabra”. Entonces, Jacob también podría haber estado profetizando que saldrían palabras bellas de su tribu. Los descendientes más famosos de Neftalí fueron Barac y especialmente Débora, quien cantó la bella canción que se halla en Jueces 5.

**²²»Rama fructífera es José,
rama fructífera junto a una fuente,
sus vástagos se extienden sobre el muro.**

**²³Le causaron amargura,
le lanzaron flechas,
lo aborrecieron los arqueros,**

**²⁴mas su arco se mantuvo poderoso
y los brazos de sus manos se fortalecieron
por las manos del Fuerte de Jacob,
por el nombre del Pastor, la Roca de Israel,
²⁵por el Dios de tu padre, el cual te ayudará,
por el Dios omnipotente, el cual te bendecirá
con bendiciones de los cielos de arriba,
con bendiciones del abismo que está abajo,
con bendiciones de los pechos y del vientre.**

**²⁶Las bendiciones de tu padre
fueron mayores que las de mis progenitores;**

**hasta el término de los collados eternos
serán sobre la cabeza de José,
sobre la frente del que fue apartado de entre sus
hermanos.**

Las bendiciones finales fueron para los hijos de su amada Raquel. José sería fructífero como una vid plantada cerca a una fuente. Sus descendientes, las tribus de Efraím y Manasés, serían numerosos. Aunque estas exitosas tribus sufrirían oposición y antagonismo de parte de otras tribus, bajo la protección del Todopoderoso las “dos tribus de José” no se debilitarían ante esa oposición, sino que saldrían fortalecidas por ello. Es bueno aclarar que las bendiciones específicas que el patriarca le prometió a José fueron *terrenales*. La gran bendición *mesiánica* ya le había sido prometida a Judá.

Cuando Jacob miró a sus doce hijos y pensó en los numerosos descendientes que iba a nacer de ellos, se sintió impulsado a decir: “He gozado mayores bendiciones que mis antepasados”.

**²⁷ » Benjamín es lobo arrebatador:
por la mañana comerá la presa
y a la tarde repartirá los despojos.**

²⁸ Todas estas son las tribus de Israel, doce en total, y esto es lo que su padre les dijo al bendecirlas; a cada una le dio su bendición.

La tribu de Benjamín llegó a ser una tribu muy pequeña, situada entre dos de las tribus más poderosas, Judá y Efraím. Pero, como un lobo maligno y salvaje, iba a ser un fiero oponente e iba a tener éxito en la batalla.

Al terminar con la larga lista de bendiciones y predicciones, el sagrado escritor puso el énfasis en que no se aplican primeramente a los hijos de Jacob, sino a las tribus que iban a descender de ellos.

²⁹ Les ordenó luego, diciendo: «Voy a ser reunido con mi pueblo. Sepultadme con mis padres en la cueva que está en el campo de Efrón, el heteo,³⁰ en la cueva que está en el campo de Macpela, al oriente de Mamre, en la tierra de Canaán, la que compró Abraham junto con el mismo campo de Efrón, el heteo, para heredad de sepultura.³¹ Allí sepultaron a Abraham y a Sara, su mujer; allí sepultaron a Isaac y a Rebeca, su mujer; allí también sepulté yo a Lea.³² El campo y la cueva que está en él fueron comprados a los hijos de Het».

³³ Cuando acabó Jacob de dar mandamientos a sus hijos, encogió sus pies en la cama y expiró, y se reunió con sus padres.

Las últimas palabras que Jacob les dijo a sus hijos fueron instrucciones para su sepultura. Anteriormente le había hecho esta petición sólo a José (47:29-31); aquí la hace a todos sus hijos. “Sepúltenme con mis padres en la cueva de Macpela.” Esa fue el terreno que Abraham había comprado originalmente cuando murió Sara. Más tarde, Abraham fue sepultado en ese mismo lugar, como también Isaac y Rebeca. Allí Jacob también había enterrado a Lea. Aunque había amado a Lea menos, Jacob escogió que lo sepultaran con ella en vez de con su amada Raquel, porque la relación con sus padres significaba mucho para él. Jacob quería que su sepultura en Canaán fuera un testimonio para sus descendientes, de que había creído en la promesa que le hizo Dios de que les daría a sus descendientes la tierra de Canaán como su futuro hogar.

Sin embargo, la promesa del pacto de Dios expresó no sólo la futura posesión de la tierra que Dios tenía reservada para su pueblo, sino también que la familia de Jacob llegaría a ser una nación poderosa, y que el Salvador del mundo nacería de esa nación de Israel.

Génesis 49 es un importante capítulo en la historia del pueblo israelita del Antiguo Testamento. Las palabras proféticas de Jacob iban a fortalecer la fe en la promesa de Dios durante los tiempos

dificiles de esclavitud en Egipto. Las palabras del patriarca también le iban a advertir al pueblo, durante los días de su independencia, contra ciertas características e inclinaciones pecaminosas que irían contra su bienestar. Pero lo más importante es que las palabras de Jacob a sus descendientes los iban a ayudar a comprender cómo las bendiciones que Dios le prometió a Abraham habían sido canalizadas hacia las doce tribus.

La sepultura de Jacob; última petición de José

50Entonces se echó José sobre el rostro de su padre, lloró sobre él y lo besó.² Después mandó José a los médicos que estaban a su servicio que embalsamaran a su padre, y los médicos embalsamaron a Israel.³ Cumplieron así cuarenta días, que eran los días requeridos para embalsamar. Y los egipcios lo lloraron setenta días.

A diferencia de las costumbres judías de lavar simplemente el cuerpo y ungirlo con especias antes de su sepultura, el antiguo proceso de momificación egipcio requería cuarenta días. Primero se extraían el cerebro y los órganos internos; se llenaban las cavidades del cuerpo con especias aromáticas, y se cubría el cuerpo con sal durante semanas, después de lo cual lo envolvían con vendas de lino y lo colocaban en un ataúd. Y José ordenó que así se hiciera con el cuerpo de su padre, de modo que pudiera ser transportado a Canaán para su sepultura.

⁴ Pasados los días de su luto, habló José a los de la casa del faraón, diciendo:

—Si he hallado gracia a vuestros ojos, os ruego que habléis ahora a oídos del faraón, y le digáis:⁵ “Mi padre me hizo jurar, diciendo: ‘Yo voy a morir; en el sepulcro que cavé para mí en la tierra de Canaán, allí me sepultarás’. Permite, pues, que yo vaya ahora a sepultar a mi padre, y después volveré”.

⁶ El faraón dijo:

—Ve y sepulta a tu padre, como él te hizo jurar.

⁷Entonces José subió para sepultar a su padre; y subieron con él todos los siervos del faraón, los ancianos de su casa y todos los ancianos de la tierra de Egipto, ⁸toda la casa de José, sus hermanos y la casa de su padre; solamente dejaron en la tierra de Gosén sus niños, sus ovejas y sus vacas.

⁹Subieron también con él carros y gente de a caballo, y se hizo un escuadrón muy grande. ¹⁰Llegaron hasta la era de Atad, al otro lado del Jordán, y lloraron e hicieron grande y muy triste lamentación. Allí José hizo duelo por su padre durante siete días.

¹¹Al ver los habitantes de la tierra, los cananeos, el llanto en la era de Atad, dijeron: «Llanto grande es éste de los egipcios». Por eso, a aquel lugar que está al otro lado del Jordán se le llamó Abel-mizraim.

¹²Sus hijos, pues, hicieron con él según les había mandado, ¹³pues sus hijos lo llevaron a la tierra de Canaán y lo sepultaron en la cueva del campo de Macpela, la que había comprado Abraham de manos de Efrón, el heteo, junto con el mismo campo, para heredad de sepultura, al oriente de Mamre. ¹⁴Después que lo hubo sepultado, regresó José a Egipto, él, sus hermanos y todos los que subieron con él a sepultar a su padre.

Aunque los años de hambre ya habían terminado, y también el trabajo de la administración de las reservas de alimento de Egipto, José seguía siendo un importante funcionario del gobierno. Por lo tanto, le pidió permiso al faraón para abandonar el país por un tiempo prolongado.

El monarca hizo más que concedérselo. Realmente autorizó una guardia de honor de prominentes oficiales egipcios para que acompañara la procesión funeraria hasta Canaán, además de una escolta militar que garantizara su seguridad durante el viaje por el desierto.

El texto no deja en claro la ruta que siguió el funeral hasta Canaán. Se nos dice que “llegaron hasta la era de Atad, *al otro lado del Jordán*”. Esta última expresión puede indicar cualquier lado, dependiendo del punto de vista del escritor. Es posible, como en el tiempo del éxodo, que la familia de Jacob evitara tomar la ruta más directa a lo largo de la costa del Mediterráneo, ya que la ruta cruzaba directamente por territorio filisteo. Pudieron haber preferido ir por la ruta más larga, a través del desierto, rodeando el mar Muerto, y entrar a Canaán por el este, como sus descendientes lo hicieron siglos después.

Nuevamente los egipcios que acompañaron la procesión mostraron el gran respeto que sentían por José. El luto que guardaron fue tan elaborado que aun los habitantes del área se dieron cuenta de ello. El recuerdo de este incidente se perpetuó mediante el nuevo nombre que se le dio al lugar: “Luto de los egipcios” (Abel-mizraim).

Y así terminó la peregrinación terrenal de Jacob, el “que se traba al talón”, el hombre que una vez pensó que su astucia ayudaría a Dios a llevar adelante su gran plan. Mediante la paciente instrucción de Jehová y su firme amor, Jacob fue transformado en Israel: “el hombre que luchó con Dios y venció”. Hoy en día, en la mezquita de la ciudad de Hebrón, el sitio tradicional donde fueron sepultados Abraham y Sara, Isaac y Rebeca, Jacob y Lea aún puede ser visitado.

¹⁵ Al ver los hermanos de José que su padre había muerto, dijeron:

—Quizá nos aborrecerá José, y nos dará el pago de todo el mal que le hicimos.

¹⁶ Entonces enviaron a decir a José: «Tu padre mandó antes de su muerte, diciendo:¹⁷ “Así diréis a José: ‘Te ruego que perdones ahora la maldad de tus hermanos y su pecado, porque te trataron mal’”; por eso, ahora te rogamos que perdones la maldad de los siervos del Dios de tu padre». Y

José lloró mientras hablaban.

¹⁸ **Llegaron también sus hermanos, se postraron delante de él y dijeron:**

—**Aquí nos tienes. Somos tus esclavos.**

¹⁹ **Pero José les respondió:**

—**No temáis, pues ¿acaso estoy yo en lugar de Dios?²⁰ Vosotros pensasteis hacerme mal, pero Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener con vida a mucha gente.²¹ Ahora, pues, no tengáis miedo; yo os sustentaré a vosotros y a vuestros hijos.**

Así los consoló, pues les habló al corazón.

Vivir con la conciencia culpable es algo terrible. Los hermanos no podían borrar los obsesivos recuerdos de lo que habían hecho treinta y nueve años antes. Comprendían que ahora que su padre no se encontraba entre ellos, estaban totalmente a merced de José. ¿Saldaría ahora cuentas con los hermanos que lo habían tratado con tanta maldad?

Por consiguiente, los hermanos enviaron un mensaje a José, tal vez por medio de Benjamín. Tenían dos cosas que decir: (1) “Antes que muriera nuestro padre Jacob, nos dijo que te hiciéramos esta petición: ‘perdona a tus hermanos la maldad que te hicieron’. Tuvimos un mismo padre, servimos a un mismo Dios; por ello perdónanos, por favor.” (2) “Además, nos ofrecemos como tus esclavos de por vida. Puedes hacer con nosotros lo que te plazca”.

José lloró cuando oyó este mensaje. Lloró de tristeza por la tortura que sus hermanos debieron haber estado pasando, también por el hecho de que no le creyeron cuando les aseguró su perdón.

“¿Acaso estoy yo en lugar de Dios?” les preguntó José a sus hermanos. La persona que toma venganza está asumiendo el papel de Dios, y José no tenía ningún deseo de hacer eso. Dios había obrado un cambio de actitud en los hermanos. Lo que es más, había usado para bien su mala obra y había salvado por medio de ella al pueblo de una segura muerte por inanición. Se nos dice que

José les aseguró a sus hermanos que no había nada que temer, ya que no tenía intención de venganza. A medida que José les siguió hablando bondadosamente, sus palabras disiparon los temores de los hermanos.

²² Habitó José en Egipto, él y la casa de su padre; y vivió José ciento diez años.²³ Vio José los hijos de Efraín hasta la tercera generación; y también los hijos de Maquir hijo de Manasés fueron criados sobre las rodillas de José.

²⁴ Un día, José dijo a sus hermanos:

—Yo voy a morir, pero Dios ciertamente os visitará y os hará subir de esta tierra a la tierra que juró a Abraham, a Isaac y a Jacob.

²⁵ E hizo jurar José a los hijos de Israel, diciendo:

—Dios ciertamente os visitará, y haréis llevar de aquí mis huesos.

²⁶ Murió José a la edad de ciento diez años; lo embalsamaron, y lo pusieron en un ataúd en Egipto.

José vivió en Egipto otros 54 años después de la muerte de su padre. Vivió hasta la edad de 110 años, no tanto como vivieron su padre y su abuelo, pero vivió lo suficiente para tener en sus brazos a los hijos de sus hijos, y ver con sus propios ojos el cumplimiento de la promesa que hizo Dios de multiplicar la familia de Jacob como la arena del mar.

El último acto que se narra de José fue el de renunciar a todo lazo con Egipto e identificarse con el pueblo de Israel. En fe, sabía que los descendientes de Jacob no iban a vivir permanentemente en Egipto. José confió en las promesas que hizo Dios de llevar a su pueblo fuera de Egipto a una nueva tierra en Canaán. Por lo tanto, hizo que sus descendientes le juraran que iban a llevar sus restos con ellos cuando salieran de Egipto. También quería compartir la tierra prometida, aunque fuera después de su muerte. Algunos siglos más tarde su petición se cumplió. Moisés llevó con él los restos momificados de José, cuando salió de Egipto (Éxodo

13:19). Más tarde, Josué sepultó esos restos en Siquem, en el corazón mismo de la tierra prometida (Josué 24:32).

Génesis 50 es más que una fascinante página de la historia del Antiguo Testamento, le dice algo de la mayor importancia a cada ser humano respecto de cómo resolver el problema del pecado. El pecado es un factor destructivo en la vida humana. Décadas después de que los hermanos de José habían rechazado el amor de Dios y de su hermano, la conciencia del pecado los invadió como una infección oculta.

Pero el dolor de los hermanos era innecesario. Dios había dado la solución a la destrucción que causa el pecado en nuestra vida. Esa solución consiste en dos partes: (1) *Confíese el pecado honestamente*. “El que oculta sus pecados no prosperará”, nos dice Dios (Proverbios 28:13). No se puede resolver el pecado ocultándolo, negándolo o tratando de excusarlo, sino llevándolo la cruz de medio que está en el Calvario, y pidiendo que el Salvador lo lave con su sangre. Dios nos ha enseñado a decir: “Padre, he pecado”. (2) *Crea en el ofrecimiento del perdón*. Aunque José les había asegurado a sus hermanos que los había perdonado (45:4-15), ellos no podían creerle. Dios nos ha prometido que mediante Cristo ha sepultado nuestras iniquidades, y ha arrojado en lo profundo del mar todos nuestros pecados (Miqueas 7:19). El recuerdo de nuestro pasado, tan lleno de pecado es doloroso, pero será beneficioso si nos dirige a la repetida oferta del perdón que hace el Salvador. Dios quiere que creamos en su promesa y que vivamos en el gozo de su perdón.

Con el registro de la muerte de José, termina no sólo el relato de Jacob, sino también el principio de la historia del trato de Dios con la humanidad. El escenario está puesto para el siguiente acto en el drama de nuestra redención: Dios iba a llevar a su pueblo escogido a la tierra prometida de Canaán.

Conclusión

Al narrar la actividad salvadora de Dios en el mundo original (los primeros cinco relatos), y luego entre los tres grandes patriarcas (los últimos cinco relatos), el libro de Génesis ha puesto la base sobre la que se edifica el resto de las Escrituras. A lo largo de todo lo que se registró en los cincuenta capítulos podemos apreciar el gran plan de Dios de reunir una familia con él, una familia de personas que lo amarán, confiarán en él, y vivirán para él hasta que un día vivan con él a su lado.



ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS

- ÉXODO
- LEVÍTICO
- NÚMEROS
- DEUTERONOMIO
- JOSUÉ
- JUECES
- RUT
- 1º SAMUEL
- 2º SAMUEL
- 1º REYES
- 2º REYES
- 1º CRÓNICAS
- 2º CRÓNICAS
- ESDRAS
- NEHEMÍAS
- ESTER
- JOB
- SALMOS
- PROVERBIOS
- ECCLESIASTÉS
- CANTARES
- ISAÍAS
- JEREMÍAS
- LAMENTACIONES
- EZEQUIEL
- DANIEL
- OSEAS
- JOEL
- AMÓS
- ABDÍAS
- JONÁS
- MIQUEAS
- NAHUM
- HABACUC
- SOFONÍAS
- HAGEO
- ZACARÍAS
- MALAQUIÁS

NUEVO TESTAMENTO

- MATEO
- MARCOS
- LUCAS
- JUAN
- HECHOS
- ROMANOS
- 1º CORINTIOS
- 2º CORINTIOS
- GÁLATAS
- EFESIOS
- FILIPENSES
- COLOSENSES
- 1º TESALONICENSES
- 2º TESALONICENSES
- 1º TIMOTEO
- 2º TIMOTEO
- TITO
- FILEMÓN
- HEBREOS
- SANTIAGO
- 1º PEDRO
- 2º PEDRO
- 1º JUAN
- 2º JUAN
- 3º JUAN
- JUDAS
- APOCALIPSIS

La Biblia Popular es una serie de comentarios de la Biblia para todas las personas. Los autores de la serie han servido como pastores de congregaciones, profesores universitarios, o profesores de seminario, muchos en más de una de estas actividades. Cada autor comenzó con el texto original en Hebreo o Griego y después trabajó para presentar el mensaje de la Palabra de Dios a los cristianos quienes enfrentamos presiones y tentaciones cada día de la vida. Dos verdades importantes sirven de guía a todos los comentarios. Primero, la Biblia es la Palabra inspirada de Dios y por lo tanto es verdadera y confiable. Segundo, el mensaje central de toda la Biblia es Jesucristo.

Génesis es el primero de los cinco libros de Moisés, el cual revela la obra de Dios utilizando las biografías de: Adán, Noé, Abraham, Isaac, Jacob, José, y otros. Comienza con las palabras "En el principio...". Presenta el comienzo y el origen: del universo, de la raza humana, del pecado, de la muerte, y de la obra misericordiosa de Dios para reconciliar con él a la humanidad caída.



38-5006

ISBN 0-8100-0762-2